

EL SECRETO DEL

ESPECTRO



JOSEPH
DELANEY

Tercer libro de las Crónicas de Ward

Lectulandia

El Espectro decide pasar el duro invierno en su casa de Anglezarke, situada en un tenebroso y frío páramo en el límite con lo Oscuro, y hasta allí le acompaña su aprendiz, Thomas Ward, para continuar con su educación. La sombría casa encierra en su bodega numerosas jaulas para brujas y boggarts y, lo más espeluznante, una lamia salvaje.

Cuando el Espectro resulte gravemente herido en una pelea contra seres fantásticos, Thomas deberá hacerse cargo de todo y, especialmente, impedir que Morgan, el anterior y fracasado aprendiz, recupere un libro de magia que le daría el poder de lo Oscuro que tanto ansía.

Lectulandia

Joseph Delaney

El secreto del espectro

Las crónicas de la piedra de Ward - 3

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.11.14

Título original: *The Spook's Secret*
Joseph Delaney, 2006
Traducción: Roser Berdagué

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El lugar más elevado del condado está marcado por el misterio. Dicen que una vez, durante una terrible tormenta, murió allí un hombre mientras apresaba a una malvada criatura que tenía amenazado al mundo entero. Entonces el hielo volvió a cubrirlo todo, y cuando al fin se retiró, apareció alterada hasta la forma de las montañas y cambiado el nombre de las poblaciones de los valles. Hoy en día, en ese punto elevado que se alza en medio de las colinas rocosas, no queda ni rastro de lo que ocurrió hace tanto tiempo. Sin embargo, ha perdurado su nombre. Lo llaman...

La Piedra de Ward.

Un visitante inesperado

Era una oscura noche de noviembre y hacía frío. Alice y yo estábamos sentados junto al fuego de la cocina en compañía de mi maestro, el Espectro. El tiempo iba haciéndose progresivamente más frío y yo sabía que, el día más impensado, él decidiría que había llegado el momento de emprender la marcha hacia su «casa de invierno», allá en el desolado páramo de Anglezarke.

Sin embargo, no me apremiaban las ganas de marcharme; era el aprendiz del Espectro sólo desde la primavera y jamás había visitado la casa de Anglezarke, pero no quiero decir con esto que me moviera la curiosidad. Aquí en Chipenden se estaba al abrigo y la vivienda era cómoda, de manera que habría preferido pasar en ella el invierno.

Levanté los ojos del libro de los verbos latinos que intentaba aprender y sorprendí la mirada de Alice, sentada en un taburete bajo junto a la chimenea mientras el cálido resplandor de las llamas le bañaba el rostro. Sonrió y le devolví la sonrisa. Ella constituía otro motivo por el que no quería irme de Chipenden, pues era lo más parecido a tener una amiga y, en el curso de los últimos meses, me había salvado la vida en varias ocasiones. Realmente disfrutaba de su compañía porque hacía más soportable la soledad que comporta la vida de un espectro. Pero mi maestro me había hecho una confidencia: Alice no tardaría en dejarnos. De hecho, él nunca había confiado en la niña, puesto que sabía que procedía de una familia de brujas. Y como estaba convencido, además, de que me distraería de mis lecciones cuando él y yo fuésemos a Anglezarke, ella no nos acompañaría. La pobre Alice lo ignoraba y yo no tenía ánimos para decírselo, por lo que de momento me limitaba a gozar de las maravillosas veladas que pasábamos juntos en Chipenden.

Pero resultó que esa tarde sería la última que pasaríamos juntos aquel año: mientras Alice y yo leíamos a la luz de las llamas y el Espectro daba cabezadas en su silla, la campanilla de la puerta rompió la paz en la que estábamos sumidos. Al oír su desapacible sonido se me cayó el alma a los pies. Aquello no significaba más que una cosa: algún asunto relacionado con el oficio de mi maestro.

Debéis saber que nadie se acercaba nunca a la casa del señor Gregory porque por algo estaba allí el boggart doméstico que custodiaba el perímetro de los jardines; él se habría encargado de despedazar al atrevido que lo intentara. Sin embargo, pese a la escasa luz y al viento helado, me correspondió a mí atender la llamada de la campanilla, situada junto al círculo de sauces, y averiguar quién necesitaba ayuda.

Me sentía reconfortado y a gusto después de la pronta cena y seguramente el Espectro debió de detectar mi resistencia a abandonar la casa. Hizo un gesto con la

cabeza, como contrariado conmigo, y observé un brillo furioso en sus ojos verdes.

—¡Ya estás bajando enseguida, muchacho! —refunfuñó—. La noche es muy mala y quienquiera que sea seguro que no está dispuesto a esperar.

Al ver que me levantaba e iba a por mi capa, Alice me dedicó una sonrisa comprensiva. Se ponía en mi lugar, pero advertí también que se alegraba de poder quedarse allí sentada calentándose las manos mientras yo me veía obligado a enfrentarme con el desapacible viento.

Cerré con ímpetu detrás de mí la puerta trasera y, con un farol en la mano izquierda, atravesé a grandes zancadas el jardín de poniente y seguí colina abajo, afrontando el vendaval y sus esfuerzos para despojarme de la capa. Por fin llegué a los árboles cimbreantes, el punto donde se cruzaban los dos caminos. Estaba muy oscuro y el farol que llevaba proyectaba inquietantes sombras que retorcían los troncos y las ramas transformándolos en brazos, garras y rostros de duendes. Las ramas desnudas se agitaban y estremecían, y el viento gemía y sollozaba como un alma en pena o un espíritu femenino que anunciara una muerte próxima.

Pero eran cosas que no me preocupaban demasiado. Había estado otras veces de noche en aquel sitio y, en mis correrías con el Espectro, tuve que enfrentarme a situaciones capaces de poner los pelos de punta al más pintado. Por eso no estaba dispuesto a que unas simples sombras me perturbaran porque, además, esperaba encontrarme con alguien mucho más inquieto aún que yo; probablemente, el mozo de algún granjero enviado por su padre, perseguido por los fantasmas y necesitado desesperadamente de ayuda, un mozo lo bastante asustado para acercarse a la casa del Espectro desde un kilómetro de distancia.

Pero me detuve estupefacto al comprobar que quien esperaba junto a los árboles cimbreantes no era el mozo de una granja, sino que debajo de la cuerda de la campanilla había una persona alta, cubierta con capa y capucha de color oscuro, que empuñaba un cayado en la mano izquierda. ¡Era otro espectro!

Como el hombre no se movía, me acerqué y me detuve a dos pasos de donde se hallaba. Tenía anchas espaldas y era un poco más alto que mi maestro, pero apenas podía verle el rostro porque la capucha se lo mantenía en la penumbra. Me dirigió la palabra antes de que yo tuviera tiempo de presentarme.

—¡Seguro que él está calentándose junto al fuego mientras tú tienes que afrontar el frío! —dijo el desconocido con evidente sarcasmo en la voz—. ¡Las cosas no han cambiado!

—¿Es usted el señor Arkwright? —pregunté—. Yo soy Tom Ward, el aprendiz del señor Gregory...

La deducción era lógica. Mi maestro, John Gregory era el único espectro que yo conocía, pese a saber que existían otros; el más próximo era Bill Arkwright, que ejercía su oficio más allá de Caster y cubría las regiones del norte del condado. Era, pues, muy probable que ese hombre fuera él, aunque no me era posible adivinar el motivo de su visita.

El desconocido se retiró la capucha y dejó al descubierto la cara, una barba negra veteada de hebras grises y un mechón rebelde de cabellos plateados en las sienes. Sonrió ligeramente, pero su mirada era fría y dura.

—No es de tu incumbencia quién pueda ser yo, chaval, pero tu maestro me conoce bien.

Y diciendo estas palabras, buscó debajo de la capa y sacó un sobre, que me tendió. Le di vueltas entre las manos y lo examiné someramente; lo habían sellado con cera e iba dirigido a John Gregory.

—Bien, tú a lo tuyo, muchacho. Entrégale la carta y adviértele que volveremos a vernos pronto. ¡Lo espero en Anglezarke!

Hice lo que me ordenaba y me guardé el sobre en el bolsillo de los calzones, más que feliz de apartarme de aquel desconocido cuya presencia me inquietaba. Pero así que hube dado unos pasos, la curiosidad me incitó a volverme y me sorprendí mucho al no ver ni rastro del hombre; pese a no haberse podido alejar demasiado, se había desvanecido entre los árboles.

Desconcertado, eché a andar aprisa, ansioso de volver a casa y resguardarme del penetrante viento helado. Me pregunté qué diría la carta, pues había detectado un tono amenazador en la voz del hombre y, por lo que había dicho, tampoco debía de ser ningún desconocido para mi maestro ni el encuentro con él tan cordial.

Mientras todas esas cavilaciones me rondaban por la cabeza, pasé por delante del banco donde el Espectro me daba clases cuando lo permitía el buen tiempo y llegué a los primeros árboles del jardín de poniente. Entonces oí algo que me heló de espanto.

Emergiendo de la oscuridad de la arboleda, un rugido de rabia hirió mis oídos; sonaba tan furioso y aterrador que me obligó a detenerme. Era una especie de bramido vibrante que debía de oírse a kilómetros de distancia y que yo conocía de otras veces. Sabía que se trataba del boggart del Espectro, cuya misión era defender el jardín. Pero ¿de qué me protegía? ¿Acaso me habían seguido?

Giré en redondo, levanté el farol y escruté la oscuridad, angustiado. ¡Quizá el desconocido venía tras de mí! Como no vi nada, agucé el oído y presté atención a fin de captar hasta el más leve ruido. Pero los únicos sonidos que me llegaron fueron el susurro del viento entre los árboles y el ladrido distante de un perro. Convencido finalmente de que nadie me seguía, proseguí mi camino.

Apenas había tenido tiempo de dar otro paso cuando volví a oír aquel rugido furioso, esta vez mucho más cercano. Noté que se me erizaba el vello de la nuca y tuve mucho más miedo al darme cuenta de que las iras del boggart apuntaban contra mí. Pero ¿a qué obedecía su furia? Yo no creía haber cometido ningún error.

Me quedé completamente quieto, sin atreverme a dar un paso más por temor a que el movimiento más insignificante pudiera provocar su ataque. A pesar de ser una noche gélida, tenía la frente bañada en sudor porque me veía en verdadero peligro.

—¡Soy Tom! —grité por fin dirigiéndome a los árboles—. No hay nada que temer. Simplemente le llevo una carta a mi maestro...

Se oyó un gruñido por toda respuesta, esta vez mucho más apagado y más lejano, por lo que después de unos pasos vacilantes eché a andar con mayor rapidez. En cuanto llegué a la casa, vi la figura del Espectro enmarcada en la puerta trasera, con el cayado en la mano. Había oído al boggart y quería averiguar qué pasaba.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó.

—Sí —le grité—. No sé por qué, pero el boggart se ha puesto furioso. Menos mal que ya se ha calmado.

El Espectro asintió, entró de nuevo en la casa y dejó el cayado detrás de la puerta.

Cuando llegó a la cocina, se puso inmediatamente de espaldas a la chimenea para calentarse las piernas, y yo saqué el sobre del bolsillo.

—Era un desconocido, pero iba vestido como un espectro —le expliqué al tenderle la carta—. No me ha dicho cómo se llamaba y sólo me ha pedido que le entregara esto...

Mi maestro se me acercó y me arrancó la carta de la mano. En ese mismo momento la vela de la mesa titiló, el fuego de la chimenea se atenuó e invadió la cocina una repentina frialdad, indicios todos de que el boggart no estaba de buenas. Alice pareció alarmarse y casi se cayó del taburete. Pero el Espectro, con los ojos muy abiertos, rasgó el sobre y leyó la misiva.

Al terminar, frunció el entrecejo y reflejó su preocupación. Farfullando algo entre dientes, arrojó la carta al fuego, donde fue rápidamente consumida por las llamas, pero el papel, retorcido y chamuscado, cayó detrás de la parrilla de hierro. Miré a mi maestro con sorpresa: presa de indignación, temblaba de pies a cabeza.

—Mañana temprano saldremos hacia mi casa de Anglezarke, antes de que empeore el tiempo —soltó mirando directamente a Alice—, pero tú, niña, sólo nos acompañarás una parte del camino. Te dejaré cerca de Adlington.

—¿Adlington? —inquirí—. ¿No es donde vive ahora su hermano Andrew?

—Eso es, muchacho, pero Alice no se quedará con él. En las afueras del pueblo viven un granjero y su mujer que me deben algunos favores. Tuvieron varios hijos, pero murieron todos salvo uno. Y para colmo de desgracias, se les ahogó una hija. El chico trabaja fuera la mayor parte del tiempo y, como la salud de la madre ha comenzado a flaquear, le iría muy bien contar con una ayuda. O sea que ésa será tu nueva casa.

Alice lo miró con ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Mi nueva casa? ¡No estoy conforme! —exclamó—. ¿Por qué no me puedo quedar con usted? ¿Acaso no he hecho todo cuanto me ha ordenado?

Alice no había tenido un solo fallo desde que, en otoño, el Espectro la autorizó a vivir con nosotros en Chipenden. Se ganó el sustento haciendo copias de algunos libros de la biblioteca del señor Gregory y me enseñó montones de cosas que le transmitió su tía, la bruja Lizzie *la Huesuda*, de las que yo tomé nota a fin de ampliar mis nociones de brujería.

—Sí, niña, has hecho lo que te he pedido, o sea que no tengo ninguna queja de ti

—dijo mi maestro—. Pero ése no es el problema. Aprender mi oficio es cosa difícil y lo último que necesita Tom es que lo distraiga una chica. En la vida de un espectro no hay sitio para las mujeres. De hecho, es lo único que tenemos en común con los sacerdotes.

—Pero ¿por qué me dice eso así, de repente? ¡Yo he ayudado a Tom, no lo he distraído! —protestó Alice—. Imposible trabajar más de lo que he trabajado. ¿O es que le ha escrito alguien diciéndole lo contrario? —preguntó, enfurruñada, indicando con el gesto la parte de atrás de los hierros, donde había ido a parar la carta quemada.

—¿Qué? —se extrañó el Espectro, enarcando las cejas con aire de desconcierto, aunque enseguida entendió a qué se refería—. No, por supuesto que no. Pero mi correspondencia privada es un asunto que no te incumbe. No obstante, ya lo tengo decidido —sentenció mirándola con fijeza—, y no hablaremos más del asunto. Empezarás desde el principio. Una ocasión que ni pintada para ayudarte a encontrar tu lugar en el mundo, niña. ¡Y tu última oportunidad, además!

Sin decir palabra y ni siquiera mirarme a mí, Alice dio media vuelta y subió ruidosamente la escalera para irse a la cama. Me levanté para seguirla y brindarle unas palabras de consuelo, pero el Espectro me llamó.

—¡Espera, muchacho! Tenemos que hablar antes de que vayas arriba, así que siéntate. —Hice lo que me ordenaba y tomé asiento junto al fuego—. ¡Nada de lo que digas cambiará mi decisión! Acéptalo y todo será mucho más fácil.

—Las cosas son como son —respondí—, pero hay muchas maneras de decirlas. Seguro que habría podido darle la noticia de forma más suave.

—Tengo cosas más importantes entre manos que los sentimientos de esa jovencita.

No se podía hablar con él cuando se ponía de aquel modo, por lo que decidí no malgastar esfuerzos. Aunque estaba disgustado, sabía que era irremediable, pues seguro que mi maestro lo tenía decidido desde hacía varias semanas y no iba a cambiar de actitud. Personalmente, yo tampoco tenía claro por qué debíamos ir a Anglezarke. ¿Por qué ahora, tan de repente? ¿Tendría algo que ver con el desconocido y su carta? El boggart también había reaccionado de una manera extraña. ¿Era porque sabía que yo llevaba encima aquella carta?

—El desconocido dijo que se vería con usted en Anglezarke —le espeté—. No me pareció un hombre muy cordial. ¿Quién es?

El Espectro me lanzó una mirada fulminante y por un momento pensé que no me respondería. Pero volvió a hacer un gesto con la cabeza y musitó algo por lo bajo antes de hablar.

—Se llama Morgan y durante un tiempo fue mi aprendiz, un aprendiz fracasado, debería añadir, pese a que lo tuve estudiando conmigo casi tres años. Como sabes, no todos mis aprendices consiguen el título. No estaba a la altura de la misión y por eso se siente frustrado, eso es todo. No lo verás cuando estemos allí pero, si te lo encontraras, apártate de su camino; sólo te buscaría problemas, muchacho. Y ahora

ya puedes subir. Como ya te he dicho, mañana saldremos temprano.

—¿Por qué tenemos que pasar el invierno en Anglezarke? ¿No podríamos quedarnos aquí y estar más cómodos en esta casa? —Yo seguía sin encontrarle la lógica.

—¡Ya has hecho bastantes preguntas por hoy! —respondió el Espectro, irritado—. Pero voy a decirte una cosa: no siempre hacemos las cosas porque nos apetece hacerlas. Si es comodidad lo que buscas, este trabajo no es para ti. Te guste o no, la gente nos necesita... sobre todo cuando cae la noche. Y basta con que nos necesiten para que acudamos. Y ahora, a la cama. ¡Ni una palabra más!

No era la respuesta que yo esperaba, pero el Espectro siempre aducía buenas razones para todo lo que hacía y yo no era más que el aprendiz, lo que quería decir que tenía que aprender. Así pues, con una inclinación obediente de cabeza, fui a acostarme.

Adiós a Chipenden

Alice me esperaba sentada en la escalera, junto a mi habitación. La llama de una vela que tenía al lado proyectaba sombras ondulantes en la puerta.

—No quiero irme, Tom —dijo poniéndose de pie—. He sido feliz aquí, y la casa de invierno no será tan buena. ¡El viejo Gregory no se porta bien conmigo!

—Lo siento, Alice, estoy de acuerdo contigo, pero es definitivo y yo no puedo hacer nada.

Vi que había llorado, pero no sabía qué otra cosa decirle. De pronto me cogió la mano izquierda y la apretó con fuerza.

—¿Por qué tiene ese carácter y por qué odia tanto a las mujeres y las chicas?

—Me figuro que lo perjudicaron en épocas pasadas —contesté con suavidad, ya que últimamente me había enterado de algunos sucesos relacionados con mi maestro, aunque de momento los guardaba en secreto—. Mira, voy a explicarte una cosa, Alice, pero tienes que prometerme que no se la contarás a nadie y que el Espectro no sabrá nunca que te la he dicho.

—Te lo prometo —murmuró, y puso los ojos como platos.

—Bien, ¿recuerdas cuando estuvo a punto de echarte al pozo al regresar de Priestown?

Ella asintió. Mi maestro se desentendía de las brujas maléficas encerrándolas vivas en pozos, y tiempo atrás estuvo a punto de confinar a Alice en uno de ellos, pese a que en realidad no se lo merecía.

—¿Te acuerdas de lo que le grité? —pregunté.

—No lo oí muy bien, Tom, porque tenía que defenderme y estaba aterrada, pero lo que le dijiste surtió efecto porque cambió de opinión. Te estaré siempre agradecida.

—Me limité a recordarle que, si no metió a Meg en el pozo, tampoco debía meterte a ti.

—¿Meg? —me interrumpió Alice—. ¿Quién es? Jamás he oído hablar de ella...

—Meg es una bruja; lo leí en uno de los diarios del Espectro. Cuando era joven, se enamoró de ella, pero creo que la muchacha le destrozó el corazón. Y te diré algo más: parece que todavía vive en algún sitio de Anglezarke.

—¿Meg qué más?

—Meg Skelton.

—¡No, no es posible! Esa tal Meg Skelton venía de tierras extrañas, pero regresó con los suyos hace años. Todo el mundo lo sabe. Era una bruja lamia y quería vivir con su estirpe.

Yo sabía muchas cosas sobre las brujas lamia por haberlas leído en un libro de la

biblioteca de mi maestro. La mayoría de ellas procedían de Grecia, donde había vivido mi madre en una época, y en su estado primigenio se alimentaban de sangre humana.

—Tienes razón al afirmar que no ha nacido en el condado, pero el Espectro me aseguró que todavía está aquí y que la conoceré este invierno. Parece ser que vive en su casa...

—¡Anda, no seas tonto, Tom! Eso no es nada probable, ¿comprendes? ¿Qué mujer en sus cabales viviría con él?

—No es tan malo como todo eso, Alice —le recordé—. Tú y yo hemos pasado semanas conviviendo con él y hemos estado a gusto.

—Pues como Meg viva en su casa —comentó Alice con malévola sonrisa—, no te extrañe que la tenga enterrada en un pozo.

—Bien, lo sabremos cuando lleguemos allí —dije sonriéndole a mi vez.

—No, Tom, lo sabrás tú. Yo viviré en otro sitio, ¿no te acuerdas? Sin embargo, la situación no es tan mala como parece porque Adlington está cerca de Anglezarke. No es más que un paseo, Tom, o sea que podrás visitarme. ¿Querrás? ¿Irás a verme? Así no estaré tan sola...

Aunque no sabía si el Espectro me lo permitiría, quería que se sintiera más tranquila. De pronto me acordé de Andrew.

—Ahora que lo pienso —dije—, Andrew es el único hermano que tiene el señor Gregory y vive y trabaja en Adlington. Es probable que mi maestro desee visitarlo de vez en cuando, ya que viviremos muy cerca. Y seguramente me llevará con él. Iremos al pueblo a menudo, estoy seguro, o sea que tendremos muchas ocasiones de vernos.

Alice sonrió y me soltó la mano.

—Procura que así sea, Tom. Te esperaré; no me abandones. Y gracias por contarme toda esa historia sobre el viejo Gregory. Conque enamorado de una bruja, ¿eh? ¿Quién lo habría dicho de un hombre como él?

Dicho esto, cogió la vela y se fue escalera arriba. Echaría realmente de menos a Alice, pero encontrar una excusa para ir a verla tal vez fuera más difícil de lo que le había dicho. El Espectro no lo aprobaría; él no estaba para chicas y en varias ocasiones me había advertido que me guardase de ellas. De momento ya le había contado a Alice bastantes cosas sobre mi maestro, demasiadas quizá, aunque en el pasado del Espectro existieron otras aventuras, además de la de Meg, puesto que también se relacionó con otra mujer, Emily Burns, entonces comprometida con uno de sus hermanos. Éste ya había muerto, pero el escándalo dividió a la familia y causó un montón de problemas. Emily, al parecer, también vivía en los alrededores de Anglezarke. Toda historia tiene dos caras y yo no estaba en condiciones de juzgar al señor Gregory hasta que dispusiera de más información. En cualquier caso, yo ya conocía el doble de mujeres en su historial que en el de la mayoría de los hombres del condado. ¡El Espectro había vivido lo suyo!

Entré en mi habitación y dejé la vela en la mesilla de noche. En la pared, junto a

los pies de la cama, había varios nombres garrapateados por anteriores aprendices, algunos de los cuales terminaron con éxito su aprendizaje con el Espectro; el nombre de Bill Arkwright se veía en el ángulo superior izquierdo. En cambio, muchos de esos chicos fracasaron y no terminaron sus estudios; incluso algunos de ellos murieron. El nombre de Billy Bradley estaba en el ángulo opuesto; era el aprendiz que me precedió, pero cometió un error y un boggart le arrancó los dedos de un mordisco. Billy murió a consecuencia del susto y de la pérdida de sangre.

Esa noche examiné detenidamente la pared. Por lo que sabía, todos cuantos estuvieron en aquella habitación dejaron escrito su nombre, yo incluido. El mío era muy pequeño porque disponía de muy poco espacio, pero por lo menos quedaba constancia de él. Con todo, a mi modo de ver, faltaba un nombre. Revisé cuidadosamente la pared para asegurarme y comprobé que mis sospechas eran fundadas: en la pared no figuraba ningún «Morgan». ¿Por qué? El Espectro había dicho que Morgan fue aprendiz suyo, ¿por qué, entonces, éste no escribió su nombre?

¿Qué diferencia lo distinguía?

A la mañana siguiente, después de un desayuno apresurado, nos preparamos para la marcha. Poco antes de salir, me colé un momento en la cocina para despedirme del boggart.

—Gracias por todas las comidas que nos has preparado —dije en voz alta al vacío.

No estaba muy seguro de si al Espectro le habría gustado saber que yo hacía una visita especial a la cocina para darle las gracias al boggart, puesto que él no quería establecer contacto demasiado estrecho con «el servicio».

Me di cuenta, sin embargo, de que el boggart había apreciado la atención porque, así que hube pronunciado esas palabras, se oyó un profundo ronroneo debajo de la mesa de la cocina que fue creciendo hasta que los pucheros y las ollas retemblaron. Habitualmente, el boggart era invisible, pero a veces adoptaba la forma de un enorme gato rubio.

Aunque vacilé, porque no sabía cómo iba a reaccionar ante lo que quería decirle, hice acopio de valor y le hablé de nuevo:

—Lamento haberte irritado anoche —me disculpé—, pero no hice más que cumplir con mi deber. ¿Te molestó la carta?

Como el boggart no hablaba nunca, no esperaba que me respondiese con palabras. Le había hecho la pregunta por pura intuición, porque creía que era lo adecuado.

En ese momento se coló por la chimenea una ráfaga de aire, se notó un leve olor a hollín y, desde los hierros del hogar, salió volando un trozo de papel que aterrizó en la estera colocada delante de la chimenea. Me acerqué a recogerlo: tenía los bordes chamuscados y un trozo se desintegró entre mis dedos, pero era lo único que quedaba de la carta que Morgan me había entregado.

Sólo se distinguían unas pocas letras en el pedazo de papel socarrado y tuve que fijarme mucho en ellas para descifrarlas:

Dame lo que me pertenece o haré que lamente haber nacido. Empieza por...

No se leía nada más, pero bastaba para saber que Morgan amenazaba a mi maestro. ¿A qué se refería? ¿Acaso el Espectro le había quitado algo? ¿Algo que le pertenecía por derecho? No me cabía en la cabeza que fuera capaz de robar nada a nadie; no era un ladrón. Aquellas palabras no tenían sentido.

Mis cavilaciones se truncaron al oír a mi maestro que gritaba desde la puerta de entrada:

—¡Vamos, muchacho! ¿Qué estás haciendo? ¡No te entretengas! ¡No podemos perder todo el día!

Estrujé el papel y volví a arrojarlo a la chimenea, cogí mi cayado y acudí corriendo a la puerta. Alice ya me esperaba fuera, pero él, que estaba en el umbral con dos bolsas a los pies, me miró con desconfianza. No nos llevábamos gran cosa, pero me tocaba a mí cargar con los paquetes.

El Espectro me había adjudicado una bolsa exclusivamente para mí, aunque de momento no tenía mucho que guardar en ella. No contenía más que una cadena de plata, regalo de mi madre, una caja de yesca, obsequio de despedida de mi padre, mi cuaderno de notas y algunas prendas de ropa. Algunos calcetines estaban tan zurcidos que parecían casi nuevos, pero mi maestro me había comprado un tabardo de piel de oveja para el invierno, de mucho abrigo, que yo llevaba puesto debajo de la capa. También disponía de mi propio cayado, nuevo y de madera de serbal, cortado por mi propio maestro, muy eficaz contra la mayoría de brujas.

El Espectro, a pesar de sus críticas contra Alice, fue generoso con su vestimenta, pues también ella lucía un tabardo nuevo de lana negra, que le llegaba casi hasta los tobillos, con capucha para mantenerle calientes las orejas.

A él no parecía afectarle mucho el frío, ya que en invierno llevaba la misma capa, también con capucha, que en primavera y verano. No había estado bien de salud en los últimos meses, pero daba la impresión de que ya se había repuesto y estaba tan fuerte como siempre.

Cuando hubimos salido, atrancó la puerta de la casa, alzó la vista para mirar el sol de reojo y echó a andar con gran energía. Yo cargué con las dos bolsas y procuré seguirlo; Alice iba detrás de mí pisándome los talones.

—A propósito, muchacho —me gritó el Espectro girando la cabeza para mirarme —, nos pararemos en la granja de tu padre en nuestro camino hacia el sur. ¡Todavía me debe diez guineas como pago final de tu educación!

Me entristecía dejar Chipenden. Había acabado encariñándome con la casa y los jardines y lamentaba tener que separarme de Alice. Pero por lo menos tendría ocasión de ver a mis padres. Por eso mi corazón saltaba de alegría y sentía una nueva energía

en las piernas. ¡Volvía a casa!

Mi casa

Durante la ruta hacia el sur, contemplé a menudo las colinas rocosas. Había dedicado tanto tiempo a vagar por ellas, tan cerca de las nubes, que algunas se me antojaban viejas amigas, en especial la Pica de Parlick, la más cercana a la casa de verano del Espectro. Sin embargo, ya al final del segundo día de marcha, las grandes y familiares colinas se convirtieron en una línea morada que apenas sobresalía en el horizonte y agradecí disponer de mi tabardo nuevo. Habíamos pasado una noche desapacible y glacial en un granero desprovisto de tejado y, aunque el viento había amainado y el sol lucía débilmente, parecía que la temperatura descendía por momentos.

Por fin nos acercábamos a mi casa y el deseo de volver a ver a mi familia crecía a cada paso que daba. Sobre todo me moría de ganas de ver a mi padre. En mi última visita lo había encontrado reponiéndose de una grave enfermedad, pero existían pocas probabilidades de que se recuperase del todo. En cualquier caso, tenía intención de retirarse y dejar la granja en manos de mi hermano mayor, Jack, a principios del invierno; no obstante, la enfermedad precipitó los acontecimientos, y aunque el Espectro se había referido a la granja de mi padre, de hecho ya no le pertenecía.

De pronto, a nuestros pies, divisé el granero y la granja familiar con su penacho de humo saliendo por la chimenea. Los campos que la rodeaban y los árboles desnudos ofrecían un aspecto desolado y glacial que despertó en mí el deseo de calentarme las manos junto al fuego de la cocina.

Mi maestro se detuvo donde se iniciaba el camino.

—Bien, muchacho, no creo que tu hermano y su mujer se alegren mucho de vernos. No hay nada que perturbe tanto a la gente como los asuntos relacionados con los espectros, por lo que es mejor no provocar esos sentimientos. De modo que ve tú y tráeme el dinero; la chica y yo te esperaremos aquí. Como es lógico, tendrás ganas de ver a tu familia, pero no te demores más de una hora. Porque mientras tú estás sentado delante de un buen fuego, nosotros permaneceremos aquí con los pies helados.

Tenía razón; a mi hermano Jack y a su mujer no les gustaban los asuntos del Espectro y ya me habían advertido en otras ocasiones que no lo llevara a su casa. O sea que me avine a dejarlos a la intemperie y eché a correr por el camino en dirección a la granja. Al abrir la verja, ladraron los perros y Jack apareció por un lateral del granero. No manteníamos muy buenas relaciones desde que me había hecho aprendiz

del Espectro, pero parecía contento de verme y me recibió con una gran sonrisa.

—Me alegro de verte, Tom —dijo abrazándome con efusión.

—También yo, Jack. ¿Cómo está nuestro padre?

Le desapareció la sonrisa con la misma rapidez con que le había aparecido.

—La verdad, Tom, no creo que esté mejor que la última vez que lo viste. Algunos días parece encontrarse mejor, pero por las mañanas tose y escupe de tal manera que se ahoga. Da pena oírlo. Nos gustaría hacer algo por él, pero nos sentimos impotentes.

Moví la cabeza, contrito.

—¡Pobre padre! Mira, estoy en ruta hacia el sur, donde pasará el invierno —le expliqué—; sólo he venido a buscar el dinero que se le adeuda al Espectro. Me gustaría quedarme, pero no puedo. Mi maestro me espera al final del camino porque tenemos que proseguir la marcha dentro de una hora.

No le mencioné a Alice. Jack sabía que era sobrina de una bruja y no quería saber nada de ella. Ya se las habían tenido una vez y yo no quería que se repitiera la escena.

Mi hermano se volvió para escrutar el camino antes de volver a mirarme de pies a cabeza.

—Hay que reconocer que vas vestido como te corresponde —comentó con amarga sonrisa.

Estaba en lo cierto. Había dejado las bolsas al cuidado de Alice, pero llevaba puesta la capa negra y empuñaba el cayado, lo que me convertía en una versión reducida de mi maestro.

—¿Te gusta el tabardo? —pregunté, y aparte la capa para que pudiera examinarlo a placer.

—Parece de abrigo.

—Me lo compró el señor Gregory; dice que me hará mucha falta porque pasaremos el invierno en una casa que tiene en el páramo de Anglezarke, no lejos de Adlington, y parece ser que ahí el frío es intenso.

—¡Y que lo digas! De eso puedes estar seguro; lo sabrás mejor que yo. En fin, es hora de que vuelva a mis cosas. No hagas esperar a nuestra madre. Hoy está alegre y animada; debía de saber que vendrías.

A continuación Jack atravesó la era, pero al llegar a la esquina del granero, se detuvo un momento para saludarme agitando la mano y yo le devolví el saludo antes de cruzar la puerta de la cocina. Era probable que mi madre supiera ya que me aproximaba; ella presentía las cosas. Como matrona y curandera, a menudo sabía cuándo alguien iba en su busca para pedirle ayuda.

Al empujar la puerta trasera, la encontré sentada en la mecedora junto al fuego. Tenía las cortinas corridas porque sus ojos son muy sensibles a la luz solar; me sonrió al verme entrar.

—Me alegro de verte, hijo. Acércate y dame un abrazo y después me contarás las novedades.

Me acerqué y me abrazó con fuerza. Después cogí una silla y la coloqué a su lado. Desde la última vez que la había visto, en otoño, habían ocurrido muchas cosas, pero entre tanto le había enviado una larga carta relatándole todos los peligros a los que me había enfrentado con mi maestro durante las últimas jornadas de nuestra misión en Priestown.

—¿Recibiste mi carta, madre?

—Sí, Tom, y siento de veras no haberte contestado, pero aquí han sucedido muchos acontecimientos y, además, sabía que vendrías de camino hacia el sur. ¿Cómo está Alice?

—Por fin se ha arreglado todo y ha vivido feliz con nosotros en Chipenden, pero el problema es que el Espectro no confía en ella. Ahora nos instalaremos en su casa de invierno, pero Alice tendrá que vivir en una granja con gente que no ha visto en su vida.

—Una situación difícil —replicó mi madre—, pero estoy segura de que el señor Gregory sabe lo que se lleva entre manos. Al parecer, es la mejor solución. En cuanto a Anglezarke, ten mucho cuidado, hijo. Es un páramo triste y desolado. Quizá el señor Gregory se haya desprendido de Alice muy a la ligera...

—Jack me ha hablado de papá. ¿Ha empeorado tanto como tú suponías, madre?

—La última vez que nos vimos, ella me insinuó que la vida de mi padre estaba tocando a su fin, pese a que ocultó sus peores temores a Jack.

—Espero que recupere fuerzas, puesto que se le proporcionarán todos los cuidados necesarios para sobrevivir al invierno, que sospecho que será tan malo como todos los que he vivido desde que llegué al condado. Ahora está durmiendo, pero dentro de unos minutos te acompañaré al piso de arriba para que lo veas.

—Jack me ha parecido de mejor humor —comenté tratando de animarla—. A lo mejor es que se ha conformado con la idea de tener un espectro en la familia.

Mi madre sonrió con ganas.

—No le queda más remedio, pero supongo que más bien será porque Ellie vuelve a estar embarazada y esta vez espera un niño... de eso estoy segura. Jack ha deseado siempre tener un varón, alguien que un día heredase la granja.

Me alegré por él. Mi madre no se equivocaba nunca con ese tipo de cosas. De súbito me di cuenta de que la casa estaba muy silenciosa. Demasiado, casi.

—¿Dónde está Ellie?

—¡Qué lástima, Tom, pero has escogido mal día! Casi todos los miércoles va a visitar a sus padres y se lleva con ella a la pequeña Mary. ¡Tendrías que verla! Está muy crecida para sus ocho meses y gatea con tanta rapidez que no hay ojos suficientes para vigilarla. Bueno, ya sé que tu maestro te espera fuera y hace frío, así que será mejor que subamos a ver a tu padre.

Papá estaba profundamente dormido, pero tenía el cuerpo recostado en cuatro

almohadas y daba la impresión de que estaba sentado.

—En esa postura respira mejor —comentó mi madre—. Todavía tiene un poco congestionados los pulmones.

Respiraba ruidosamente, tenía la cara de un color grisáceo y le resbalaba por la frente un reguero de sudor. Parecía realmente enfermo, y ya no era más que una sombra del hombre fuerte y sano que en otro tiempo cargaba él solo con el trabajo de la granja, sin dejar por ello de ser un padre bueno y cariñoso con sus siete hijos.

—Comprendo, Tom, que te gustaría hablar con él aunque fueran unas pocas palabras, pero no ha dormido en toda la noche. Será mejor que no lo despertemos. ¿Qué te parece?

—Por supuesto, madre —admití, aunque me entristecía no poder hablar con él.

Lo veía tan enfermo que pensé que quizá no tendríamos ocasión de volver a vernos nunca más.

—Pues entonces, dale un beso, hijo, y dejémoslo descansar...

La miré sorprendido, porque no recordaba cuándo había besado a mi padre por última vez. Lo que más se asemejaba a un beso era una palmadita en el hombro o un apresurado apretón de manos.

—Anda, Tom, dale un beso en la frente —insistió mi madre— y deséale que se ponga bien. Aunque duerma, una parte de su persona oirá lo que le digas y eso contribuirá a que mejore.

Nuestras miradas se cruzaron; en sus ojos percibí cuánto deseaba que hiciera lo que me pedía. Así pues, me incliné sobre la cama y rocé con los labios la frente húmeda y ardiente de mi padre. Noté un olor extraño que no supe identificar, olor a flores, pero de un tipo de flor cuyo nombre desconocía.

—Que te mejores pronto, padre —murmuré en voz muy baja—. Volveré en primavera y entonces charlaremos.

La boca se me quedó seca y, al pasar la lengua por los labios, percibí el sabor a sal que le desprendía la frente. Mamá sonrió con tristeza y me indicó con la mano la puerta de la habitación.

Cuando salimos del dormitorio, él empezó a toser y carraspear. Me volví, preocupado, y vi que abría los ojos y me miraba.

—¡Tom! ¡Tom! ¿Eres tú? —susurró antes de que le diera otro acceso de tos.

Mi madre volvió rápidamente a la habitación y se inclinó sobre él llena de angustia mientras le acariciaba suavemente hasta que se le calmó la tos.

—Tom está aquí —le dijo—, pero no conviene que te fatigues hablando.

—¿Trabajas mucho, chico? ¿Está contento contigo el maestro? —me preguntó con voz ronca y apagada, como si tuviera algún estorbo metido en la garganta.

—Sí, padre, todo va bien. La verdad es que también he venido por eso —dije acercándome a la cama—. Mi maestro está decidido a quedarse conmigo y quiere que le pagues las diez guineas últimas que le debes por mi aprendizaje.

—Pues es una buena noticia, hijo. Me alegro por ti. ¿Te gusta trabajar en

Chipenden?

—Sí me ha gustado, padre, pero ahora estamos de camino porque vamos a pasar el invierno en su casa del páramo de Anglezarke.

—¡Ay, hijo, ojalá no tuvieras que ir donde dices! —comentó, súbitamente alarmado, y echó una mirada a mi madre—. Se cuentan historias muy extrañas de ese sitio, ninguna buena por cierto. Deberás tener los ojos muy abiertos. Y procura no alejarte de tu maestro y prestar oído atento a todo lo que te diga.

—No me ocurrirá nada malo, padre. No te preocupes. Aprendo muchas cosas todos los días.

—De eso estoy convencido, hijo mío. Debo confesarte que yo tenía mis dudas cuando te puse a trabajar como aprendiz de un espectro, pero tu madre tenía razón. El trabajo es duro, pero alguien tiene que hacerlo. Ella ya me ha informado de los progresos que has hecho hasta ahora y debo decirte que estoy orgulloso de tener un hijo tan aplicado como tú. No tengo favoritos, te lo advierto. He tenido siete hijos, buenos todos. Os he querido a los siete y estoy orgulloso de todos y de cada uno de vosotros, pero tengo la sensación de que tú tal vez eres el mejor.

Sonreí, sin saber qué contestarle. Mi padre sonrió a su vez, cerró después los ojos y al poco rato cambió el ritmo de su respiración y volvió a sumirse en el sueño. Mi madre me indicó la puerta con un gesto y salimos de la habitación. Cuando estuvimos de nuevo en la cocina, le pregunté por el extraño olor que había notado.

—Ya que me has preguntado, no quiero ocultarte la respuesta, Tom. Como séptimo hijo de un séptimo hijo que eres, has heredado de mí ciertas cosas. Ambos somos sensibles a lo que se llaman «avisos de muerte». Lo que has oído es la muerte que se acerca...

Sentí un nudo en la garganta y que las lágrimas me asomaban a los ojos. Mi madre se me acercó al momento y me echó los brazos al cuello.

—¡Ay, Tom, procura sobreponerte! Eso no quiere decir que tu padre vaya a morir dentro de una semana, un mes o ni siquiera dentro de un año. Cuando un enfermo se cura, desaparece el olor. Lo mismo sucederá con tu padre. De hecho, hay días en que el olor casi no se nota. Yo hago todo lo que puedo por él y todavía hay esperanzas. Pese a todo, las cosas son como son; en fin ya te lo he dicho y así has aprendido algo más.

—Gracias, madre —respondí con tristeza, y me dispuse a marcharme.

—No te vayas en ese estado —me susurró mi madre con voz suave y dulce—. Siéntate un momento junto al fuego mientras te preparo unos bocadillos para el viaje.

Así lo hice y, con gran presteza, preparó un paquete con unos bocadillos de jamón y pollo para los tres.

—¿No te olvidas de nada? —me preguntó al dármele.

—¡El dinero del señor Gregory! Lo había olvidado por completo.

—Espera un momento, Tom. Voy a mi habitación a buscarlo.

Al decir «mi habitación» no se refería al dormitorio que compartía con mi padre,

sino a la habitación cerrada con llave, en el último piso de la casa, donde guardaba sus posesiones. Desde que era pequeño sólo había estado allí una vez, el día que me dio la cadena de plata, pero nadie, ni siquiera mi padre, entraba en aquella habitación.

Estaba llena de cajas y baúles, aunque yo no tenía ni idea de lo que contenían. Por lo que acababa de decir, también guardaba dinero allí. Precisamente, con el dinero que ella había traído consigo de Grecia, su tierra natal, se había comprado la granja.

Antes de irme, contó una por una las diez guineas. Al mirarme, leí en sus ojos la preocupación que la invadía.

—El invierno que se acerca va a ser largo, duro y cruel, hijo mío; no hay más que leer los signos: las golondrinas han emprendido el vuelo hacia el sur un mes antes de lo habitual y han llegado las primeras heladas cuando los rosales todavía estaban en flor, algo que no se había visto nunca. Será una época difícil y no creo que ninguno de nosotros salga de ella indemne, de modo que no podría haber lugar peor para pasar este invierno que Anglezarke. Tu padre se inquieta por ti, Tom, y yo también; él tiene razón en todo lo que te ha dicho, o sea que no voy a hablarte con remilgos: no hay duda de que aumenta el poder de las tinieblas y que en aquel páramo persiste una influencia particularmente maléfica; es un lugar donde, hace muchísimo tiempo, se rendía culto a los antiguos dioses y es evidente que, en invierno, los hay que se despiertan de su sueño. El peor de todos es Golgoth. Algunos lo llaman «Señor del Invierno». Mantente, pues, cerca de tu maestro. Es el único amigo verdadero que tienes y debéis ayudaros mutuamente.

—¿Y Alice?

—Puede pasarlo bien o mal. —Hizo un gesto dubitativo con la cabeza—. Mira, no hay sitio más próximo a las tinieblas en todo el condado que ese frío páramo, por lo que supondrá una prueba más para ella. Espero que la supere, pero no conozco el resultado. Tú límitate a hacer lo que te he dicho: procura mantenerte cerca de tu maestro; es lo único que importa.

Volvimos a abrazarnos, me despedí de ella y me eché de nuevo a los caminos.

La casa de invierno

Cuanto más nos acercábamos a Anglezarke, peor tiempo hacía.

Llovía y arreciaba el viento glacial del sudeste, que nos azotaba el rostro; además, planeaban unas nubes grises, bajas y pesadas como plomo. Más tarde el viento sopló con más ímpetu aún y la lluvia se transformó en aguanieve y granizo, de manera que el suelo se convirtió en un lodazal y se nos dificultaba el avance. Para empeorar todavía más las cosas, caminábamos a trompicones por un terreno musgoso y traicionero, pantanoso y saturado de humedad; por consiguiente, el Espectro tuvo que poner en juego todos sus recursos para cruzarlo indemnes.

Pero por la mañana del tercer día de caminata amainó la lluvia y se levantaron las nubes, lo que permitió que divisáramos la torva silueta de unas montañas erguidas ante nosotros.

—¡Es ahí! —exclamó el Espectro señalando con el cayado el perfil que se recortaba enfrente—. Estamos en el páramo de Anglezarke. Y más allá, a unos seis kilómetros en dirección sur —volvió a indicar el sitio—, está Blackrod.

El pueblo quedaba demasiado lejos para distinguirlo. Me pareció percibir algunos penachos de humo, pero bien podía tratarse de nubes.

—¿Cómo es Blackrod? —quise saber.

Mi maestro había mencionado ese lugar alguna vez, y yo supuse que sería el pueblo donde nos aprovisionaríamos todas las semanas.

—No es un lugar tan agradable como Chipenden, así que es mejor mantenerse a distancia —me respondió—. Sus habitantes son rudos y muchos de ellos están emparentados entre sí; sé perfectamente de qué hablo porque yo nací ahí. En cambio, Adlington es mucho mejor y, además, no está muy lejos; aproximadamente, dista un kilómetro y medio en dirección norte. Ahí es donde te dejaremos a ti, chica —le dijo a Alice—. La granja en la que vivirás se llama Paisaje del Páramo y los Hurst son sus propietarios.

Al cabo de una hora llegamos a una granja aislada, situada a orillas de un gran lago. Cuando el Espectro se acercó, los perros ladraron, pero al poco rato se plantó en la era y se puso a hablar con el granjero, un viejo que no evidenció trazas de estar contento de verlo. Pasados unos cinco minutos, se les reunió la mujer. Sin embargo, no cruzaron la más mínima sonrisa entre ellos.

—Aquí no somos bien recibidos, eso está claro —comentó Alice, e hizo un gesto despectivo con la boca.

—Seguro que no es tan malo como parece —dije tratando de aliviar la situación—. No te olvides de que han perdido a una hija. Hay personas que no llegan a superar

nunca una desgracia como ésa.

Mientras esperábamos, me dediqué a examinar más atentamente la granja: no parecía muy próspera y la mayoría de construcciones que la componían estaban en estado ruinoso; el granero estaba medio derrumbado y daba la impresión de que bastaría una tormenta para derribarlo; en general, el aspecto de todo lo que estaba a la vista hablaba de desolación. No pude por menos que preguntarme cómo sería el lago cercano y comprobé que era una extensión de agua grisácea bordeada de cenagales en la orilla opuesta y con unos pocos sauces desmedrados en la más próxima. ¿Sería en él donde se había ahogado la muchacha? Si así fuera, cada vez que los Hurst se asomaban a las ventanas frontales de la casa, debían de revivir lo ocurrido.

Pasados unos minutos, el Espectro nos hizo un gesto para que nos acercáramos. Así pues, nos encaminamos con dificultad hacia la era pisando el fango.

—Éste es mi aprendiz, Tom —me presentó el Espectro al granjero y a su mujer.

Sonreí y los saludé. Los dos esbozaron un movimiento con la cabeza, pero no correspondieron a mi sonrisa.

—Y esta muchacha es Alice. —El Espectro prosiguió las presentaciones—. Es muy trabajadora y será una gran ayuda en la casa. Sean firmes pero amables con ella y no les causará ningún problema.

Observaron a Alice de pies a cabeza, pero no dijeron ni media palabra. Ella, después de dedicarles una breve inclinación de cabeza y una media sonrisa, se quedó mirando fijamente sus zapatos puntiagudos. Me parecía evidente que se sentía muy infeliz; su estancia en casa de los Hurst no tenía un buen comienzo. Debo decir que no le echaba las culpas a ella sino al matrimonio, porque marido y mujer tenían el aspecto de seres muy desgraciados y derrotados por la vida, y ambos tenían la cara y la frente surcadas por profundas arrugas que revelaban una mayor costumbre a enfurruñarse que a sonreír.

—¿Han visto mucho a Morgan últimamente? —preguntó el Espectro.

Al oír ese nombre levanté la vista justo a tiempo de detectar una contracción del párpado izquierdo del señor Hurst como si fuera un repentino espasmo. Parecía nervioso, asustado incluso. ¿Se trataba del mismo Morgan que me había dado la carta para mi maestro?

—Pues no —respondió la señora Hurst con aire displicente y sin mirarlo—. Viene de vez en cuando a pasar una noche, pero va y viene a placer. De momento no ha vuelto por aquí.

—¿Cuándo lo vieron por última vez?

—Hará unas dos semanas. Quizá más...

—Bien, pues cuando vuelva, díganle que quiero hablar dos palabras con él. Que se acerque por mi casa.

—Muy bien, se lo diremos.

—Así lo espero. Nosotros continuaremos nuestro camino.

Dio media vuelta con intención de proseguir la marcha y yo recogí mi cayado y

las dos bolsas y lo seguí. Alice corrió detrás de mí y, cogiéndome del brazo, me detuvo.

—No te olvides de lo que me has prometido —me murmuró al oído izquierdo—. ¡No tardes más de una semana en venir a verme! ¡Cuento contigo!

—Vendré, no te preocupes —dije con una sonrisa.

Fue a reunirse con los Hurst y los vi entrar juntos en la casa. Alice me daba verdadera pena, pero me era imposible remediar su suerte.

Cuando dejamos atrás la granja, no pude evitar decirle al Espectro lo que me atormentaba.

—No parecían muy contentos con Alice —susurré confiando en que contradijera mis palabras, aunque me sorprendí al comprobar que estaba de acuerdo con mi comentario.

—Es verdad, no estaban contentos, pero no pueden protestar. Has de saber que los Hurst me deben una suma importante de dinero. En dos ocasiones les he limpiado la casa de fastidiosos boggarts, y todavía no he recibido nada por un trabajo tan esforzado. Por eso me avine a perdonarles la deuda si acogían a Alice en su casa.

Apenas podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—Pero eso no le conviene a Alice. Quizá la traten mal.

—Sabes muy bien que esa chica sabe defenderse —repuso con una astuta sonrisa—. Por otra parte, tú no estarás lejos y de vez en cuando irás a ver cómo está.

Cuando ya me disponía a protestar, la sonrisa del Espectro se acentuó de forma tan exagerada que le confirió el aire de un lobo famélico: abrió las mandíbulas como si fuera a arrancar la cabeza a su presa.

—¿O me equivoco? —preguntó. Y yo negué con un gesto—. Ya me lo parecía, muchacho. A estas alturas, te conozco bastante bien. Así pues, no te preocupes por la chica; será mejor que cuides de ti mismo. Este invierno será muy crudo y nos pondrá a prueba a los dos hasta el límite de nuestras fuerzas. Anglezarke no es sitio para los pusilánimes ni los blandengues.

Como había algo más que me preocupaba, decidí descargar el buche.

—He oído que preguntaba a los Hurst por un tal Morgan. ¿Es el mismo que le envió la carta?

—Espero que no haya dos, muchacho. Si uno ya me da tantos quebraderos de cabeza...

—¿O sea que vive con los Hurst de vez en cuando?

—En efecto, chico, cosa lógica teniendo en cuenta que es su hijo.

—¿Ha enviado a Alice con los padres de Morgan? —inquirí, sorprendido.

—Sí. Y sé lo que me hago. Y ahora basta de preguntas. Sigamos adelante; tenemos que llegar mucho antes de que caiga la noche.

Desde el primer momento en que vi de cerca las colinas rocosas que rodeaban

Chipenden, me gustaron. El páramo de Anglezarke, en cambio, era bastante diferente. No habría sabido identificar los motivos, pero cuanto más próximo me encontraba de ese lugar, más sentía desfallecer el ánimo.

Tal vez fuera porque estábamos en las postrimerías del año —el período más sombrío y la época en que comienza el invierno—, o quizá se debiera a la oscuridad del propio páramo, que se erguía sobre mí como una bestia gigantesca medio adormecida, con sus picos tenebrosos embozados en nubes. Pero la razón más probable era que todo el mundo me había prevenido contra aquel lugar y comentado la severidad del invierno que estaba por llegar. En cualquier caso, no habría podido sentirme peor cuando divisé la casa del Espectro, siniestro emplazamiento donde viviríamos los meses que se avecinaban.

Nos acercamos a ella siguiendo el curso de un arroyo en dirección a su nacimiento, y trepamos por las paredes de lo que el Espectro llamó una «garganta», que era una hendidura del páramo, un valle profundo y angosto de escarpadas laderas que se erguían a uno y otro lado. Los guijarros que las cubrían pronto cedieron paso a terrones de hierba y roca desnuda que se convirtieron en inhóspitos peñascos a ambos lados de la garganta.

Pasados unos veinte minutos, la garganta se abrió en una curva hacia la izquierda y de súbito, delante de nosotros, apareció la casa del Espectro, erigida en el mismo peñasco y encarada a nuestra derecha. Mi padre decía siempre que la primera impresión que se tiene de algo es la acertada y he de confesar que, al ver la vivienda, se me cayó el alma a los pies; también es verdad que las circunstancias no ayudaban en nada puesto que la tarde moría y apenas había luz. La casa era más grande e imponente que la de Chipenden, pero la piedra con que estaba construida era de una tonalidad mucho más oscura, que le infundía una apariencia marcadamente siniestra. Por otra parte, las ventanas eran pequeñas y probablemente las habitaciones serían muy oscuras debido al emplazamiento de la casa en la garganta; era uno de los edificios más inhóspitos que había visto en mi vida.

Pero lo peor era la ausencia de jardín. Como he dicho, la casa estaba construida en el mismo despeñadero rocoso y desnudo que le hacía de respaldo; por la parte frontal, bastaban cinco o seis pasos para llegar a la orilla de un riachuelo, no muy ancho pero, en apariencia, profundo y muy frío. Si dabas treinta pasos más a través de crujientes guijarros, tropezabas con la cara opuesta de la roca. Eso suponiendo que consiguieses atravesar las resbaladizas pasaderas sin caerte al agua.

De la chimenea no salía humo, lo que significaba que no habría un buen fuego para darnos la bienvenida. En Chipenden, el boggart del Espectro sabía siempre cuándo volvíamos y no sólo encontrábamos la casa caliente, sino que también nos esperaba una sabrosa comida en la mesa de la cocina.

Daba la impresión de que las laderas de la garganta casi se juntaban por encima de la casa, ya que sólo se distinguía sobre ella una estrecha franja de cielo. Yo temblaba como una hoja porque en la garganta todavía hacía más frío que en las

profundas vertientes del páramo, y me di cuenta de que ni siquiera en verano luciría el sol más de una hora al día. Eso me hizo añorar todavía más lo que había dejado en Chipenden: sus bosques, sus campos, las altas colinas rocosas y el dilatado cielo. Allí contemplábamos el mundo desde arriba; aquí, en cambio, estábamos atrapados en un hoyo largo, estrecho y profundo.

Miré con inquietud el punto donde los oscuros bordes de la garganta se confundían con el cielo. Si alguien o algo nos hubiese observado desde allí arriba, no nos habríamos enterado.

—Bien, muchacho, ya hemos llegado: ésta es mi casa de invierno. Hay mucho que hacer; cansados o no, hay que ponerse manos a la obra.

Y en lugar de dirigirse a la puerta principal, rodeó el edificio y se encaminó a un espacio enlosado de la parte trasera. A tres pasos de la puerta de atrás se alzaba la pared rocosa, que rezumaba agua y de la que colgaban estalactitas de hielo, que a mí se me antojaron los dientes del dragón de un increíble cuento que me explicaba uno de mis tíos.

Claro que, en una boca ardiente como la del dragón, los supuestos «dientes» se habrían transformado en vapor en un instante. Pero el frío era tan intenso en aquella zona que a buen seguro se conservaban todo el año y, si nevaba, debía de ser imposible librarse de la nieve hasta bien avanzada la primavera.

—Aquí siempre usamos la puerta trasera, muchacho —dijo el Espectro, y sacó del bolsillo la llave que le había hecho su hermano Andrew, el cerrajero. Una llave capaz de abrir cualquier puerta siempre que la cerradura no fuese muy complicada. También yo disponía de una de esas llaves y, gracias a ella, me había librado de algún apuro en más de una ocasión.

La cerradura se le resistía y la puerta parecía reacia a abrirse. Al fin dentro, me deprimió la oscuridad, pero el Espectro dejó apoyado el cayado en la pared, sacó una vela de su bolsa y la encendió.

—Deja aquí las bolsas —indicó señalando un estante bajo junto a la puerta.

Hice lo que me ordenaba y apoyé mi cayado en el rincón, junto al suyo, y lo seguí hacia el interior de la casa.

A mi madre le habría descorazonado el estado de la cocina y a mí me confirmó que no había boggart alguno para hacer el trabajo de la casa. Era evidente que nadie se había ocupado de ella desde que el Espectro la abandonó el último invierno: el polvo lo cubría todo, del techo colgaban telarañas, en el fregadero había un montón de enseres sucios y sobre la mesa había quedado media hogaza de pan que el moho había teñido de verde. Flotaba, además, en el aire un leve olor dulzón y desagradable, como de algo que estuviese pudriéndose lentamente en algún oscuro rincón. Junto a la chimenea había una mecedora, parecida a la que mi madre tenía en la granja, sobre cuyo respaldo quedó un chal marrón muy necesitado de un buen lavado. Me pregunté a quién debía de pertenecer.

—Bien, muchacho —dijo el Espectro—, será cuestión de empezar a trabajar. Lo

primero que haremos será calentar esta vieja casa. Y así que esté a buena temperatura, nos pondremos a limpiar.

En un lateral de la vivienda había un gran cobertizo de madera lleno de carbón, aunque no quería pensar en la cantidad de combustible que habría que subir hasta la garganta. En Chipenden, me correspondía a mí ocuparme de las provisiones semanales y me dije que ojalá no fuese uno de mis deberes aquí el transporte de los sacos del material para encender la chimenea.

Llenamos dos grandes baldes de carbón y los llevamos a la cocina.

—¿Sabes prender un buen fuego con esto? —me preguntó el Espectro.

Asentí. En invierno, cuando vivía en la granja de mis padres, lo primero que me tocaba hacer todas las mañanas era encender el fuego de la cocina.

—Entonces enciéndelo y yo me ocuparé del fuego del salón. Hay trece chimeneas en esta vieja casa pero, para calentarla, de momento sólo encenderemos seis.

Tardamos una hora aproximadamente en poner en marcha las seis chimeneas: una en la cocina, otra en el salón, otra en lo que el Espectro llamaba su «despacho», que estaba en la planta baja, y una en cada uno de los tres dormitorios del primer piso. Había otros siete dormitorios más, además de una buhardilla, pero prescindimos de ellos.

—Muy bien, muchacho, hemos empezado estupendamente. Ahora iremos a buscar un poco de agua.

Cargados con una gran tinaja cada uno, salimos por la puerta trasera y rodeamos la casa hasta la fachada, desde donde el Espectro me condujo al arroyo. Era tan profundo como aparentaba, por lo que no nos costó llenar las tinajas de un agua tan limpia, fría y transparente que dejaba ver las piedras del fondo. Era un arroyo tranquilo que apenas hacía más que murmurar en su camino garganta abajo.

Justo cuando terminaba de llenar mi tinaja, percibí un movimiento en lo alto de los peñascos. No vi nada, sino que fue más bien la sensación de que me vigilaban pero, al levantar la vista hacia el oscuro borde que se recortaba en el cielo gris, no descubrí nada especial.

—No mires para arriba, muchacho —me espetó el Espectro con un resabio de desagrado en la voz—. No le des ese gusto; haz como que no te has dado cuenta.

—¿Quién es? —pregunté con inquietud mientras seguía a mi maestro de vuelta a casa.

—Difícil decirlo. Como no he mirado, no estoy seguro. —Se detuvo en seco, dejó la tinaja en el suelo y, rápidamente, cambió de tema—. ¿Qué te ha parecido la casa?

Mi padre me había enseñado que hay que decir la verdad siempre que sea posible y yo sabía que el Espectro no era persona cuyos sentimientos fueran fáciles de herir.

—Preferiría vivir en la cumbre de una montaña que, como una hormiga, en una grieta entre rocas —repuse—. Está claro que me gustaba más su casa de Chipenden.

—También a mí, muchacho, también a mí. Si hemos venido a Anglezarke es porque no había más remedio. Aquí estamos en el límite, en el mismísimo límite de

lo Oscuro, un mal sitio para pasar el invierno. Hay cosas en el páramo que no merecen que pensemos en ellas pero, si no las afrontamos, ¿quién lo hará?

—¿Qué cosas? —pregunté recordando lo que me había dicho mi madre, pero interesado en ver qué respondía mi maestro.

—Pues multitud de boggarts, brujas, fantasmas y cadáveres... y otras peores aún...

—¿Como Golgoth, por ejemplo? —apunté.

—Sí, Golgoth. Sin duda tu madre te ha hablado de él. ¿Me equivoco?

—Lo mencionó cuando le dije que vendríamos a Anglezarke, pero sólo me explicó que a veces se despierta en invierno.

—Así es, muchacho, y te haré saber más sobre él llegado el momento. Ahora mira eso —dijo señalando con el índice el gran cañón de la chimenea por donde se elevaba un humo pardo y denso que se desvanecía en el aire desde las dos hileras de sombreretes cilíndricos—. Estamos aquí para exhibir la bandera, muchacho.

Busqué una bandera, pero no vi más que humo.

—Me refiero a que, por el mero hecho de estar aquí, ya proclamamos que esta tierra nos pertenece a nosotros y no a lo Oscuro. Plantar cara a la oscuridad, y más en Anglezarke, es cosa difícil, pero nos corresponde hacerlo y merece la pena. De cualquier forma —concluyó mientras recogía la tinaja—, será mejor que entremos y nos pongamos a limpiar.

Pasé las dos horas siguientes muy atareado restregando, barriendo, lustrando y saliendo al exterior para sacudir nubes de polvo de las alfombras. Finalmente, después de lavar y secar los platos sucios, mi maestro me dijo que hiciera las camas de los tres dormitorios del primer piso.

—¿Tres? —pregunté creyendo haber oído mal.

—Sí, tres, y cuando hayas terminado, lávate bien las orejas. ¡Anda, ve! No te quedes aquí como un pasmarote, que no vamos a pasarnos así todo el día.

Así pues, tras encogerme de hombros, hice lo que me había ordenado. La ropa de cama estaba húmeda, pero di la vuelta a las sábanas para que el fuego de la chimenea las secase. Hecho esto, agotado por el esfuerzo, bajé de nuevo. Al pasar junto a la escalera que conducía a la bodega, oí algo que me erizó los pelos de la nuca: desde abajo me llegó un sonido que me pareció un largo suspiro estremecedor, seguido casi de inmediato de un leve gemido. Esperé en lo alto de la escalera, en la frontera de la oscuridad, y presté atención, pero no se repitió. ¿Lo habría imaginado?

Entré en la cocina y encontré al Espectro lavándose las manos en el fregadero.

—He oído un lamento que procedía de la bodega —comenté—. ¿Es un fantasma?

—No, muchacho, en esta casa ya no hay fantasmas, pues hace años que los expulsé a todos. Debe de ser Meg que se ha despertado.

Creí haber oído mal, aunque ya me habían advertido que me encontraría con ella. Sabía que se trataba de una bruja lamia que vivía en algún lugar de Anglezarke y suponía que quizá residía en casa del Espectro, pero descarté la posibilidad al ver la

casa tan fría y abandonada. ¿Cómo iba a dormir en una bodega tan terriblemente gélida como aquélla? Aunque sentía curiosidad, me guardé de hacer preguntas por si no era el momento oportuno.

A veces el Espectro estaba en vena de contestar a mis cuestiones y dejaba que me sentara, sacara la libreta y llenara la pluma de tinta para tomar nota de todo. Pero otras veces sólo deseaba seguir ocupándose de lo que tenía entre manos. En ese momento percibí la decidida expresión que relucía en sus ojos verdes y, por lo tanto, decidí guardar silencio mientras él encendía una vela.

Seguí sus pasos por los escalones de piedra que conducían a la bodega. No es que tuviera miedo, porque sabía muy bien qué se disponía a hacer, pero no puedo negar que me sentía muy inquieto. Jamás había visto a una bruja lamia y, aunque por mis lecturas había aprendido algo sobre ellas, ignoraba qué me esperaba. ¿Cómo habría podido sobrevivir allá abajo, en medio del frío y de la oscuridad, a lo largo de la primavera, el verano y el otoño? ¿Habría comido babosas, gusanos, insectos y caracoles, como las brujas que mi maestro metía en los pozos?

Cuando la escalera llegó al primer recodo, nos cerró el paso una reja de hierro. Al otro lado de ésta, los escalones se ensanchaban, hasta el punto de que hubieran podido bajarlos cuatro personas una al lado de la otra. No había visto nunca la escalera de una bodega con unos escalones tan anchos. No lejos de la reja, vi una puerta encajada en la pared, que me incitó a preguntarme qué habría detrás de ella. El Espectro se sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura, pero no era la llave que usaba habitualmente.

—¿Es complicada esta cerradura?

—Lo es, muchacho, más que las normales. Si alguna vez necesitas esta llave, has de saber que la dejo siempre en lo alto de la estantería más próxima a la puerta de mi despacho.

Al abrir la puerta, se produjo un ruido estentóreo que se propagó en todas direcciones, como si la casa fuese una enorme campana.

—Esta reja de hierro impide el paso a la mayoría de quienes quieren sobrepasarla, pero si no fuera así, desde arriba de la escalera oiríamos cómo lo intentan; es mejor que un perro guardián.

—¿La mayoría de quiénes? ¿Y por qué son tan anchos los peldaños?

—Cada cosa en su momento; las preguntas y las respuestas vendrán después. Lo primero es ir a ver a Meg.

A medida que bajábamos la escalera, percibí leves ruidos que procedían de abajo: un gruñido y una especie de débiles arañazos que contribuyeron a aumentar aún más mi inquietud. No tardé mucho en comprender que la parte de la casa que estaba bajo tierra era como mínimo tan grande como la que estaba encima. Cada vez que la escalera giraba al encontrar un recodo, aparecía una puerta de madera encajada en el muro. En el tercero de los recodos, nos encontramos en un pequeño rellano con otras tres puertas.

El Espectro se paró frente a la de en medio y se volvió hacia mí.

—Espera aquí, muchacho —me ordenó—. Meg está siempre un poco nerviosa cuando se despierta. Hay que darle tiempo a que se acostumbre a tu presencia.

Acto seguido me entregó la vela, hizo girar la llave en la cerradura y, después de cerrar la puerta detrás de él, se adentró en la oscuridad.

Esperé fuera unos diez minutos y debo añadir que la escalera era de lo más lúgubre. En primer lugar, cuanto más se bajaba, más frío hacía. Y en segundo lugar, se oían otros ruidos inquietantes procedentes de más allá del siguiente recodo, que ahora quedaba fuera de la vista. Eran en su mayor parte bisbiseos muy débiles y también creí oír un lamento lejano como de alguien o algo que sufriera padecimientos atroces.

Después se oyeron unos ruidos sordos que salían de la estancia en la que había entrado el Espectro. La voz de mi maestro sonaba tranquila pero enérgica y en un determinado momento, oí llorar a una mujer. Pero el llanto no duró mucho y continuaron los bisbiseos, como si ninguna de las dos personas que hablaban quisiera que yo oyese lo que decían.

Por fin la puerta se abrió con un crujido. Entonces apareció el Espectro y alguien más lo siguió hasta el rellano.

—Ésta es Meg —dijo él, y se hizo a un lado para que la viera—. Te gustará, muchacho. Es la mejor cocinera de todo el condado.

Al recorrerme con la vista de arriba abajo, Meg pareció desconcertada y yo le devolví la mirada con verdadera sorpresa. Era la mujer más bella que había visto en mi vida y llevaba zapatos puntiagudos. La primera vez que fui a Chipenden y el mismo día en que el Espectro me dio la primera clase, me previno contra los peligros que entrañaba hablar con muchachas que llevan zapatos de esa clase. Según me dijo, lo supieran ellas o no, algunas eran brujas.

No hice caso alguno de su advertencia y hablé con Alice que, aunque me metió en muchos líos, acabó sacándome de todos. Pero ahora era él mismo quien ignoraba sus propios consejos. No obstante, Meg no era una chica, sino una mujer, y tenía un rostro tan perfecto que era imposible dejar de contemplarlo: los ojos, los pronunciados pómulos, el color de la piel...

Lo que chocaba en ella eran sus cabellos plateados, una tonalidad que uno espera encontrar en alguien de edad mucho más avanzada. No era más alta que yo y al Espectro le llegaba al hombro. Al observarla con más atención, se hacía evidente que había estado meses durmiendo en medio del frío y de la humedad: tenía telarañas enredadas en los cabellos y restos de moho en el vestido, de un color morado descolorido.

Yo sabía que existían diferentes tipos de brujas, y en mis cuadernos tenía páginas atiborradas con las explicaciones que mi maestro me había dado sobre ellas, aun cuando lo que yo descubrí acerca de las brujas lamia procedía de los libros que él guardaba en su biblioteca y que, supuestamente, yo no habría debido leer.

Esas brujas procedían de ultramar y en sus tierras se alimentaban de sangre humana. Se decía de ellas que en su condición natural eran salvajes y que, en tal estado, no se parecían en nada a los humanos, ya que su cuerpo estaba recubierto de escamas y disponían de zarpas largas y gruesas en vez de uñas. Sin embargo, son seres que cambian lentamente de forma y, cuanto más contacto tienen con los hombres, más humana se hace gradualmente su apariencia. Pasado un tiempo se transforman en lo que se conoce como «lamias domésticas», cuyo aspecto es igual al de las mujeres salvo por una hilera de escamas verdes y amarillas que les recorre la espina dorsal. Incluso algunas de estas brujas perversas se convierten en benignas. ¿Acaso se habría vuelto buena Meg? ¿No sería ésa otra razón que explicaba por qué el Espectro no la había metido en un pozo al igual que a Lizzie *la Huesuda*?

—Pues bien, Meg —dijo el Espectro—, éste es Tom, mi aprendiz. Es un buen chico, o sea que haréis buenas migas.

Meg me tendió la mano. Creí que quería estrecharme la mía, pero en el momento en que nuestros dedos entraron en contacto, retiró rápidamente el brazo, como si se hubiera quemado, y vi que la preocupación le asomaba a los ojos.

—¿Y Billy? ¿Dónde está? —preguntó con voz fina como la seda, aunque preñada de incertidumbre—. Billy me gustaba.

Sabía que se refería a Billy Bradley, el aprendiz del Espectro que me precedió y que había muerto.

—Billy se fue, Meg —le explicó el Espectro con dulce acento—. Ya te lo dije; no te preocupes por él. La vida sigue. Ahora tendrás que acostumbrarte a Tom.

—Otro nombre que recordar —se quejó tristemente—. ¿Vale la pena el esfuerzo si duran tan poco?

Meg no se ocupó enseguida de la cena.

Me enviaron a por agua al arroyo y tuve que hacer doce viajes arriba y abajo para que ella quedase por fin contenta. A continuación, sirviéndose de dos chimeneas, calentó el agua, pero no lo hizo con fines culinarios, cosa que me contrarió.

Ayudé a mi maestro a llevar a rastras hasta la cocina una gran bañera de hierro y la llenamos de agua caliente. Era para Meg.

—Nosotros nos retiraremos al salón —indicó el Espectro—, para proporcionarle un poco de intimidad. Ha pasado meses en la bodega y quiere acicalarse.

Refunfuñé para mis adentros diciéndome que, si él no la hubiera tenido encerrada allá abajo, habría encontrado la casa limpia y ordenada al regresar como cada invierno. Y como era lógico, aquella consideración llevó a preguntarme otra cosa: ¿por qué no se había llevado a la bruja a su casa de verano de Chipenden?

—Esto es el salón —me dijo mi maestro abriendo la puerta e invitándome a entrar—. Aquí es donde conversamos y recibimos a los que necesitan que los ayudemos.

Disponer de un salón es una vieja tradición del condado. Suele ser la mejor

habitación de la casa, lo más lujosa posible, aunque rara vez se utiliza porque tiene que estar siempre limpia y a punto para recibir a los invitados. En la casa de Chipenden, el Espectro no tenía salón porque prefería mantener a la gente lejos de casa. Por eso los visitantes debían acercarse al cruce de caminos, bajo los árboles cimbreantes, tocar la campanilla y esperar. Al parecer, aquí regían normas distintas.

En la granja de mis padres tampoco nos molestábamos en tener un salón, porque el hecho de ser siete hermanos nos convertía en una gran familia y, como vivíamos en la misma casa, necesitábamos todas las habitaciones. Además, mi madre, que no había nacido en el condado, consideraba que eso del salón era una tontería.

«¿De qué sirve reservar la mejor estancia de la casa para salón si apenas se usa? —decía siempre—. La gente debe aceptarnos tal como somos».

Sin embargo, el salón del Espectro no tenía realmente un aspecto lujoso, pero tanto el desvencijado y viejo diván como las dos butacas parecían tan acogedores y la habitación estaba tan caldeada que en cuanto me senté, me entró sueño. Había sido un día muy largo y habíamos recorrido muchos kilómetros.

Reprimí un bostezo y el Espectro lo detectó.

—Iba a darte otra clase de latín, pero hay que tener la cabeza despejada para eso —dijo—. Te recomiendo que te acuestes enseguida después de cenar, porque mañana tendrás que madrugar y repasar los verbos. —Asentí y él añadió—: Quiero enseñarte algo. —Abrió la alacena que estaba junto a la chimenea, sacó un gran botellón de cristal de color caramelo y lo sostuvo en alto para que yo lo viera—. ¿Sabes que es esto?

Me encogí de hombros, pero después vi la etiqueta de la botella.

—Infusión —leí en voz alta.

—No te fíes nunca de la etiqueta de una botella —repuso el Espectro—. Quiero que la primera cosa que hagas por las mañanas sea verter un centímetro de este líquido en una taza y llenarla después de agua muy caliente, agitarlo todo con energía y dárselo a Meg. Y también quiero que esperes a que se haya bebido hasta la última gota. Tardará un poco porque le gusta saborearlo. Es el trabajo más importante que harás todos los días. Le dirás que es la taza de infusión de siempre y que se la tiene que tomar para mantener las articulaciones flexibles y los huesos fuertes. Eso la contentará.

—¿Qué es ese brebaje?

El Espectro se quedó un momento sin responder.

—Como bien sabes, Meg es una bruja lamia —dijo por fin— y esa bebida hace que se olvide de quién es. Resultaría muy perturbador y peligroso para cualquier persona recordar quiénes son esas brujas. Espero, pues, que no provoques nunca tal situación por un olvido, muchacho. Sería algo especialmente peligroso para todos que Meg recordase quién es y qué es capaz de hacer.

—¿Por eso la tiene encerrada en la bodega y no la lleva a Chipenden?

—Sí, es más seguro. Y no quiero que la gente sepa que está aquí; no lo

comprendería nadie. Hay algunas personas en estas tierras que recuerdan de qué es capaz... pese a que ella lo ha olvidado.

—¿Y cómo puede sobrevivir sin comer todo el verano?

—A veces las lamias salvajes sobreviven años sin probar bocado, dejando aparte que tomen esporádicamente algún que otro insecto, gusano o una o dos ratas. Pero si se trata de lamias domésticas, como Meg, no les pasa nada aunque estén meses sin comer. De modo que si ella ingiere una buena dosis de esta pócima, que contiene muchos elementos nutritivos, no le supondrá ningún peligro y, además, le facilitará el sueño.

»De todos modos, muchacho, estoy seguro de que te caerá bien. Es una cocinera excelente, como no tardarás en descubrir, y una persona realmente metódica y cuidadosa: tiene siempre los pucheros limpios y relucientes, como si fueran nuevos, y los guarda en el armario tal como a ella le gusta; lo mismo ocurre con los cubiertos, siempre tan ordenados en el cajón: los cuchillos a la izquierda y los tenedores a la derecha.

Me pregunté qué habría pensado Meg de haber visto el desorden que encontramos al llegar. Tal vez por eso el Espectro tuvo tanto interés en limpiarlo y ordenarlo todo.

—Bien, chico, ya hemos hablado bastante. Vamos a ver qué hace...

Después del baño, el rostro de Meg adquirió un sano y agradable color rosado y todavía parecía más joven y más guapa que antes y, pese a los cabellos plateados, aparentaba la mitad de años que el Espectro. Llevaba una túnica limpia de color marrón —el mismo tono castaño de los ojos—, abrochada en la espalda con botones blancos. Resultaba difícil asegurarlo, pero parecían de hueso, aunque no quería detenerme a pensar de dónde los habría sacado, si realmente eran de hueso...

Muy contrariado, comprobé que no había hecho la cena. ¿Cómo iba a prepararla si no había en casa más que media hogaza de pan cubierto de moho?

Tuvimos que arreglárnoslas, pues, con el resto de queso que el Espectro llevaba para el viaje. Era buen queso del condado, de un apetitoso color amarillo pálido, pero insuficiente para saciar a tres personas.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y lo mordisqueamos lentamente para hacerlo durar. Hubo poca conversación; yo no pensaba en otra cosa que en el desayuno.

—En cuanto amanezca, iré a buscar provisiones para la semana —dije a modo de sugerencia—. Puedo ir a Adlington o Blackrod.

—No te acerques a ninguno de esos pueblos, muchacho —repuso el Espectro—, sobre todo a Blackrod. Una de las cosas de las que no tendrás que ocuparte mientras vivamos aquí es de las provisiones. Deja, pues, de cavilar. Lo que más falta te hace es dormir, de modo que acuéstate. Tu habitación es la que da a la fachada. Anda, ve y que duermas bien. Meg y yo tenemos cosas de que hablar.

Así lo hice y me fui derecho a la cama. Mi habitación era mucho más grande que

la de Chipenden pero, al igual que aquélla, sólo disponía de una cama, una silla y una pequeña cómoda. De haber estado situada en la parte trasera de la casa, la única vista que hubiera tenido habría sido el muro de roca desnuda. Por fortuna, daba a la parte de delante y, en cuanto levanté la ventana de guillotina, oí el débil murmullo del arroyo que corría debajo y el lamento de las ráfagas de viento que envolvían la casa. Las nubes se habían disipado y la luna llena, que proyectaba una luz plateada en la garganta, se reflejaba en el arroyo. Sería una noche de frío y escarcha.

Me asomé a la ventana para ver mejor: la luna lucía encima mismo de la cumbre del acantilado, que se erguía sobre mi cabeza y me pareció de una magnitud increíblemente grande. Recortada sobre la roca, distinguí la silueta de una persona arrodillada que miraba hacia abajo. De pronto desapareció, aunque me había dado tiempo de ver que llevaba capucha.

Me quedé unos momentos mirando fijamente el peñasco, pero la figura no reapareció, y como la habitación estaba enfriándose, cerré la ventana. ¿Sería Morgan? Y si lo era, ¿por qué nos espiaba? ¿Habría sido también él quien nos vigilaba cuando llenamos las tinajas en el arroyo?

Me desnudé y me metí en la cama. Pero aunque estaba muy cansado, me costó dormirme, pues el viejo caserón emitía crujidos y pequeños chasquidos; además, percibí unos ligeros golpes junto a los pies de la cama. Seguramente serían ratones que se movían debajo del entarimado, pero como yo era el séptimo hijo de un séptimo hijo, igual podía oír algo muy diferente.

Pese a todo, por fin conseguí deslizarme en el sueño... pero me desperté de repente en plena noche. Tendido en la cama, sentía una vaga inquietud que hizo que me preguntase por qué me habría despertado de aquella manera tan repentina. La oscuridad era total y no distinguía nada, aunque presentía que ocurría algo irregular. Se había producido un ruido; de eso estaba seguro.

No tuve que esperar mucho para volver a oírlo: dos ruidos distintos que crecían gradualmente y que iban haciéndose más intensos a medida que transcurrían los segundos. Uno era una especie de zumbido muy agudo y el otro, mucho más bajo y sordo, algo así como un trueno profundo, como si alguien arrastrase unas enormes piedras por la falda pétrea de una montaña.

Pero era el caso que parecía producirse debajo mismo del edificio y el fragor era tan intenso que retemblaban los vidrios de las ventanas y hasta daba la impresión de que los muros se estremecían y vibraban. Sentí miedo. Como el estruendo aumentara, podría venirse abajo la casa entera. Sin saber de qué se trataba, una idea se abrió paso en mis pensamientos: ¿sería un terremoto que hundiría la garganta y, con ella, la vivienda?

Lo que había abajo

Eran muy raros los terremotos en el condado, pero los había habido. Yo no viví ninguno importante, que recordase. Sin embargo, la casa se estremecía de tal manera, que me preocupe. Me vestí, pues, a toda prisa, me calcé las botas y me fui a escape escalera abajo.

Lo primero que me llamó la atención fue que la puerta de la bodega estuviera abierta, pero, además, de las profundidades llegaban unos débiles sonidos, de forma que, movido por la curiosidad, bajé un par de escalones. El fragor todavía era más estruendoso allá abajo y percibí con toda claridad un grito agudo que más parecía de animal que de humano.

Pero inmediatamente después oí el golpe de la reja al cerrarse y la llave que giraba en la cerradura. Entreví en la oscuridad el parpadeo de una vela y oí unos pasos que se acercaban. Por espacio de un segundo me invadió el miedo al pensar en quién sería, aunque comprobé enseguida que se trataba del Espectro.

—¿Qué ocurre? —inquirí suponiendo que algo estaría haciendo ahí abajo.

—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? —me preguntó el Espectro, sorprendido—. ¡Ya te estás yendo a la cama más que aprisa!

—Me ha parecido oír a alguien que se quejaba. ¿Qué es ese ruido? ¿Un terremoto?

—No, muchacho, nada de terremotos. ¡No te preocupes! Tengo algo mejor que hacer en estos momentos que contestar a tus preguntas. Todo esto terminará dentro de un momento, o sea que vuelve a tu habitación y mañana por la mañana te lo contaré —dijo, y apartándose de los escalones cerró con llave la puerta tras de sí.

Comprendí que, por el tono de voz, de nada me habría servido intentar saber más, así que me fui a mi dormitorio, todavía preocupado por la manera cómo seguía estremeciéndose y temblando la casa.

Pues bien, la casa no se derrumbó y, tal como había prometido el Espectro, volvió todo a la tranquilidad. Aunque conseguí dormirme de nuevo, me desperté alrededor de una hora antes de que amaneciera y fui a la cocina. Meg dormía en la mecedora y me quedé en la duda de si había pasado allí toda la noche o habría bajado de su habitación cuando empezaron los ruidos. No es que roncase exactamente pero, al respirar, emitía un levísimo silbido.

Procurando no hacer ruido para no despertarla, añadí más carbón a la chimenea, que no tardó en arder con buen fuego. Hecho esto, me senté en un taburete junto al

hogar y me puse a repasar los verbos latinos. Habitualmente, utilizaba dos cuadernos: uno en el que anotaba lo que me enseñaba el Espectro sobre boggarts y otras cosas relacionadas con los espectros, y otro para las clases de latín.

Mi madre me había enseñado griego, así que me ahorraaba tener que estudiar también esa lengua, pero debo admitir que me costaba mucho asimilar el latín y, en particular, los verbos. Pero como muchos libros del Espectro estaban en latín, debía esforzarme en aprenderlo.

Comencé por el principio, o sea, a partir del primer verbo con que me había machacado el Espectro. Me había enseñado las formas verbales mediante una especie de cuadro sinóptico. El método era importante, porque el final de cada palabra cambia según lo que uno trata de decir. También era útil pronunciarlos en voz alta ya que, según aseguraba el Espectro, ese sistema contribuye a fijarlos en la memoria. Como no quería despertar a Meg, mi voz era apenas un murmullo.

—*Amo, amas, amat* —recité sin mirar el cuaderno, repitiendo aquellas tres palabras cuyo significado era «yo amo, tú amas, él o ella ama».

—Yo amé una vez —dijo una voz desde la mecedora—, pero ahora ni siquiera recuerdo a quién.

Me pilló tan de sorpresa que por poco suelto el cuaderno y me caigo del taburete. Meg no me miraba a mí sino al fuego y la expresión de su rostro era una mezcla de confusión y tristeza.

—Buenos días, Meg —la saludé esforzándome en sonreírle—. Espero que haya dormido bien.

—Te agradezco el interés, Billy —replicó ella—, pero no he dormido nada bien. Había muchísimo ruido y me he pasado la noche queriendo recordar algo que no ha dejado un momento de darme vueltas en la cabeza. Algo que corre mucho y se me escapa y no consigo retener. Pero no me rindo tan fácilmente y me quedaré junto al fuego hasta que vuelva a aparecer.

Me alarmé. ¿Y si recordaba que era una bruja lamia? Tenía que actuar rápidamente antes de que fuera demasiado tarde.

—No se preocupe, Meg —dije, dejando a un lado el cuaderno, y me levanté—. Voy a prepararle una bebida caliente.

Sin pérdida de tiempo, llené de agua la marmita de cobre y la colgué del gancho de la chimenea para que, como decía mi padre, el fuego le calentase el culo. Cogí una taza limpia y me fui al salón. De la botella color caramelo, guardada en la alacena, vertí en la taza cosa de un centímetro de la mixtura que contenía. Hecho esto, regresé a la cocina y esperé a que hirviera el agua de la marmita; llené después la taza hasta los bordes y agité bien el líquido tal como me había indicado el Espectro.

—Aquí tiene su infusión, Meg. Esto hará que sus articulaciones se mantengan flexibles y fuertes sus huesos.

—Gracias, Billy —dijo, y me sonrió. Cogió la taza, sopló un poco y bebió muy lentamente sin dejar de mirar las llamas—. Es delicioso —reconoció al cabo de un

momento—. De veras que eres un chico muy simpático. Me hacía falta esta infusión para poner mis viejos huesos en movimiento...

Sus palabras me entristecieron. De hecho, ya me entristecía que se hubiera pasado casi toda la noche despierta intentando recordar algo y ahora aquella bebida contribuiría a turbar aún más su memoria. Mientras tomaba el brebaje, un poco inclinada hacia delante, me acerqué a ella por detrás dispuesto a ver con más precisión una cosa que me había inquietado la noche anterior.

Observé con atención los trece botones blancos que cerraban su vestido desde el cuello hasta el dobladillo. Y aunque no tenía una seguridad absoluta al respecto, casi habría podido jurar que los botones eran de hueso.

Meg no era una de esas brujas que practican la magia de los huesos, sino una lamia, una variedad que no era nativa del condado. Los botones de hueso, sin embargo, me intrigaban. ¿Acaso pertenecían a víctimas suyas de épocas pasadas? Por otra parte, yo sabía que, como lamia doméstica que era, tras los botones del vestido le recorrería la columna vertebral una hilera de escamas verdes y amarillas.

Poco después se oyó un golpe en la puerta trasera, y yo acudí a abrir mientras mi maestro seguía durmiendo después de la agitada noche que había pasado.

Fuera había un hombre que llevaba un curioso gorro de cuero con orejas; sostenía un farol con la mano derecha y conducía con la izquierda un poni cargado con tantos sacos que era un milagro que no se le doblasen las patas.

—Hola, joven, traigo el pedido del señor Gregory —dijo dirigiéndome una sonrisa con los labios prietos—. Debes de ser el nuevo aprendiz, ¿verdad? Un chico simpático aquel Billy; lamento mucho lo que le ocurrió.

—Me llamo Tom —me presenté.

—Bien, Tom, ¿cómo estás? Yo me llamo Shanks. ¿Querrás decir a tu maestro que he traído más provisiones de la cuenta y que cada semana doblaré la cantidad mientras el tiempo lo permita? Este invierno tiene toda la pinta de ser muy crudo y, cuando empiece a nevar, tardaré tiempo en volver a subir hasta aquí.

Asentí, le sonreí y alcé la mirada. Todavía no era de día, pero ya empezaba a clarear y la rendija de cielo que se entreveía en lo alto estaba cubierta de nubes grises que llegaban de poniente. En ese momento Meg se acercó a la puerta, aunque se quedó rezagada detrás de mí, pero a pesar de todo Shanks la vio, porque me di cuenta de que los ojos se le saltaban casi de las órbitas y dio dos rápidos pasos hacia atrás que por poco le hacen chocar con su poni.

Era evidente que tenía miedo pero, así que Meg se dio la vuelta y se escondió dentro de casa, se calmó un poco y lo ayudé a descargar los sacos. Mientras estábamos ocupados en ese trabajo, salió el Espectro y le pagó.

Cuando Shanks se dispuso a marcharse, el Espectro lo acompañó unos treinta pasos garganta abajo. Iban charlando, pero estaban demasiado lejos para que yo entendiera lo que decían. Hablaban de Meg, de eso estaba seguro, porque oí dos veces su nombre.

Percibí muy claramente que Shanks decía:

—¡Usted nos dijo que se había ocupado de ella!

A lo que el Espectro respondió:

—Está a buen recaudo, no te preocupes. Sé muy bien lo que me llevo entre manos, o sea que no tienes nada que temer. ¡Guárdate tus inquietudes!

Mi maestro no parecía contento cuando regresó.

—¿Le has dado la infusión a Meg? —me preguntó con desconfianza.

—Hice lo que usted me dijo en cuanto se despertó.

—¿Ha salido?

—No, pero se ha acercado a la puerta y se ha quedado detrás de mí. Cuando Shanks la ha visto, se ha llevado un buen susto.

—Pues es una lástima que la haya visto. Ella no suele mostrarse en público, al menos no lo ha hecho en los últimos años. Quizá tengamos que aumentar la dosis... Como te expliqué anoche, muchacho, Meg provocaba muchos problemas en el condado y la gente la temía y sigue temiéndola. Por otra parte, los habitantes de esta localidad desconocían que ella dispusiera de mi casa a sus anchas. Y si hubiera salido, no se habría sabido más de ella; la gente de estos alrededores es muy testaruda y cuando hinca el diente en algo, no lo suelta así como así. No obstante, Shanks mantendrá cerrada la boca. Le pago bien.

—¿Ese Shanks es el proveedor de comestibles?

—No, muchacho, es el carpintero y el sepulturero del pueblo. El único habitante de Adlington que tiene valor suficiente para aventurarse hasta aquí. Le pago para que recoja los pedidos y me los traiga.

Acto seguido metimos los sacos sin ninguna dificultad y el Espectro abrió el más grande y le dio a Meg lo necesario para que preparase el desayuno.

El tocino ahumado era de mejor calidad que el que solía utilizar el boggart del Espectro, incluso en las mañanas más afortunadas; Meg completó el menú con croquetas de patata y huevos revueltos con queso. El Espectro no había exagerado un ápice al decir que era una excelente cocinera. Mientras devorábamos el desayuno, pregunté a mi maestro acerca de los extraños ruidos que había oído durante la noche.

—No es nada que deba preocuparte de momento —me dijo, y engulló de un bocado una croqueta de patata—. Esta casa está construida sobre una vía prehistórica, por lo que cabe esperar que aparezcan problemas de vez en cuando. En ocasiones se produce un terremoto a miles de kilómetros de distancia que provoca alteraciones en diferentes puntos de la vía, y cuando eso ocurre, los boggarts se ven obligados a abandonar sitios donde han vivido felizmente muchos años hasta entonces. Anoche un boggart pasó debajo de nosotros y tuve que bajar a la bodega para ocuparme de que todo estuviera tranquilo y a salvo.

El Espectro ya me había hablado en Chipenden de esas vías prehistóricas. Se

trataba de caminos de poder que discurrían bajo tierra, una especie de caminos que algunos tipos de boggart aprovechaban para trasladarse rápidamente de un lugar a otro.

—Te advierto que a veces esos desplazamientos comportan peligros —prosiguió mi maestro—. Cuando los boggarts se establecen en un sitio nuevo, suelen gastar alguna mala pasada... peligrosa incluso en ocasiones... lo que nos daría un poco de trabajo. Pon atención en lo que te digo, muchacho: puede ocurrir que, antes de que termine la semana, tengamos que vérnoslas con un boggart en la localidad.

Después del desayuno fuimos a su despacho para mis clases de latín. Era una habitación pequeña con un par de sillas de respaldo recto, una mesa grande, un único taburete de madera de tres patas, un entarimado desprovisto de cualquier adorno y varias librerías altas y oscuras. Hacia frío en la estancia, pues el fuego encendido en la chimenea el día anterior no era más que un montón de cenizas.

—Siéntate, muchacho. Las sillas son duras, pero cuando hay que estudiar, es mejor que el asiento no sea mullido porque, de otro modo, te quedas dormido —dijo el Espectro, y me dirigió una mirada inquisitiva.

Desvié la vista hacia las librerías... y vi que los estantes estaban vacíos, cosa de la que no me había dado cuenta hasta entonces puesto que la estancia resultaba lóbrega y tan sólo la iluminaban la luz grisácea que entraba por la ventana y un par de velas.

—¿Dónde están los libros?

—En Chipenden. ¿Dónde van a estar, muchacho? A los libros no les conviene el frío ni la humedad; no les sientan bien esas condiciones atmosféricas. Tendremos que arreglárnoslas con lo que hemos traído y quizá redactar algo por nuestra cuenta mientras estamos aquí. No puedes limitarte a leer libros todo el tiempo y dejar que otros los escriban.

Sabía, sin embargo, que él había traído algunos textos, ya que abultaban mucho en su bolsa, pero yo sólo disponía de mis cuadernos. Me pasé la hora siguiente peleándome con los verbos latinos; era una tarea muy dura y agradecí que me autorizase un descanso, aunque me gustó muy poco lo que ocurrió a continuación.

Tras arrastrar el taburete hasta la librería más próxima a la puerta, se subió a él y tanteó con los dedos la parte superior.

—Bien, muchacho —dijo sosteniendo la llave con expresión sombría—. No podemos demorarlo por más tiempo: bajaremos a la bodega y realizaremos una inspección. Pero primero iremos a ver si Meg está bien. No quiero que sepa que vamos ahí; se pondría muy nerviosa. No le gusta ni pizca esa escalera.

Sus palabras me excitaron y asustaron a un tiempo. Sentía una gran curiosidad por saber qué había en la bodega, pero también estaba convencido de que, si bajaba, la experiencia sería cualquier cosa menos agradable.

Meg seguía en la cocina. Lo había lavado todo y dormitaba de nuevo sentada delante de la chimenea.

—De momento está contenta —dijo el Espectro—. Aparte de afectarle la memoria, ese brebaje le da sueño.

Antes de bajar los escalones de piedra, encendimos una vela cada uno y el Espectro abrió la marcha. Esta vez procuré fijarme más en lo que me rodeaba y grabarme en la memoria los subterráneos de la casa. Aunque había visitado las bodegas de algunos edificios, tenía la sensación de que ésta sería probablemente la más amedrentadora e insólita de todas.

Una vez que el Espectro hubo abierto con la llave la reja de hierro, se volvió, me dio una palmada en el hombro y me dijo:

—Meg rara vez entra en mi despacho, pero, pase lo que pase, ocúpate de que ella no se apodere nunca de esta llave.

Asentí y observé que cerraba la reja detrás de nosotros. Entonces miré hacia abajo...

—¿Por qué son tan anchos estos escalones?

—Tienen que serlo, muchacho. Hay que subir y bajar cosas. Los operarios necesitan tener acceso...

—¿Qué operarios?

—Los herreros y los albañiles, por supuesto... oficios de los que depende nuestro trabajo.

Mientras descendíamos, la llama oscilante de mi vela proyectó en el muro la sombra del Espectro, que abría la marcha, y pese al eco de nuestras botas en los escalones, percibí unos débiles ruidos procedentes de abajo. Oí también un suspiro y una tos ahogada y distante. Era evidente que allí había algo o alguien.

Las plantas subterráneas eran cuatro. Las puertas de las dos primeras estaban empotradas en la piedra, pero en la tercera se encontraban las tres puertas que yo había descubierto el día anterior.

—La de en medio, como sabes, es la del lugar donde acostumbra dormir Meg cuando estoy ausente —explicó el Espectro.

Desde que nos instalamos en la casa, se le había adjudicado una habitación arriba, al lado de la del señor Gregory, seguramente para vigilarla mejor. Sin embargo, teniendo en cuenta la evidencia de la noche pasada, Meg prefería dormir en la mecedora junto al fuego.

—No uso mucho las otras puertas —prosiguió el Espectro—, pero pueden ser de utilidad para tener encerrada a una bruja mientras se hacen los preparativos oportunos...

—¿Quiere decir mientras prepara el pozo?

—Sí, eso hago, muchacho. Como habrás observado, esto no es como Chipenden. Aquí no disfrutamos del lujo de un jardín, o sea que hay que sacar partido de la bodega...

La cuarta y última planta era, por supuesto, la bodega. Antes de que superásemos el recodo final y quedara a la vista, oí cosas que hicieron temblar la vela que sostenía en la mano, así como la sombra del Espectro proyectada en el muro.

Se percibían murmullos y gruñidos y, lo que era aún peor, un leve rumor semejante a arañazos. Por ser el séptimo hijo de un séptimo hijo, oigo ruidos que no percibe la mayoría de la gente, aunque es algo a lo que nunca he llegado a acostumbrarme. Lo único que puedo decir es que algunos días soy más valiente que otros. El Espectro parecía tranquilo, pero debía de ser porque llevaba toda la vida haciendo lo mismo.

La bodega era más grande de lo que esperaba, seguramente su superficie era mayor que la planta baja de la casa. De uno de los muros goteaba agua y del bajo techo rezumaba humedad, por lo que me pregunté si estaría situada junto a la orilla del arroyo o incluso debajo de éste.

La zona seca del techo estaba cubierta de telarañas, tan densas y enmarañadas que sólo podían ser obra de un ejército de arañas. Puesto que, de ser sólo una o dos las que las habían tejido, por nada del mundo habría querido encontrármelas.

Dediqué mucho tiempo a observar el techo y los muros porque quería retrasar el momento de examinar el suelo. Tras unos segundos, sentí los ojos del Espectro clavados en mí y, como no tenía otra opción, bajé la vista.

En Chipenden vi lo que el Espectro tenía en dos jardines, y supuse que en la bodega de Anglezarke sería lo mismo, pero así como allí las sepulturas y los hoyos estaban diseminados por entre los árboles y sólo de vez en cuando el sol proyectaba retazos de sombras en la tierra, aquí los pozos eran más numerosos y yo me sentí atrapado, prisionero entre las cuatro paredes y el techo bajo cubierto de telarañas.

Conté nueve tumbas de brujas en total, cada una provista de una lápida, delante de la cual se extendían unos dos metros de tierra, bordeados de piedras más pequeñas; por encima de ese espacio se asentaban trece gruesos barrotes de hierro, sujetos a las piedras con pernos, cuya misión era impedir que las brujas muertas y allí sepultadas lograsen aparecer en la superficie tras abrirse paso a zarpazos.

En uno de los muros de la bodega había unas lápidas mucho más grandes y pesadas. Eran tres, todas ellas grabadas de la misma manera por el mampostero:



GREGORY

La letra griega beta revelaba a todo aquel que supiera interpretar los signos que debajo de las lápidas había boggarts perfectamente sujetos, en tanto que el numeral latino «1» en el ángulo inferior derecho significaba que eran de primera clase, criaturas mortales capaces de matar a un hombre más rápidamente que lo que se tarda

en abrir y cerrar los ojos. Para mí todo aquello no era ninguna novedad y, como el Espectro conocía bien su oficio, no había nada que temer de los boggarts encerrados allí.

—Ahí dentro hay dos brujas vivas y aquí está la primera —dijo el Espectro señalando un hoyo cuadrado y oscuro, bordeado de piedras pequeñas y atravesado por trece barrotes de hierro para impedirle el paso—. Fíjate en la piedra del ángulo. —Y me indicó la parte de abajo.

Vi algo entonces que no había visto nunca, ni siquiera en Chipenden. El Espectro acercó un poco más la vela para que pudiera apreciarlo mejor: era un signo, mucho más pequeño que el que estaba grabado en las lápidas de los boggarts, seguido del nombre de la bruja:



BESSY HILL

—El signo corresponde a la letra griega sigma, puesto que clasificamos a todas las brujas con la letra «S», en referencia a la palabra «sortilegio». Pero las hay de tantos tipos que, como además son hembras y astutas, suelen ser difíciles de calificar con precisión —comentó el Espectro—. Las brujas tienen una personalidad que puede variar con el paso del tiempo, más aún que la de los boggarts. Así pues, hay que remitirse a su historia particular. Estas historias —estén prisioneras las brujas o en libertad— se hallan registradas en la biblioteca de Chipenden.

Yo sabía que este sistema no era cierto en el caso de Meg, porque había muy poco escrito sobre ella en la biblioteca del Espectro, pero no dije nada. De pronto percibí un débil ruido, procedente de la negrura del pozo, y di un rápido paso hacia atrás.

—¿Bessy es una bruja de primera clase? —pregunté nervioso, puesto que sabía que eran las más peligrosas, las capaces de matar—. No consta en la lápida...

—Todas las brujas y boggarts que se hallan en esta bodega son de primera clase —me respondió el Espectro—, pero como los tengo a todos sujetos, no vale la pena dar más trabajo de la cuenta al mampostero haciéndoselo grabar. De cualquier modo, aquí no hay nada que temer, muchacho. Hace tiempo que la vieja Bessy está encerrada en este lugar. Lo que pasa es que, como la hemos molestado, se ha dado la vuelta mientras dormía. Eso es todo. Y ahora ven y mira esto...

Se trataba de otro pozo con una bruja en su interior, exactamente igual que el primero, pero me produjo un estremecimiento de frío. Algo me decía en mi interior que el ser que hubiera en la profundidad de aquel pozo, sería mucho más peligroso que Bessy, que dormía y simplemente quería adoptar una postura más cómoda sobre la tierra húmeda y fría.

—Puedes acercarte a mirar, muchacho —indicó el Espectro— y así comprobarás

con quién hemos de vérnoslas. Ilumínate con la vela y mira abajo, pero procura tener bien afirmados los pies.

Sin el más mínimo deseo de hacer lo que me pedía, obedecí la enérgica orden de mi maestro. Por algo era una orden. Mirar el fondo del pozo formaba parte de mi aprendizaje; por consiguiente, no tenía otra alternativa.

Me incliné un poco hacia delante tratando de mantener los pies lo más alejados posible de los barrotes y sostuve la vela de forma que proyectase su luz vacilante y amarillenta hacia el interior del hoyo. En ese mismo momento oí un ruido procedente del fondo y entreví una enorme forma que se escabullía y se amparaba en las sombras oscuras del rincón más apartado. Parecía llena de vida, capaz de trepar muro arriba sin darte tiempo a parpadear.

—¡Mantén la vela sobre los barrotes y mira bien! —me ordenó el Espectro.

Lo obedecí y extendí el brazo en toda su longitud. Lo único que logré ver al principio fueron dos ojos grandes y crueles que me escrutaban, dos puntos de fuego en los que se reflejaba la llama de la vela. Al observar con mayor atención distinguí un rostro demacrado, enmarcado por una densa maraña de pelos grasientos, y un cuerpo achaparrado, recubierto de escamas. Tenía cuatro extremidades más parecidas a brazos que a piernas y unas manos grandes y alargadas que terminaban en enormes zarpas afiladas.

Me eché a temblar y a punto estuve de que se me cayera la vela entre los barrotes. Retrocedí con tal premura que poco me faltó para caer desplomado, pero el Espectro lo evitó aferrándome por los hombros y sosteniéndome.

—No es una bella imagen, ¿verdad, chico? —farfulló—. Ésa de abajo es una lamia. Cuando la metí ahí dentro, hace unos veinte años, todavía era bastante humana. Pero ahora vuelve a ser salvaje. El cambio siempre ocurre cuando metes a una lamia en un pozo porque, privada de la compañía humana, va recuperando lentamente su estado primitivo. Sin embargo, pese a tantos años transcurridos, sigue siendo fuerte. Por eso tengo la reja de hierro en la escalera, porque si llegase a salir de ahí abajo, de momento serviría para pararle los pies.

»Y eso no es todo, muchacho; has de saber que no valen para ella los pozos normales para brujas. De modo que éste tiene en los lados y el fondo unos barrotes de hierro enterrados en la tierra. En realidad, pues, está metida en una jaula. Y no sólo eso, sino que además hay una capa de sal y hierro en el pozo. Con todo, gracias a las zarpas de sus cuatro extremidades podría excavar la tierra con rapidez y en profundidad o sea que ésa es la única manera de impedir que salga. En cualquier caso, ¿sabes quién es?

La pregunta era extraña. Bajé la vista y leí el nombre grabado en la lápida.



MARCIA SKELTON

El Espectro debió de ver la expresión de sorpresa pintada en mi cara al atar cabos, porque sonrió tristemente.

—Sí, muchacho. Es la hermana de Meg...

—¿Y sabe ella que su hermana está ahí abajo?

—Lo sabía, chico, pero ya no lo recuerda, así que es mejor que lo ignore. Y ahora ven, tengo que enseñarte otra cosa.

Se abrió camino entre las lápidas hasta el extremo más alejado, que parecía la zona más seca de la bodega, con el techo tapizado en gran parte de telarañas. Allí había un hoyo abierto, dispuesto para su uso, cuya tapadera estaba junto a él en el suelo a la espera de que la colocasen en su sitio.

Por primera vez observé cómo estaba construida dicha tapadera: las cohesionadas piedras exteriores formaban un cuadro y largos pernos las atravesaban de arriba abajo con la finalidad de asegurarlas en su posición. De hecho, los trece barrotes de acero eran largos pernos firmemente sujetos con tuercas hundidas en las piedras. En conjunto se trataba de un trabajo muy ingenioso que debía de haber requerido para su realización la colaboración de un mampostero y un herrero sumamente diestros en el oficio.

Me quedé con la boca abierta y permanecí así el tiempo suficiente para que el Espectro lo advirtiera. Esta vez no vi signo alguno, sino sólo un nombre grabado en el ángulo más cercano:

MEG SKELTON

—¿Qué te parece mejor, muchacho? ¿La infusión o esto? Porque va a ser una de las dos cosas.

—La infusión, sin duda —murmuré.

—Bien, entonces ya sabes que no podemos permitirnos el lujo de olvidarnos de dársela todas las mañanas. Como te olvides, ella recordará. Y yo no quiero tener que trasladarla aquí abajo.

Tenía una pregunta que hacerle, pero estaba convencido de que no le gustaría. Lo que yo quería saber era por qué algo que era bueno para una bruja en particular no lo era para todas. Sin embargo, tenía el convencimiento de que no podía quejarme: jamás olvidaría cuán cerca de lo Oscuro estuvo Alice; tan cerca que el Espectro creyó que lo mejor que podía hacer era meterla en un pozo. Y si cedió, fue porque yo le recordé que había soltado a Meg.

Aquella noche me fue difícil dormir porque giraban en mi cabeza los nuevos descubrimientos que me llevaban a adquirir conciencia del sitio donde vivía. Había visto cosas capaces de amedrentarme, y el hecho de vivir en una casa con tumbas de brujas, boggarts prisioneros y brujas vivas encerradas en la bodega bastaba para

impedirme descansar. Por fin decidí bajar de puntillas. Había dejado mis cuadernos en la cocina y quería recoger el de latín porque sabía que, a la media hora de repasar las listas de nombres y verbos, me caería de sueño.

Pero antes de llegar al pie de la escalera, percibí ruidos que no esperaba: alguien lloraba muy quedamente en la cocina y oí que el Espectro hablaba en voz muy baja. Me acerqué a la puerta, pero no entré; estaba entreabierta y, a través de la rendija, vi algo que frenó mis pasos.

Meg estaba sentada en la mecedora junto al fuego; sostenía la cabeza entre las manos y los sollozos le agitaban los hombros. El Espectro, inclinado sobre ella, le hablaba con suavidad y le acariciaba el cabello. Distinguí parte de la cara de mi maestro, iluminada por la luz de la vela, que mostraba una expresión que no le había visto nunca: se parecía a aquella dulzura que a veces adquiría el rostro cerril y duro de mi hermano Jack al mirar a su esposa Ellie.

Me quedé atónito al darme cuenta de que del ojo izquierdo le resbalaba una lágrima que le rodó por la mejilla hasta la boca.

No quise seguir fisgando y volví a la cama.

Un elemento de mucho cuidado

Muy pronto se estableció una rutina fija para todos los días.

El trabajo que tenía asignado por las mañanas consistía en encender las chimeneas de la planta baja e ir a buscar agua al arroyo, y cada dos días me tocaba poner en marcha todas las chimeneas de la casa a fin de evitar la humedad excesiva. Mientras prendía el fuego, tenía orden de abrir la ventana diez minutos para airear la habitación. Primero debía limpiar cada chimenea, lo que me obligaba a bajar y subir la escalera tantas veces que, cuando terminaba el trabajo, no podía por menos de sentirme satisfecho. La peor de todas era la del desván, por supuesto, por lo que solía encenderla antes que las demás, cuando todavía no me flaqueaban las piernas.

El desván era realmente espacioso, la habitación más grande de la casa. Disponía de una única ventana, un enorme tragaluz en el tejado; la estancia estaba vacía, pues tan sólo había un gran escritorio de caoba, cerrado con llave; en la plancha de bronce que rodeaba la cerradura tenía grabado un pentáculo, es decir, una estrella de cinco puntas encerrada en tres círculos concéntricos. Yo sabía que esas estrellas protegían a los magos cuando convocaban a los demonios, y me hubiera gustado conocer la razón de que aquel dibujo figurase ahí.

El escritorio era lujoso en extremo y me dio por pensar qué guardaría dentro y por qué el Espectro no lo trasladaba a su despacho, un lugar mucho más adecuado para semejante mueble. No me decidí nunca a preguntarle por aquel escritorio y, cuando finalmente hablamos de él, ya era demasiado tarde.

Después de ventilar el desván, continuaba con mi trabajo, cada vez bajando un piso. Los tres dormitorios situados directamente debajo del desván no estaban amueblados; dos de ellos daban a la fachada de la casa y uno a la parte trasera. Éste era el peor y el más oscuro de toda la casa, ya que sólo tenía una ventana y, además, se encaraba al acantilado. Cuando levantaba la ventana de guillotina y me asomaba a mirar, tenía tan cerca la húmeda roca que casi la tocaba con las manos. Precisamente, en esa peña había un saliente del que partía un camino que se dirigía hacia lo alto, de forma que parecía posible salir por la ventana y recorrerlo. Aunque no era tan tonto como para pretender intentarlo, ya que al más mínimo resbalón me habría estrellado contra las losas.

Después de encender las chimeneas, servía la infusión a Meg y repasaba los verbos latinos hasta la hora de desayunar, que lo tomábamos mucho más tarde que en Chipenden. Seguían después las clases a lo largo de gran parte del día, aunque a última hora de la tarde salía a dar un corto paseo con el Espectro, no más de veinte minutos colina abajo hasta el pie de la garganta, en el punto donde se abría a las

laderas más bajas del páramo. Pese al duro trabajo que entrañaba el cuidado de las chimeneas, hacía mucho más ejercicio en Chipenden, y eso me inquietó. El aire me parecía más frío cada mañana y, según me anunció el señor Gregory, no tardarían en llegar las primeras nieves.

Una mañana mi maestro se marchó a Adlington a visitar a su hermano Andrew, el cerrajero. Al preguntarle si podía acompañarlo, me respondió:

—No, muchacho, alguien tiene que quedarse para vigilar a Meg. Además, tengo cosas que hablar con Andrew; cosas de familia que son privadas. Aparte, debo ponerlo al corriente de todo lo ocurrido...

Supuse que, con aquellas palabras, se refería a que deseaba informar a su hermano de lo que nos había ocurrido en Priestown, cuando él estuvo a punto de morir quemado a manos del Inquisidor. Así que regresamos a Chipenden, el Espectro había enviado una carta a Adlington diciéndole a su hermano que estaba bien, pero era probable que ahora quisiera darle más detalles al respecto.

Me disgustaba que prescindiera de mí, ya que tenía muchísimas ganas de saber cómo estaba Alice, pero no me quedaba más remedio que obedecer ya que, pese a la infusión, Meg necesitaba vigilancia atenta. Al Espectro le preocupaba sobre todo que ella abandonara la casa y saliera a vagabundear por el exterior, por lo que yo debía asegurarme de que tanto la puerta delantera como la trasera se mantuviesen bien cerradas. Pero Meg hizo algo completamente inesperado...

Era tarde avanzada y yo estaba en el despacho del Espectro pasando en limpio en mi cuaderno los apuntes de una clase. Aproximadamente cada cuarto de hora salía a comprobar si Meg seguía bien. Por lo general la encontraba dormitando delante del fuego, o bien preparando las verduras para la cena. Sin embargo, al ir a verla una vez más, había desaparecido.

Fui corriendo a revisar las puertas, por si acaso, pero ambas seguían cerradas con llave. Después de registrar el salón, me fui escalera arriba. Esperaba hallarla en su dormitorio pero, al llamar a la puerta y no recibir respuesta, la abrí. La habitación estaba vacía.

A medida que subía al último piso me angustiaba, pero al ver que tampoco estaba en el desván, me entró pánico. Entonces inspire profundamente y me dije: «Reflexiona, ¿adonde puede haber ido?».

Sólo quedaba otro sitio y era aquel al que conducían los escalones de la bodega. No parecía probable, sin embargo, que estuviese allí, ya que el Espectro me había dicho que sólo pensar en aquella escalera la llenaba de inquietud. Lo primero que hice, pues, fue inspeccionar el despacho de mi maestro y encaramarme al taburete para rebuscar en lo alto de la estantería. De cualquier forma, Meg no habría podido hacerse con la llave sin que yo lo advirtiera, pero a pesar de todo quise confirmar que seguía en su sitio. Sí, allí estaba. Con un suspiro de alivio, encendí una vela y bajé.

Oí el estruendo de la reja mucho antes de llegar: resonaba ruidosamente propagando el estrépito hasta arriba de todo de la casa. De no haber sido porque esperaba encontrar allí a Meg, habría pensado que de la bodega se había escapado algún ser que pugnaba por salir.

Pero, en efecto, era ella. Se agarraba fuertemente a los barrotes llorando, y a la luz de la vela, observé que sacudía la reja con gran energía. Por el ímpetu que evidenciaba al hacerlo, me quedó patente que era mucha la fuerza que todavía le quedaba.

—Vamos, Meg —le dije con voz suave—, regresemos arriba. Aquí hace frío y hay corriente de aire. Como no tengas cuidado, pillarás un resfriado.

—Aquí abajo hay alguien, Billy. Alguien que necesita ayuda.

—No, aquí abajo no hay nadie —repuse a sabiendas de que le mentía.

Enjaulada en el pozo, estaba su hermana Marcia, la lamia salvaje. ¿Acaso Meg había empezado a recordar?

—Estoy segura de que hay alguien, Billy. No recuerdo su nombre, pero está ahí abajo y me necesita. Abre la reja, por favor, y ayúdame. Déjame bajar y echar una mirada. ¿Por qué no vienes tú también y lo registramos todo con la vela?

—No puedo, Meg. No tengo la llave de la reja. Vamos, te lo pido por favor, vuelve a la cocina...

—¿Sabe John dónde está la llave? —inquirió Meg.

—Tal vez. ¿Por qué no se lo preguntas cuando regrese?

—Sí, Billy, buena idea. Eso haremos.

Me sonrió a través de las lágrimas y me siguió escalera arriba. La llevé a la cocina y la ayudé a sentarse en su mecedora junto al fuego.

—Anda, quédate ahí y entrarás en calor, Meg. Voy a prepararte otra infusión; la necesitas después de soportar la humedad de esa escalera...

Meg ya se había tomado su taza diaria y no quería arriesgarme a que se pusiera enferma. Por eso vertí en la taza tan sólo una pequeña cantidad y le añadí el agua caliente. Me dio las gracias y se la tomó de un trago. Cuando llegó el Espectro, ya estaba dormida.

Al informarle de lo ocurrido, movió la cabeza, preocupado.

—¡Esto no me gusta nada, muchacho! A partir de ahora, todas las mañanas le pondrás en la taza dos centímetros de ese líquido. Preferiría no hacerlo, pero no hay más remedio.

Realmente, estaba muy desanimado; pocas veces lo había visto tan abatido. Pero no tardé en descubrir que no era sólo a causa de Meg.

—Traigo malas noticias, muchacho —me anunció, y se dejó caer pesadamente en una silla junto a la chimenea de la cocina—. Emily Burns ha muerto; lleva más de un mes fría en la tumba.

No supe qué contestarle. Habían pasado muchos años desde la época en que él había vivido con Emily, y más tarde Meg se convirtió en la mujer de su vida. Así

pues ¿por qué estaba tan triste?

—Lo siento —farfullé.

—Pero ni la mitad que yo, chico —repuso con aspereza—. Emily fue una buena mujer que tuvo una vida muy dura, pero se esforzó en salir adelante. El mundo será peor ahora que no está ella. A veces, cuando muere el bien, se desata el mal que hasta ese momento se ha mantenido a raya.

Iba a preguntarle a qué se refería con tan misteriosas palabras cuando Meg se agitó un poco y abrió los ojos, de modo que nosotros guardamos silencio y ya no volvimos a hablar de Emily.

Hacía ocho días de nuestra llegada a la casa; esa mañana, al terminar de desayunar y tras apartar el plato, el Espectro dedicó unos cumplidos a Meg a propósito de sus dotes culinarias y luego me dijo:

—Bien, muchacho, creo que ha llegado el momento de ir a ver cómo está la chica. ¿Crees que encontrarás el camino?

Asentí y procuré reprimir una sonrisa demasiado expresiva, pero a los diez minutos ya estaba caminando garganta abajo y, al poco rato, recorría la ladera de la colina a cielo abierto. Me encaminé hacia el norte de Adlington en dirección al Paisaje del Páramo, la granja donde vivía Alice.

Cuando el Espectro decidió trasladarse a su casa de invierno, di por sentado que el tiempo no tardaría en cambiar y, en efecto, cada día hacía un poco más de frío que el anterior. Pero hoy parecía que la situación iba a mejor porque, aunque la mañana era fría y había helado, brillaba el sol, la atmósfera estaba limpia y se divisaba el paisaje a kilómetros de distancia. Era una de esas mañanas en que uno siente el placer de vivir.

Alice debía de haberme visto descendiendo por la ladera porque salió a recibirme a la puerta de la granja. En el mismo lindero que delimitaba la casa había un bosquecillo, que era donde ella me esperaba, a la sombra de unos árboles. Parecía muy triste, por lo que, antes de que tuviésemos ocasión de hablar, ya supe que no era feliz en su nueva casa.

—¡No hay derecho, Tom! El viejo Gregory no me podía encontrar sitio peor que éste. No se vive nada bien con los Hurst.

—¿Tan malo es, Alice?

—Peor que Pendle. Y con eso ya está dicho todo.

Pendle era el lugar donde vivía gran parte de la familia de brujas de Alice. Un lugar que ella odiaba por lo mal que la habían tratado.

—¿Son crueles contigo, Alice? —pregunté, alarmado.

—No. Todavía no me han puesto la mano encima, pero es que me hacen muy poco caso. No he tardado mucho en descubrir por qué están tan callados y se sienten tan desgraciados. Es por culpa de ese hijo suyo... el tal Morgan por quien preguntó el

viejo Gregory. Un hombre cruel y mezquino, eso es lo que es; un tipo realmente espantoso. ¿Qué hijo pegaría a su propio padre y le gritaría a su madre hasta hacerla llorar? Ni siquiera se dirige a ellos llamándolos padre y madre. Viejo y vieja es lo mejor que les llama. Le tienen verdadero miedo y mintieron al viejo Gregory porque la verdad es que Morgan viene a menudo. Sus visitas causan espanto. A mí no me hace nada, pero no podré soportar esta situación mucho tiempo. Y si es necesario, de una manera u otra, yo misma le pondré solución.

—No hagas nada todavía —le pedí—. Déjame que hable primero con el Espectro.

—No vayas a figurarte que vendrá corriendo en mi ayuda. Creo que el viejo Gregory lo ha hecho a propósito porque ese hijo de los Hurst es de su misma calaña. Lleva capa, capucha y un cayado. Seguro que le pidió que no me perdiera de vista.

—Él no es un espectro, Alice.

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Es un aprendiz fracasado del Espectro y, además, ellos dos no tienen buenas relaciones. ¿Te acuerdas de la última noche en Chipenden en que le llevé aquella carta y se enfureció sobremanera? No tuve ocasión de decírtelo, pero la carta era de Morgan y en ella lo amenazaba; le decía que le devolviera algo que es suyo.

—No por eso deja de ser un elemento de mucho cuidado. Y no sólo visita la casa, sino que algunas noches baja por la ladera de la colina y se acerca hasta el lago. Anoche mismo lo vi. Se queda en la orilla mirando fijamente el agua; a veces se le mueven los labios como si hablara con alguien. Su hermana se ahogó en el lago, ¿verdad? Yo creo que habla con su fantasma. No me sorprendería que él mismo la hubiera ahogado.

—¿Y dices que pega al señor Hurst? —pregunté, ya que era lo que más me había impresionado. Ese hecho me hizo pensar en mi padre y al recordarlo se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo era posible que alguien levantase la mano contra su propio padre?

—Sí, sí. Desde que estoy aquí se han peleado dos veces; han sido peleas serias. La primera vez, el señor Hurst quiso sacarlo de casa a empujones y llegaron a las manos. Como Morgan es mucho más joven y más fuerte que él, ya puedes adivinar quien se llevó la peor parte. La segunda vez, se lo llevó a rastras escalera arriba y lo encerró en su habitación. Tendrías que haber oído los gritos del pobre hombre. A mí no me gustó ni pizca y me recordó los tiempos en que yo vivía con mi familia en Pendle. Quizá si le cuentas al viejo Gregory lo mal que lo estoy pasando, me dejará que vaya a vivir contigo.

—No creo que te gustase mucho Anglezarke. La bodega está llena de pozos y el Espectro guarda allí a dos brujas vivas. Una es la hermana de Meg, una lamia salvaje; verla escabullirse por el fondo del pozo asusta de veras. Pero quien más me apena es la misma Meg. Tenías razón al referirte a ella. Vive en la casa con el Espectro, pero hay que darle una pócima todos los días para que no recuerde quién es. Y se pasa más de la mitad del año encerrada en una celda de la bodega. Da pena verla. Sin embargo,

el Espectro no tiene más remedio que actuar así. O eso o la mete en un pozo como a su hermana.

—No está bien eso de meter a una bruja en un pozo. Yo nunca lo he aprobado. De cualquier modo, preferiría estar allí contigo que aquí viendo a Morgan casi todos los días. Me siento sola, Tom. ¡Te echo de menos!

—Yo también te echo de menos, Alice, pero de momento no puedo hacer nada. Le explicaré al Espectro lo que hemos hablado y volveré a preguntárselo. Haré todo lo que esté en mi mano, te lo prometo. A propósito, ¿está Morgan ahora? —pregunté indicando la granja con el ademán.

—No. Desde ayer no he vuelto a verlo, pero seguro que no tardará en venir.

No hablamos mucho rato más porque la señora Hurst, la esposa del granjero, apareció en la puerta trasera y llamó a Alice, así que tuvo que dejarme.

Volvió a poner cara triste y levantó la vista al cielo.

—¡Volveré pronto! —le dije cuando ya se iba.

—Sí, Tom, por favor. Pero pídele lo que te he dicho al viejo Gregory. ¡Te lo ruego!

No regresé directamente a la casa del Espectro, sino que trepé por la montaña hasta el páramo para tomar el fresco. Lo que más me llamó la atención fue que la cumbre era plana y el paisaje no era ni de lejos tan bello como en las colinas rocosas que rodeaban Chipenden, ni tampoco el aspecto del campo era tan espectacular como allí.

Tanto al sur como al este, sin embargo, las montañas eran más altas y, un poco más lejos de Anglezarke, se extendían otros paramos. En la zona sur se alzaba la colina Invernal y Rivington, más allá se erguían las colinas del Herrero y, por el este, el páramo de Turton y el de Darwen. Lo sabía porque, antes de partir, estudié los mapas de mi maestro, aunque tuve buen cuidado de volver a plegarlos después. Por lo tanto, tenía formada una idea de la zona. Y como había mucho terreno que explorar, decidí que le pediría un día de permiso para recorrerlo antes de que llegase el invierno de verdad. Creía que no me lo negaría, pues debía tener en cuenta que parte del trabajo de un espectro consiste en conocer la geografía del condado a fin de poder trasladarse con rapidez de un lugar a otro y encontrar el camino más directo para acudir en ayuda de quien lo solicita.

Seguí caminando hasta que vi a distancia una pequeña colina coronada por una especie de cúpula en lo alto del páramo. Parecía construida a propósito y supuse que sería un túmulo, el montículo de una sepultura de algún antiguo mandatario. Justo cuando estaba a punto de marcharme de allí, apareció una figura en el punto más alto del montículo. Llevaba un cayado en la mano izquierda y una capa con capucha echada hacia la cara. ¡Tenía que ser Morgan!

Su aparición fue tan repentina que daba la impresión de que se había materializado a partir de la nada. Pero el sentido común me decía que había subido por la ladera opuesta.

Pero ¿qué hacía allí arriba? Imposible deducirlo. Se había entregado a una especie de danza: se lanzaba en todas direcciones y agitaba los brazos. Después, con gesto súbito, profirió un rugido de rabia y arrojó el cayado al suelo. Estaba furioso, mas ¿contra qué?

Poco después vino de levante un retazo de niebla que lo ocultó, y yo continué caminando porque, por supuesto, no tenía ganas de encontrármelo cara a cara. Y menos teniendo en cuenta su humor.

Después de aquella experiencia no me quedé mucho rato más en los paramos. Además, si volvía en un espacio de tiempo razonable, era más probable que el Espectro me autorizase a visitar de nuevo a Alice. Por otra parte, también tenía ganas de llegar a casa para explicarle todo lo que ella me había contado.

Después de comer le expliqué a mi maestro que había visto a Morgan en lo alto del páramo y todo lo que Alice me había dicho sobre ese individuo.

El Espectro se rascó la barba y suspiró.

—La chica dice la verdad. Morgan es un elemento de mucho cuidado, de eso no hay duda. Se viste como un espectro y algunas personas crédulas se figuran que lo es, pero le falta la disciplina necesaria para desempeñar nuestra profesión. Era un gandul y buscaba siempre el camino fácil. Hace casi dieciocho años que se fue de mi lado y desde entonces no ha hecho nada bueno. Se hace pasar por nigromante y saca dinero a la gente honrada más vulnerable. Traté de evitar que adquiriera malas costumbres, pero es sabido que algunas personas se resisten a que las ayuden.

—¿Nigromante quiere decir mago? —pregunté, ya que no estaba familiarizado con la palabra.

—Sí, esa palabra equivale a mago o hechicero, muchacho, es decir, alguien que practica lo que se llama magia, o bien hace de curandero, pero su especialidad es la nigromancia.

—¿Y qué significa nigromancia? —Jamás le había oído utilizar tal palabra, y pensé que, después de aquella charla, debería anotar muchas cosas en mi cuaderno.

—Ten en cuenta, muchacho, que la palabra nigromancia procede del griego, o sea que deberías estar en condiciones de saber qué quiere decir.

—Bien, *nekros* significa «cadáver» —repuse, después de un momento de concienzuda reflexión—. Supongo, pues, que tiene que ver con los muertos.

—¡Chico listo! En efecto, es un mago que se sirve de los muertos para que lo ayuden y le transmitan poder.

—¿De qué manera?

—Como bien sabes, los fantasmas y los cadáveres forman parte de nuestra profesión. Pero así como nosotros hablamos con ellos y los encarrilamos, él hace lo contrario, pues se sirve de los muertos. Los utiliza como espías y los alienta a que permanezcan atrapados en la tierra para que lo ayuden en sus propósitos y

contribuyan así a que se forre. A veces engaña a los más desgraciados, que son los que sufren.

—Lo que hace es un fraude, entonces.

—No, no engaña a nadie cuando dice que habla con los muertos. No te olvides de esto: Morgan es un hombre peligroso y sus tratos con lo Oscuro le han conferido poderes auténticos pero peligrosos, que debemos temer. También es implacable, capaz de perjudicar a quienquiera que se interponga en su camino. O sea que mantente lejos de él, muchacho.

—¿Por qué no le ha parado nunca los pies? ¿No habría debido castigarlo hace tiempo?

—Es una larga historia... Sí, tal vez debería haberlo hecho, pero no era el momento oportuno. Pronto nos ocuparemos de él. Mientras tanto tú procura mantenerte lejos de su camino... en lugar de decirme qué debo hacer. —Bajé la cabeza, confundido, y mi maestro me dio unos ligeros golpecitos en el brazo—. Vamos, muchacho, no pasa nada; lo estás haciendo bien. Me alegra que pienses por tu cuenta. Y del mismo modo está bien que la chica descubriese a Morgan hablando con el fantasma de su hermana. Para eso precisamente la puse donde la he puesto: para que observara ese tipo de cosas.

—¡Pero no hay derecho! —protesté—. Usted sabía que Alice no sería feliz en esa casa.

—Sabía que no sería un lecho de rosas, muchacho, pero la chica debía pagar por lo que había hecho anteriormente, aparte de que es muy capaz de cuidarse. Con todo, en cuanto nos hayamos librado de Morgan, esa familia será mucho más feliz. Lo primero es encontrarlo.

—Alice asegura que los Hurst le mintieron a usted, porque Morgan visita a menudo la granja.

—¿Ah, sí?

—Me ha dicho que ahora no estaba, pero que se puede presentar en el momento más impensado.

—Bien, quizá por eso habrá que empezar la búsqueda mañana mismo —dijo, pensativo.

Viendo que se prolongaba el silencio, quise cumplir la promesa que había hecho a Alice, pese a saber que la pregunta sería ociosa.

—¿No podría Alice venir a vivir con nosotros? Está atravesando un mal momento y creo que es una crueldad dejarla en aquella casa cuando aquí disponemos de tanto espacio.

—¿Por qué haces una pregunta si conoces la respuesta? —respondió el Espectro mirándome ceñudo—. No seas blando ni dejes que el corazón te gobierne la mente, porque lo Oscuro te derrotará. Recuérdalo, muchacho, porque a lo mejor un día ese proceder te salva la vida. Bastantes brujas tenemos ya aquí.

Así pues, no había más que hablar. Sin embargo, al día siguiente no visitamos la

granja de los Hurst porque ocurrió algo que lo cambió todo.

El lanzador de piedras

Habíamos terminado de desayunar cuando el alto y fornido mozo de un granjero golpeó la puerta trasera de la casa con los puños como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué pasa, se puede saber qué quieres, cabeza de chorlito? —gritó el Espectro al tiempo que abría la puerta de par en par—. ¿Es que quieres romper la puerta?

El chico dejó de golpear y se puso rojo como un tomate.

—He preguntado por usted en el pueblo —dijo señalando hacia Adlington—, y un carpintero me indicó el camino hacia aquí arriba. Me dijo que llamara fuerte en la puerta de atrás.

—Sí, claro, que llamas, no que echaras la puerta abajo —le espetó el Espectro, enfurruñado—. En fin, ¿qué quieres de mí?

—Me envía mi padre y le pide que vaya rápido. La cosa pinta mal: ha muerto un hombre.

—¿Y tu padre quién es?

—Henry Luddock. Vivimos en la granja La Piedra, junto a la garganta de Owshaw.

—Conozco a tu padre y he trabajado para él. ¿No serás William, por casualidad?

—El mismo.

—Pues bien, William, la última vez que estuve en La Piedra, tú eras un niño de teta. Veo que has crecido bastante o sea que entra y descansa un poco, respira, tranquilízate y empieza por el principio. Quiero saber todos los detalles, así que no te guardes nada.

Al atravesar la cocina para ir al salón, no vi ni rastro de Meg. Si no estaba trabajando, solía sentarse en la mecedora y calentarse las manos en la chimenea de la cocina. Pensé que a lo mejor quería mantenerse aparte al ver que teníamos visita... que era lo que habría debido hacer el día que Shanks nos trajo los víveres.

Ya en el salón, William expuso la historia de los hechos, que había empezado muy mal y terminado peor. Al parecer, un boggart, probablemente el mismo que mi maestro y yo habíamos oído pasar por la vía prehistórica hacía varias noches, se había instalado en La Piedra y había iniciado sus fechorías emitiendo ruidos durante la noche: cosas como mover los pucheros de la cocina, golpear la puerta de la casa y hacer retemblar los muros. Me bastaron esos datos para convencerme de que se trataba de un boggart, gracias a las notas que había tomado sobre ellos.

Me fue fácil adivinar cómo seguiría William el relato porque, si el sujeto daba golpes, después arrojaría piedras. Y así sucedió. Primero fueron pequeños guijarros que lanzaba contra las ventanas, los dejaba resbalar por las tejas o los colaba por la

chimenea, pero después las piedras fueron más grandes, mucho más grandes.

El Espectro me había enseñado que los que empezaban dando golpes se transformaban a veces en lanzadores de piedras. Se trataba en ese caso de boggarts de mala índole y trato peligroso. El difunto era un pastor que trabajaba para Henry Luddock, y encontraron su cadáver en la ladera más baja del páramo.

—Lo descalabraron con una piedra más grande que su cabeza —explicó William.

—¿Estás seguro de que no fue un accidente? —preguntó el Espectro—. A lo mejor dio un paso en falso, cayó y se pegó un golpe.

—No, de eso estamos seguros. El hombre estaba boca arriba y tenía la piedra encima. Y cuando trasladamos el cadáver, comenzaron a caer muchas piedras a nuestro alrededor. Fue terrible. Creí que me moría. Por favor se lo pido: ¿quiere venir a echarnos una mano? Mi padre se volverá loco con tantas preocupaciones. Tenemos mucho trabajo, pero no lo hacemos porque es arriesgado salir de la granja.

—Bien, vuelve a casa y di a tu padre que estoy en camino. En cuanto al trabajo, límitate a ordeñar las vacas y a hacer lo mínimo necesario; las ovejas saben cuidarse, por lo menos hasta que lleguen las nieves. En fin, espérame en la ladera del monte.

Tan pronto como William salió, el Espectro se me encaró y, moviendo la cabeza con gravedad, sentenció:

—Mal asunto, muchacho. Los boggarts que lanzan piedras causan problemas, pero raras veces matan, lo que quiere decir que ése es un ser malvado que puede muy bien repetir otra vez lo que ha hecho. Llevo castigados uno o dos seres de esa calaña, pero me han dado más de un dolor de cabeza y sé que algunos espectros han muerto a manos de esos lanzadores de piedras. Otra cosa muy diferente es tratar con un destripador, aunque a veces puede ser igual de peligroso.

En otoño yo tuve que vérmelas con un destripador. Y como el Espectro estaba enfermo, no me quedó más remedio que arreglármelas sin él, auxiliado por un mecánico y su compañero. Fue bastante peliagudo, porque los destripadores matan a sus víctimas, pero la tarea que se nos avecinaba también sería peliaguda, aunque de diferente manera. ¡Poco puede hacer uno para defenderse cuando te llueven piedras!

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —dije tratando de poner a mal tiempo buena cara.

—Así es, muchacho, por lo tanto... manos a la obra —asintió, muy serio.

Antes de salir todavía nos quedaba algo por hacer: el Espectro me llevó al salón y me mandó que cogiese aquella botella color caramelo con la etiqueta que decía «Infusión».

—Prepara otra dosis para Meg, muchacho, pero procura que esta vez sea más concentrada. Ponle cinco centímetros; bastará con eso, porque nosotros estaremos de vuelta esta misma semana.

Hice lo que me ordenaba y vertí cinco centímetros generosos del oscuro brebaje. Después puse a hervir el agua de la marmita y llené la taza de agua caliente hasta los bordes.

—Bebe, Meg —le dijo el Espectro tendiéndole la humeante taza—. Lo necesitarás porque el frío va en aumento y así evitarás que te duelan los huesos.

Meg le sonrió y a los diez minutos había vaciado la taza y daba cabezadas. El Espectro me tendió la llave de la reja de la escalera y me pidió que fuera delante; entonces cogió a Meg en brazos, como si fuera una niña pequeña, y se me pegó a los talones.

Abrí la reja con la llave, bajé la escalera y aguardé ante la puerta situada entre las otras dos. Entre tanto mi maestro se perdió en la oscuridad interior con Meg en brazos. Pero como dejó la puerta abierta, oí palabra por palabra lo que le dijo.

—Buenas noches, mi amor —susurró—. Sueña con nuestro jardín.

Yo sabía que no habría debido escuchar esas palabras, pero no lo pude evitar y me sentí bastante desconcertado al constatar que, de entre todos los seres vivos, había sido precisamente mi maestro quien las había pronunciado.

¿De qué jardín hablaría? ¿Se referiría a los jardines de Chipenden? En todo caso, de ser así, se trataría del jardín de poniente, desde donde se divisaban las colinas rocosas, descartando los otros dos, en los que se habían cavado los hoyos para boggarts y las tumbas para brujas.

Meg no respondió, pero el Espectro debió de despertarla al salir y cerrar la puerta tras él porque de pronto se echó a llorar como una niña pequeña que tiene miedo de la oscuridad. Al oír su llanto, el Espectro se detuvo y nos quedamos un buen rato esperando en la puerta hasta que por fin fueron calmándose los sollozos, sustituidos por otro sonido más débil: el silbido que emitía Meg al respirar y escapársele el aire entre los dientes.

—¡Ya está! —dije en voz baja a mi maestro—. Se ha dormido. La oigo roncar.

—¡No, muchacho! —repuso él dirigiéndome una de sus miradas fulminantes—. Yo diría que canta, no que ronca.

A mí me parecían ronquidos, pero lo que estaba claro era que mi maestro no toleraba que se criticase a Meg bajo ningún concepto. En cualquier caso, dicho esto, subimos la escalera, cerramos la reja y recogimos nuestras cosas para el viaje.

Emprendimos el camino del este y nos adentramos en las profundidades de la garganta hasta que ya se hizo tan estrecha que casi caminábamos siguiendo el arroyo, mientras el cielo se limitaba a una pequeña franja gris. Y cuál no sería mi sorpresa cuando, poco después, llegamos a unos peldaños tallados en la roca.

Eran estrechos y empinados, resbaladizos a causa de las placas de hielo que los cubrían, y como yo cargaba con la pesada bolsa del Espectro, tan sólo disponía de una mano libre para agarrarme en caso de resbalar.

Siguiendo los pasos de mi maestro, conseguí llegar entero a la cumbre y debo admitir que la ascensión valió la pena, porque me encontré de nuevo en pleno aire libre, con amplios espacios a uno y otro lado. Las rachas de viento parecían tener

fuerza suficiente para barrernos del páramo, y las nubes, oscuras y amenazadoras, pasaban tan cerca de nuestra cabeza que se habría dicho que podíamos tocarlas con sólo levantar las manos.

Como ya he dicho, el páramo de Anglezarke estaba situado a cierta altura, pero más bajo que las colinas rocosas que habíamos dejado atrás en Chipenden. Disponía de algunas colinas y algunos valles, eso sí, que tenían muy extrañas formas. Sobresalía en particular un pequeño montículo, demasiado redondeado y liso para ser natural. Al pasar cerca de él, lo reconocí: era el túmulo donde había visto al hijo de los Hurst.

—Aquí es donde vi a Morgan —le comenté al Espectro—. Estaba de pie en lo alto.

—Sin duda era él, muchacho. Siempre le ha fascinado este túmulo y siempre ha merodeado por sus inmediaciones. Lo llaman la Hogaza Redonda, ¿sabes? Es por su forma —especificó el Espectro mientras se apoyaba en el cayado—. Lo construyeron en épocas antiguas los primeros hombres que llegaron al condado procedentes de poniente. Desembarcaron en Heysham, como bien sabes.

—¿Y qué finalidad tiene?

—Pocos lo saben con seguridad, pero muchos son lo suficientemente necios para hacer suposiciones. Creen que sólo se trata de un túmulo donde está enterrado un antiguo rey con su armadura y todas sus riquezas. Algunas personas codiciosas incluso han cavado pozos pero, pese a haberse tomado tanto trabajo, nunca han encontrado nada. ¿Sabes qué significa la palabra Anglezarke, chico?

Negué con la cabeza y me estremecí de frío.

—Pues significa «templo pagano». Todo el páramo era una inmensa iglesia abierta a los cielos, donde aquel pueblo antiguo rendía culto a sus viejos dioses. Como te dijo tu madre, el más poderoso de esos dioses se llamaba Golgoth, que quiere decir Señor del Invierno. Hay quien afirma que este montículo era su altar específico. En principio, se trataba de una poderosa fuerza elemental, un espíritu de la naturaleza que amaba el frío. Pero como se le rindió un ferviente culto durante tanto tiempo, cogió agallas y se tornó antojadizo y a veces se demoraba más allá de la época que tenía asignada y amenazaba con un año de persistentes nieves y hielos. Algunos han llegado a pensar incluso que fue el poder de Golgoth el que provocó la última Edad del Hielo. ¡Vete a saber si es cierto! En cualquier caso, en pleno invierno durante la época del solsticio, por temor a que el frío no terminara nunca y no volviera la primavera, la gente hacía sacrificios para apaciguarlo. Eran sacrificios de sangre, porque los hombres no aprenden nunca.

—¿Le ofrecían animales?

—Humanos, muchacho, humanos... Lo hacían para que, saciado con la sangre de las víctimas, Golgoth se sintiera tan satisfecho que se sumiera en un profundo sueño y dejara que volviera la primavera. Los huesos de esos seres sacrificados siguen ahí. Cava en el sitio que quieras a un kilómetro a la redonda y no tardaras en encontrar

cantidad de ellos.

»Este montículo me ha preocupado siempre porque Morgan no era capaz de apartarse de este lugar y siempre ha tenido un gran interés por Golgoth... demasiado para mi gusto. Y seguramente lo sigue teniendo. Has de saber que algunas personas se figuran que el Señor del Invierno es la clave para alcanzar la supremacía mágica y que, si un mago como Morgan consiguiera obtener el poder de ese dios —el poder de lo Oscuro—, dominaría el condado.

—¿Cree usted que Golgoth sigue aquí, en algún lugar del páramo...?

—Sí, dicen que duerme bajo tierra. De ahí que el interés de Morgan por él sea peligroso, pues es el caso que los antiguos dioses se crecen cuando son venerados por hombres necios. El poder de Golgoth disminuyó cuando cesó el culto, y él se sumió en un profundo sueño, un sueño del que no queremos que despierte.

—Pero ¿por qué dejaron de rendirle culto? Me imaginaba que temían que el invierno no terminase nunca.

—Sí, muchacho, es verdad, pero a veces hay circunstancias que son más importantes: pudo ocurrir que una tribu más poderosa se trasladara al páramo y trajera consigo a un dios diferente, o que las cosechas fueran malas y la gente tuviera que marcharse a una zona más fértil. Los motivos se perdieron en el tiempo, pero la cuestión es que ahora duerme. Y así quiero que siga. Sea como fuere te aconsejo que no te acerques por aquí, muchacho, y procura que Morgan también se mantenga lejos. Y ahora ven, pronto se hará de noche y es mejor que nos apresuremos.

Dicho esto, abandonamos el lugar y, una hora más tarde, salíamos del páramo y emprendíamos la marcha hacia el norte. Llegamos a La Piedra antes del anochecer. William, el hijo del granjero, nos esperaba al final del camino y subimos la colina en dirección a la granja cuando la luz ya comenzaba a debilitarse. Pero antes de ir a la casa, el Espectro insistió en que el chico lo llevara al lugar donde habían encontrado el cadáver.

De la puerta trasera de la granja partía un camino que conducía directamente al páramo, que ahora, con aquel cielo grisáceo, tenía un aire sombrío y amenazador. Como el viento había amainado, las nubes se desplazaban perezosamente y parecían cargadas de nieve.

Unos doscientos pasos más nos condujeron a una garganta mucho más pequeña que aquella en la que se erigía la casa del Espectro, pero no menos lóbrega y ominosa. Era una angosta hondonada repleta de barro y piedras, dividida en dos por la corriente rápida pero somera de un arroyo.

No había mucho que ver, pero ni William ni yo nos sentíamos a gusto. El chico miraba a un lado y a otro y no cesaba de volverse, como si creyera que podía aparecer algo por detrás y abalanzarse sobre él. Su actitud resultaba cómica, pero yo estaba demasiado asustado para ceder a la risa.

—¿O sea que el sitio es éste? —preguntó el Espectro al ver que William se detenía.

El chico asintió e indicó un espacio de tierra donde se veían unos montoncitos de hierba aplastados.

—Y ésa es la piedra que tenía sobre la cabeza —dijo señalando un enorme pedrusco de roca gris—. Tuvimos que levantarla entre dos personas.

La roca era muy grande y me quedé mirándola con recelo, aterrado al pensar que una cosa de semejante tamaño pudiera caer del cielo. Fue suficiente para que valorara lo peligroso que podía resultar un boggart de esa clase.

De pronto comenzaron a llover piedras. La primera fue pequeña y su ruido al caer sobre la hierba apenas se distinguió del gorgoteo del agua. Entonces levanté la mirada hacia las nubes a tiempo de ver un pedrusco más grande que se me venía encima y poco faltó para que me diera en la cabeza. A continuación arreció una lluvia de piedras de todos los tamaños que cayeron a nuestro alrededor; algunas lo bastante grandes para causar graves daños.

El Espectro señaló la granja con el cayado y observé sorprendido que abría la marcha garganta abajo. Caminábamos aprisa y yo porfiaba por no rezagarme, ya que la bolsa parecía más pesada a cada paso que daba y el barro me hacía resbalar. Nos detuvimos, ya sin resuello, al llegar al corral.

La lluvia de piedras cesó, pero una de ellas había causado algunos desperfectos: el Espectro tenía una herida en la frente de la que manaba un reguero de sangre. No era una herida seria ni tampoco una amenaza para su integridad física, pero el suceso me preocupó mucho.

El lanzador de piedras ya había matado a un hombre, lo que había obligado a mi maestro, aun sin estar en su mejor momento, a tomar cartas en el asunto. Yo estaba seguro de que al día siguiente me necesitaría; y sería un día terrible.

Henry Luddock nos dispensó un afectuoso recibimiento cuando llegamos a la granja. Al poco rato nos sentamos en su cocina delante de una acogedora fogata. Era un hombre alto, jovial, de rostro rubicundo, que no había permitido que la amenaza del boggart lo abatiera. Lamentaba la muerte del pastor que tenía contratado, pero se mostró amable y considerado con nosotros y se dispuso a desempeñar las funciones de anfitrión ofreciéndonos una buena cena.

—Gracias por la invitación, Henry —le dijo el Espectro declinando aceptarla—. Es muy amable de tu parte, pero nosotros no trabajamos nunca con el estómago lleno. Nos acarrearía problemas. Pero tú sigue adelante y come lo que te apetezca.

Y eso fue exactamente lo que hizo la familia Luddock, con gran contrariedad por mi parte: se sentaron a la mesa y se sirvieron unas buenas raciones de pastel de ternera, mientras que lo único que el Espectro permitió que comiéramos nosotros dos fue un raquíptico bocado de queso amarillento y un vaso de agua.

Así que me quedé allí sentado mordisqueando el queso y pensé en Alice, que vivía en aquella casa donde se sentía tan infeliz. De no haber sido por el boggart, el

Espectro habría podido tratar con Morgan y mejorar la situación pero, dado que tenía que enfrentarse con un lanzador de piedras, nadie sabía cuándo conseguiría solucionar el problema.

Como en la casa no había habitaciones sobrantes, mi maestro y yo pasamos una noche muy desapacible, envuelto cada uno en su manta, tumbados en el suelo de la cocina y arrimados al rescoldo de la chimenea. A la mañana siguiente, mucho antes de que amaneciera, nos levantamos con el cuerpo aterido y entumecido y nos pusimos en marcha hacia el pueblo más próximo, llamado Belmont; estaba situado colina abajo, lo que facilitaba la caminata, aunque yo estaba convencido de que no tardaríamos en tener que desandar el camino cuesta arriba y regresar a la granja.

Belmont no era un pueblo muy grande; se encontraba en una encrucijada y constaba de media docena de casas, además de la herrería que íbamos a visitar. El herrero no se alegró al vernos, aunque supongo que fue porque, con los golpes que dimos a la puerta, lo sacamos de la cama. Era un hombre alto y musculoso, como la mayoría de los herreros, un hombre con quien no se podía, andar con chiquitas, si bien miró al Espectro con aire precavido y pareció sentirse incómodo en su presencia. Sabía muy bien qué asuntos se llevaba mi maestro entre manos.

—Necesito un hacha nueva —solicitó el Espectro.

El herrero indicó la pared detrás de la fragua donde tenía expuestos varios cabezales de hacha, toscamente tallados y preparados para su acabado final.

El señor Gregory escogió rápidamente el más grande. Era de doble filo, y eso provocó que el hombre mirara a mi maestro de arriba abajo como si dudara de que fuera lo suficientemente alto y fuerte para empuñar un hacha de aquellas dimensiones.

Después, sin añadir palabra y tras asentir, refunfuñó algo por lo bajo y se puso manos a la obra. Yo me quedé junto a la fragua observándolo mientras calentaba, batía y daba forma al cabezal en el yunque; de vez en cuando lo sumergía en un barreño de agua, lo que provocaba intensos siseos y nubes de vapor.

A continuación insertó a golpe de martillo el cabezal en una larga asta de madera antes de disponerse a afilarlo en la muela, maniobra que dio lugar a un gran despliegue de chispas. Transcurrió casi una hora antes de que quedase satisfecho y se aviniese a entregar el hacha a mi maestro.

—Necesitaré también un gran escudo —pidió el Espectro—. Tiene que ser lo bastante grande para que nos proteja a mi aprendiz y a mí, y lo bastante ligero para que el chico pueda sostenerlo sobre la cabeza con el brazo extendido.

El herrero pareció sorprenderse, pero se metió en la trastienda y volvió con un gran escudo circular, de madera y con un reborde metálico; el centro se adornaba con un tachón de hierro provisto de una púa, pero tuvo que eliminarlo y reemplazarlo por madera a fin de hacer el escudo más ligero; después lo recubrió de estaño.

Así pues, agarrándolo por el borde exterior, ya estaba yo en condiciones de sostener el escudo sobre mi cabeza con ambos brazos en alto. Sin embargo, el

Espectro dijo que no iría bien porque podía herirme los dedos y soltar el escudo. Por consiguiente, tuvo que sustituir la habitual correa de cuero por dos asas de madera colocadas en el interior del reborde.

—Bien, vamos a ver qué podemos hacer ahora —comentó el Espectro.

Me hizo sostener el escudo en diferentes posturas y lugares y después, satisfecho por fin, pagó al herrero y nos pusimos en marcha camino de La Piedra.

Trepamos seguidamente a lo alto del peñasco. El Espectro se vio obligado a dejar el cayado porque tenía las manos ocupadas con el hacha y la bolsa, y yo me debatía con el pesado escudo, contento, no obstante, de que mi maestro no contara con que le llevase la bolsa. Subimos hasta el lugar donde había muerto el hombre. Al llegar, el Espectro se detuvo, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Ahora tendrás que ser valiente, muchacho, muy valiente. Y además, debemos trabajar aprisa. El boggart vive debajo de las raíces de un viejo espino que cortaremos y quemaremos para desalojarlo.

—¿Cómo sabe que está aquí? ¿Acaso los lanzadores de piedras suelen vivir debajo de las raíces de los árboles?

—Viven donde se les antoja. Pero por lo general a los boggarts les gusta vivir en las gargantas y sobre todo debajo de las raíces de los espinos. Mira, al pastor lo mataron al pie de esa garganta, y sé que un poco más arriba hay un árbol de esa clase, porque da la casualidad de que en ese mismo sitio me las tuve que ver con el último boggart al que me enfrenté, hace unos diecinueve años, cuando yo era casi un niño de pecho y Morgan, mi aprendiz. Pero ahora la situación es más complicada porque, mientras aquel boggart hacía caso de las palabras persuasivas y se movía cuando se lo pedía, el lanzador de piedras actual es un bribón e incluso es capaz de matar, por lo que no basta con hablarle.

Así pues, poniendo proa hacia el norte, entramos en el borde occidental de la garganta. El Espectro me precedía con paso rápido y no tardamos en jadear los dos; al mismo tiempo la marcha se hacía más dificultosa, puesto que el barro daba lugar gradualmente a que las piedras se desprendieran.

Al principio nos mantuvimos cerca de la parte superior de la garganta, pero después el Espectro continuó por la ladera guijarrosa abajo hasta que llegamos al borde del arroyo. Era somero y angosto, pero borboteaba entre las piedras en su curso descendente con fuerza tal que habría sido difícil cruzarlo. Proseguimos hacia arriba a contracorriente mientras las orillas a uno y otro lado se iban elevando, hasta que sobre nuestras cabezas lo único que quedó visible fue una estrecha rendija de cielo. Después, pese al rumor de la corriente, oí el ruido del primer guijarro que cayó en el agua delante mismo de nosotros.

Ya me esperaba que sucediera eso y no tardaron en caer otras piedras, lo que me obligó a coger el escudo que llevaba en la espalda y nos cubrimos la cabeza con él. Como el Espectro era de mayor estatura que yo, me vi obligado a sostener el escudo muy alto, de modo que no tardaron en dolerme los brazos y los hombros. Aunque lo

aguantaba a la máxima distancia que daban de sí mis brazos, al Espectro no le quedó más remedio que agacharse, por lo que nuestro avance se hacía dificultoso en extremo.

Pronto avistamos el espino: no era particularmente alto, pero sí viejo, negro y retorcido, con raíces nudosas que parecían garras; tenía, además, aire de desafío, ya que por algo había sobrevivido a los peores cambios de temperatura por espacio de cien años o más. No era mal habitáculo para que un boggart lo convirtiera en su casa, sobre todo tratándose de un lanzador de piedras como aquél, un tipo que evitaba la compañía humana y aficionado a la soledad.

Las piedras que llovían iban siendo más grandes a cada minuto que pasaba y, cuando llegamos al árbol, el ruido que hizo una de ellas —más grande que un puño— al rebotar en el escudo casi me dejó sordo.

—¡Aguanta, muchacho! —me gritó el Espectro.

Y seguidamente dejaron de caer piedras.

—Allí... —me indicó mi maestro, y bajo la sombra de las ramas del árbol, vi al boggart que comenzaba a cobrar forma.

El Espectro me había dicho que ese tipo de boggart era en realidad un espíritu y por tanto carecía de carne, sangre y huesos propios, aunque a veces, cuando trataba de asustar a la gente, se cubría de algunos elementos que lo hacían visible a los ojos humanos. Esta vez usó las piedras y el barro de debajo del árbol, que se elevaban en una nube húmeda y arremolinada y se le pegaban a la silueta de modo que era posible distinguirla.

Su imagen no resultaba agradable: disponía de seis brazos enormes que, supongo, le eran de gran utilidad para arrojar piedras (ahora entendía por qué las lanzaba con tal rapidez); la cabeza también era enorme y llevaba el rostro cubierto de barro, limo y guijarros, que se movían cuando nos miraba con expresión tan ceñuda que parecía que dentro de él se desencadenaba un terremoto; tenía por boca una raja oscura y, allí donde habría debido tener los ojos, se veían dos grandes agujeros negros.

Prescindiendo del boggart y sin más pérdida de tiempo, mientras empezaban a caer de nuevo las piedras, el Espectro se fue directo al árbol, a punto de descargar el hacha sobre él, aunque le fueron necesarios varios mandobles para segar las ramas, ya que la nudosa madera se había endurecido por el paso del tiempo. Me hallaba tan ocupado tratando de protegerme con el escudo de las piedras más grandes dirigidas contra nosotros que ya no veía al boggart. Sin embargo, notaba que el escudo pesaba más y más a cada minuto que transcurría y los brazos me temblaban debido al esfuerzo de mantenerlo levantado.

El Espectro atacó el tronco del árbol con furia inusitada, y comprendí por qué había escogido un hacha de doble filo al ver cómo la movía hacia delante y hacia atrás describiendo grandes arcos como si manejara una guadaña, movimiento que llegó incluso a hacerme temer por mi vida. Por el aspecto que ofrecía el Espectro, nadie habría juzgado que fuera un hombre fornido; distaba mucho de ser joven pero,

por su manera de hender el tronco con el hacha, me di cuenta de que, pese a su edad y a sus recientes reveses de salud, seguía siendo tan fuerte por lo menos como el herrero, y el doble que mi padre.

Mi maestro no derribó el árbol sino que se limitó a hender el tronco, y entonces, dejando el hacha a un lado, cogió su bolsa negra de cuero. Yo no podía ver exactamente qué hacía porque había vuelto a arreciar la lluvia de piedras con más fuerza que nunca, pero miré de soslayo y vi que el boggart se agitaba y se expandía de nuevo. Como rabiosos forúnculos, brotaban en todo su cuerpo prominentes músculos y, cuando aumentó la cantidad de fango y guijarros, casi había doblado de tamaño. Después ocurrieron dos cosas en rápida sucesión.

La primera fue que, a nuestra derecha, cayó del cielo un enorme pedrusco que quedó medio enterrado en el suelo. De haber caído sobre nosotros, de nada nos habría servido el escudo, pues ambos habríamos quedado aplastados. La segunda fue que el árbol se convirtió de pronto en hoguera. Como he dicho, no tuve ocasión de ver cómo lo había conseguido el Espectro, pero el resultado fue realmente espectacular: el árbol ardió con un gran chisporroteo y las llamas parecían llegar al cielo, rodeadas de innumerables chispas que salían disparadas en todas direcciones.

Acto seguido, miré hacia la izquierda y vi que el boggart había desaparecido, así que, con los brazos temblorosos, bajé el escudo y apoyé su borde inferior en el suelo. En cuanto lo hube hecho, el Espectro recogió su bolsa, se apoyó el hacha en el hombro y, sin decir palabra ni mirar atrás, se dispuso a emprender el camino peñasco abajo.

—¡Vamos, muchacho! —me gritó—. ¡No te entretengas!

Cogí, pues, el escudo y lo seguí sin arriesgarme a mirar atrás.

Poco después el Espectro aminoró la marcha y lo alcance.

—¿Ya está? —pregunté—. ¿Hemos terminado?

—¡No seas tonto! —respondió moviendo negativamente la cabeza—. Esto no es más que el principio; sólo ha sido el primer paso. La granja de Henry Luddock está ahora a salvo, pero ese boggart no tardará en hacer de las tuyas en otro sitio. ¡Falta lo peor!

Me sentí contrariado porque creía que el peligro había terminado y finalizado nuestra tarea. Esperaba con ansia una comida caliente y sabrosa, pero el Espectro acababa de echar un cubo de agua fría a mis esperanzas al darme a entender que continuaría el ayuno. Tan pronto como estuvimos de vuelta, lo primero que hizo fue comunicar a Henry Luddock que se había desembarazado del boggart. El granjero le dio las gracias y le prometió que le pagaría el otoño siguiente, inmediatamente después de la cosecha; cinco minutos después nos encaminábamos hacia la casa de invierno de mi maestro.

—¿Está seguro de que el boggart regresará? Creía que el trabajo había acabado —dije

al Espectro mientras cruzábamos el páramo con el viento azotándonos la espalda.

—El trabajo ha quedado a medias, muchacho, y lo peor está por llegar. De la misma manera que la ardilla entierra bellotas para consumirlas más adelante, el boggart almacena reservas de poder allí donde vive. Por fortuna, se ha esfumado, se ha quemado junto con el árbol, de modo que hemos ganado la primera batalla, pero dentro de un par de días habrá acumulado fuerzas y comenzará a atormentar a alguien más.

—¿O sea que tendremos que meterlo en un hoyo?

—No, muchacho, cuando un lanzador de piedras mata con tanta naturalidad, hay que acabar con él de manera definitiva.

—Pero ¿de dónde saca nuevas fuerzas?

—Del miedo, muchacho, del miedo. Así es como procede. Esa clase de boggarts se nutre del pánico de aquellos a quienes atormenta. A alguna pobre familia de estas cercanías le espera una noche de terror. Pero no sé adonde irá ni a quién elegirá, de modo que no puedo hacer nada más de momento hasta que me avisen. Son circunstancias que debemos aceptar, como la de matar al pobre árbol; yo no deseaba hacerlo, pero tenía pocas opciones. Ese boggart seguirá yendo de un lugar a otro, haciendo acopio de fuerzas, y dentro de uno o dos días encontrará una nueva casa donde instalarse. Entonces vendrá alguien a pedirnos que lo ayudemos.

—¿Sabe usted por qué decidió el boggart volverse malvado? ¿Y por qué comenzó a matar?

—¿Sabes tú por qué mata la gente? Hay quien mata y quien no. Y los hay que son buenos al principio y acaban siendo malos. Supongo que este lanzador de piedras se cansó de ir golpeando las casas, acechando los edificios y asustando a la gente con golpes y mamporros durante la noche. Quería más: quería adueñarse de toda la ladera de la colina y planeaba echar al pobre Henry Luddock y a su familia de la granja. Pero ahora, como hemos destruido su casa, necesitará otra nueva. O sea que tendrá que ir siguiendo la vía prehistórica que ya recorre. —Asentí—. Bueno, quizá esto te levante un poco el ánimo —dijo, sacando del bolsillo un cacho de queso amarillento, y me dio un trozo—. Mastícalo bien, pero no te lo tragues enseguida.

De regreso a la casa de Anglezarke, sacamos a Meg de la bodega y yo reanudé la rutina de mis tareas y clases. Pero había una gran diferencia con respecto a antes de nuestra partida: como estábamos esperando que surgieran problemas en relación con el boggart, continuó el ayuno. Era para mí una auténtica tortura ver a Meg preparándose la comida mientras yo me sentía morir de hambre. Pasamos tres días completos sin comer hasta que llegué a pensar que ya no tenía estómago, pero al final, a eso de las doce del mediodía del cuarto día, oímos un estrepitoso golpeteo en la puerta trasera de la casa...

—¡Anda, muchacho, ve a ver qué pasa! —me ordenó el Espectro—. Son, sin

duda, las noticias que estábamos esperando.

Hice lo que me decía, pero cuál sería mi sorpresa al abrir porque allí estaba Alice.

—Me envía el señor Hurst —dijo ella—. En el Paisaje del Páramo hay un boggart que nos causa problemas. Bueno, ¿es que no me vas a dejar entrar o qué?

El retorno del lanzador de piedras

El Espectro había estado acertado en sus predicciones, pero quedó tan sorprendido como yo cuando hice entrar a nuestra visitante en la cocina.

—El boggart ha aparecido en la granja y el señor Hurst pide ayuda —le expliqué.

—Pasa al salón, chica; tenemos que hablar —ordenó el Espectro, y dándose la vuelta, se encaminó hacia allí.

Alice me sonrió, pero no antes de que hubiera echado un vistazo a Meg, que estaba de espaldas a nosotros y se calentaba las manos al amor de la lumbre.

—Siéntate —indicó mi maestro a Alice, y cerró la puerta del salón—. Y ahora, cuéntamelo todo. Empieza desde el principio y tómate el tiempo necesario.

—No hay mucho que contar —comentó Alice—. Tom me ha explicado tantas cosas sobre boggarts que sé que éste es un lanzador de piedras. Hace días que las está arrojando contra la granja, de tal modo que es peligroso salir de casa; he puesto en riesgo mi vida para venir hasta aquí. La era está cubierta de piedras, apenas queda un cristal en las ventanas y ha derribado tres sombreretes de la chimenea. Es un milagro que no haya herido a nadie.

—¿Y Morgan no ha tratado de ponerle remedio? —preguntó el Espectro—. Le enseñé los conocimientos básicos sobre boggarts.

—Llevo muchos días sin verlo. ¡A enemigo que huye, puente de plata!

—Parece que lo estabas deseando —dije.

—Sí, eso parece —corroboró el Espectro—. Será mejor que prepares la infusión, chico. Hazla igual de fuerte que la última vez.

Me levanté y abrí el armario próximo a la chimenea, del que saqué el botellón de color caramelo. Al darme la vuelta, vi que el rostro de Alice demostraba a las claras que desaprobaba el método; el Espectro también lo percibió.

—No hay duda de que, como de costumbre, el chico te lo ha dicho todo sobre mis asuntos privados. Por consiguiente, sabrás qué va a hacer y por qué es necesario que lo haga, o sea que no pongas esa cara.

Alice no replicó, pero me siguió a la cocina y observó cómo preparaba la infusión mientras el Espectro se encerraba en su despacho para poner al día su diario. Cuando terminé, tuve que despertar a Meg sacudiéndole ligeramente el hombro porque estaba dormitando en su asiento.

—Aquí tienes, Meg —le dije tan pronto como abrió los ojos—, tu infusión. Pero ten cuidado, no vayas a quemarte la lengua...

Cogió la taza y se quedó pensativa mirándola fijamente.

—¿No la he tomado ya hoy, Billy?

—Sí, pero necesitas otra porque hace mucho frío.

—¡Oh! ¿Quién es esa amiga tuya, Billy? ¡Qué muchacha tan guapa! ¡Qué ojos castaños tan bonitos tiene!

Alice sonrió al oír que me llamaba Billy y se apresuró a presentarse.

—Soy Alice y antes vivía en Chipenden. Ahora vivo en una granja que está aquí cerca.

—Pues ven a vernos siempre que quieras —la invitó Meg—. No tengo ninguna compañía femenina; me encantará verte.

—Anda, toma la infusión, Meg —la interrumpí—. Bébela ahora que está caliente. Te sentará bien.

Así pues, se bebió la poción y no tardó mucho en terminarla; enseguida empezó a dar cabezadas y cayó dormida.

—Sería mejor trasladarla abajo, en medio del frío y la humedad —dijo Alice con un rastro de amargura en la voz.

No tuve oportunidad de contestar porque en aquel momento el Espectro salió de su despacho y cogió a la bruja en brazos. Cogí una vela, nos encaminamos hacia el sótano y abrí la reja para que la condujera a la habitación de la bodega. Alice se quedó en la cocina, pero a los cinco minutos de regresar de allá abajo los tres nos pusimos en camino.

En efecto, Paisaje del Páramo había sufrido lo suyo. Tal como había dicho Alice, las piedras cubrían la era y prácticamente todos los cristales de la casa estaban rotos; el único que permanecía intacto era el de la ventana de la cocina. Tenían cerrada con llave la puerta principal, pero el Espectro se sirvió de su propia llave y sólo tardó unos segundos en abrirla. Buscamos a los Hurst y los encontramos acurrucados en la bodega. Pero en cuanto al boggart, ni rastro.

El Espectro no perdió el tiempo.

—Tenéis que abandonar la casa de inmediato —le indicó al viejo granjero y a su mujer—. Me temo que no hay más remedio. Recoged lo imprescindible y salid de la casa cuanto antes. Dejadme a mí y yo haré lo que corresponda.

—Pero ¿adonde iremos? —exclamó la señora Hurst, a punto de romper en llanto.

—Si os quedáis, no os garantizo la vida —les soltó a bocajarro—. Tenéis parientes en Adlington. Tendrán que acogeros.

—¿Cuándo podremos volver? —preguntó el señor Hurst, preocupado por su propia subsistencia.

—Dentro de tres días a lo sumo —respondió el Espectro—. Pero no tenéis que preocuparos por la granja. El chico hará lo que sea necesario.

Mientras ellos recogían sus cosas, mi maestro me ordenó que llevara a cabo aquellas tareas de la granja que supiera realizar. Estaba todo tranquilo, no llovían piedras y daba la impresión de que el boggart se había tomado un descanso. Así pues,

aprovechando la situación, comencé por ordeñar las vacas y, cuando terminé, se había hecho casi de noche. Al entrar en la cocina, me encontré al Espectro sentado, solo, a la mesa.

—¿Dónde está Alice? —pregunté.

—Con los Hurst. ¿Dónde va a estar? No podemos tenerla enredando por aquí cuando hay que ventilar el asunto del boggart.

Me sentía tan cansado que no me molesté en discutir. Había abrigado la esperanza de que le permitiera quedarse con nosotros.

—Anda, siéntate y a ver si te quitas ese enfurruñamiento de encima, muchacho. Amargarías la vida a cualquiera. ¡Tenemos que estar en forma!

—¿Y dónde se ha metido el boggart ahora?

—Y yo qué sé. A lo mejor está descansando debajo de un árbol o algún pedrusco, digo yo. Pero como ya es de noche, no tardará en venir. Los boggarts también están activos de día y, como aprendimos en nuestras propias carnes en el peñasco, saben defenderse si se les provoca. Pero la noche es su momento favorito y el período en que sus facultades están agudizadas al máximo.

»Si se trata del mismo boggart que encontramos en La Piedra, es probable que la situación adquiera mal cariz. De momento, se acordará de nosotros así que se acerque y querrá vengarse de lo que le hicimos, pero esta vez no le bastará con romper unas cuantas ventanas y derribar unos sombreretes de chimenea, sino que querrá arrasarse la casa con nosotros dentro. Por lo tanto la lucha será a muerte. De cualquier modo, muchacho, ánimo —me dijo advirtiéndome la preocupación reflejada en mi cara—. La casa es vieja, pero está construida con buena piedra del condado y sobre cimientos muy sólidos. La mayor parte de los boggarts son más tontos de lo que parece, por eso todavía no estamos muertos. Lo que debemos hacer es debilitarlo. Yo me ofrezco para conseguirlo y, cuando haya logrado minar sus fuerzas, tú lo rematarás con la sal y el hierro, o sea que empieza a llenarte los bolsillos con esos materiales, chico, y prepárate.

Ya me había servido de aquel viejo truco de la sal y el hierro aquella vez que tuve que enfrentarme con la vieja bruja, la Madre Malkin. Las dos sustancias combinadas eran muy eficaces contra lo Oscuro. La sal quemaría al boggart y el hierro lo privaría de su poder.

Hice, pues, lo que me ordenaba mi maestro y me llené los bolsillos con el contenido de los saquitos que él llevaba en la bolsa.

Faltaba poco para la medianoche cuando atacó el boggart. Desde hacía horas se gestaba una tormenta y los primeros fragores distantes ya habían dado paso al estallido de los truenos y a los deslumbrantes chispazos de los relámpagos. Estábamos los dos sentados a la mesa de la cocina cuando ocurrió.

—Ya viene —musitó el Espectro en voz tan baja que más parecía estar hablando

consigo mismo que conmigo.

Pero tenía razón: un par de segundos más tarde, llegó el boggart vociferando y echando pestes cuesta abajo y se encaminó directamente a la granja. Fue como un río salido de madre que se nos viniese encima o como una tromba de agua.

La ventana de la cocina saltó en mil pedazos y proyectó esquirlas por todas partes, en tanto que la puerta trasera pugnaba por ceder hacia dentro, como vencida por una poderosa fuerza exterior. Después retembló la casa como un árbol a merced de la tormenta, inclinándose ya a un lado, ya a otro. Sé que cuanto digo parece imposible, pero juro que es verdad.

Acto seguido se oyeron chasquidos y crujidos que venían de lo alto y empezaron a volar tejas que se estrellaron en la era. Pero al poco rato todo quedó tranquilo y en silencio, como si el boggart hubiese decidido tomarse un descanso o estuviese pensando qué haría a continuación.

—Ha llegado el momento de acabar con esta historia, muchacho —dijo el Espectro—. Tú quédate aquí dentro y mira por la ventana; que las cosas van a ponerse mal es más que seguro.

Pensé que las cosas ya estaban bastante mal, pero no dije nada.

—Por encima de todo y pase lo que pase —prosiguió mi maestro—, no salgas. Sírvete de la sal y el hierro sólo cuando el boggart entre en la cocina porque, si los utilizas en el exterior, no surtirán su efecto a causa del tiempo que hace. Procuraré que el boggart entre en la casa. Así pues, tienes que estar preparado.

Abrió la puerta y, empuñando su cayado, salió a la era. Era el hombre más valiente que he conocido en mi vida, porque por nada del mundo habría querido yo toparme de noche con el boggart.

Fuera estaba oscuro como boca de lobo y en la cocina se habían apagado las velas. Verme sumido en aquellas tinieblas absolutas era lo último que deseaba, pero por fortuna disponíamos de un farol. Lo acerqué a la ventana, aunque su escasa luz apenas alcanzaba a iluminar la era; y además, como el Espectro se encontraba a cierta distancia, me era imposible ver lo que ocurría, así que debía confiar en los destellos de los relámpagos.

Oí que el señor Gregory golpeaba tres veces las losas con su cayado y poco después, dando un aullido, el boggart se abalanzó sobre él cruzando la era en toda su anchura de izquierda a derecha. Seguidamente, percibí un grito de dolor y algo así como el crujido de una rama al desgajarse. El destello de otro relámpago me permitió distinguir al Espectro de rodillas, con las manos en alto tratando de protegerse la cabeza, mientras que el cayado yacía roto sobre las losas a cierta distancia.

En medio de la oscuridad reinante, también oí cómo caían piedras contra el pavimento, cerca del sitio donde se hallaba mi maestro, y tejas que llovían sobre él desde el tejado. Lanzó dos o tres veces seguidas quejidos de dolor y, pese a haberme recomendado que mirase a través de la ventana y vigilase la entrada del boggart en la casa, estuve tentado de salir a echarle una mano. Era evidente que estaba pasándolo

muy mal y que las cosas iban a peor.

Escruté la oscuridad tratando de ver qué ocurría, con la esperanza de que otro relámpago volviese a iluminar la escena. Ahora ya no veía al Espectro. De pronto oí que la puerta trasera crujía y se abría muy lentamente. Aterrado, intenté protegerme y apoyé la espalda contra el muro. ¿Sería el boggart que venía a por mí? Dejé el farol sobre la mesa y me dispuse a hurgar en los bolsillos del pantalón para sacar la sal y el hierro que tenía guardados. Al ver una forma oscura que atravesaba el umbral de la cocina, sentí un frío glacial y me quedé petrificado, sin respirar siquiera, hasta que de pronto descubrí al Espectro avanzando a gatas por el suelo. Se había arrastrado así hasta la puerta, amparándose en la sombra del muro, y por eso no lo había visto fuera.

Me precipité hacia él, cerré la puerta de golpe y lo ayudé a acercarse a la mesa. Tuve que hacer un gran esfuerzo, porque le temblaba todo el cuerpo y apenas tenía fuerza en las piernas. Estaba hecho una lástima. El boggart lo había dejado muy maltrecho: tenía la cara ensangrentada y, en la frente, un chichón del tamaño de un huevo. Apoyó las dos manos en el borde de la mesa porfiando por tenerse en pie.

Cuando abrió la boca para hablar, vi que le faltaba uno de los dientes frontales. Daba pena mirarlo.

—No te alarmes, muchacho —dijo con una especie de graznido—. Lo tenemos casi vencido y le queda poca fuerza. Es el momento de acabar con él. Prepárate para usar la sal y el hierro pero, por lo que más quieras, no falles el golpe.

Con las palabras «casi vencido» se refería a que él se había ofrecido como chivo expiatorio, y como el boggart había gastado ya gran parte de su energía tratando de aniquilarlo, se había debilitado. Pero ¿mucho o poco? Tenía la impresión de que todavía debía de ser muy peligroso.

En ese mismo momento volvió a abrirse la puerta de par en par y esta vez quien la cruzó fue el boggart. A la luz de un relámpago, le vi la redonda cabeza y los seis brazos cubiertos de barro. Pero había una diferencia: ahora parecía mucho más pequeño. Había perdido parte de su poder, lo que quería decir que el sufrimiento del Espectro no había sido inútil.

Con el corazón golpeándome el pecho y temblándome las rodillas, me enfrenté a aquel ser. Rebusqué en mis bolsillos, saqué dos puñados de su contenido y se los arrojé: sal con la mano derecha, hierro con la izquierda.

A pesar del coste que le había supuesto, el Espectro había hecho todo lo necesario para vencer al boggart, paso a paso, al pie de la letra: primero le había quemado el árbol, con lo que lo había privado de su fuente de energía y, en segundo lugar, se había ofrecido como víctima propiciatoria, restando más fortaleza aún a la criatura. Pero había que rematar dentro de la casa el trabajo. Y no podía permitirme ningún fallo.

La única corriente de aire que circulaba era la que se producía entre la ventana y la puerta abierta, y supe apuntar con tino, de manera que la nube de sal y hierro dio de lleno en el boggart. El grito que profirió fue tan agudo y penetrante que me puso

los pelos de punta y casi me reventó los tímpanos. La sal lo quemó y el hierro acabó de minar las pocas fuerzas que le quedaban. Un momento después, del boggart no quedaba ni rastro.

Había desaparecido, se había esfumado para siempre. ¡Yo había acabado con él!

Pero el alivio que sentí fue muy breve porque observé que el Espectro se tambaleaba y que estaba a punto de derrumbarse. Quise ampararlo, lo intenté de veras, pero no llegué a tiempo. Se le doblaron las rodillas, perdió el asidero de la mesa y cayó de espaldas y, al desplomarse, se golpeó con fuerza la cabeza contra las baldosas de la cocina. Porfié por levantarlo, pero se había convertido en un peso muerto, y advertí, alarmado, que le sangraba abundantemente la nariz.

Sentí que me invadía el pánico, pues de momento no percibí que respirara, aunque por fin noté que alentaba levemente. Había sufrido una lesión grave y precisaba la urgente asistencia de un médico.

Avisos de muerte

Bajé corriendo la ladera de la colina hasta el pueblo bajo una lluvia torrencial, mientras los truenos retumbaban sobre mi cabeza y los vivos destellos de los relámpagos hendían el cielo.

No tenía ni idea de dónde vivía el médico y, presa de la desesperación, aporreé con fuerza la primera puerta que se me puso delante. Al no obtener respuesta, golpeé la siguiente con los puños y, tras no conseguir tampoco que me abrieran, acabé por recordar que el hermano del Espectro, Andrew, tenía un taller en algún lugar del pueblo. Corrí, pues, hacia el centro del lugar tropezando con las piedras y sorteando los ríos de agua que había formado la lluvia en las calles y que se despeñaban en cascada desde la colina.

Tardé un rato en localizar el taller de Andrew. Era más pequeño que el alquilado en Priestown, pero estaba bien situado, en el callejón Babylon, justo al doblar la esquina de la que parecía la calle principal del pueblo, donde se encontraban los comercios importantes. El resplandor de un relámpago iluminó el letrero que figuraba en la ventana:

ANDREW GREGORY
MAESTRO CERRAJERO

Golpeé fuerte con los nudillos en la puerta y, al ver que no me atendían, así la manija y la agité con violencia con igual resultado. Me pregunté si Andrew se habría ausentado por tener que realizar algún trabajo en otro lugar. A lo mejor había pernoctado en otro pueblo. De pronto oí que se abría la ventana de guillotina de un dormitorio de un taller vecino y llegó a mis oídos la voz furiosa de un hombre que resonó en la noche.

—¡Vete de una vez! ¡Vete ya! ¿Cómo se te ocurre armar tanto jaleo a estas horas de la noche? ¿No sabes que la gente decente necesita dormir?

—¡Necesito un médico! —grité a la oscuridad insondable de la ventana—. ¡Es urgente! ¡Un hombre se está muriendo!

—Pues aquí pierdes el tiempo. Ése es el taller de un cerrajero.

—Yo trabajo con el hermano de Andrew Gregory, el que vive en la casa de la garganta, junto al lindero del páramo. ¡Soy su aprendiz!

Destelló de nuevo el relámpago y atisbé la cara que me miraba desde la ventana, un rostro en el que vi reflejado el espanto. Era probable que todos los habitantes del pueblo supieran que el hermano de Andrew era un espectro.

—Hay un médico en la calle Bolton, a unos cien metros en dirección sur.

—¿Dónde cae eso?

—Ve colina abajo hasta el cruce de caminos y, al llegar allí, tuerce a la izquierda. Sigue recto. Es la última casa de la calle.

Y diciendo estas palabras, cerró de golpe la ventana. Pero no me importó, puesto que contaba con la información que necesitaba. Así que salí disparado colina abajo, giré hacia la izquierda, seguí corriendo y jadeando y, poco después, estaba llamando a la puerta de la última casa de la calle.

Los médicos están acostumbrados a que los despierten en plena noche para atender casos urgentes, por lo que éste no tardó en responder a la puerta. Era un hombre bajo con un fino bigote negro y cabellos igualmente negros, pero que ya se le agrisaban en las sienes. Sostenía una vela encendida en la mano y no paró de asentir con la cabeza mientras yo le hablaba, al tiempo que me miraba con aire tranquilo y profesional. Le informé de que la persona herida se encontraba en Paisaje del Páramo pero, cuando le dije de quién se trataba y por qué, observé que la vela le temblaba en la mano.

—Adelántate y yo iré tan pronto como pueda —dijo cerrándome la puerta en las narices.

Desanduve el camino hasta el páramo, aunque profundamente preocupado. Era evidente que al médico le daba miedo prestar sus servicios a un espectro. ¿Cumpliría su promesa? ¿Iría de veras a la granja? Como no viniera, mi maestro podía morir. Tal como estaban las cosas, quizá ya hubiera muerto. Por eso subí la cuesta de la colina con el corazón en un puño y tan aprisa como me lo permitieron las piernas. Para entonces, lo peor de la tormenta ya había pasado, de manera que tan sólo se oían los lejanos fragores del trueno, retumbando sobre el páramo, y lo único visible era el resplandor ocasional de algún relámpago distante.

No tenía motivos para preocuparme por el médico, porque más o menos al cuarto de hora cumplió su promesa y apareció en la granja.

Pero no se quedó mucho rato. Al examinar al Espectro le temblaban de tal manera las manos que no me hacía falta verle los ojos desorbitados para advertir que el hombre estaba aterrado. A nadie le gusta estar cerca de un espectro. Lo puse, además, al corriente de todo lo ocurrido tanto en la era como en la cocina, lo que no hizo sino empeorar su reacción. No dejó un solo instante de mirar alrededor, como si esperase que de un momento a otro apareciera el boggart y arremetiera contra él. De no haberme sentido tan triste y preocupado, incluso me habría parecido cómico.

Me ayudó a transportar al Espectro al piso de arriba y a acostarlo en una cama y le auscultó el pecho con gran atención. Después se puso de pie y movió negativamente la cabeza.

—Tiene pulmonía —diagnosticó por fin—. No puedo hacer nada.

—¡Es un hombre fuerte! —protesté—. Se pondrá bien.

Se volvió hacia mí con una expresión que yo ya había visto en otros médicos: una mirada profesional, mezcla de compasión y serenidad, la máscara que adoptan cuando tienen que dar malas noticias a los familiares de una persona gravemente enferma.

—Lamento que el pronóstico sea muy malo —dijo, y me dio unas suaves palmadas en el hombro—. Tu maestro se está muriendo, no es probable que pase de esta noche. La muerte nos llegará a todos algún día. Es triste, pero hay que aceptarlo. ¿Estás solo en la casa?

Asentí.

—¿Cuentas con lo necesario?

Volví a asentir.

—Bien, entonces enviaré a alguien mañana por la mañana. —Recogió su bolsa y, disponiéndose a salir, añadió con acento de mal agüero—: Habrá que lavarlo.

Yo sabía qué significaban esas palabras: era una tradición del condado lavar a los muertos antes de enterrarlos, aunque a mí siempre me había parecido una idea de lo más estúpida. ¿De qué servía lavar un cuerpo que había que encerrar en un ataúd y enterrarlo bajo tierra? Me enfurecí y a punto estuve de darle mi opinión, pero logré reprimirme y, acercándome a la cama, me senté y presté oído a los jadeos del Espectro, que parecía sediento de aire.

¡No era posible que muriese! Me negaba a creerlo. ¿Cómo iba a morir después de todo lo que había soportado? No quise aceptarlo; ¡seguro que aquel hombre se equivocaba! Pero por mucho que me esforcé en convencerme de que el médico estaba en un error, acabé por desesperarme. Entonces recordé lo que me había dicho mi madre sobre los avisos de muerte y recordé también el olor que percibí en la habitación de mi padre, aquel tufillo a flores; me advirtió que ese olor era una indicación de que la muerte andaba cerca, y como yo tenía el mismo don que ella, percibía ahora aquel olor en el Espectro y lo notaba más intenso a cada minuto que pasaba.

Sin embargo, amaneció el nuevo día y mi maestro seguía vivo; esa circunstancia dio lugar a que en el rostro de la mujer que había enviado el médico para que le lavara el cuerpo apareciera una expresión de contrariedad.

—Sólo puedo quedarme hasta las doce del mediodía. ¡Tengo otro encargo para esta tarde! —soltó la mujer, después de lo cual me indicó que buscara una sábana limpia, la rasgara en siete trozos y le trajera una palangana de agua fría.

Una vez que hube hecho lo que me había pedido, cogió una de las tiras de la sábana rasgada, la dobló hasta convertirla en un cuadrado del tamaño de la palma de la mano y la sumergió en el agua. Después mojó con ella la frente y la barbilla del Espectro. Habría sido difícil determinar si lo hacía para que el enfermo se sintiera mejor o para ahorrar tiempo cuando, más tarde, tuviera que lavarle el resto del cuerpo.

Hecho esto, se sentó junto a la cama y se puso a hacer calceta. Tejía lo que parecía una prenda de niño pequeño al mismo tiempo que hablaba sin parar. Me contó la historia de su vida y alardeó de las dos profesiones que ejercía: además de lavar muertos y prepararlos para enterrarlos, era la partera de la localidad. Estaba muy resfriada y no paraba de toser en dirección al Espectro y de sonarse la roja nariz con un gran pañuelo muy manchado.

Poco antes de las doce de mediodía, recogió sus cosas para marcharse.

—Volveré mañana por la mañana para amortajarlo. No sobrevivirá una segunda noche.

—¿No hay ninguna esperanza? —le pregunté, consciente de que mi maestro no había vuelto a abrir los ojos desde que se golpeó la cabeza.

—¿No oyes cómo respira? —me espetó.

Escuché con atención: la respiración sonaba áspera, con un leve estertor; hacía el mismo ruido que una tubería obstruida.

—Es el estertor de la muerte —sentenció la mujer—. Su tiempo en este mundo toca a su fin.

En aquel momento se oyeron unos golpes en la puerta de la casa y bajé a ver quién llamaba. Al abrir, me encontré a Alice junto al peldaño de la entrada. Llevaba el tabardo de lana abrochado hasta arriba y la capucha echada hacia delante.

—¡Alice! —exclamé, realmente contento de verla—. El señor Gregory se ha malherido al desembarazarse del boggart; se ha dado un golpe en la cabeza y el médico cree que no saldrá de ésta.

—Deja que le eche una mirada —dijo Alice, y me apartó a un lado—. Quizá no esté tan mal como él se figura. Los médicos a veces se equivocan. ¿Está arriba?

Asentí y la seguí hasta el dormitorio. Fue directa hacia el Espectro y le puso la mano en la frente; luego le levantó el párpado izquierdo con el dedo pulgar y le examinó el ojo con gran atención.

—No hay que perder la esperanza —dijo Alice—. A lo mejor soy de alguna ayuda...

Indignada, la mujer frunció el entrecejo, recogió su bolsa y se dispuso a salir.

—¡Bueno, lo que me faltaba por ver! —exclamó mientras miraba fijamente los zapatos puntiagudos de Alice—. ¡Una brujita ayudando a un espectro!

Alice levantó la vista —los ojos le despedían chispas de ira—, abrió desmesuradamente la boca y le enseñó los dientes. Al mismo tiempo le dirigió un silbido y la mujer, dando dos respingos, se apartó de la cama.

—¡No esperes que él te lo agradezca! —le advirtió la mujer mientras retrocedía hacia la puerta de la habitación antes de escapar corriendo escaleras abajo.

—No me cae bien —opinó Alice cuando se hubo ido la mujer, al tiempo que se desabrochaba el tabardo y se sacaba una bolsita de cuero de un bolsillo interior. Desató el cordón con que la ataba y, sacudiéndola, hizo caer de su interior unas hojas secas en la palma de la mano—. Le voy a preparar una poción ahora mismo.

Así que Alice se fue a la cocina, me senté al borde de la cama donde yacía el Espectro para intentar hacer algo por él. Le ardía el cuerpo, de modo que seguí dándole toques en la frente con el trozo de sábana húmedo a fin de bajarle la fiebre. De la nariz le salía un hilillo constante de sangre y moco que le resbalaba hasta el bigote y que había que limpiarle todo el rato. Seguía oyendo aquel ruido áspero que emitía su pecho y percibía el olor a flores cada vez más intenso, por lo que me dije que, por mucho que hiciera Alice, la amortajadora tenía razón y no tardaría en fallecer.

Al cabo de un momento Alice regresó a la habitación, esta vez con una taza llena hasta la mitad de un líquido amarillo claro. Y mientras yo le sostenía levantada la cabeza al Espectro, ella trataba de vertérselo despacio en la boca. Pensé que ojalá estuviera presente mi madre aunque, considerándolo bien, Alice era quien más se le parecía. Como mi madre me dijo una vez, la niña sabía muy bien lo que se traía entre manos en todo lo relativo a pociones.

Aunque el Espectro se ahogaba y profería extraños sonidos, conseguimos que se tragara gran parte del líquido.

—Estamos en una mala época del año, pero quizá encuentre algo mejor —murmuró Alice—. Saldré a echar un vistazo, aunque no se lo merece por la forma en que me ha tratado.

Le di las gracias y la acompañé a la puerta principal. Ya no llovía, pero el aire era frío y húmedo; los árboles estaban desnudos y el paisaje tenía un aire desolado.

—Es invierno, Alice. ¿Qué quieres encontrar, si apenas crece la hierba?

—Hasta en invierno se pueden encontrar raíces y cortezas aprovechables, si sabes dónde buscar, claro —replicó mientras se abrochaba el tabardo para protegerse del frío—. Volveré en cuanto pueda...

Volví al dormitorio y me senté de nuevo junto a mi maestro. Me sentía triste y desorientado. Sé que sonará egoísta, pero no pude evitar pensar en mí: no lograría terminar mi aprendizaje sin él; tendría que ir al norte de Caster, donde Arkwright practicaba su profesión, y pedirle que me admitiera. Como había sido aprendiz del señor Gregory y, al igual que yo, había vivido en Chipenden, tal vez accediera a admitirme, pero no existía garantía alguna. A lo mejor ya tenía aprendiz. Después de reflexionar estas cosas, me sentí peor, realmente culpable, por haber pensado sólo en mí y no en mi maestro.

Transcurrida una hora poco más o menos, el Espectro abrió de pronto los ojos. Le brillaban intensamente a causa de la fiebre y, por otra parte, tuve la impresión de que no me reconocía. Pese a todo, como se acordaba de dar órdenes, las dio a voz en grito como si yo estuviera sordo.

—¡Levántame! ¡Ayúdame a levantarme! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Ahora mismo! —gritó mientras yo porfiaba por ayudarlo a sentarse en la cama y le ponía unas almohadas en la espalda.

De repente rugió ruidosamente e hizo girar los ojos en las órbitas hasta que se le

quedaron en blanco.

—¡Dame de beber! ¡Necesito beber!

Sobre la mesilla de noche había una jarra de agua fría. Llené media taza y se la acerqué suavemente a los labios.

—Beba lentamente —le aconsejé, si bien él tomó un gran sorbo y lo escupió al momento en la sábana.

—¿Qué es esta porquería? ¿Es eso lo que me merezco? —rugió. Volvía a tener los ojos en su lugar y, fijándolos en mí con mirada furiosa y arrebatada, me ordenó—: Tráeme vino. Y que sea tinto. ¡Eso necesito yo!

Pese a considerar que no era buena idea estando tan enfermo, insistió. Quería vino y tenía que ser tinto.

—Lo siento, pero no hay vino —le expliqué en tono tranquilo para evitar que se pusiera más nervioso.

—Claro, porque esto es un dormitorio —chilló—. Está abajo, en la cocina. Es ahí donde lo encontrarás. Y si no lo hay en la cocina, ve a la bodega; bajas y echas un vistazo. ¡Y aprisa! No me hagas esperar.

En la cocina hallé media docena de botellas de vino tinto. Pero el problema es que no vi ningún sacacorchos, aunque no hice una revisión muy a fondo. Así pues, cogí una botella y la subí al dormitorio con la idea de que con esto se habría acabado la historia.

Pero me equivocaba. Cuando estuve junto a la cama, mi maestro me arrancó la botella de las manos, se la llevó a la boca y, con los dientes que le quedaban, extrajo el tapón. Llegué a pensar que se lo había tragado, pero lo escupió con tal ímpetu que el corcho salió disparado y rebotó en la pared opuesta de la habitación.

Seguidamente comenzó a beber, aunque sin dejar de hablar al mismo tiempo. Jamás lo había visto tomar una bebida alcohólica, pero ahora daba la impresión de que el gástrico no tragaba a la medida de sus deseos. Iba excitándose por momentos y las palabras cedían paso a la simple verborrea. No tenía mucho sentido lo que decía, sino que más bien parecía que la fiebre y la bebida colaboraban en el puro desvarío que eran sus palabras, que en gran parte las pronunciaba en latín, esa lengua que tantos esfuerzos me costaba aprender. En un determinado momento se puso a persignarse repetidamente con la mano derecha igual que hacen los curas.

En nuestra granja rara vez tomábamos vino. Mi madre lo prepara con bayas de saúco y es realmente bueno, pero sólo lo sirven en la mesa en ocasiones especiales. Cuando yo vivía en mi casa, me contentaba con que me diesen un vasito de aquel vino dos veces al año. El Espectro apuró la botella entera en menos de un cuarto de hora, pero después se sintió muy mal... tan mal que a punto estuvo de morir en aquel momento. Naturalmente, fui yo quien se encargó de poner orden en el desaguisado sirviéndome de las restantes tiras de la sábana.

Alice llegó poco después y preparó otra poción con las raíces que había encontrado. Nos arreglamos entre los dos para hacerle tragar la bebida y enseguida

volvió a quedarse dormido.

Hecho esto, observé que Alice husmeaba el aire y fruncía la nariz. Pese a haber cambiado las sábanas de la cama, el dormitorio continuaba hediendo a demonios, lo que me impedía percibir el olor a flores, o eso creí entonces, sin comprender que en realidad el Espectro había entrado en el camino de la mejoría.

Así pues, resultó que tanto el médico como la amortajadora estaban equivocados: a las pocas horas desapareció la fiebre y mi maestro tosió y limpió los pulmones de espesas flemas, que ensuciaban los pañuelos con la misma rapidez que se los procuraba, por lo que terminé por convertir en tiras otra sábana. Había enfilado el lento camino de la recuperación. Y una vez más, todo se lo debíamos a Alice.

Una mala noticia

Los Hurst regresaron el día siguiente, pero parecían perdidos y desorientados, como si no supieran por dónde empezar a poner orden a tanto estropicio. El Espectro pasaba durmiendo gran parte del tiempo, pero no podíamos dejarlo en aquella habitación en la que se colaba el viento por todas partes debido a la ventana rota, de modo que cogí algún dinero de su bolsa y se lo entregué al señor Hurst para que pudiera costear las reparaciones.

Fueron contratados unos operarios del pueblo: un vidriero colocó cristales nuevos en las ventanas del dormitorio y de la cocina mientras que Shanks se encargó de tapar momentáneamente las restantes ventanas con maderas para mantener a raya los elementos. Yo, por mi parte, estaba muy ocupado y me encargué de encender las chimeneas de los dormitorios y de la cocina y ayudé en las faenas de la granja, sobre todo la de ordeñar a las vacas. El señor Hurst también colaboraba, pero tenía la cabeza en otro sitio. Daba la impresión de que ya no disfrutaba de la vida y que había perdido las ganas de vivir.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! —no cesaba de murmurar, triste y preocupado, como si hablara consigo mismo.

Y una vez oí que decía claramente, con expresión angustiada, mientras miraba el tejado del granero:

—Pero ¿qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Aquella noche, justo cuando terminábamos de cenar, oímos tres fuertes golpes en la puerta frontal de la casa que hicieron levantar tan de golpe al señor Hurst que por poco se cae de espaldas.

—Voy yo —dijo la señora Hurst poniendo la mano con gesto suave en el brazo de su marido—. Tú no te muevas, cariño, y procura estar tranquilo. No vuelvas a alterarte.

A juzgar por la reacción, deduje que quien llamaba a la puerta era Morgan. En su manera de llamar había algo que me heló la sangre en las venas.

Se confirmaron mis sospechas al ver que Alice me miraba y, en silencio, pronunciaba con los labios el nombre «Morgan».

El individuo entró con aire arrogante delante de su madre. Llevaba un cayado y un zurrón y, ataviado con capa y capucha, era un espectro de pies a cabeza.

—¡Vaya, qué bien se está aquí! ¿Y no es éste el aprendiz de marras? —dijo volviéndose hacia mí—. Maestro Ward, nosotros ya tenemos el gusto de conocernos, ¿verdad?

Asentí con la cabeza a guisa de respuesta.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido aquí, viejo? —exclamó Morgan en tono burlón—. La era está hecha una lástima. ¿Es que no tienes pundonor o qué te pasa? La casa es una pura ruina...

—Él no tiene ninguna culpa. ¿Qué estupidez es ésta? —le espetó Alice con voz cargada de hostilidad—. Hasta el más idiota vería que ha sido obra de un boggart.

Morgan, enfurecido, frunció el entrecejo y la fulminó con la mirada al tiempo que levantaba ligeramente el cayado. Pero Alice le devolvió una mirada burlona.

—O sea que el Espectro ha enviado a su aprendiz para que solucionara el problema, ¿no? —dijo Morgan volviéndose hacia su madre—. Bueno, es una manera de darte las gracias, ¿no te parece, vieja? Tú te quedas con la bruja y él no se molesta siquiera en venir a librarte del boggart. Siempre ha sido así de canalla e insensible.

Me puse de pie como movido por un resorte.

—Al señor Gregory le faltó tiempo para venir —exploté—. Está arriba, muy malherido a consecuencia de su enfrentamiento con esa criatura...

Enseguida me di cuenta de que había hablado demasiado y temí lo que pudiera pasarle a mi maestro. Morgan ya lo había amenazado en otras ocasiones y había que tener en cuenta que ahora el Espectro estaba débil e indefenso.

—¡Ah, conque hablas! —dijo burlándose de mí—. Si quieres saber mi opinión, es evidente que tu maestro está hecho un inútil. ¿Lo han herido cuando quería sujetar a un boggart? ¡Santo cielo, si es lo más fácil del mundo! Pero la edad tiene esas cosas; está claro que ese viejo loco no está en la flor de la vida. Será mejor que suba arriba y le diga cuatro palabras.

Y diciendo esto, Morgan cruzó la cocina y se dirigió a la escalera de madera que conducía a los dormitorios. Me incliné hacia Alice y le murmuré por lo bajo que se quedara donde estaba; salí de la cocina y fui tras él. En un primer momento pensé que la señora Hurst me ordenaría que no me moviese de allí, pero se limitó a seguir sentada y ocultar la cara entre las manos.

Como la escalera crujía, tan sólo conseguí subir tres escalones antes de detenerme, y entonces escuché la sarcástica risa de Morgan que provenía del dormitorio donde se hallaba el Espectro, seguida de unas toses de éste. Al oír un crujido detrás de mí, me di la vuelta y vi a Alice que se llevaba un dedo a los labios indicando silencio.

Después oí la voz del Espectro que decía:

—Sigues escarbando en el viejo montículo, ¿eh? Será tu muerte el día menos pensado. Deberías tener más sentido común y mantenerte apartado mientras te quede aliento en el cuerpo.

—Tú podrías facilitarme las cosas —le replicó Morgan— y devolverme lo mío. No pido otra cosa.

—Si lo hiciera, no sabes lo que se te vendría encima. Y eso en caso de que sobrevivieras. ¿Por qué tienen que suceder estas cosas? ¡Deja de jugar con lo Oscuro y mantente lejos, hombre! Recuerda la promesa que hiciste a tu madre. Todavía no es

tarde para que tu vida sea decente.

—No finjas que quieres ayudarme —respondió Morgan—. Y no te atrevas a hablar de mi madre porque la pura verdad es que nunca te hemos importado un comino. La única que te interesa es la bruja. Cuando Meg Skelton entró en escena, mi pobre madre ya no contó para nada. ¿Y adónde te ha llevado eso? ¿Y adónde la ha llevado a ella como no sea a ser desgraciada?

—No, muchacho, me preocupé por ti y por tu madre, a quien amé hace tiempo, como bien sabes, y toda mi vida he hecho lo que he podido para ayudarla. Y por ella también he procurado ayudarte a ti, a pesar de lo que hiciste.

El Espectro tuvo otro acceso de tos y oí que Morgan soltaba maldiciones y se dirigía a la puerta.

—Las cosas han cambiado, viejo, y quiero lo que se me adeuda. Y como no me lo des, utilizaré otros medios.

Alice y yo nos dimos la vuelta a la vez y descendimos con rapidez, de tal manera que entramos en la cocina antes de que Morgan bajara el primer escalón.

Cuando él llegó, no nos miró siquiera. Con una cara que parecía un verdadero demonio, ignoró a sus padres, atravesó la cocina y se encaminó al pasillo. Escuchamos en silencio y oímos que corría un cerrojo, abría con llave una puerta que daba al recibidor y recorría con ruidosos pasos el cuarto. Al cabo de un momento oímos que volvía a salir, cerraba la puerta con llave y echaba el cerrojo. Luego salió de la casa dando un portazo.

En la mesa no habló nadie, pero a mí me era imposible dejar de mirar a la señora Hurst. O sea que el Espectro había estado enamorado de ella... ¡Eso quería decir que se había liado con tres mujeres a lo largo de su vida! Ésa, al parecer, era una de las razones de la inquina que le profesaba Morgan.

—Vamos a la cama, cariño —dijo la señora Hurst a su marido en tono dulce y afectuoso—. Necesitas dormir. Por la mañana te sentirás mucho mejor.

Así pues, el matrimonio se levantó de la mesa; el pobre señor Hurst iba con la cabeza gacha y arrastraba los pies mientras se dirigía hacia la puerta. Me daban verdadera lástima porque nadie se merece tener un hijo como Morgan. La esposa se detuvo al llegar a la puerta y, volviéndose hacia nosotros, nos recomendó:

—No os acostéis tarde.

Asentimos con educación y seguidamente los oímos subir la escalera.

—Bien —dijo Alice—, nos hemos quedado solos. ¿Por qué no vamos a echar un vistazo a la habitación de Morgan? Vete a saber qué podemos encontrar...

—¿Te refieres a la habitación donde se ha encerrado hace un rato?

—Sí. A veces se oyen extraños ruidos que provienen de ahí. Me gustaría ver qué hay.

Cogió de la mesa el candelabro con la vela, salimos de la cocina, atravesamos la sala de estar y fuimos al pasillo.

Saliendo del recibidor se encontraban dos habitaciones. Y si te situabas de

espaldas a la puerta de entrada de la casa te quedaba la sala de estar a la derecha y una puerta pintada de negro a la izquierda, que tenía un cerrojo por la parte de fuera.

—Es ésa —murmuró Alice, tocando la puerta con la punta de su puntiagudo zapato izquierdo, y recorrió el cerrojo—. De no haber estado cerrada con llave, ya habría curioseado ahí dentro. Pero ahora será mucho más fácil. Gracias a tu llave, la abriremos sin dificultad, Tom. —Señaló la cerradura.

Mi llave abrió, en efecto, la puerta y nos franqueó la entrada. Era una habitación bastante grande, más larga que ancha, con una ventana cerrada con tablas en el extremo opuesto y unos pesados cortinajes negros. El suelo, embaldosado al igual que el resto de la planta baja, no lo cubrían alfombras ni esteras. Sólo había tres muebles: una mesa larga de madera y dos sillas de respaldo recto, una a cada extremo.

Alice entró antes que yo.

—No hay mucho que ver, ¿verdad? —comenté—. ¿Qué esperabas encontrar?

—No sé muy bien, pero creía que habría algo más. A veces he oído un tañido de campanas que salía de dentro; campanillas, diría mejor, ese tipo de campanas que se manejan con la mano. Pero una vez oí una campana que tocaba a muerto como si sonara en el campanario de una iglesia. Y a menudo he percibido también una especie de goteo y el llanto de una muchacha. Supongo que se trataría de su hermana difunta.

—¿Has oído todo eso estando él en la habitación?

—Por lo general sí, pero a veces, cuando él no estaba en casa, oía que un perro ladraba, gruñía o incluso husmeaba junto a la puerta como si pugnara por salir. Por eso los Hurst la tienen siempre cerrada y atrancada porque creo que temen que algo temible salga de dentro.

—Yo no noto nada —le dije, advirtiéndole que no experimentaba aquella sensación de frío que me avisa cuando tengo cerca algo procedente de lo Oscuro—. El Espectro afirma que Morgan es un nigromántico que se sirve de los muertos; habla con ellos y los fuerza a hacer lo que él desea.

—¿Y de dónde saca el poder? Él no utiliza la magia de los huesos o la sangre como hacen las brujas —dijo Alice frunciendo la nariz—, ni está versado en ese tipo de cosas. Yo lo notaría con toda seguridad si él fuera un brujo. Entonces, ¿qué es, Tom?

Me encogí de hombros y aventuré:

—A lo mejor se trata de Golgoth, uno de los antiguos dioses. ¿Recuerdas lo que dijo el Espectro acerca de que Morgan cavaba en aquel montículo y que eso sería su muerte? Pues de lo que estaba hablando es de un túmulo llamado la Hogaza Redonda que se levanta en el páramo. A lo mejor quiere convocar a Golgoth como hacían los antiguos, o ese dios quiere que lo convoquen y lo ayude de alguna manera. Pero por lo visto Morgan no está aún en condiciones de hacerlo porque necesita algo que tiene el Espectro, algo que le facilitaría las cosas.

Alice asintió con aire pensativo.

—Es posible, Tom, pero lo que pasa es que han dicho cosas muy raras. No puedo imaginar al viejo Gregory enamorado de la señora Hurst y me cuesta creer que hubo un tiempo en que formaban pareja.

A mí también me costaba. Era difícil imaginario. Sin embargo, como allí no había nada más que ver, salimos de la habitación, volvimos a cerrarla con llave y la atrancamos con el cerrojo. Había muchos misterios por resolver, secretos que pertenecían al pasado del Espectro, y yo notaba que mi curiosidad iba creciendo por momentos.

Morgan no volvió a dejarse ver por Paisaje del Páramo, pero transcurrió otra semana más antes de que pudiéramos regresar a casa del Espectro. Llamamos a Shanks y le pedimos su poni para que mi maestro fuera a lomos del animal; así emprendió el viaje de vuelta, escoltado por Alice y por mí.

Shanks se negó a poner los pies en el interior de la casa y regresó de inmediato a Adlington, dejándonos a nosotros encargados del Espectro. Yo ya había informado a mi maestro de que debía la vida a las pociones de Alice, aunque no hizo comentario alguno cuando se lo dije, pero esta vez no rechistó cuando lo acostamos en su dormitorio. Todavía no estaba en plenas condiciones y aún tardaría un tiempo en recuperarse plenamente. El viaje también había supuesto un esfuerzo para él, y como las piernas le flaqueaban, se quedó un par de días en la habitación.

Una de las cosas que más me sorprendieron fue que al principio no hablara en ningún momento de Meg, y yo tampoco se la mencioné, porque no me planteaba ni de lejos bajar yo solo a la bodega. Puesto que la bruja había pasado todo el verano durmiendo en la estancia subterránea, importaba poco que se quedara unos días más. Así pues, yo debía encargarme de la mayor parte de las tareas de la casa. Alice me ayudaba un poco, pero no tanto como yo habría deseado.

—¡No vayas a figurarte que, por ser chica, tenga que hacer yo la comida! —me soltó cuando le dije que se encargara ella de aquel menester.

—¡Pero es que yo no sé cocinar, Alice! En casa guisaba mi madre, en Chipenden lo hacía el boggart del Espectro y aquí, Meg.

—Pues mira, ahora tienes ocasión de aprender. Y te apuesto lo que quieras a que si Meg no se tomara esa infusión, no sería tan habilidosa en los fogones.

Pero al tercer día por la mañana, el Espectro bajó por fin a la cocina, aunque bastante maltrecho, y se sentó a la mesa mientras yo procuraba esmerarme preparando el desayuno. Cocinar era mucho más difícil de lo que parecía, pero lo fue todavía más cuando se acabó el tocino ahumado.

Comimos en silencio hasta que, pasados unos minutos, mi maestro apartó el plato a un lado.

—Es buena cosa que tenga poco apetito, porque si tuviera hambre me lo comería y no sé si sobreviviría a la experiencia.

Alice soltó una sonora carcajada y yo sonreí y me encogí de hombros, contento al ver que mi maestro volvía a estar en forma. A medida que iba consumiendo los trozos de tocino, sabía mejor pero, como tenía mucha hambre, me lo comí todo y Alice hizo lo mismo. Yo me sentía más animado porque tenía la impresión de que el Espectro dejaría que la chica se quedara.

A la mañana siguiente él decidió por fin que había llegado la hora de despertar a Meg. Todavía caminaba vacilante, por lo que lo acompañé escalera abajo y lo ayudé a que la subiera a la cocina mientras Alice calentaba agua. El esfuerzo debió de ser excesivo, ya que le temblaban las manos de tal modo que tuvo que volver a acostarse.

En aquel momento ayudé a Alice a preparar el baño para Meg.

—Gracias, Billy —dijo la bruja mientras llenábamos el barreño de agua caliente—. Eres un joven muy amable. Y esa amiga tuya tan guapa lo mismo. ¿Cómo te llamas, nena?

—Me llaman Alice...

—Muy bien, Alice, ¿tienes familiares por aquí? Es agradable tener cerca a la familia. Ojalá la tuviera yo también. Pero la mía está tan lejos...

—Actualmente no veo a mi familia. No nos llevábamos bien y estoy más a gusto sin ella.

—¡No digas eso! —exclamó Meg—. ¿Se puede saber qué os pasó, cariño?

—Eran brujas —replicó Alice dirigiéndome a mí una sonrisa malévolamente.

Sus palabras me inquietaron. Aquella conversación podía despertar los recuerdos de Meg, pero Alice lo hacía adrede.

—Una vez conocí a una bruja —dijo Meg con mirada soñadora—. ¡Ay! Hace tanto tiempo de eso...

—Creo que tienes el baño a punto, Meg —le dije y, cogiendo a Alice por el brazo, la aparté de allí—. Nos vamos al despacho y así te dejamos un poco de intimidad.

Una vez en el despacho del Espectro, le espeté:

—¿Por qué le has dicho eso? A lo mejor ahora recuerda que ella también es bruja.

—¿Y eso qué tiene de malo? No está bien tratarla de la manera como lo hace el Espectro. Estaría mejor muerta que así. Ya me había presentado anteriormente, pero se le había olvidado.

—¿Dices que mejor muerta? Pues yo creo que es mejor esto que estar metida en un pozo —le repliqué, indignado.

—Bueno, pero ¿por qué no le das menos cantidad de infusión y así no se le olvidará todo? Dale la dosis justa y al menos se acordará de algunas cosas y la vida le resultará más agradable. Déjame a mí, Tom. No es tan difícil como parece. Cada día le daré un poco menos hasta que acabemos por descubrir la dosis justa...

—¡No, Alice! ¡Ni te atrevas! Si se enterara el Espectro, te enviaría a casa de los Hurst en menos que canta un gallo. En cualquier caso, es mejor no arriesgarse; podría ocurrir algo muy grave.

—Eso no está bien, Tom. Tarde o temprano habrá que hacer algo.

—Pues más vale tarde que temprano, pero tú no hagas nada con la infusión. Prométemelo.

—Te lo prometo, pero tendrías que hablar del asunto con el viejo Gregory. ¿Lo harás?

—Ahora está enfermo y no es el momento. Lo haré así que pueda, pero no me escuchará. Hace años que dura esta situación, de modo que ¿por qué va a cambiar ahora?

—Habla con él, no te pido más.

Acepté, aunque sabía que perdería el tiempo y que mi maestro se enfadaría. Sin embargo, Alice me preocupaba. Quería confiar en ella, pero era evidente que, en lo que a Meg respectaba, se le había metido una idea loca en la cabeza.

El Espectro bajó por la tarde, tomó un poco de caldo y después se pasó el resto del día hasta la noche envuelto en una manta delante de la chimenea. Cuando yo me acosté, seguía en el mismo sitio mientras Alice ayudaba a Meg a lavar los enseres para el próximo desayuno.

A la mañana siguiente, que era un martes, el Espectro me dio una breve clase de latín. No tenía buen aspecto, se cansaba enseguida y decidió volver a la cama, por lo que me encargó que pasase el resto del día estudiando.

A última hora de la tarde llamaron a la puerta trasera. Acudí a abrir y me encontré con Shanks, el mandadero. Parecía muy nervioso y no paraba de atisbar por encima de mi hombro izquierdo, como si esperase que apareciera alguien por detrás en el momento más impensado.

—Traigo el pedido del señor Gregory —dijo, e indicó con la cabeza el poni cargado con los sacos marrones—. Y además, tengo una carta para ti. La enviaron a una dirección equivocada y en la casa no había nadie, pero sus ocupantes acaban de volver. Supongo que la carta llevará más de una semana de retraso.

Lo miré sorprendido. ¿Quién iba a mandarme una carta aquí? Shanks rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre arrugado en el que reconocí la caligrafía de mi hermano Jack. Debía de haberle costado una fortuna enviar la carta a través del servicio de postas, de modo que tenía que tratarse por fuerza de algo serio; seguro que era una mala noticia.

Rasgué el sobre y desdoblé la carta, que era breve y concisa.

Querido Tom:

Nuestro padre ha vuelto a empeorar. El proceso es muy rápido. Todos sus hijos están aquí, salvo tú, o sea que será mejor que vengas enseguida.

Jack

Mi hermano siempre había sido brusco, y aquella carta provocó que se me cayera el alma a los pies. Me parecía imposible que mi padre muriese. No podía imaginarlo siquiera, porque sin él, el mundo ya no sería igual. Si la carta de Jack llevaba una semana en el pueblo esperando a que yo la leyese, tal vez sería ya demasiado tarde. Mientras Shanks descargaba las provisiones, entré corriendo, subí al dormitorio del Espectro y, con manos temblorosas, le mostré la carta. La leyó y soltó un profundo suspiro.

—Lamento esta mala noticia —dijo—. Será mejor que vayas enseguida a tu casa.

En un momento así, tu madre te necesitará a su lado.

—¿Y usted? ¿Cómo se las arreglará?

—No te preocupes por mí; estaré perfectamente. Es conveniente que salgas antes de que anochezca.

Cuando bajé a la cocina me encontré a Alice y Meg hablando en voz baja. Meg sonrió al verme.

—Esta noche os voy a preparar una cena especial para los dos —comentó.

—No estaré aquí para cenar, Meg. Mi padre está enfermo y tengo que ir unos días a casa.

—¡Cuánto lo siento, Billy! Es seguro que va a nevar, así que abrígate bien y guárdate del frío. Las heladas te arrancarán los dedos uno a uno.

—¿Está muy mal, Tom? —preguntó Alice, preocupada. Por toda respuesta le tendí la carta, que leyó rápidamente.

—¡Oh, Tom! Lo siento muchísimo —dijo acercándose para darme un abrazo—. Tal vez no esté tan mal como parece...

Sin embargo, cuando nuestros ojos se encontraron, vi que sólo lo había dicho para que me sintiera mejor. Los dos nos temíamos lo peor.

Me preparé, pues, para emprender el camino de mi casa. No quise llevarme el zurrón y lo dejé en el despacho, pero cogí el cayado. En el bolsillo, además de un trozo de queso amarillo y grumoso para el viaje, llevaba la caja de yesca y un trozo de vela. No se sabía nunca en qué momento podía necesitarlos.

Tras decir adiós al Espectro, Alice me acompañó hasta la puerta trasera. Sorprendido, observé que, en vez de decirme adiós, descolgaba su tabardo del gancho en el que estaba colgado y se lo ponía.

—Te acompañaré hasta el límite de la garganta —me dijo con tristeza.

Así que salimos juntos, pero no nos hablamos. Me sentía aturdido, temeroso, y Alice parecía realmente alicaída. Al llegar al fondo de la garganta, me dispuse a decirle adiós y, atónito, vi que lloraba.

—¿Qué te pasa, Alice?

—No estaré aquí cuando vuelvas. El viejo Gregory me ha echado; quiere que vuelva a Paisaje del Páramo.

—Lo lamento, Alice. No me había dicho nada sobre eso. Creía que todo estaba arreglado.

—Me lo notificó anoche. Opina que hago demasiada amistad con Meg.

—¿Demasiada amistad?

—Supongo que lo dice porque nos ha visto hablando. Es por eso. Cualquiera sabe qué hay dentro de la cabeza del viejo Gregory. Quería decírtelo para que supieras dónde encontrarme cuando vuelvas.

—La primera cosa que haré será ir a verte —le aseguré—. Antes incluso de volver a casa del Espectro.

—Gracias, Tom. —Me cogió un momento la mano izquierda y me la apretó con afecto.

Acto seguido, nos separamos y seguí mi camino cuesta abajo, aunque me detuve una vez para mirar atrás. Alice seguía en su sitio contemplándome, por lo que agité la mano a guisa de saludo. No me había brindado unas palabras finales de consuelo, ni mencionado a mi padre. Los dos sabíamos que no había nada que hacer. Yo ya estaba temiendo qué me encontraría al llegar a casa.

No tardó en hacerse de noche, en parte a causa de un banco de gruesas y densas nubes que venían del norte, y por otra parte porque, al descender de las alturas del páramo, oscurecía antes; así pues, al fallarme la orientación, no encontré el camino que pensaba tomar.

Más abajo vi un soto con algunos árboles y un murete de piedra, al otro lado del cual se erigía una pequeña construcción, probablemente la cabaña de alguna granja, lo que hacía probable que de ella arrancase algún camino o vereda que llevase colina abajo. Me encaramé al murete, aunque sin decidirme a saltarlo porque, en primer lugar, tenía más de dos metros de altura y, en segundo lugar, porque descubrí que lo que tenía ante mis ojos era un cementerio. En consecuencia, la construcción que había visto tampoco era una cabaña, sino una capilla.

Me mostré indiferente y, pese a todo, me dejé caer entre las lápidas. Al fin y al cabo, aunque el lugar era algo lúgubre, por algo yo era el aprendiz del Espectro y debía acostumbrarme a aquel tipo de ambientes aunque fuera de noche. Caminé, pues, entre las sepulturas y me orienté cuesta abajo, pero al poco rato noté que pisaba la grava de un camino que llevaba a la capilla.

No era un camino recto, sino que contorneaba la capilla y, un poco más lejos, trazaba un meandro entre las lápidas hasta dos enormes tejos que se unían en forma de arco sobre una verja. Habría debido seguir adelante, pero vislumbré el centelleo de una llama en la pequeña vidriera emplomada de la capilla que delataba la existencia de una vela. Al pasar junto a la puerta, observé que estaba algo entreabierta y oí una voz que pronunciaba con toda claridad un nombre: «¡Tom!».

Era una voz profunda de hombre, una voz acostumbrada a ser obedecida. Pero no

la reconocí.

Por improbable que pareciera, me había llamado por mi nombre. ¿Quién podía estar en la capilla que supiera cómo me llamaba o que yo pasaba en aquel momento en medio de la oscuridad? Dada la hora, no habría debido haber nadie en esa capilla, que sólo se usaba ocasionalmente para breves ceremonias funerarias.

Sin casi darme cuenta de lo que hacía, me acerqué al pequeño edificio, abrí del todo la puerta y entré. Me sorprendió descubrir que allí no había nadie, aunque al momento observé algo extraño en la disposición interior: en lugar de hileras de bancos de cara al altar, con un pasillo entre ellos, estaban dispuestos en cuatro largas filas arrimadas a la pared, todos frente a un gran confesonario, situado junto al muro a mi derecha y a cuyos lados había dos largos cirios que más parecían dos centinelas.

El confesonario disponía de las dos entradas habituales, una para el sacerdote y otra para el feligrés. De hecho, todo confesonario está compuesto de dos compartimentos con un biombo divisorio de tal modo que, aunque el sacerdote escucha las confesiones a través de una reja, no puede ver el rostro de la persona que se confiesa. Pero aquél en particular tenía algo extraño: alguien había retirado las puertas y lo que yo tenía ante mis ojos eran dos oquedades sumidas en la negrura total.

Mientras escrutaba las puertas, presa de una profunda inquietud, emergió alguien de la oscuridad que envolvía la entrada del sacerdote, situada a la izquierda, y avanzó hacia mí. Llevaba capa y capucha como el Espectro.

Si bien la voz que me había llamado no era la suya, aquel hombre era Morgan. ¿Acaso había alguien más en la capilla? Al acercármeme, sentí una repentina impresión de intenso frío, pero no se trataba de ese frío que me revelaba habitualmente alguna presencia relacionada con lo Oscuro, sino una sensación diferente. Me recordó el helor que sentí en Priesttown al enfrentarme al espíritu del mal llamado la Pesadilla.

—Volvemos a encontrarnos, Tom —dijo Morgan un tanto burlón—. Lamento la noticia sobre tu padre, aunque ha disfrutado de una buena vida. La muerte nos llegará un día a todos.

Noté que el corazón me saltaba en el pecho y que me faltaba la respiración. ¿Cómo sabía que mi padre estaba enfermo?

—Pero la muerte no es el final, Tom —añadió dando otro paso hacia mí—. Todavía podemos seguir conversando un tiempo con los que amamos. ¿Te gustaría hablar con tu padre? Puedo llamarlo, si ése es tu deseo...

No respondí. Sus palabras penetraban en mi cerebro y me aturdí.

—¡Ay, no sabes cuánto lo siento, Tom! Claro, tú no lo sabías, ¿verdad? —prosiguió Morgan—, pero tu padre murió la semana pasada.

El cuarto de mi madre

Morgan sonrió de nuevo y sentí que se me hacía un nudo en la garganta y que el pánico me invadía. Todo daba vueltas a mi alrededor. Sin detenerme a pensar, di media vuelta y eché a correr hacia la puerta. Cuando salí, seguí por la pendiente mientras notaba bajo mis pies el crujido de la grava. Al llegar a la verja, me volví y miré hacia atrás. Morgan, de pie junto a la puerta abierta de la capilla, tenía el rostro inmerso en la oscuridad, de modo que no me era posible distinguir su expresión, pero levantó la mano izquierda y la agitó a manera de saludo, uno de esos saludos que se dispensan a un amigo.

Sin embargo, no se lo devolví. Lo que hice fue abrir la verja y continué pendiente abajo mientras en mi interior se barajaba toda una mezcla de sentimientos y emociones. Me desesperaba la idea de que mi padre pudiera haber muerto. ¿Acaso estaba Morgan en lo cierto? Él era nigromántico y a lo mejor había convocado a algún fantasma que se lo había comunicado. Me negaba a creerlo e intenté expulsar la idea de mis pensamientos.

¿Por qué me había marchado? Habría debido quedarme y decirle qué pensaba de él, pero se me había hecho un nudo en la garganta y las piernas me habían llevado a la puerta sin darme tiempo a reflexionar. Y no era precisamente que le tuviera miedo, pese a que resultó espeluznante escuchar lo que dijo en la capilla, iluminado por los cirios que aleteaban detrás de él. Sí, lo peor de todo había sido oírle decir lo que dijo.

Recuerdo poca cosa del resto del viaje, aparte de que cada vez hacía más frío y el viento era más intenso. Al atardecer del segundo día, el viento viró hacia el nordeste y el cielo parecía cargado de nieve.

Pero no empezó a nevar hasta que sólo me quedaba media hora para llegar a casa. La luz disminuía, pero yo conocía el camino como la palma de la mano y la oscuridad no impidió mi avance. Cuando abrí la verja que daba a la era, comprobé que un manto de blancura lo cubría todo y sentí que el frío me penetraba hasta los huesos. La nieve acostumbra a proporcionar una sensación de quietud a todo lo que cubre, pero daba la impresión de que sobre la granja se extendía una quietud especial. Al atravesar la era, el ladrido de los perros rompió el silencio.

No vi a nadie alrededor, pero en una de las ventanas de los dormitorios traseros parpadeaba una llamita. ¿Llegaba tarde? Tenía el alma por los suelos y me temía lo peor.

Entonces vi a Jack que avanzaba como una tromba hacia mí. Tenía una expresión

huraña y fruncía de tal modo el entrecejo que las espesas cejas se le juntaban sobre la nariz.

—¿Se puede saber qué te ha retenido? —preguntó enfurruñado—. Hace más de una semana que te escribí, ¿no? Nuestros hermanos vinieron y ya se han ido. ¡Y eso que James vive al otro lado del condado! Tú has sido el único que no vino...

—Tu carta fue a parar a una dirección equivocada, de modo que la recibí con una semana de retraso —expliqué—. ¿Cómo está? ¿He llegado tarde? —pregunté reteniendo el aliento, pero leyendo ya la verdad el rostro de mi hermano.

Jack suspiró e inclinó la cabeza, incapaz de sostener mi mirada. Cuando la levantó de nuevo, en los ojos le brillaban unas lágrimas.

—Ya no está, Tom —dijo en voz baja, exenta y aspereza e indignación—. Ayer hizo una semana que murió pacíficamente mientras dormía.

Me echó los brazos al cuello y lloramos, abrazados. Jamás volvería a ver a mi padre, jamás volvería a oír su voz, no me contaría historias ni escucharía sus sabios adagios, jamás volvería a estrechar su mano ni podría pedirle consejo. Pensarlo era insoportable pero, mientras me hacía esas consideraciones, recordé a alguien que todavía debía de sentir más profundamente que yo aquella pérdida.

—Pobre madre —dije cuando por fin logré volver a hablar—. ¿Cómo está?

—Mal, Tom. Verdaderamente mal —repuso con Jack tristeza—. No la había visto nunca llorar hasta ahora... rompía el corazón verla. Estuvo encerrada días enteros sin comer ni dormir, y el día después del entierro, hizo un fardo con sus cosas y se fue. Dijo que debía ausentarse algún tiempo.

—¿Dónde está?

Jack movió negativamente la cabeza, el rostro preñado de tristeza.

—Ojalá lo supiera.

Aunque no se lo dije a Jack, recordé que una vez mi padre me había dicho que ella tenía que vivir su propia vida y que lo más probable sería que regresara a su tierra cuando él estuviera muerto y enterrado. También me había aconsejado que, cuando llegase el momento, yo fuese valiente y me despidiese de ella con una sonrisa. Pero yo tenía la esperanza de que todavía no hubiera llegado ese momento. ¿Se habría ido sin decirme adiós? Deseé que no fuera así; necesitaba volver a verla, aunque fuera por última vez.

No recordaba una comida tan melancólica en mi casa.

Era tristísimo no tener a mis padres sentados a la mesa, y me pasé toda la cena mirando la silla vacía de mi padre. El bebé de mi hermano dormía en su cuna en el piso de arriba, así que los únicos que dábamos cuenta lentamente de la cena éramos Jack, Ellie y yo.

Cada vez que sorprendía la mirada de Ellie, ella me sonreía con tristeza, pero sin decir palabra. Tuve la sensación de que quería contarme algo y buscaba el momento

oportuno.

—El guiso está muy bueno, Ellie —le dije—. Siento haber comido tan poco, pero es que no tengo apetito.

—No te preocupes, Tom —contestó con amabilidad—. Lo comprendo. Nadie tiene mucho apetito. Come lo que te apetezca, aunque es importante estar fuerte en circunstancias así.

—Quizá no sea adecuado, pero quería felicitaros a los dos. La última vez que estuve aquí, nuestra madre me comunicó que esperabais un hijo y que esta vez sería niño.

Jack sonrió apenado y dijo con voz apagada:

—Gracias, Tom. Ojalá nuestro padre hubiera vivido lo bastante para ver a su nieto. —Carraspeó para aclararse la voz, como quien está a punto de decir algo importante, y sugirió—: ¿Por qué no te quedas unos días con nosotros hasta que haya mejorado el tiempo? No irás a marcharte mañana mismo, digo yo, y la verdad es que me vendría bien un poco de ayuda en la granja. James se quedó un par de días, pero tuvo que marcharse por su trabajo.

James era, por edad, el segundo de mis hermanos y herrero de profesión. Dudé que se hubiera quedado después del funeral porque en realidad Jack no necesitaba que le echase una mano en el trabajo de la granja, pues no estábamos en la siembra de primavera ni en la cosecha de otoño, épocas en las que se necesitaba toda la mano de obra posible. Pero Jack quería que me quedase por la misma razón que deseó que se quedara James. Aparte de que detestaba las actividades del Espectro y de que en circunstancias normales prefería tenerme lejos, ahora me necesitaba para llenar un vacío: aquella soledad en que se encontraba sin nuestros padres.

—Me encantará quedarme unos días.

—Te lo agradezco, Tom —murmuró, y apartó el plato, pese a que apenas había comido la tercera parte de éste—. Voy a acostarme.

—Subiré dentro de un rato, cariño —le dijo Ellie—. No te importa que me quede unos momentos con Tom, ¿verdad?

—No, en absoluto.

Cuando Jack desapareció por la escalera, Ellie me dedicó una afectuosa sonrisa. Estaba tan guapa como siempre, aunque parecía triste y cansada, ya que los esfuerzos de la semana anterior se habían cobrado su tributo.

—Gracias por acceder a quedarte un tiempo con nosotros, Tom. Jack necesita hablar de viejos recuerdos con alguno de sus hermanos. Sé que te apena hablar sobre lo mismo una y otra vez, pero supongo que te necesita porque cree que, si estás aquí, es más probable que vuelva vuestra madre...

No se me había ocurrido, pero era cierto que mi madre presentía las cosas. Seguramente ahora mismo sabía que yo estaba en la granja... A lo mejor venía a verme.

—Ojalá viniese...

—Yo también lo deseo, Tom. Pero escucha, quiero que seas muy paciente con Jack porque todavía no te ha dado una noticia. En el testamento de tu padre hay una sorpresa, algo que él no se esperaba...

Fruncí el entrecejo. ¿Una sorpresa? ¿Qué clase de sorpresa? Toda la familia sabía que, cuando muriese mi padre, Jack heredaría la granja por ser el hijo mayor. Habría sido absurdo dividirla en siete partes y hacerla cada vez más pequeña. La tradición del condado era que la heredad fuese a parar siempre al hijo mayor y que se garantizase la casa de por vida a la viuda.

—¿Se trata de una sorpresa agradable? —pregunté, indeciso, sin saber a qué atenerme.

—Para Jack no lo ha sido. Pero no quiero que lo interpretes mal, Tom. Él sólo piensa en mí, en nuestra hijita Mary y, por supuesto, en el hijo que esperamos —dijo acariciándose el vientre con la mano—. Has de saber que Jack no ha heredado la casa entera; en ella hay una habitación que es tuya...

—¿La habitación de mi madre? —pregunté adivinando la respuesta.

Era una habitación donde mi madre guardaba sus cosas personales, entre ellas la cadena de plata que me había regalado en otoño.

—Sí, Tom —afirmó Ellie—, la habitación cerrada con llave que está debajo del desván. Te corresponde la estancia y todo lo que contiene. Aunque Jack es propietario de la casa y las tierras, tendrás siempre acceso a esa habitación y podrás alojarte en ella cuando lo desees. Jack se quedó lívido cuando leyó el testamento, pues significa que incluso podrías instalarte a vivir ahí, si quisieras.

Sabía que a Jack no le gustaría que yo estuviera cerca de la casa por miedo a que me acompañara algo que tuviera que ver con lo Oscuro, y no podía contradecirle porque ya había ocurrido una vez. Aquella vieja bruja, Madre Malkin, había dado con la manera de introducirse en nuestra bodega la primavera pasada, debido a lo cual la hijita de Jack y Ellie, Mary, había corrido verdadero peligro.

—¿Qué dijo mi madre al enterarse?

—Ni palabra. Jack estaba demasiado impresionado para hablar del asunto y ella se fue el día siguiente.

No podía dejar de pensar en que, si me cedía aquella habitación, significaba que mi madre nos dejaría pronto y, si se iba a su tierra, significaba también que quería dejarnos para siempre. Suponiendo que no nos hubiera dejado ya.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, pero Ellie se me había adelantado y ya estaba en la cocina. El olor a salchichas fritas me atrajo al piso de abajo. A pesar de todo lo que había ocurrido, renacía mi apetito.

—¿Has dormido bien, Tom? —me preguntó Ellie, muy afectuosa.

Asentí, pero fue una mentira inocente. Me costó mucho dormirme y me había despertado varias veces. Cuando abría los ojos, sentía un profundo dolor, como si a

cada despertar me enterara por primera vez de que mi padre había muerto.

—¿Dónde está la niña?

—Mary está arriba con Jack. A él le gusta entretenerse un rato todas las mañanas con la pequeña. También es buena excusa para ponerse a trabajar un poco más tarde. De cualquier modo, hoy no habrá mucho que hacer —dijo señalando la ventana.

Revoloteaban copos de nieve y la cocina estaba más iluminada que en verano, ya que la nieve que se iba acumulando en la era reflejaba la luz.

No tardé en atacar un plato de huevos con salchichas. Mientras comía, bajó Jack y también se sentó a la mesa. Me dio los buenos días con una inclinación de cabeza y empezó a desayunar. Ellie se fue a la habitación delantera y nos dejó solos. Mi hermano picoteaba la comida y masticaba lentamente mientras nacía en mí una especie de remordimiento por estar disfrutando del desayuno.

—Ellie me ha dicho que ya sabes lo del testamento —dijo Jack por fin. Asentí, pero no comenté nada—. Mira, Tom, como hijo mayor, soy el ejecutor testamentario y tengo el deber de velar por los deseos de nuestro padre, pero me pregunto si sería posible llegar a un acuerdo. ¿Qué te parece si te compro la habitación? Si puedo reunir el dinero necesario, ¿me la venderías? En cuanto a las cosas que contiene, estoy seguro de que el señor Gregory dejaría que las guardases en Chipenden...

—Tengo que pensarlo, Jack. Ha sido una gran sorpresa para mí. En muy poco tiempo han ocurrido muchas cosas, pero no te preocupes porque no tengo intención de instalarme en esta casa. Tendré demasiado trabajo...

Jack hurgó en el bolsillo de sus pantalones, sacó un manojito de llaves y las dejó sobre la mesa delante de mí. Había una llave grande y otras tres más pequeñas: la primera era la de la habitación; las otras tres abrían arcas y cajones guardados en su interior.

—Bien, las llaves son éstas. Supongo que querrás subir e inspeccionar tu herencia.

Extendí la mano y empujé el manojito de llaves.

—No, Jack. Guárdalas, de momento. No entraré en esa habitación hasta después de haber hablado con nuestra madre.

Me miró estupefacto.

—¿Estás seguro?

Asentí y él volvió a meterse las llaves en el bolsillo y ya no hablamos más del asunto.

Lo que había dicho Jack era bastante sensato. Pero yo no quería su dinero. Para pagarme, habría necesitado pedir un préstamo y en estos momentos le habría sido difícil devolverlo teniendo en cuenta que era él solo quien llevaba la granja. En lo que a mí tocaba, se podía quedar tranquilamente con la habitación. Yo estaba seguro de que el Espectro me dejaría guardar los baúles y cajas de mi madre en Chipenden.

Sospechaba, sin embargo, que mi madre deseaba que la habitación fuera mía, única cosa que me impedía aceptar el trato inmediatamente. Aunque estaba de por

medio el testamento de mi padre, era probable que la decisión le correspondiera a mamá, que tenía siempre muy buenas razones para todo lo que hacía, por lo que no podía decidirme hasta no haber hablado personalmente con ella.

Aquella tarde fui a visitar la tumba de mi padre. Jack quería acompañarme, pero me las arreglé para que desistiera. Quería estar solo; deseaba disponer de una hora para reflexionar y sufrir solo. Y además, quería saber algo que ignoraría siempre si Jack me acompañaba. Él no lo habría entendido o, en el mejor de los casos, se habría sentido contrariado.

Proyecté la salida de modo que llegara en el momento de la puesta de sol, a fin de disponer de la luz suficiente para localizar la tumba. Era un sepulcro desolado y cubierto de nieve, situado a casi un kilómetro de la iglesia, porque como el cementerio propiamente dicho estaba ocupado, habían consagrado un espacio adicional al terreno sagrado. Era un pequeño campo cercado de espino con un par de sicómoros en la zona de poniente. No me costó localizar la tumba de mi padre en la hilera frontal de sepulturas que, mes tras mes, iban ampliando el terreno. En la tumba no había lápida alguna y sólo se distinguía por la sencilla cruz de madera con que la habían señalado de momento y en la que habían grabado su nombre con letras profundamente incisas:

JOHN WARD
RIP

Permanecí unos momentos junto a la cruz pensando en los acontecimientos gozosos que habíamos vivido como familia, y recordé aquellos tiempos de mi niñez en que mis padres eran felices, rebosaban de actividad y todos mis hermanos vivían en casa. Recordé también la última vez que había hablado con él, cuando me dijo que se sentía orgulloso de tener un hijo como yo y que, aunque para él no había hijos favoritos, seguía pensando que yo era el mejor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y lloré y gemí junto a la sepultura. Pero, en cuanto se hizo de noche, inspiré profundamente y me decidí a hacer lo que debía. Se trataba de un asunto propio de un espectro.

—¡Padre! ¡Padre! —lo llamé en plena oscuridad—. ¿Estás aquí? ¿Me oyes?

Repetí exactamente las mismas palabras tres veces seguidas, pero los únicos sonidos que obtuve por respuesta fueron el silbido del viento a través del cerco de espino y, lejos, a mucha distancia, el ladrido de un perro solitario. Así pues, suspiré aliviado. Mi padre no estaba allí. Su espíritu no se encontraba prisionero en aquel lugar, ni era un habitante del cementerio. Esperaba, pues, que estuviese en algún sitio mejor.

En realidad yo no tenía una idea exacta sobre Dios; tal vez existiera o tal vez no.

En caso afirmativo, ¿se molestaría en escucharme? Aunque por lo general no rezo, como esta vez se trataba de mi padre, hice una excepción.

—¡Oh, Dios mío, por favor te lo pido, concédele la paz! —musité—. Se la tiene merecida; ha trabajado mucho y yo lo quería.

Di media vuelta y volví a casa, muy triste.

Permanecí casi una semana en la granja, y cuando llegó el momento de partir, llovía y la nieve había convertido la era en un lodazal.

Mi madre no había vuelto aún y yo me preguntaba si regresaría algún día. Pero mi principal deber era ir de nuevo a Anglezarke y ver cómo se encontraba el Espectro. Tenía la esperanza de que su recuperación prosiguiese su curso. Dije a Jack y Ellie que volvería en primavera y que entonces hablaríamos del asunto de la habitación.

Inicié, pues, la larga caminata hacia el sur sin dejar de pensar en mi padre y en cómo habían cambiado las cosas. No me parecía que hubiera transcurrido tanto tiempo desde que yo vivía feliz en mi casa con mis padres y mis seis hermanos, aquellos tiempos en que papá estaba en plena forma. Ahora todo había cambiado; todo se había venido abajo.

En cierto sentido, ya no volvería nunca más a mi casa porque ya no lo era. Todo era diferente. Las construcciones que componían la casa podían ser las mismas y también la vista del monte del Ahorcado que se divisaba desde la ventana de mi antiguo dormitorio. Pero sin mis padres, aquella casa no era la mía.

La había perdido para siempre.

Nigromancia

Cuanto más me acercaba al sur, más frío hacía y la lluvia se iba transformando gradualmente en nieve. Estaba cansado y habría deseado ir directo a casa del Espectro, pero había prometido a Alice que la visitaría a ella primero y tenía intención de cumplir mi palabra.

Cuando avisté Paisaje del Páramo, ya era de noche. El viento había amainado y el cielo estaba despejado; la luna lucía alta, la nieve confería mayor luminosidad que de costumbre y, más allá de la granja, el lago era un espejo oscuro que reflejaba las estrellas.

La vivienda estaba sumida en la oscuridad, cosa que ya suponía porque, en invierno, la mayoría de campesinos del condado suelen acostarse temprano. Esperaba, sin embargo, que Alice presintiera mi proximidad y se escabullera de la casa para salir a recibirme. Salté el cerco que marcaba el límite de la granja y atravesé un campo en dirección al grupo de construcciones ruinosas anejas a la casa. Ante mí se levantaba un cobertizo para el ganado y, al oír un rumor insólito que salía de él, me detuve junto a la entrada. Alguien lloraba.

Entré y los animales, nerviosos, se apartaron. Me sorprendió el hedor. Porque no era el olor cálido normal, propio de los animales, unido al de algunas sanas boñigas, sino el de diarrea, un trastorno digestivo al que está sujeto tanto el ganado como los cerdos. Aunque tiene tratamiento, aquellos animales estaban enfermos y descuidados. Las cosas habían ido de mal en peor desde mi última visita.

Entonces descubrí que alguien me observaba. A mi izquierda, iluminado por un rayo de luna, vi al señor Hurst hecho un ovillo en un taburete de los que se usan para ordeñar vacas. Le resbalaban lágrimas por las mejillas y me miró con una pena infinita. Retrocedí un paso y él se puso de pie.

—¡Fuera de aquí! ¡Déjame! —me gritó agitando el puño hacia mí; temblaba de pies a cabeza.

Quedé sorprendido y desconcertado a un tiempo. Siempre había sido un hombre suave y dócil y nunca nos había dirigido, ni a mí ni a Alice, más que alguna palabra esporádica. Ahora, en cambio, parecía desesperado y al límite de sus fuerzas. Me alejé con la cabeza baja lamentando verlo de aquella manera. Morgan debía de haberlo maltratado y seguramente ésa era la razón de que se encontrase tan trastornado, tan fuera de sí. Como no sabía qué hacer, creí que lo mejor sería hablar con Alice.

Seguí adelante hasta la era. La casa continuaba a oscuras y yo no sabía muy bien qué hacer. Alice debía de estar sumida en un profundo sueño, ya que de otro modo

habría detectado mi presencia. Esperé un momento, mientras mi aliento formaba nubes de vapor en el aire glacial.

Me acerqué a la puerta trasera y llamé dos veces. No fue preciso llamar de nuevo porque enseguida la puerta se abrió lentamente con chirridos de bisagras, y la señora Hurst atisbó a través de la rendija. La luz de la luna la hizo pestañear.

—Tengo que hablar con Alice —le pedí.

—Pasa, pasa —me invitó ella con voz débil y ronca.

Había una estera en el interior por lo que, después de entrar en el pequeño zaguán y de darle educadamente las gracias, me sacudí lo mejor que pude en el felpudo la nieve de las botas. Tenía enfrente las dos puertas interiores: la de la derecha estaba cerrada, pero la que daba a la habitación de Morgan se hallaba entornada y entreví en su interior el parpadeo de una vela.

—Entra —me dijo la señora Hurst indicándome la habitación.

Titubeé un momento en el que me pregunté qué estaría haciendo Alice en el cuarto de Morgan. Aun así, entré. El aire estaba enrarecido con tufo a sebo; no sé por qué, pero lo primero que observé fue un grueso cirio negro hincado en un gran candelabro de bronce, instalado en el centro mismo de la larga mesa de madera flanqueada por las dos sillas, una a cada extremo.

Esperaba encontrar a Alice en el cuarto, pero me equivoqué. Sentada en la silla del extremo más próximo de la mesa y de cara a la vela, había una figura que se cubría la cabeza con una capucha. Al darse la vuelta hacia mí, vi su barba y su burlona sonrisa: era Morgan.

Una vez más me falló el instinto, pero oí dos ruidos a mis espaldas. El primero fue el de la puerta al cerrarse con firmeza; el segundo, el del pesado cerrojo al deslizarse. Delante de mí tenía la ventana cubierta con una gruesa cortina negra y no había ninguna puerta más. Estaba encerrado en la habitación con Morgan.

Miré alrededor y observé las losas de piedra desnudas bajo mis pies y, enfrente del hombre, la otra silla vacía. Hacía mucho frío y me estremecí. En la apagada chimenea sólo quedaban grises cenizas.

—Siéntate, Tom —me ordenó Morgan—. Tenemos mucho que hablar.

Al ver que no me movía, indicó con el gesto la silla vacía frente a él.

—He venido aquí para hablar con Alice.

—Alice se ha ido. Hace tres días que se fue.

—¿Que se ha ido? ¿Adónde?

—No lo dijo. No era muy habladora, la tal Alice. Ni siquiera se molestó en decir que se iba. Ahora bien, Tom, la última vez que entraste en esta habitación lo hiciste sin que nadie te invitara, como esos ladrones que se meten de noche en las casas, acompañado de esa chica. Pero vamos a olvidarlo, porque ahora sí que eres bienvenido. Por eso te lo repito: siéntate.

No sin cierto desasosiego, tomé asiento, pero mantuve el cayado a mi lado izquierdo y lo así con fuerza. ¿Cómo sabía que habíamos estado allí? No obstante,

Alice era el centro de mis preocupaciones. ¿Adonde habría ido? A Pendle, probablemente no. Miré a Morgan y tropecé con su mirada. De pronto se retiró la capucha y dejó al descubierto su rebelde mechón de cabellos, que me parecieron bastante más grises que la última vez. A la luz de la vela, la piel del rostro era áspera y las arrugas que lo surcaban mucho más profundas.

—Te invitaría a vino, pero no bebo cuando trabajo.

—No acostumbro a beber vino —le respondí.

—Pero sin duda comes queso —dijo, burlón.

No le contesté y se puso serio. Entonces se inclinó hacia delante, frunció los labios y sopló con fuerza. La llama de la vela osciló y se apagó, con lo que la habitación quedó sumida en la más absoluta oscuridad y se acentuó el olor a sebo.

—No estamos más que tú, yo y la oscuridad —dijo Morgan—. ¿Podrás soportarlo? ¿Estás en condiciones de ser mi aprendiz?

Eran las palabras exactas que había pronunciado el Espectro en el sótano de la casa embrujada de Horshaw, el sitio al que me había llevado el primer día de mi aprendizaje. Había actuado así para juzgar si yo estaba hecho o no de la madera adecuada para convertirme en espectro; las mismas palabras que había dicho en el momento en que se apagó la vela.

—Afirmaría que la primera vez que bajaste la escalera que conduce al sótano, él se sentó en el rincón y se puso de pie en cuanto llegaste donde estaba —prosiguió Morgan—. Nada ha cambiado. Tú, yo y dos docenas o más de otros como nosotros. Es algo que se ve venir. ¡Vaya viejo loco! No es extraño que no haya quien lo aguante.

—Tú te quedaste tres años con él —dije en voz baja hablando a la oscuridad.

—¿Has vuelto a encontrar la voz, Tom? Me alegro. Veo que te ha hablado de mí. ¿Te ha dicho algo bueno?

—La verdad es que no.

—No me sorprende. ¿Te ha explicado por qué abandoné el aprendizaje de espectro?

Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad aunque a duras penas vislumbraba la forma de la cabeza de Morgan frente a mí al otro lado de la mesa. Podía haberle dicho que el Espectro me había comentado que no tenía disciplina y que le faltaba aptitud para aquel trabajo, pero preferí hacerle algunas preguntas.

—¿Qué quieres saber de mí? ¿Y por qué has atrancado la puerta?

—Para que no vuelvas a escaparte. Y para que no tengas más salida que estar conmigo y enfrentarte a lo que quiero enseñarte. He sabido que eres un buen aprendiz. Pero tú y yo sabemos que tu maestro no lo tiene en cuenta. O sea que ésa va a ser la primera clase de tu nuevo aprendizaje. Deberás tener algún trato con los muertos, pero voy a ampliar tus conocimientos. Los ampliaré de manera significativa.

—¿Con qué propósito? —le pregunté, desafiante—. El señor Gregory me enseña todo cuanto necesito saber.

—Lo primero es lo primero, Tom. Hablemos en primer lugar de fantasmas. ¿Qué sabes sobre ellos?

Decidí seguirle la corriente. Quizá si le dejaba que sacara lo que llevaba dentro, yo podría continuar mi camino hacia la casa del Espectro.

—La mayoría de fantasmas permanece cerca de donde están sus huesos; algunos se trasladan a los lugares donde sufrieron o donde cometieron algún terrible delito cuando estaban en el mundo. Pero no tienen la libertad de merodear a voluntad.

—¡Muy bien, Tom! —exclamó Morgan con una punta de ironía en la voz—. Y apuesto cualquier cosa a que lo tienes escrito en tu cuaderno, como corresponde a un buen aprendiz. Pues bien, hay algo que el viejo loco no te ha enseñado. Y si no te ha hablado de ello es porque no le gusta entretenerse pensándolo. Así que la pregunta importante es ésta: ¿Adónde van los muertos después de morir? Y que conste que no estoy hablando de cadáveres ni de fantasmas. Me refiero a los demás muertos, la inmensa mayoría; es decir, a personas como tu padre.

Al oír que nombraba a papá, me enderecé en el asiento.

—¿Qué sabes tú de mi padre? —le espeté, desabrido—. ¿Cómo te has enterado de que está muerto?

—Cada cosa a su tiempo, Tom, cada cosa a su tiempo. Tengo poderes que tu maestro no ha soñado siquiera. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Adónde van los muertos después de morir?

—La Iglesia dice que van al cielo, al infierno, al purgatorio o al limbo —le repliqué—. No estoy seguro con respecto a estas cosas, pero el señor Gregory no habla nunca de esa cuestión. De cualquier modo, creo que el alma sobrevive a la muerte.

Me habían explicado que el purgatorio era un lugar al que iban las almas a purificarse y donde sufrían hasta que estaban en condiciones de entrar en el cielo. El limbo era más misterioso. Los sacerdotes creían que allí iban los que no habían sido bautizados, y se suponía que estaba destinado a las almas que, sin ser realmente malvadas, no eran aptas para entrar en el cielo por alguna falta de la que en realidad no eran responsables.

—¿Qué sabe la Iglesia? —dijo Morgan en un tono de voz que dejaba traslucir todo su desdén—. Ésta debe de ser la única cosa en la que el viejo Gregory y yo estamos de acuerdo. Pero mira, Tom, de los cuatro lugares que acabas de mencionar, el limbo es con mucho el más útil en lo que se refiere a una persona como yo. Su nombre deriva de la palabra latina *limbus*, que significa «borde» o «margen». Y has de saber que, dondequiera que se encuentre el sitio al que vayan, la mayoría de los muertos tienen que pasar primero por el limbo, que se encuentra en el límite de este mundo, y para algunos supone un trance difícil. Los débiles, timoratos y pecadores emprenden la retirada y vuelven al mundo, para lo cual se transforman en fantasmas, y conviven con los que ya moran y están atrapados en la tierra. Ésos son los más fáciles de manejar. Pero los fuertes y los buenos también tienen que pelear y luchar

para atravesar el limbo. Es algo que requiere tiempo y, mientras están allí entretenidos, yo poseo las facultades necesarias para ponerme en contacto con cualquier alma que yo elija de las que allí moran. Puedo impedir que salgan o lo que se me antoje. En caso necesario, incluso soy capaz de hacerlas sufrir.

»Los muertos ya han vivido; se les ha terminado la vida. Pero nosotros todavía existimos y podemos aprovecharnos de ellos y utilizarlos. Yo quiero lo que Gregory me debe: quiero su casa de Chipenden con su enorme biblioteca, que guarda todos esos libros que encierran tantos conocimientos. Y todavía hay algo más, algo más importante aún. Algo que me robó: un libro de magia, un libro de hechizos y rituales, y tú me ayudarás a recuperarlo. A cambio, podrás continuar tu aprendizaje gracias a mis enseñanzas. Te mostraré cosas que él no ha soñado siquiera e infundiré verdadero poder a tus dedos.

—No deseo que me enseñes nada —le respondí, malhumorado—. Quiero que todo siga como está.

—¿Qué te hace suponer que puedes decidir en este asunto? —cuestionó Morgan con voz fría y amenazadora—. Creo que ha llegado el momento de que te demuestre lo que soy capaz de hacer. Y ahora, por tu propia seguridad, quiero que permanezcas totalmente inmóvil y escuches con atención. Ocurra lo que ocurra, no intentes levantarte de esa silla.

La habitación quedó en profundo silencio y yo lo obedecí. ¿Qué podía hacer si no? Porque no sólo estaba cerrada la puerta, sino que, además, aquel hombre era mucho más alto y más fuerte que yo. Tal vez había la posibilidad de servirme del cayado para atacarlo, pero no tenía garantía de éxito. De momento era más adecuado dejarme llevar y, a la primera oportunidad, escapar y volver junto al Espectro.

De la oscuridad surgió un débil sonido, un rumor que estaba a medio camino entre el susurro y el murmullo, semejante al ruido de ratones escabullándose de aquí para allá debajo del entarimado. Pero en aquel suelo sólo había losas de piedra. También noté que la habitación se había enfriado. Normalmente, esa sensación habría significado que se aproximaba algo, algo que no pertenecía a este mundo. Sin embargo, una vez más, se trataba de un frío distinto, semejante al que sentí cuando hablamos en la capilla.

De pronto se oyó el tañido de una campana sobre nuestras cabezas. Era un sonido profundo y pesadoso, como si convocase a un funeral, pero su intensidad era tal que toda la mesa vibró. Oí resonar las campanadas debajo de mis pies a través de las losas del pavimento. La campana dobló nueve veces en total, cada campanada más débil que la anterior. Inmediatamente después se oyeron tres golpes estentóreos sobre la mesa. Intuía la silueta de Morgan, aunque no me pareció que se hubiera movido. Los golpes se repitieron más fuertes que antes y se derrumbó el pesado candelabro de bronce, que rodó primero sobre la mesa y se estrelló después contra el suelo.

En la oscura habitación, el silencio que siguió fue casi doloroso y tuve la impresión de que mis oídos estallarían. Al retener el aliento, lo único que percibí

fueron los acelerados latidos de mi corazón que me retumbaban en la cabeza. Por otra parte, aquel frío extraño se intensificó y seguidamente Morgan habló en la negrura.

—¡Hermana mía, calla y presta atención! —advirtió.

Después oí un chapoteo de agua al gotear. Era como si hubiera un agujero en el techo y el goteo fuera a parar al mismo centro de la mesa, donde poco antes se hallaba el candelabro.

A continuación respondió una voz que parecía salir de los labios de Morgan. Yo apenas le adivinaba el perfil, pero habría jurado que se le movía la mandíbula. La voz, sin embargo, era de mujer y habría sido imposible que un hombre adulto pudiese imitarle el tono y la intensidad.

—*¡Déjame ya! ¡Déjame descansar!* —exclamó la voz.

El ruido de goteo de agua se hizo más intenso y se percibió incluso un leve chapoteo, como si se hubiese formado un charco en la mesa.

—¡Obedéceme y te dejaré descansar! —gritó Morgan—. Es con otro con quien quiero hablar. Tráelo aquí y podrás volver al sitio de donde vienes. ¿Ves al muchacho que está conmigo en esta habitación?

—*Sí, lo veo* —respondió la voz de muchacha—. *Acaba de perder a alguien. Noto su tristeza.*

—El chico se llama Thomas Ward —dijo Morgan—. Lleva luto por su padre. ¡Tráenos aquí al espíritu de ese hombre!

El frío comenzó a disminuir y cesó el goteo del agua. Me parecía increíble lo que acababa de escuchar. ¿Convocaría Morgan realmente al espíritu de mi padre? Me sentí afrentado.

—¿Estás dispuesto a hablar una vez más con tu progenitor? —me preguntó Morgan—. Yo ya he charlado con él y me ha dicho que todos tus hermanos se acercaron a su lecho de muerte salvo tú y que ni siquiera asististe al entierro. Eso lo entristeció profundamente, muy profundamente. Ahora tendréis ocasión de aclarar las cosas.

Me quedé estupefacto. ¿Cómo era posible que ese hombre estuviese enterado de lo que había ocurrido? A menos, claro, que hubiera contactado con el espíritu de mi padre...

—No fue por culpa mía —le espeté, enfurruñado a la vez que contrariado—. La noticia no me llegó a tiempo.

—Bien, pues ahora tendrás la oportunidad de decírselo de viva voz...

Volvió a aumentar el frío. Y enseguida oí una voz que me hablaba desde el otro lado de la mesa. Parecía que la mandíbula de Morgan se movía de nuevo, pero me quedé consternado al comprobar que la voz que salía de sus labios era la de mi padre. No había lugar a dudas.

Nadie habría podido imitar tan perfectamente la voz de otra persona. Era como si mi padre estuviese sentado en el sillón que tenía enfrente.

—*Está oscuro* —exclamó mi padre—, *ni siquiera me veo la mano si la pongo*

ante los ojos. Que alguien encienda una vela, por favor. Que alguien encienda una vela y me salve.

Me horroricé al pensar que mi padre estaba solo y tenía miedo de la oscuridad. Ya iba a hablarle y tranquilizarlo, pero Morgan se me adelantó.

—¿Cómo te puedes salvar? —dijo con voz profunda y poderosa, llena de autoridad—. ¿Cómo va a ver la Luz un pecador como tú? Un pecador que trabajó incluso los domingos, el día del Señor.

—*¡Ay, perdóname! ¡Perdóname, Señor!* —exclamó mi padre—. *Yo era campesino y había mucho trabajo que hacer. Trabajaba hasta que caía rendido, pero el día no tenía suficientes horas. Debía proveer el sustento de mi familia. Pero yo siempre pagué mis diezmos y no retuve nada de lo que correspondía a la Iglesia. Siempre fui creyente, de veras que lo fui. Y enseñé a mis hijos a distinguir el bien del mal. Hice todo cuanto tiene que hacer un padre.*

—Pues ahora está aquí uno de tus hijos —dijo Morgan—. ¿Quieres hablar con él por última vez?

—*Por favor, por favor. ¡Sí! Deja que hable con él ¿Es Jack? Habría debido hablar con él de determinadas cosas cuando yo vivía. Cosas que no le conté entonces y que podría decírselas ahora.*

—No, no es Jack quien está aquí, sino tu hijo pequeño, Tom.

—*¡Tom, Tom! ¿Estás aquí? ¿Eres de veras tú?*

—Sí, soy yo, padre. ¡Soy yo! —grité sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta. Me era insoportable la idea de que mi padre estuviera sufriendo en las tinieblas. ¿Qué había hecho el pobre para merecer tal castigo?—. Lamento mucho no haber llegado a tiempo ni asistido a tu entierro, pero la noticia me llegó con retraso. Si tienes que decir algo a Jack, dímelo a mí y le transmitiré tu encargo —dije mientras notaba que las lágrimas me hormigueaban en los ojos.

—*Di a Jack que siento lo de la granja, hijo, que lamento no habérselo dejado todo. Es el hijo mayor y tiene derecho de primogenitura. Pero hice caso a tu madre. Dile que me disgustó haber tenido que dejarte la habitación.*

Las lágrimas me rodaban por las mejillas. Era para mí una contrariedad saber que mis padres no se habían puesto de acuerdo con respecto a la habitación. Deseaba prometerle que me encargaría de arreglar aquel asunto y que se la cedería a Jack, pero no podía hacerlo porque debía tener en cuenta los deseos de mi madre. Tenía que hablar primero con ella. Procuré, sin embargo, aliviarle las inquietudes. No podía hacer más.

—*¡No te preocupes, padre, todo se arreglará! Hablaré con Jack. Ni por casualidad quiero causar problemas a la familia. No te preocupes, todo se arreglará.*

—*Eres un buen chico, Tom* —dijo mi padre con la voz impregnada de gratitud.

—*¡Un buen chico!* —intervino Morgan—. *¡Nada de buen chico! Diste este hijo a un espectro. Tuviste siete hijos y no diste ninguno a la Iglesia.*

—*¡Oh, cuanto lo siento! ¡Lo siento muchísimo!* —respondió mi padre, angustiado

—. *Pero ninguno de mis hijos tenía vocación; ninguno quería ser sacerdote. Porfié por dar un buen oficio a cada uno y, cuando le tocó el turno al último, su madre quiso que fuera aprendiz de espectro. Yo me opuse y mi actitud fue para nosotros motivo de discusión como no lo había sido nada en toda nuestra vida. Pero cedí al final porque la amaba y no iba a negarle lo que era para ella su más ferviente deseo. ¡Perdóname! Fui débil y di preferencia al amor terrenal por encima de mis deberes con Dios.*

—Sí, eso fue lo que hiciste —exclamó Morgan con voz estentórea—. No merece perdón una persona como tú y por eso deberás sufrir las penas del infierno. ¿No sientes ya las llamas que empiezan a lamerte la carne? ¿No notas el creciente calor?

—¡Oh, no, Señor! ¡Por favor te lo pido! El dolor es tan intenso que me es insoportable. Te pido por favor que me lo ahorres. ¡Haré lo que sea! ¡Lo que sea!

Me puse de pie, presa de indignación. Morgan castigaba a mi padre, le hacía creer que se hallaba en el infierno y le inducía a experimentar terribles dolores. ¡Yo no podía permitir que aquello continuase!

—¡No lo escuches, padre! —le grite—. No hay llamas, ni tampoco dolor. Descansa en paz. ¡Descansa en paz! Avanza hacia la luz. ¡Ve a la luz!

Di cuatro rápidos pasos junto al lado izquierdo de la mesa y, asiendo el cayado, descargué con él un terrible golpe en la figura encapuchada. Sin proferir ningún sonido, se desplomó hacia la derecha y oí el ruido del sillón al derrumbarse sobre las losas.

Rápidamente me saqué del bolsillo la caja de yesca y el cacho de vela que en él guardaba. Un momento después había conseguido encender la vela. Levantándola, iluminé a mi alrededor y examiné lo que había: el sillón había caído de lado y estaba cubierto por una capa negra, desparramada encima de las losas. ¡Pero ni rastro de Morgan! Pinché la capa con el cayado, pero debajo de ella sólo encontré el sillón. Morgan se había desvanecido en el aire.

Pero observé algo en la mesa: la madera estaba tan seca que parecía hueso, pero no había ni rastro del agua que, al parecer, caía poco antes sobre ella y hasta había creído yo que formaba un charco. Sin embargo, en el sitio ocupado antes por el candelabro, ahora había un sobre de color negro.

Dejé la vela en el borde de la mesa y lo cogí. Estaba cerrado, pero en él figuraba escrito:

A mi nuevo aprendiz, Tom Ward

Lo rasgué y desdoblé el papel que encontré dentro:

Bien, ahora ya has visto de qué soy capaz. Y lo que he hecho, puedo repetirlo. Tengo a tu padre retenido en el limbo, de modo que me es posible ponerme en

contacto con él siempre que quiera y hacerle creer lo que quiera. No existen límites a las penas que puedo infligirle.

Si quieres ahorrárselas, tienes que obedecer mi voluntad. Antes que nada, necesito algo que está en casa de Gregory: en el escritorio cerrado con llave que está en el desván, tiene una caja de madera en la cual hay un libro de magia, un libro de poderosos sortilegios y rituales. Está encuadernado en cuero verde y tiene repujado en la cubierta un pentáculo de plata: tres círculos concéntricos con una estrella de cinco puntas en su interior. Ése libro es mío. Tráemelo.

En segundo lugar, no expliques a nadie lo que has visto. En tercer lugar, debes aceptar que eres ahora mi aprendiz, obligado a servirme durante un período de cinco años a partir de hoy, o de lo contrario tu padre sufrirá las consecuencias. Como indicación de que aceptas, da tres golpes sobre la mesa. La puerta no está cerrada con llave y, cualquiera que sea la decisión que tomes, estás en libertad de irte. La opción es tuya.

Morgan G.

Me era insoportable la idea de que mi padre sufría tormentos. Pero tampoco quería ser el aprendiz de Morgan. Me sentía reacio, pues, a dar los golpes en la mesa, aunque debía ganar tiempo. Si los daba, Morgan creería que aceptaba su propuesta y, mientras yo consultaba con el Espectro, ahorraría padecimientos a mi padre. Mi maestro sabría qué se debía hacer.

Inspiré profundamente y di tres golpes en la mesa. Reteniendo el aliento, agucé el oído, pero no tuve confirmación. No obstante, la tranquilidad y el silencio reinaban en la habitación. Traté de abrir la puerta y, efectivamente, se abrió, pues aunque no había percibido el ruido, el cerrojo estaba descorrido. Volví junto a la mesa, cogí mi caja de yesca, apagué de un soplo la vela y me guardé las dos cosas en los bolsillos. Después, empuñando el cayado, salí de la habitación y abrí también la puerta de entrada.

Faltó poco para que la sorpresa me tumbara de espaldas. ¡Era pleno día! Un sol deslumbrante se reflejaba en la nieve; debía de hacer dos horas por lo menos que había amanecido. Aunque tenía la impresión de que sólo había pasado quince minutos encerrado en la habitación con Morgan, en realidad habían sido dos horas.

No había manera de explicarlo. El Espectro me había comentado que aquel individuo era un hombre peligroso, aficionado a jugar con lo Oscuro. Pero no me había dicho que fuese capaz de realizar las cosas que le había visto hacer. Morgan era un mago tan poderoso como peligroso y poseía auténticas facultades mágicas. Me estremecí al pensar que tendría que volver a enfrentarme con él. Poco después me encontré de nuevo caminando por la nieve todo lo rápido que me llevaban las piernas y subiendo la cuesta de la colina que conducía a casa del Espectro.

Embuste y traición

No tardé en avistar la casa y el humo pardo que se elevaba de la chimenea, como anunciándome que en el interior me esperaba un buen fuego para darme la bienvenida.

Llamé a la puerta trasera. Con mi llave podía abrir la mayor parte de puertas, pero no quise usarla porque, como había estado ausente todo aquel tiempo, me parecía más educado esperar a que me invitasen a entrar. Tuve que llamar tres veces antes de que Meg me abriera; me recibió sonriente y se apartó de la entrada para dejarme paso.

—¡Entra enseguida, que ahí afuera hay mucha nieve, Tom! —exclamó—. ¡Qué alegría volver a verte!

Ya dentro, me saqué el tabardo y el chaleco de piel de oveja, dejé el cayado en un rincón y me sacudí la nieve de las botas.

—Siéntate —dijo Meg, precediéndome hasta la chimenea—. Estás temblando de frío. Voy a prepararte un cuenco de sopa caliente para calentarte los huesos. De momento bastará y después te haré una buena comida.

Aún estaba temblando debido a la impresión que me había causado lo ocurrido en la habitación de Morgan, pero poco a poco me fui calmando. Hice caso a la bruja y me calenté las manos en el fuego mientras observaba el vapor que emanaban mis botas.

—¡Menos mal que conservas todos los dedos! —comentó Meg.

La ocurrencia me hizo sonreír.

—¿Dónde está el señor Gregory? —le pregunté, pensando que tal vez alguien había solicitado su presencia por algún asunto relacionado con sus actividades de espectro.

Deseaba que así fuera, ya que querría decir que volvía a estar en forma y en plenas condiciones.

—Sigue en cama; tiene que descansar mucho.

—¿No ha mejorado, pues?

—Mejora lentamente, pero todavía tardará en recuperarse del todo. No hay que apresurarse con ese tipo de enfermedades. Procura no turbarlo ni lo agobies demasiado, puesto que necesita descansar y dormir todo lo que pueda.

Me tendió un cuenco humeante de caldo de gallina, que le agradecí, y fui sorbiéndolo lentamente al tiempo que notaba que iba entrando en calor.

—¿Cómo está tu pobre padre? —preguntó mientras se instalaba en su mecedora—. ¿Se encuentra mejor?

Me sorprendió que lo hubiese recordado y la pregunta volvió a anegarme los ojos

de lágrimas.

—Ha muerto, Meg; estaba muy enfermo.

—¡Qué triste, Tom! Lo siento mucho. Sé qué significa perder a un familiar...

Sentí que el dolor de haber perdido a mi padre me atenazaba el estómago, pero sobre todo al acordarme de los sufrimientos que Morgan le infligía a su espíritu. Mi padre no se lo merecía y yo no permitiría que volviera a ocurrir. ¡Tenía que hacer algo!

Meg se quedó en silencio y miró fijamente las llamas. Al cabo de un momento, cerró los ojos y comenzó a tararear una tonada en voz muy baja, como si cantara para ella misma. Al terminar el caldo, me levanté y dejé el cuenco sobre la mesa.

—Gracias, Meg. La sopa estaba muy rica.

No respondió. Parecía dormida. A menudo solía dormirse en la mecedora junto a la chimenea.

Ahora no sabía qué hacer, porque albergaba la esperanza de hablar con mi maestro sobre Morgan, pero era evidente que no estaba en condiciones de que lo molestase con aquel asunto. No quería turbarlo ni contribuir a que se sintiera peor. Pero quizá aprovecharía que descansaba para echar un vistazo al libro de magia y comprobar si se hallaba donde había dicho Morgan. Tal vez descubriese algo que me ayudase a decidir cómo actuar. Una cosa estaba clara: ya que mi maestro estaba tan enfermo y Alice se había ido, me las tenía que apañar solo y me correspondía a mí decidir qué hacía con el asunto de mi padre. Era lo único que importaba, y alguna determinación debía tomar para terminar con sus sufrimientos a manos de Morgan. Empezaría, pues, por examinar el libro de magia.

El Espectro descansaba en el piso de arriba, y me dije que tal vez no se me volviese a presentar una ocasión semejante. A pesar de todo, en mi fuero interno no me sentía a gusto al pensar que examinaría el libro sin decírselo. Pero ya llegaría el momento de las explicaciones. Lo que importaba ahora era mi padre, pues no podía soportar la idea de que Morgan volviera a someterlo a tortura.

Pero justo en el momento en que me disponía a salir de la cocina, Meg abrió los ojos y se inclinó hacia la chimenea con intención de atizar el fuego.

—Voy a ver al señor Gregory —le dije.

—No, Tom, no vamos a molestarlo todavía. Quédate junto al fuego y caliéntate. Has pasado mucho frío en ese largo viaje.

—Bien, entonces iré a buscar mi cuaderno de anotaciones.

Pero en vez de ir al despacho, entré en el salón. Si el Espectro seguía en cama, quería decir que Meg no había tomado aún la infusión. Y como tenía que conseguir que durmiese un rato para ir a buscar el libro de magia, la manera más fácil de conseguirlo era hacerle tomar el brebaje. Saqué, pues, el botellón color caramelo del armario donde estaba guardado y vertí unos dos centímetros del líquido en una taza.

Fui después a la cocina y me puse a calentar el agua.

—¿Y eso qué es? —preguntó Meg con una sonrisa cuando le tendí la taza.

—Una infusión, Meg. Bébela. Así evitarás que se te meta el frío en los huesos.

Vi con sorpresa que la sonrisa le desaparecía del rostro. A continuación me arrancó la taza de la mano y la estrelló contra las losas de la cocina. Después se levantó, me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia ella. Quise apartarme, pero era una mujer muy fuerte y me di cuenta de que le habría costado muy poco romperme el brazo.

—¡Embustero, embustero! —me gritó acercando el rostro a pocos centímetros del mío—. Te creía mejor de lo que pareces, pero veo que eres como John Gregory. Y no dirás que no te he dado ocasión de demostrarme lo contrario, pero me has dejado muy claro que eres igual que él. También tú me robas la memoria, ¿verdad? Pero ahora me acuerdo de todo; ahora sé quién era y sé quién soy.

Teníamos las caras tan cerca que casi se tocaban y ella me escupió con desprecio estas palabras:

—Y también sé quién eres tú —me gritó. Luego, como un murmullo, añadió—: Y sé qué estás pensando; veo tus pensamientos más secretos, esos secretos que no revelarías ni siquiera a tu madre.

Me miraba con dureza, aunque sus ojos no eran como aquellos puntos de fuego que me clavó Madre Malkin cuando estuvimos frente a frente en primavera, pero cada vez me parecían más grandes. Meg era una bruja lamia, físicamente más fuerte que yo, que ahora me dominaba también con la mente.

—Sé en qué podrías convertirte un día, Tom Ward —murmuró—, pero ese día todavía está muy lejano. No eres más que un muchacho, mientras que yo hace muchísimos años que vago por el mundo, más años que los que quiero recordar. Así pues, no intentes conmigo ninguno de los trucos de John Gregory porque me los conozco todos. ¡Todos! ¡Del primero al último!

Me hizo dar una vuelta en redondo y me encontré de pronto de espaldas a ella. Entonces me soltó el brazo, pero me asió rápidamente por el cuello.

—¡Por favor, Meg! —le rogué—. No intentaba hacerte ningún daño. Quería ayudarte. Había hablado con Alice sobre esto y también ella quería ayudarte...

—Es fácil decirlo ahora. ¿Darme esa porquería de brebaje es querer ayudarme? A mí no me lo parece. ¡Basta ya de mentiras o va a ser peor!

—¡No son mentiras! Recuerda que Alice pertenece a una familia de brujas. Ella te entendía y lamentaba de veras lo que te estaba ocurriendo. Yo tenía intención de hablar de ti con el señor Gregory y...

—¡Ya está bien, muchacho! ¡Basta de excusas! Te meteré en la bodega y veremos si te gusta la oscuridad. Te lo mereces. Quiero que sepas por lo que he pasado, porque yo no dormía siempre, ¿sabes? Me pasaba largas horas despierta pensando, sola en la oscuridad. Demasiado débil para moverme, demasiado débil para tenerme de pie... tratando desesperadamente de recordar todo lo que tú y John Gregory queríais que olvidase... pero pensando y sufriendo, sabiendo que todavía tenía por delante largos meses de tedio y soledad hasta que se acercara alguien a la puerta y me dejara salir...

Al principio quise resistirme y luché, pero todo fue inútil porque ella tenía mucha fuerza. Sin soltarme el cuello, me obligó a bajar en volandas la escalera de la bodega, pues los pies apenas me tocaban el suelo, hasta que llegamos a la reja de hierro. Como ella tenía la llave, la pasamos y bajamos a mayor profundidad.

No se había molestado en coger una vela y, aunque me muevo en la oscuridad mejor que la mayoría de personas, tras cada recodo crecía la negrura y era más difícil orientarse. Sólo pensar en la bodega me colmaba el terror. Me acordé de la hermana de Meg, la bruja lamia salvaje, prisionera aún en su fosa. Por nada del mundo habría querido estar cerca de ella. Después de pasar el tercer recodo, experimenté cierto alivio porque nos paramos junto a las tres puertas.

Abrió con otra llave la de la izquierda, me empujó al interior y cerró la puerta tras de mí. Oí que a continuación abría la celda situada junto a la mía y entraba, pero no se quedó mucho rato. No tardó en volver a cerrarla ruidosamente y subió la escalera. Al cabo de un momento, oí el ruido de la reja de hierro al cerrarse; de nuevo pasos, más débiles cada vez y, finalmente, silencio.

Esperé unos momentos por si volvía. Hurgué después en mis bolsillos y saqué el trozo de vela y la caja de yesca. Unos segundos más tarde había encendido la vela e inspeccioné la celda: era pequeña, no más de ocho pasos por cuatro, y en un rincón había un montón de paja donde tumbarse para dormir; las paredes estaban construidas con bloques de piedra y la puerta era de roble macizo, con un agujero cuadrado utilizable como mirilla en la parte superior, protegido por cuatro barrotes verticales de hierro.

Me senté en un rincón, en el suelo de piedra, para meditar sobre mi suerte. ¿Qué había ocurrido en mi ausencia? Ahora tenía la seguridad de que el Espectro estaba encerrado en la celda contigua a la mía, aquella donde Meg pasaba los veranos. Porque, de no ser así, ¿a qué había entrado la bruja en ella? Pero ¿cómo era posible que el Espectro hubiera terminado en poder de Meg? Cuando yo me fui a mi casa, él todavía no estaba bien. ¿Se había olvidado, quizá, de darle la infusión y ella había recobrado la memoria? O a lo mejor era la propia Meg quien le había puesto a él algo en la comida o la bebida, probablemente lo mismo que había empleado él todos aquellos años para mantenerla dócil.

Pero había que tener en cuenta algo más: también contaba la influencia de Alice, pues estuvo charlando con Meg y le explicó que ella procedía de una familia de brujas. Las había visto a veces cuchicheando. ¿De qué hablarían? Suponiendo que Alice se hubiera salido con la suya, la cantidad de infusión que tomaba Meg se habría reducido. Bueno, no le echaba a mi amiga las culpas de lo ocurrido, pero es evidente que su presencia en casa del Espectro había contribuido a la situación actual.

A mi regreso, Meg había fingido confusión y representó una comedia conmigo. ¿Me dio, de veras, lo que ella llamaba «una oportunidad»? Si no hubiera intentado administrarle la infusión, ¿me habría tratado de otro modo? Y entonces se me abrieron los ojos; al llegar a Anglezarke, estaba tan inmerso en mis pensamientos en

torno a Morgan y mi padre, que no había advertido la evidencia, unos signos que ahora veía con demasiada claridad: Meg me había llamado «Tom», en vez de «Billy», por vez primera en su vida, y se había acordado de mi padre. ¿Por qué no me di cuenta al momento? Aquel cambio habría debido ponerme sobre aviso. Pero permití que el corazón me gobernara la mente y ahora, como resultado, todo el condado se hallaba en peligro porque había una bruja lamia de nuevo en libertad, sin un espectro ni un aprendiz de espectro para pararle los pies. Lo hecho, hecho estaba, pero yo debía enderezarlo si podía.

En conjunto, pues, buenas y malas noticias, aunque la mayoría eran malas. Meg me había descubierto sirviéndose de sus poderes de bruja; sabía mucho de mí, pero no se había molestado en registrarme, en cuyo caso habría descubierto la caja de yesca y la vela que llevaba. También habría localizado la llave, la que podía abrir casi todas las puertas siempre que no fuesen demasiado complicadas. Así que la buena noticia era ésa: yo podía salir de mi celda y abrir la del Espectro.

La mala noticia era que esa llave no valía para abrir la reja. De otro modo, el Espectro no habría guardado una llave especial en lo alto de la estantería de la librería, que era la que Meg tenía ahora en su poder. Aunque yo consiguiera que escapáramos los dos de nuestras celdas, seguiríamos prisioneros en la bodega. O sea que lo que necesitaba estaba bastante claro: tenía que hablar con mi maestro; él sabría qué era lo mejor que se podía hacer.

Así pues, abrí mi celda. No hice mucho ruido con la llave, pero la puerta estaba tan encajada que, pese a todos mis esfuerzos, produjo una sacudida al abrirse y causó un estrépito que arrancó ecos en la escalera. Deseé con fervor que Meg estuviese arriba, junto al fuego de la chimenea, y no me hubiera oído. Cogí la vela, me acerqué de puntillas al pasillo y la aproximé a los barrotes de la celda del Espectro. Aunque atisbé algo en el interior, no conseguí ver mucho: había un camastro en un rincón y encima un bulto oscuro. ¿Era realmente mi maestro?

—¡Señor Gregory! ¡Señor Gregory! —lo llamé a través de los barrotes, tratando de imprimir premura a mi voz y procurando al mismo tiempo no elevarla demasiado.

Del bulto emanó un profundo gruñido al tiempo que se movía con lentitud. Parecía, en efecto, la voz del Espectro. Ya iba a llamarlo por segunda vez cuando oí un ruido repentino procedente de la parte inferior de la escalera. Me volví a escuchar. Hubo un momentáneo silencio, pero después volví a percibir el mismo ruido. Lo producía algo que ascendía en dirección hacia mí.

¿Una rata? No, el ruido era demasiado fuerte para que lo produjera un bicho así. De pronto cesó. ¿Me habría equivocado, o lo habría imaginado? El miedo juega a veces malas pasadas. Como dice siempre el Espectro, es importante reconocer la diferencia entre estar despierto y sonar.

Sin advertirlo, había retenido el aliento. Pero al respirar de nuevo, volví a oír el movimiento escalera arriba. Como me resultaba imposible ver más allá del recodo, lo único que me permitía conjeturar de qué se trataba eran los sonidos que producía: no

se arrastraba, con lo que se descartaba a una bruja muerta que hubiera conseguido liberarse; tampoco sonaba a pisadas, o sea que no podía ser ni un cadáver ni un fantasma que ascendiera por la escalera, ni un ser humano que, por alguna razón, se hubiera escondido allá abajo... En mi vida había oído semejante ruido.

Era algo que avanzaba y se detenía continuamente; algo que se escabullía escalera arriba con más de dos piernas. ¿Qué otra cosa podía ser que la bruja lamia salvaje? ¡Tenía que serlo por fuerza! Después de años en aquella fosa, tenía una frenética necesidad de sangre humana. ¡Y venía a por mí!

Presa del pánico, sin reflexionar, me metí corriendo en mi celda, y me apresuré a asegurar la puerta cerrándola con llave. A continuación apagué de un soplo la vela, ya que creí que la luz la atraería. Pero ¿estaba verdaderamente seguro en una celda aunque estuviera cerrada con llave? Si la bruja había conseguido escapar de la fosa, quería decir que había doblegado los barrotes. Pensé después que era probable que Meg hubiera liberado a su hermana del pozo y por un momento sentí cierto alivio. Pero ni siquiera me dio tiempo a soltar un suspiro porque recordé una frase que había dicho el Espectro acerca de la reja:

«Esta reja de hierro impide el paso a la mayoría de quienes quieren sobrepasarla...».

La lamia salvaje era el ser más peligroso de la bodega. Si se había propuesto escapar, tal vez ni siquiera bastase la reja de hierro para detenerla mucho tiempo. En cuanto a los barrotes de mi celda... no valía la pena pensar en ellos. Mi única esperanza era que la bruja todavía estuviese relativamente débil después de tanto tiempo metida en la fosa.

Me mantuve absolutamente quieto y a la escucha, tratando de respirar sin hacer el más mínimo ruido. La oía acercarse, escabullirse a lo largo de la escalera y detenerse de pronto, cada vez más cerca, más cerca. Me acurruqué en un rincón y hasta dejé de respirar.

Algo rozó levemente la puerta; el contacto siguiente fue más fuerte, como unos arañazos o unas garras que se introducían en la madera y trataban de abrirse paso. Era como si alguna criatura tratara de abrirse camino a zarpazos y atravesar la puerta. Me había metido en mi celda sin pensar y ahora me decía que ojalá me hubiese encerrado en el otro cubículo con el Espectro. Tal vez así habría podido despertarlo y preguntarle cómo debía actuar.

Estaba oscuro. Muy oscuro. Tan oscuro que no habría podido decir cuales eran los límites de la puerta ni de las paredes. No obstante, vislumbraba una ligerísima claridad por la abertura rectangular, dividida en cuatro por los barrotes verticales, hecho que indicaba que había luz en la escalera, que proyectaba una débil iluminación del muro fuera de la celda.

En el rectángulo se movió una forma: era una silueta. Pero logré atisbarla lo suficiente para deducir que se trataba de una mano. Percibí que se agarraba a los barrotes, aunque no era un contacto de carne y músculo, sino como un golpe, el ruido

de una lima al arañar el hierro seguido de un siseo explosivo de ira y dolor. La lamia salvaje había tocado el hierro y la lesión debía de ser severa. Lo único que la retenía era su voluntad. Después se movió algo voluminoso delante de los barrotes, algo semejante al redondel de una luna oscura que eclipsaba la débil luz lejana. ¡Tenía que ser la cabeza de la bruja! Me miraba a través de los barrotes, pero estaba demasiado oscuro para distinguirle los ojos.

Se oyó otro golpe y la puerta crujió. Temblé de miedo porque me di cuenta de que estaba tratando de doblar los barrotes o simplemente de arrancarlos de cuajo.

De haber tenido a mano mi cayado de serbal, lo habría introducido entre los hierros y tal vez habría conseguido ahuyentarla. Pero no lo llevaba conmigo, ni tampoco podía servirme de la cadena de plata porque la había dejado en el zurrón. No disponía de nada para defenderme.

La puerta seguía crujiendo a tenor de la presión ejercida sobre ella y advertí que empezaba a combarse. La bruja siseó de nuevo y emitió un sonido gangoso, una especie de graznido. Estaba ansiosa por entrar, presa de la desesperación de beber mi sangre.

Pero, por fortuna, se produjo un repentino ruido metálico procedente de lo alto de la escalera y la lamia salvaje se apartó de los barrotes y desapareció de la vista. Oí el eco de pasos que se acercaban y percibí, en el exterior, el parpadeo de la llama de una vela.

—¡Atras! ¡Atrás! —gritó Meg.

A su grito le siguió el rumor de la lamia salvaje escabullándose escalera abajo.

Después, el parpadeo de la vela y el taconeo de zapatos puntiagudos fueron tras la criatura. Permanecí donde estaba, agazapado en el rincón. Pasó un momento y volvieron a acercarse los pasos y luego oí el ruido de un cubo que alguien dejaba en el suelo y el de una llave que giraba en la cerradura de mi celda.

Antes de que Meg abriera la puerta, tuve el tiempo justo de meterme el trozo de vela y la caja de yesca en los bolsillos, y me alegré de no haberme encerrado en la celda del Espectro, ya que entonces ella habría descubierto que tenía la llave.

Se quedó en el umbral con la vela en una mano y con la otra me hizo ademán de que me acercara. No me moví; estaba demasiado asustado.

—Acércate, muchacho —dijo riendo entre dientes—. No temas. ¡No muerdo!

Me puse de rodillas, pero sentía las piernas demasiado endebles para ponerme de pie.

—¿Quieres acercarte, muchacho? ¿O quieres que me acerque yo? Lo primero es mucho más fácil y menos doloroso...

Lo que me impulsó a levantarme esta vez fue el terror. Aunque fuera una bruja «domesticada», Meg no dejaba de ser una lamia cuyo alimento favorito era probablemente la sangre. La infusión que tomaba se lo había hecho olvidar, pero ahora sabía muy bien quién era y qué quería. Su voz era apremiante; transmitía una fuerza que minaba mi voluntad y me obligó a levantarme y atravesar la celda hasta la

puerta abierta.

—Has tenido suerte de que decidiese alimentar a Marcia —dijo señalando el cubo.

Lo miré. Estaba vacío. No sabía qué había contenido, pero en el fondo había restos de sangre.

—Había estado a punto de dejarlo para más tarde, pero he supuesto que, como eres tan joven, le apetecerías enormemente. John Gregory no le atrae ni la mitad —aseguró con una mueca cruel, indicando con un movimiento de cabeza la celda contigua, lo que me confirmó que el Espectro estaba encerrado dentro.

—De veras que él se preocupa por ti —le dije a Meg, desesperado—. Siempre se ha preocupado por ti. ¡Por favor, no lo trates de ese modo! La verdad es que te ama. ¡En serio, te ama! —le repetí—. Lo tiene escrito en uno de sus cuadernos. No habría debido leerlo, pero lo hice. ¡Es la pura verdad!

Recordaba palabra por palabra lo que vi escrito en aquel cuaderno...

«¿Cómo iba a dejarla en el pozo si sabía que la amaba más que a mi propia alma?»

—¡Amor! —exclamó Meg con desprecio—. ¿Qué sabe él del amor?

—Cuando os conocisteis estuvo a punto de meterte en un pozo porque ése era su deber. ¡Pero no fue capaz de hacerlo, Meg! No fue capaz porque te amaba demasiado. Aunque iba en contra de todo lo que le habían enseñado y de lo que creía, no te metió en el pozo. Y si te dio la infusión fue porque no tenía más remedio. Entre la infusión o el pozo, eligió lo que consideró mejor porque le importas demasiado.

Soltó un silbido de ira y miró el interior del cubo como si fuera a limpiarlo a lametazos.

—Bien, de eso hace mucho tiempo y no hay duda de que tiene una curiosa manera de demostrarlo —dijo—. Quizá ahora entenderá qué es pasarse aquí encerrado medio año. Porque no tengo ninguna prisa y voy a dedicarme una larga temporada a pensar que hago con él. En cuanto a ti, como no eres más que un muchacho, no te echo mucho la culpa. No sabes hacer otra cosa porque es lo que él te ha enseñado. Es una vida difícil, un oficio muy duro.

»Voy a soltarte. Pero... tú no dejarás las cosas como están, ¿verdad? Porque tú estás hecho de esa manera; te han educado así. Buscarás ayuda. Querrás salvarlo. Y claro... la gente de por ahí me tiene en muy poca estima. Quizá en otro tiempo les di motivos, pero casi todos se merecían lo que les cayó en suerte. De modo que vendrían en masa a por mí y serían demasiados para que pudiera defenderme. Si te soltara, para mí sería el final. Pero te prometo una cosa: no te entregaré a mi hermana. No te mereces tanto.

Y acompañó las palabras de un gesto con el que quiso decir que me metiera dentro de nuevo y acto seguido volvió a cerrar la puerta con llave.

—Te traeré algo para que te lo comas más tarde —me anunció a través de los barrotes—. Para entonces quizá haya decidido qué hago contigo.

Tardó horas en volver y durante ese tiempo tuve ocasión de pensar y hacer planes.

Al final, tras escuchar con atención, oí que Meg bajaba la escalera. Ya debía de estar haciéndose de noche, y supuse que me traía la cena. Esperaba que no fuese la última. Asimismo oí el chasquido que se produjo al abrirse la reja y me concentré profundamente para calcular el tiempo transcurrido entre el segundo chasquido al cerrarse y la reanudación del taconeo de sus zapatos puntiagudos.

Había urdido dos planes. Pero como el segundo estaba plagado de riesgos, confiaba en que funcionase el primero.

Atisbé la luz de una vela a través de los barrotes y Meg dejó algo en el suelo, fuera de mi celda, y abrió la puerta. Era una bandeja con dos cuencos de sopa humeante y dos cucharas.

—Se me ha ocurrido una idea, Meg —dije intentando llevar a la práctica el primer plan, cuya finalidad era allanar su voluntad con un razonamiento—. Una idea que podría simplificar mucho las cosas para los dos. ¿Por qué no permites que haga yo el trabajo de la casa? Podría encargarme de encender las chimeneas y acarrear el agua; sería de gran ayuda. Por otra parte, ¿qué harás cuando Shanks traiga los víveres? Si abres tú la puerta, sabrá que estás libre; en cambio, si abro yo, jamás se enterará. Y si viene alguien para un asunto relacionado con el trabajo del Espectro, puedo decir que él está enfermo. Si dejas que yo abra la puerta, pasará mucho tiempo antes de que sepan que estás en libertad. Entre tanto tendrás tiempo de sobra para decidir qué hacer con el señor Gregory.

—Coge tu sopa, muchacho —me ordenó.

Me incliné, cogí el cuenco de la bandeja y una de las dos cucharas. Al enderezarme, me indicó que retrocediera y se dispuso a cerrar de nuevo la puerta.

—El intento es bueno, chico, pero ¿cuánto tiempo tardarías en aprovechar las circunstancias y tratar de liberar a tu maestro? Supongo que no mucho.

Y cerró la puerta con llave. Mi primer plan había fracasado, así que no me quedaba más remedio que probar el segundo. Dejé el cuenco de sopa en el suelo y saqué la llave del bolsillo. En ese momento ella abría la celda del Espectro. Aguardé, quise aprovechar la oportunidad y esperar contra toda esperanza.

¡Yo tenía razón! Había ido directa a la celda del Espectro. Supuse que mi maestro debía de estar demasiado débil o quizá demasiado aturdido para levantarse y acercarse a la puerta. Tal vez incluso le daría ella misma la sopa a cucharadas. No había tiempo que perder. Abrí con cautela mi celda y salí. Por fortuna, esta vez la puerta no se trabó y se abrió sin ruido.

Yo lo había planeado todo con muchísimo cuidado y sopesado mentalmente los riesgos. Una opción era ir derecho a la celda del Espectro y tratar de negociar con Meg. En circunstancias normales, mi maestro y yo, juntos, habríamos sido dignos parlamentarios en la cuestión, pero me temía que él estaría tan débil que no sería de gran ayuda. Y por otra parte, yo no tenía nada con que luchar contra ella: ni el cayado

de serbal ni la cadena.

Decidí, pues, escapar e ir a buscar la cadena de plata que guardaba en la bolsa que tenía en el despacho y tratar de sujetar a Meg con ella. Para conseguirlo, contaba con dos cosas: una era que la lamia salvaje no escaparía escalera arriba ni se abalanzaría sobre mí antes de que yo hubiera cruzado la reja de hierro; la segunda, que Meg no había cerrado la reja con llave tras ella. Para deducir eso me había concentrado muy intensamente y había oído el golpe de la reja y el taconeo casi inmediato al bajar la escalera, por lo tanto no le había dado tiempo a cerrar con llave. O eso creía yo.

Subí primero de puntillas, de escalón en escalón, sin dejar de mirar hacia atrás tanto hacia la celda, por si veía salir a Meg, como hacia el recodo de la escalera, por si Marcia iba tras mis pasos. Suponía, de cualquier modo, que estaría saciada después de la comida de la mañana, o que no saldría de la bodega mientras su hermana rondase por los alrededores. Tal vez le tenía miedo, pues era evidente que había escapado hacia abajo cuando Meg se lo había ordenado.

Llegué por fin a la reja y me agarré al frío hierro. ¿Estaría cerrada con llave? Por fortuna, cedió y la abrí de par en par procurando moverla con la máxima suavidad posible. Pero el Espectro sabía lo que se hacía cuando la instaló, porque el golpe contra los escalones resonó en toda la casa, que reverberó como una campana.

Meg, con los brazos levantados y los dedos abiertos como zarpas, salió corriendo de la celda del Espectro y subió en un vuelo tras de mí. Por un instante me quedé helado. Era increíble la rapidez con que se movía. Un par de segundos más y estaría perdido, pero yo también iba muy deprisa. A todo correr y sin mirar atrás fui hasta arriba de todo de la escalera y, a través de la casa, hasta la cocina, consciente de que la bruja me pisaba los talones; oía sus pasos detrás de mí y esperaba sentir sus uñas hundiéndose en mi carne en el momento más impensado. No quedaba tiempo para ir al despacho a por mi bolsa; además, me habría sido imposible abrirla y sacar la cadena de plata. Junto a la puerta trasera encontré la capa, el chaleco y el cayado, y me dio tiempo de abrir la puerta cerrada con llave y salir al encuentro del frío glacial del exterior.

Estaba en lo cierto: anochecía, pero todavía había luz suficiente para distinguir las cosas. Seguí mirando hacia atrás y comprobé que no me perseguía nadie. Me lancé por la ladera de la pendiente todo lo rápido que me fue posible, pero era empresa difícil porque la nieve empezaba a helarse bajo mis pies y era muy abundante.

Al llegar al pie de la ladera, me detuve y volví la vista atrás. Meg no me había seguido. El frío era atroz y soplaba viento del norte, por lo que me puse el chaleco de piel de oveja y me envolví en la capa hasta arriba. Me detuve de nuevo y reflexioné. Mi aliento formó una nube de vapor en el aire helado.

Me sentí cobarde por haber dejado al Espectro a merced de Meg. Tendría que compensar lo que había hecho de alguna manera; debería rescatarlo y librarlo de las garras de la bruja. Pero para eso necesitaba ayuda y ésta estaba cerca: en Adlington vivía y trabajaba el hermano del Espectro, Andrew, que ya me había ayudado en

Priestown. Precisamente era el herrero que había hecho aquella llave para mi maestro con la que se abría la Puerta de Plata tras la cual estaba prisionera la Pesadilla. Hacer una llave para la reja de hierro con la que se pudiera acceder a la celda del Espectro tenía que ser mucho más fácil. Y eso era exactamente lo que a mí me hacía falta.

Así que tendría que regresar a la casa de invierno, atravesar la reja y liberar al Espectro, algo más fácil de decir que de hacer. Una lamia salvaje andaba suelta... por no hablar, además, de Meg.

Procurando no pensar demasiado en las dificultades que me esperaban, eché a andar a través de la nieve en dirección a Adlington. Todo el camino era cuesta abajo... Pero no tardaría en tener que volver sobre mis pasos.

Bloqueado por la nieve

Las calles empedradas de Adlington estaban enterradas bajo un palmo o más de nieve, y a la luz del anochecer unos niños se divertían haciendo bolas con ella y arrojándoselas, o deslizándose por la blanca superficie sin dejar de reír, gritar y chillar. Pero había gente menos feliz: un par de mujeres, abrigadas con sus mantones, pasaron por mi lado caminando inquietas por el pavimento cubierto de nieve, con las cabezas gachas y los ojos fijos en los pies; llevaban las cestas vacías y se encaminaban hacia el callejón Babylon para hacer las compras de último momento. Seguí su misma dirección hasta llegar a la tienda de Andrew.

Tan pronto como levanté el pestillo de la puerta y la abrí, sonó una campana. La tienda estaba vacía, pero alguien se acercaba desde la trastienda. Era el inconfundible el taconeo de unos zapatos puntiagudos y, muy sorprendido, vi aparecer a Alice detrás del mostrador sonriendo abiertamente.

—Me alegro de verte, Tom. Ya me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías en encontrarme...

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin salir de mi asombro.

—¡Trabajo para Andrew, por supuesto! Me ha facilitado trabajo y alojamiento. Yo me ocupo de la tienda y así él tiene más tiempo para trabajar en el taller. Preparo casi toda la comida y hago la limpieza, además. Andrew es un buen hombre.

Me quedé callado un momento y Alice, que debió de detectar mi expresión de tristeza, dejó de sonreír y preguntó, preocupada:

—¿Tu padre...?

—Cuando llegué, mi padre había fallecido. Llegué tarde, Alice.

No pude decir nada más porque se me quebró la voz. Pero al momento ella se me acercó y, poniéndome una mano en el hombro, exclamó:

—¡Oh, Tom, lo siento mucho! Entra y te calentarás junto al fuego.

La sala de estar era acogedora. Había un sofá, dos confortables butacas y un fuego generoso en la chimenea.

—Me encanta tener un buen fuego —dijo Alice, feliz—. Andrew economiza más carbón que yo, pero ha salido para un encargo y no volverá hasta tarde. Ojos que no ven...

Dejé el cayado apoyado en un rincón antes de acomodarme en el sofá, colocado enfrente de la chimenea, y Alice, en vez de sentarse conmigo, se arrodilló de lado junto al fuego, a mi derecha.

—¿Por qué te fuiste de casa de los Hurst? —le pregunté.

—Fue necesario —repuso ella frunciendo el entrecejo—. Morgan seguía

importunándome y porfiando para que lo ayudase, aunque sin decirme de qué manera. Estaba resentido y tenía una especie de plan para volver junto al viejo Gregory.

Supuse de qué hablaba, pero decidí no decirle nada. Por algo había prometido a Morgan que no le contaría a nadie sus planes. Era un nigromántico que se servía de los espíritus para enterarse de cosas, por lo tanto no debía aprovechar aquella oportunidad ni explicárselo a Alice porque él podría descubrirlo y volvería a hacer sufrir a mi padre.

—No me dejaba en paz —prosiguió Alice—. Por eso me marché; ya no soportaba su presencia ni un minuto más. Entonces pensé en Andrew. Pero no quiero hablar más de mí, Tom. Te repito que siento mucho lo de tu padre. ¿Quieres que hablemos de él?

—Fue muy duro, Alice. Me perdí incluso el entierro. Además, mi madre se ha ido y nadie sabe dónde está. Tal vez haya decidido regresar a su tierra y ya no volveré a verla nunca más. Me siento tan solo...

—He estado sola casi toda mi vida, Tom. Sé qué es eso. Por lo menos, nosotros tenemos el uno al otro, ¿verdad? —me preguntó al tiempo que me cogía la mano—. Nosotros dos estaremos juntos siempre. Ni siquiera el viejo Gregory podrá impedirlo.

—El Espectro no está en condiciones de impedir nada en estos momentos. A mi regreso comprobé que habían cambiado las tornas: quien está encerrado ahora es él. Necesito que Andrew me fabrique una llave para sacarlo de la celda. Tienes que ayudarme. Tú y Andrew sois las únicas personas a quienes puedo dirigirme.

—Por fin le han dado lo que le corresponde —sentenció Alice con cierta ironía, y apartó su mano de la mía—. Ahora tendrá que tomar una buena dosis de su medicina.

—No puedo dejarlo allí encerrado. ¿Y qué pasará con la otra bruja? Me refiero a la hermana de Meg, la lamia salvaje. Ha salido del pozo y anda libremente por la escalera que conduce a la reja. ¿Y si sale de la casa? Podría llegar hasta aquí, al pueblo, y nadie estaría a salvo, con tantos niños como hay...

—Pero ¿qué me dices de Meg? La cosa no es tan sencilla como eso. No se merece que la metan en un pozo ni tampoco pasarse el resto de la vida tomando aquella infusión. En cualquier caso, hay que poner fin a esta situación.

—¿O sea que no me vas a ayudar?

—No he dicho eso, Tom. Tengo que pensarlo, eso es todo.

Poco después de que hubiese anochecido, regresó Andrew. Yo lo estaba esperando en la tienda cuando llegó.

—¿Qué hay, Tom? —me saludó mientras se sacudía la nieve de las botas y se frotaba las manos para hacer circular la sangre—. ¿Qué quiere ahora ese hermano mío?

Andrew tenía pinta de espantapájaros bien vestido, desgarrado y torpón, pero era un hombre amable y de trato agradable, muy eficiente en su trabajo.

—Vuelve a tener problemas, Andrew. Necesito que me hagas una llave para sacarlo de apuros. Y es muy urgente.

—¿Una llave? ¿Para qué?

—Para abrir la reja de la escalera que lleva a la bodega de su casa. Meg lo tiene prisionero ahí.

—No me sorprende. —Andrew movió la cabeza y chasqueó la lengua, preocupado—. Tenía que ocurrir un día u otro, pero lo que sí me sorprende es que haya tardado tanto en suceder. Siempre he pensado que Meg acabaría prevaleciendo sobre él. Mi hermano ha sentido debilidad por ella toda la vida, pero seguramente en esta ocasión ha bajado la guardia.

—Bien, pero ¿quieres ayudarlo o no?

—¡Claro que sí! Es mi hermano, ¿verdad? Pero he estado todo el día pasando frío y, como no me caliente los huesos y no me llene el estómago, no valdré para nada. Cuéntamelo todo mientras comemos.

No había tenido ocasión de valorar el arte culinario de Alice, salvo algún que otro conejo asado a la brasa al aire libre pero, a juzgar por el apetitoso aroma del guisado que salía de la cocina, no quería perderme el banquete. Y no me decepcionó.

—Está riquísimo, Alice —dije mientras saboreaba el manjar.

—Mejor que aquella porquería que me diste en Anglezarke, ¿no es verdad? —comentó ella.

Nos reímos mientras comíamos en silencio y no dejamos ni una triste migaja.

Andrew fue el primero en hablar y me comentó:

—No dispongo de ninguna llave para esa reja. Tanto la cerradura como la llave fueron hechas por un cerrajero de Blackrod hace cuarenta años o más, pero ese hombre murió. Tenía fama de ser muy habilidoso, lo que significa que nos encontramos ante un mecanismo muy complejo. Tendré que acercarme a la casa y echarle un vistazo. Lo más sencillo para mí sería desmontar la cerradura y que tú franquearas la reja.

—¿Podríamos ir esta noche? —pregunté.

—Cuanto antes, mejor. Pero me gustaría saber contra qué luchamos. ¿Dónde es probable que se encuentre Meg?

—Generalmente duerme en una mecedora junto al fuego de la cocina. Pero aunque consigamos que no nos vea y atravesemos la reja, todavía existe otro problema...

Entonces le conté que la lamia salvaje andaba suelta por la bodega. Volvió a hacer un gesto con la cabeza, como dando a entender que le parecía increíble que las cosas pintaran tan mal.

—¿Cómo te enfrentarás a ella? ¿Te servirás de la cadena de plata?

—No la tengo —le respondí—. La guardo en mi bolsa que, probablemente, sigue

en su sitio habitual, o sea en el despacho del Espectro. Pero dispongo del cayado; es de madera de serbal y, con un poco de suerte, conseguiré mantener a raya a Marcia.

Andrew no parecía muy convencido.

—No veo que sea un buen plan, Tom. Es muy peligroso. ¿Cómo voy a desmontar una cerradura mientras tú te peleas con dos brujas? Pero existe otra solución: podemos conseguir que nos acompañen una docena de hombres del pueblo y someter a Meg de una vez por todas.

—¡No! —exclamó Alice con firmeza—. No es buena solución. ¡Es demasiado cruel!

Supuse que recordaba el día en que una multitud procedente de Chipenden atacó la casa donde ella vivía con su tía, Lizzie *la Huesuda*. Alice y su tía se habían oído el ataque y tuvieron el tiempo justo de escapar, pero la gente lo incendió todo y ellas perdieron cuanto poseían.

—Estoy seguro de que al señor Gregory no le gustaría esta solución —afirmé.

—Tienes razón —aceptó Andrew—. Aunque sería el procedimiento más seguro, seguramente John no me lo perdonaría. Bien, parece que debemos recurrir al primer plan.

—Hay una cuestión en la que no habéis pensado —apuntó Alice—: Una bruja como Meg no es capaz de olerte a distancia, Tom, porque eres un séptimo hijo de un séptimo hijo. Y en mi caso ocurre lo mismo... suponiendo que yo te acompañe. Pero en el caso de Andrew es diferente, porque en cuanto se acerque a la casa, ella lo olerá y se preparará.

—Pero si está durmiendo, seguramente nos saldríamos con la nuestra —dije, a pesar de que no confiaba demasiado en mis palabras.

—Aunque duerma, no deja de ser un riesgo —insistió Alice—. Tenemos que ir tú y yo solos, Tom. A lo mejor damos con la llave y no es necesario desmontar la cerradura. ¿Dónde la guarda el Espectro?

—Normalmente, en lo alto de la biblioteca, pero ahora debe de seguir teniéndola Meg.

—Bien, en caso de que no esté ahí, cogeremos tu bolsa del despacho y ataremos a Meg con la cadena de plata para quitársela. En cualquier caso, no tendremos necesidad de ti, Andrew. Tom y yo lo conseguiremos.

—En eso estoy de acuerdo —comentó Andrew—. Prefiero quedarme a distancia de esa casa y su bodega. Pero lo que no puedo permitir es que lo hagáis todo vosotros sin contar con un apoyo. Lo mejor será que os deje llevar la delantera y que yo os siga después. Si no estáis en la puerta dentro de media hora, volveré a Adlington y buscaré a una docena de hombres fornidos. John tendrá que arrostrar las consecuencias de los hechos.

—De acuerdo —dije, y dirigiéndome a Alice, añadí—: Cuanto más pienso en ello, más creo que entrar en la casa por la puerta trasera es muy arriesgado. Como he dicho, Meg duerme por la noche en la cocina, sentada en una silla junto al fuego, de

modo que es probable que nos oiga y, además, tendríamos que pasar junto a ella para ir al despacho. Quizá entrar por la puerta principal sería un poco más seguro, pero sigue existiendo el riesgo de despertarla. Mira, hay un procedimiento mejor: podríamos entrar por una de las ventanas del dormitorio de atrás; la más adecuada está a ras de tierra, debajo mismo del desván, donde el peñasco queda muy próximo al alféizar. Y como la mayoría de pestillos de las ventanas están rotos u oxidados, creo que podría saltar, forzarla y entrar.

—Eso es una locura —opinó Andrew—. Conozco esa habitación y he visto el espacio que hay entre la roca y el alféizar. Es muy ancho. Además, si te preocupa el ruido que harías al hacer girar una llave en la cerradura de la puerta trasera, imagínate el que ibas a hacer al forzar la ventana.

Alice me miró con sonrisa burlona, como si acabase de decir una verdadera tontería, pero al momento le borré la sonrisita de la cara.

—Meg no nos oiría si, justo en el mismo momento, alguien llamase con fuertes golpes en la ventana... —sugerí.

Vi que Andrew se había quedado con la boca abierta como si lo que yo acababa de proponer fuera abriéndose paso lentamente en sus entendederas.

—No... —balbuceó—, no irás a decir que...

—¿Por qué no, Andrew? Después de todo, tú eres el hermano del señor Gregory. Tienes motivos de sobra para visitar la casa.

—Sí... para acabar encerrado con él en la bodega.

—No lo creo. Estoy convencido de que Meg ni siquiera responderá a la llamada. No le interesa que la gente del pueblo sepa que está en libertad, ya que acudirían en tropel. Tú podrías llamar cuatro o cinco veces a la puerta y marcharte después, lo que me daría tiempo suficiente para colarme por la ventana.

—Sí, podría dar resultado —afirmó Alice.

Andrew empujó a un lado el plato y se quedó largo rato sin hablar.

—Todavía queda algo que me preocupa —dijo finalmente—. Estoy hablando del espacio entre la peña y el alféizar de la ventana. No creo que consigas salvarlo. Además, debe de ser resbaladizo.

—Vale la pena intentarlo —apremié— y, si no lo logro, podríamos volver más tarde y arriesgarnos a entrar por la puerta trasera.

—Las cosas serían más fáciles si usásemos un tablero —opinó Andrew—. Tengo uno que podría servir para el caso. Alice debería sujetarlo en el borde de la roca con el pie mientras tú te arrastras por él. No es fácil, pero dispongo de una pequeña palanca que podría ser de utilidad.

—Vale la pena intentarlo —repetí tratando de parecer más valiente de lo que me sentía en realidad.

Nos pusimos de acuerdo, pues, y Alice parecía decidida a colaborar. Andrew fue a buscar el tablón al patio pero, cuando abrimos la puerta de la casa para ponernos en camino, nos sorprendió una fuerte ventisca.

—Sería una locura salir ahora —dijo Andrew—. Esa ventisca vale lo que un Golgoth porque se forman tales corrientes de aire que arrastra la nieve y sería peligroso aventurarse en el páramo. Os podríais extraviar y morir congelados. Será mejor esperar a mañana por la mañana. No te preocupes, chico —me consoló dándome una palmada en el hombro—, ese hermano mío sobrevive a lo que sea, como sabemos todos. De otro modo, no habría durado lo que ha durado.

En el piso de arriba de la tienda no había más que dos dormitorios, uno para Andrew y otro para Alice. Así pues, tuve que dormir en el sofá de la sala de estar, envuelto en una manta. Cuando se apagó el fuego de la chimenea, la habitación se enfrió y la temperatura se hizo glacial. Tanto fue así que perdí la cuenta de las veces que me desperté durante la noche, hasta que por fin la luz del alba aleteó detrás de las cortinas, por lo que decidí levantarme.

Bostecé, me desperecé y estuve paseando arriba y abajo de la habitación para desentumecer las articulaciones. En aquel momento oí un ruido en la parte delantera de la casa, como si alguien hubiese dado tres golpes en la ventana de la tienda.

La estancia estaba inundada de luz debido al reflejo de la nieve que por la noche se había acumulado en gran cantidad y amontonado hasta los bajos de la ventana. Y precisamente en ella, apoyado en el cristal, había un sobre negro, colocado de tal manera que me permitió leer lo que tenía escrito: iba dirigido a mi nombre. No podía ser de nadie más que de Morgan.

Por una parte deseaba dejarlo donde estaba, pero por otra me dije a mí mismo que pronto las calles se llenarían de gente y los que pasasen por delante de la casa verían el sobre; incluso podrían cogerlo y leerlo. Pero yo no quería que ningún desconocido se enterara de mis asuntos.

Se había acumulado tanta nieve en la puerta de la casa que me fue imposible abrirla, de modo que tuve que salir por la puerta de atrás, abrir la verja del patio y dar un rodeo. Cuando ya me preparaba para zambullirme en el montón de nieve, observé una cosa extraña: no se veían huellas de pasos en ella, delante de mí había un gran montículo sin marca alguna en la superficie. Así pues, ¿cómo había podido llegar la carta hasta allí?

Me hice con ella y comprobé que había dejado abierta una profunda zanja en la nieve. Rodeé de nuevo la casa para entrar por detrás, pasé a la cocina, rasgué el sobre y leí la carta:

Estaré en el cementerio de la iglesia de St. George, al oeste del pueblo. Si deseas lo mejor para tu padre y para tu maestro, no me hagas esperar, ni me obligues a que vaya yo a tu encuentro. Porque no te va a gustar.

Morgan G.

En la anterior carta de Morgan no había reparado en la firma, pero ahora me llamó la atención. ¿Se habría cambiado el nombre? La inicial de su apellido habría debido ser H, ya que se llamaba Hurst.

Desconcertado, doblé la carta y me la guardé en el bolsillo. Dudé en despertar a Alice y enseñársela. Quizá me acompañaría. Pero la última persona a quien ella querría ver ahora sería a Morgan, ya que ella le dijo que abandonaba Paisaje del Páramo porque no lo soportaba ni un minuto más. Además, era consciente de que no podía decírselo aunque quisiera, porque yo tenía miedo de Morgan y de lo que le pudiera hacer a mi padre. Hablando con sinceridad, también tenía miedo de lo que pudiera hacerme a mí, pues alguien con tanto poder como él era muy peligroso y había que procurar no desobedecerlo. Así que me cubrí con la capa, cogí el cayado y salí, camino del cementerio.

Era una vieja iglesia que quedaba casi escondida por los viejos tejos agrupados en torno a ella. Algunas lápidas indicaban las tumbas de personas de la localidad que habían muerto hacía siglos. A lo lejos vislumbré a Morgan, cuya silueta se recortaba contra el cielo gris; se apoyaba en su cayado y la capucha le cubría la cabeza para protegerle del frío. Se hallaba en la parte más nueva del cementerio, donde estaban enterrados aquellos que habían muerto en época relativamente reciente.

Al principio no me prestó atención, pues permanecía de pie ante una sepultura con la cabeza inclinada y mantenía los ojos cerrados, como si estuviera rezando. Lleno de curiosidad, miré en la misma dirección que él y comprobé que, si bien el cementerio en general había quedado cubierto por varios centímetros, o quizá palmos, de nieve a causa del viento de la pasada noche, aquella tumba, en cambio, estaba completamente limpia. Era un rectángulo de suelo desnudo, como si acabasen de barrerla. Miré alrededor, pero no vi ninguna pala ni otra herramienta que sirviera para retirar nieve.

—Lee la inscripción de la lápida —me ordenó Morgan mirándome por vez primera.

Hice lo que me pedía. En aquella tumba había cuatro cadáveres enterrados, hacinados uno sobre otro según costumbre del condado a fin de ahorrar espacio en el cementerio y asegurar que los miembros de una misma familia estuviesen juntos después de muertos. Allí reposaban tres niños y el último cadáver enterrado era la madre. Los niños habían muerto hacía cincuenta años o más, a los dos, uno y tres años respectivamente. La madre, sin embargo, había muerto hacía muy poco y se llamaba Emily Burns, la mujer con la que el Espectro había mantenido relaciones. Se la había quitado a uno de sus hermanos, el padre Gregory.

—Tuvo una vida muy dura —comentó Morgan—. Vivió casi siempre en Blackrod, pero cuando vio que se encontraba a las puertas de la muerte, regresó aquí para pasar en compañía de su hermana los últimos meses que le quedaban de vida. La pérdida de tres hijos le partió el alma y ni siquiera con el transcurso de los años llegó a recuperarse del todo. No obstante, le vivieron otros cuatro hijos: dos de ellos

trabajan en Horwich y han formado familia; el mayor abandonó el condado hace diez años y no he vuelto a saber de él desde entonces; yo fui el séptimo y último...

Pasó un momento antes de que todo encajara. Recordé lo que le había dicho el Espectro en el dormitorio de casa de los Hurst:

«Me preocupé por ti y por tu madre, a quien amé hace tiempo, como bien sabes...».

También recordé que Morgan había firmado con la inicial G la carta que me había dirigido.

—Sí... así fue —prosiguió él—, poco después de nacer yo, mi padre abandonó la casa familiar por última vez. Jamás llegó a casarse con mi madre; jamás nos dio su nombre, pero yo, pese a todo, lo adopté. —Lo miré estupefacto y él añadió con expresión siniestra—: Sí... Emily Burns era mi verdadera madre y yo soy hijo de John Gregory. Pero nos abandonó. Abandono a sus hijos. No es propio de un padre, ¿verdad? —Mientras hablaba mantenía la mirada perdida en la distancia.

Aunque yo quería defender al Espectro, no sabía qué decir. Opté, pues, por callarme.

—Por lo menos nos atendió en el aspecto financiero. Eso se lo concedo. Al principio salimos adelante, pero después mi madre sufrió un descalabro del que no pudo recuperarse, y cada hijo fue a parar a una familia diferente. Yo saqué la paja más corta y me tocó ir a casa de los Hurst pero, cuando tenía diecisiete años, mi padre vino a buscarme y me nombró su aprendiz.

»Durante un tiempo me sentí feliz. Hacía tanto tiempo que deseaba un padre que, ahora que por fin lo tenía, no quería más que complacerlo. Al principio hice muchos esfuerzos, pero supongo que me era imposible olvidar lo que le había hecho a mi madre y gradualmente lo calé. Al cabo de tres años, comprobé que se repetía y que yo ya conocía en todo momento su forma de actuar; estaba convencido de que lo superaría y sería más fuerte que él. Por algo soy el séptimo hijo de un séptimo hijo de un séptimo hijo. Tres veces siete.

Percibí el matiz de arrogancia en su voz y me molestó.

—¿Por eso no escribiste tu nombre en la pared del dormitorio de Chipenden como los demás aprendices? —le solté a bocajarro—. ¿Es porque te crees mejor que nosotros? ¿Mejor incluso que el Espectro?

—No voy a negarlo —contestó, presuntuoso—. Si me marché fue para seguir mi camino. Soy autodidacta, pero sigo aprendiendo. Y puedo hacer cosas que el viejo no ha soñado siquiera. Cosas que teme intentar. ¡Piénsalo! Un conocimiento y un poder como el mío... y la seguridad de que tu padre descansa en paz. Eso es lo que te ofrezco a cambio de un poco de ayuda...

Me sorprendía todo lo que Morgan me había contado. Si era verdad, dejaba al Espectro en muy mal lugar. Yo sabía que había abandonado a Emily Burns para irse con Meg, pero acababa de descubrir, además, que era el padre de Morgan, que había tenido siete hijos con Emily y que los había abandonado. Todo eso me hería

profundamente porque me recordaba a mi padre, que había permanecido junto a su familia y trabajado de firme toda la vida para mantenerla, y que, en cambio, ahora podría sufrir tormentos por culpa de Morgan. Eso me sulfuraba e indignaba. Me pareció como si el cementerio se tambalease y se elevase hasta el cielo y poco faltó para caerme.

—Y bien, mi joven aprendiz, ¿me lo has traído? —Seguramente la expresión de mi rostro fue de asombro—. Estoy hablando del libro de magia, claro. Te dije que me lo trajeses. Esperaba que me obedecieras, ya que de lo contrario tu pobre padre tendrá que sufrir las consecuencias.

—No me ha sido posible conseguirlo. El señor Gregory está constantemente ojo avizor —repuse, y bajé la cabeza.

Por supuesto que no pensaba decirle que mi maestro estaba en manos de Meg. Si se enteraba de que había dejado el campo libre, quizá decidiría procurarse él mismo el libro de magia. Aunque mi maestro tuviera terribles y oscuros secretos, yo seguía siendo su aprendiz y lo respetaba. Necesitaba más tiempo, tiempo para liberarlo y contarle la historia de Morgan. Si habíamos derrotado juntos al lanzador de piedras, también podríamos, juntos, pararle los pies a este individuo.

—Necesito más tiempo —solté—. Soy capaz de hacerlo, pero ha de presentarse la oportunidad.

—Pues no esperes demasiado. Tráeme el libro el próximo martes por la noche después de la puesta del sol. ¿Recuerdas la capilla del cementerio?

Asentí con la cabeza.

—Pues allí te esperaré.

—No creo poder conseguirlo tan aprisa...

—¡Procura encontrar la manera! —me espetó—. Y hazlo sin que Gregory se dé cuenta de su desaparición.

—¿Qué harás con él?

—Cuando me lo traigas, lo descubrirás, ¿entendido? ¡No me dejes en la estacada! Y por si vacilas, piensa en tu pobre padre y en lo que se le vendría encima...

Sabía lo cruel que podía ser Morgan, pues había visto que era capaz de hacer llorar al pobre señor Hurst. Y Alice me había contado que llevó a rastras al viejo a su habitación y lo encerró con llave. Si podía hacer daño a mi padre, se lo haría, de eso no me cabía la menor duda.

Y mientras yo me quedaba quieto temblando, oí una vez más en mi mente la voz angustiada de mi padre, al mismo tiempo que a mi alrededor el aire se estremecía:

—*Te ruego por favor, hijo mío, que hagas lo que te dice o sufriré tormentos por toda la eternidad. Por favor, hijo, consigue lo que él te ha pedido.*

Mientras la voz iba extinguiéndose, Morgan seguía sonriendo con aire torvo.

—Bien, ya has oído lo que te ha dicho tu padre. Conviene que seas un hijo obediente...

Y manteniendo la misma sonrisa torva, dio media vuelta y abandonó el

cementerio.

Era consciente de que no era una buena acción robar el libro de magia de mi maestro para dárselo a ese hombre pero, mientras se alejaba, comprendí que no tenía otra alternativa. Además de liberar al Espectro, tenía que hacerme con el libro de la forma que fuera.

En la bodega

Al regresar a casa de Andrew, me encontré a Alice en la cocina preparando el desayuno: jamón y huevos, de delicioso olor.

—Has madrugado mucho esta mañana, Tom —me comentó.

—Como he dormido en el sofá, me dolía todo —mentí—. Necesitaba estirar un poco las piernas.

—Cuando hayas desayunado, te sentirás mejor.

—No puedo comer, Alice. Cuando hay que enfrentarse con lo Oscuro, hay que ayunar.

—¡No creo que te perjudicara mucho tomar unos bocados! —protestó.

No me molesté en discutir porque, aun cuando me tomaba con prevención ciertas teorías que el Espectro me había explicado sobre las artes de la brujería, había algunas que eran como el evangelio para él y, en cambio, motivo de burla para ella. Así que preferí guardar silencio y observé cómo mi amiga y Andrew comían mientras a mí se me hacía la boca agua.

Después del desayuno nos dirigimos hacia la casa del Espectro. No era más allá de media mañana, pero oscurecía por momentos porque el cielo estaba cargado de nubarrones. Daba la impresión de que la nevada era inminente.

Dejamos a Andrew al pie de la garganta donde esperaría diez minutos para darnos tiempo a subir hasta el páramo, situado más arriba de la casa. Más tarde, en cuanto hubiera llamado a la puerta, se retiraría y observaría a distancia hasta que nosotros apareciéramos y le indicáramos que todo iba bien.

—Buena suerte, pero no me tengáis aguardando demasiado rato —nos pidió—, o moriré congelado.

Le dije adiós con la mano y, cargado con la tabla y el cayado, además de la pequeña palanca que llevaba metida en el bolsillo interior del chaleco, emprendí la ascensión por la ladera del páramo. Mientras avanzábamos con dificultad —yo delante y Alice pisándome los talones— notábamos crujir la nieve, que ya estaba congelándose bajo nuestros pies, y me inquieté al pensar en el descenso hasta la casa porque el suelo estaría resbaladizo y sería peligroso pisarlo.

No tardamos en enfilear una vereda que descendía por la garganta. Dicha vereda se transformaba después en un saliente y dejaba el peñasco a nuestra izquierda y una abrupta pendiente a la derecha.

—¡Vigila donde pones los pies, Alice! —la avisé.

El descenso era largo, y si hubiéramos dado un resbalón, habría hecho falta una pala para sacarnos.

Un momento después avistamos la casa y nos detuvimos. Tal como habíamos acordado, esperaríamos hasta que oyéramos a Andrew acercarse a la fachada de la casa.

Al cabo de unos cinco minutos, oímos unas pisadas que hacían crujir la nieve helada, aunque todavía sonaban a distancia. Allí abajo un Andrew nerviosísimo estaría rodeando la casa por un lado y luego se acercaría a la puerta de atrás. Sin pérdida de tiempo, nos pusimos en marcha y nos aproximamos a la parte trasera de la casa. Así que nos situamos frente a la ventana por la que debíamos entrar, me arrodillé e intenté afianzar la tabla. Conseguí en el primer intento apoyar su extremo opuesto en el alféizar, aunque me inquietó comprobar que no era tan ancha como yo creía y temí resbalar al arrastrarme por ella; si eso sucedía, daría con mis huesos en el patio de abajo. Era importante, pues, que Alice la tuviera sujeta en el reborde del peñasco.

—Mantenla firme con el pie —le dije con un hilo de voz, y se la señalé.

Alice hizo lo que le pedía. Yo suponía que de ese modo impediríamos que se moviera. Tras darle el cayado a Alice, me arrodillé sobre la tabla y me dispuse a arrastrarme por ella. No había mucha distancia, pero estaba tan nervioso que al principio mis miembros se negaron a obedecerme. Había divisado el largo trecho que mediaba entre la tabla y las losas de abajo, cubiertas de nieve. Por fin me decidí a ponerme en movimiento y procuré al mismo tiempo no mirar hacia abajo para no ver el profundo hueco. No tardé en situarme de rodillas junto al alféizar de la ventana. Entonces saqué de un tirón la palanca que llevaba en el bolsillo del chaleco y la introduje en la parte inferior del marco de la ventana. Justo en aquel momento Andrew llamó con gran escándalo a la puerta trasera, prácticamente debajo mismo de donde yo estaba.

Tres sonoros golpes retumbaron en la garganta, y a cada golpe yo intenté levantar la ventana de guillotina para que los ruidos coincidieran. En cambio, en las pausas me quedé totalmente inmóvil.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Volví a forzar la ventana, aunque sin resultado alguno, y me pregunté cuántas veces debería llamar Andrew antes de que lo traicionaran los nervios. Quizá el pestillo fuera más fuerte de lo que yo suponía. ¿Cuántas oportunidades tendríamos? ¿Respondería la bruja a la llamada? De ser así, por nada en el mundo habría querido estar en el pellejo de Andrew.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Esta vez, por fin, me sonrió la suerte: levanté la ventana y, a la que abrí una rendija suficientemente grande, logré subirla con las manos.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!, me llegó el ruido de los golpes desde abajo. De haber mirado hacia allí, habría visto a Andrew, pero me concentré en el alféizar, salté por la ventana, me metí en la habitación y me guardé la palanca en el bolsillo. Alice me tendió el cayado y luego pasó por la tabla con mayor rapidez que la que yo había

empleado. Una vez dentro, la retiramos por si Meg se asomaba al patio y la descubría desde abajo, y cerramos la ventana.

Hecho esto, nos sentamos a oscuras en el suelo y escuchamos atentamente. No sonaron más golpes en la puerta, pero tampoco oí que nadie la abriera, por lo que supuse que Andrew habría conseguido retirarse sano y salvo. El ruido que ahora más temía era el de Meg subiendo la escalera. ¿Habría oído, tal vez, el que yo había hecho al forzar la ventana?

Había acordado con Alice que, si conseguíamos entrar sin percances en la casa, aguardaríamos unos quince minutos aproximadamente para hacer el primer movimiento, que consistiría en rescatar mi bolsa del despacho del Espectro. Con la cadena de plata en mi poder, las posibilidades de éxito eran mucho más elevadas.

Pero no la puse al corriente de lo que me había pedido Morgan ni le hablé sobre el libro de magia, porque estaba seguro de que me habría dicho que era una necedad obedecerlo. Era lógico que lo dijera, pero había que tener en cuenta que quien sufría no era su padre; en cambio, la voz del mío no cesaba de lamentarse desde lo Oscuro. Y para mí era insoportable.

Si conseguía rescatar al Espectro y sujetar de alguna manera a Meg, volvería al desván. Era preciso. Aunque fuera traicionar a mi maestro, no podía tolerar que mi padre continuara sufriendo. Así pues, seguimos esperando, escuchando con los nervios a flor de piel, atentos al más leve crujido que se escapara del viejo caserón.

Transcurrido un cuarto de hora, di un ligero golpecito en el hombro a Alice, me puse de pie en silencio, cogí el cayado y me dirigí con toda cautela a la puerta del dormitorio.

No estaba cerrada con llave, por lo que la abrí sin dificultad y salí al rellano. La escalera estaba más oscura aún y abajo nos esperaba un negro pozo todo tinieblas. Bajé lentamente, paso tras paso, deteniéndome a escuchar antes de dar el siguiente. La pauta era ésta: paso, parada y oído atento; paso, parada y oído atento. De pronto la escalera crujió bajo mis pies. Nos quedamos helados y esperamos cinco minutos largos, barruntando la posibilidad de haber despertado a la bruja. Pero cuando los pies de Alice provocaron un segundo crujido al pisar el mismo peldaño, tuvimos que repetir el proceso. Tardamos mucho, pero por fin llegamos a la planta baja.

Un momento después nos encontrábamos en el despacho del Espectro. Allí había más luz y vi enseguida mi bolsa en el mismo rincón donde la había dejado, pero ni rastro de la del Espectro. Saqué la cadena de plata y me la enrollé en la mano y muñeca izquierdas, dispuesto a servirme de ella en el momento que hiciera falta. Cuando practicaba en el jardín de mi maestro, siempre la lanzaba con el brazo izquierdo y nueve veces de cada diez aprisionaba con ella una estaca situada a casi tres metros de distancia. Así pues, enfrentado a Meg o a la lamia salvaje, tenía el éxito bastante garantizado. Otra cosa sería repeler un ataque de las dos a un tiempo,

algo en lo que prefería no pensar.

—Acércate a ver si la llave está en lo alto de la biblioteca —le murmuré a Alice al oído señalándole el sitio exacto.

Quizá Meg había dejado la llave puesta en la cerradura de la reja por la parte exterior, pero recordé que el Espectro me había dicho una vez que era muy rutinaria y colocaba siempre las cosas en su sitio. Hablaba, por supuesto, de enseres y pucheros, de cuchillos y tenedores, pero... ¿habría hecho lo mismo con la llave? Valía la pena comprobarlo.

Así pues, mientras Alice cogía una silla y la arrimaba a la biblioteca, me quedé de guardia junto a la puerta abierta y con la cadena a punto. Encaramada a la silla, tanteé cuidadosamente la parte superior del último estante y, con una inmensa sonrisa, me mostró la llave.

¡Yo había acertado! ¡Teníamos en nuestro poder la llave de la reja!

Sin soltar la cadena, cogí el cayado y, iniciando yo la marcha en dirección a la escalera que conducía a la bodega, salimos del despacho con grandes precauciones. Era posible que Meg estuviera despierta, pero percibí su respiración al pasar por la cocina, aquella especie de silbido que profería al espirar; dormía profundamente, por lo que debíamos aprovechar la racha de buena suerte.

Una opción habría sido atarla mientras descansaba, pero yo necesitaba la cadena de plata para hacer frente a la amenaza de la lamia salvaje que pululaba por la bodega. Así pues, yendo ahora Alice en cabeza, bajamos lentamente la escalera hasta que llegamos a la reja. El momento era peligroso porque, como ya le había comentado, la dichosa reja producía un ruido al abrirse que despertaba ecos en toda la casa. Alice, sin embargo, introdujo la llave en la cerradura con tal cuidado que consiguió hacerla girar sin emitir sonido alguno. Y lo mismo sucedió cuando abrió la reja, que no volvió a cerrar por si había que abandonar la bodega a todo correr.

Allá abajo estaba todo muy oscuro, de modo que le di dos leves palmaditas en el hombro para indicarle que se detuviera. Me guardé de nuevo la cadena en el bolsillo, dejé apoyado con cautela el cayado en la pared y, con ayuda de la caja de yesca, encendí una vela y se la pasé. Reanudamos el descenso y yo volví a seguirla a un paso de distancia, siempre con la cadena y el cayado a punto. La vela suponía un riesgo calculado porque, aunque los escalones bajaban en espiral, podía proyectar algún resplandor en la bodega que alertase a Marcia. Con todo, necesitábamos algo de luz para asistir adecuadamente al Espectro y sacarlo de la bodega. Y como se demostró, fue la decisión acertada...

De repente Alice ahogó un grito, se detuvo repentinamente y señaló hacia abajo. Desde la bodega ascendía una corriente de aire frío que hacía oscilar la llama de la vela y, a la luz del parpadeo, atisbé una forma oscura que avanzaba con rapidez escalera arriba hacia nosotros. Por un instante, al pensar que se trataba de la lamia salvaje, noté que el corazón me saltaba en el pecho, pero me quedé quieto junto a Alice, levanté la mano izquierda y me dispuse a lanzarle la cadena de plata.

Pero, así que cesó la corriente de aire, la llama de la vela se aquietó y comprobé que el rápido movimiento de aquella forma oscura no era más que una visión causada por la oscilación de la llama. No obstante, había algo que sí subía por la escalera arrastrándose con un movimiento tan increíblemente lento que tardaría aún bastante en llegar a la reja.

Se trataba de Bessy Hill, la otra bruja viva encerrada en el pozo próximo a la lamia salvaje. Por los largos y grasientos cabellos grises le pululaban insectos negros y su túnica andrajosa tenía manchas de moho y restos de limo. Aunque se las había arreglado para liberarse de su sepulcro, arrastraba con lentitud el cuerpo por la escalera porque, después de tantos años de supervivencia a base de gusanos, babosas y otras alimañas rastreras y repugnantes, le habían mermado mucho las fuerzas. Por supuesto que la situación habría sido muy diferente si la hubiésemos sorprendido en la oscuridad.

Nos mantuvimos quietos porque si nos agarraba un tobillo, nos sería difícil soltarnos. Como tenía ansia desesperada de sangre, hincaría los dientes en la primera carne que se le pusiese delante y le bastaría muy poca sangre para transformarse al momento en un ser más fuerte y más peligroso. Era temible, pero no quedaba más remedio que sortearla.

Seguí, pues, bajando e hice a Alice gesto de que me siguiera. Dado que los escalones eran anchos, dejaríamos espacio suficiente a la bruja. Me pregunté cómo se las habría apañado para escapar del pozo; tal vez Marcia le había facilitado el camino doblegando los barrotes, o Meg la había liberado. Al pasar por su lado, le eché una rápida ojeada: la teníamos de cara, pero tenía los ojos cerrados con fuerza; abría, en cambio, la boca y la larga lengua morada le colgaba hasta el escalón de piedra como si lamiera algo del suelo. Husmeaba, resollaba, alzaba la cabeza e intentaba levantar la mano, y cuando abrió los ojos, observamos que eran como puntos de fuego que ardían en la oscuridad.

Bajamos rápidamente y la dejamos atrás. Al llegar al rellano de las tres puertas, pasé el cayado a Alice. Lo tomó con una mueca, puesto que no le gustaba tocar madera de serbal. Pero no le hice caso porque ya estaba sacando la llave del bolsillo, y fue cosa de un momento abrir la puerta de la celda donde estaba prisionero el Espectro.

Hasta ese momento había temido que ya no estuviese en ella, porque Meg podía haberlo trasladado a otro sitio o incluso meterlo en un pozo de la bodega. Pero allí estaba, sentado en el camastro con la cabeza entre las manos. Cuando la luz de la vela titiló en el interior de la celda, nos miró, pero su expresión reflejó toda la desorientación que sentía. Después de dar un vistazo a la escalera y escuchar atentamente un momento para cerciorarme de que no subía la lamia, entré en la celda con Alice y ayudamos al Espectro a ponerse de pie. No opuso resistencia cuando lo empujamos hacia la puerta, pero no pareció reconocernos, lo que me hizo suponer que Meg acababa de administrarle una fuerte dosis de la poción.

Me había vuelto a guardar la cadena en el bolsillo, pese a que no era el mejor sitio si nos atacaba Marcia, pero no me quedaba otra alternativa. El avance del Espectro por la escalera era lento, pues las piernas no lo obedecían, de modo que Alice y yo tuvimos que sostenerlo cogiéndolo cada uno de un codo. Yo seguía mirando hacia atrás, pero no me llegaba ningún ruido amenazador procedente de abajo. Cuando llegamos al punto de la escalera donde se hallaba la bruja, la encontramos dormida; mantenía aún los ojos fuertemente cerrados y roncaba con la boca abierta. El ascenso por la escalera la había dejado exhausta.

Enseguida llegamos hasta la reja y, en cuanto la superamos, Alice la cerró con llave con mucho cuidado y sin ruido y yo me la guardé en el bolsillo. Seguimos subiendo hasta la planta baja; cuando pasamos por la cocina, me tranquilicé al escuchar de nuevo la respiración de Meg, ya que me confirmó que dormía. Ahora me correspondía tomar una importante decisión: o ayudaba a Alice a sacar al Espectro de la casa o me metía en la cocina y sujetaba a Meg con la cadena de plata.

En caso de que consiguiera atarla, la pesadilla habría terminado y la casa volvería a estar en nuestras manos. Pero el intento estaba plagado de riesgos porque la bruja podía despertarse de pronto... y nueve veces de cada diez no eran lo mismo que diez de cada diez. Cabía la posibilidad de que yo fallara y había que tener también en cuenta que ella poseía una fuerza increíble. Por otra parte, el Espectro no estaba en condiciones de prestar ayuda y los tres quedaríamos a su merced. Así pues, señalé el camino hacia la puerta de la casa.

Poco después abrí la puerta y ayudé a Alice a sacar al Espectro al exterior. A continuación le cogí la vela y la amparé con el cuerpo para impedir que se apagase.

—Tengo un asunto pendiente en casa —le dije—. No tardaré, pero procura alejar de aquí al señor Gregory. Andrew debe de estar esperando en el fondo de la garganta...

—¡No seas tonto, Tom! —exclamó Alice, preocupada—. ¿Tan importante es lo que tienes que hacer que te obliga a volver a entrar?

—Confía en mí, Alice. Es preciso. Nos veremos en casa de Andrew...

—Tú me ocultas algo. ¿De qué se trata? ¿No te fías de mí?

—¡Vamos, Alice, por favor! Haz lo que te he dicho. Te lo contaré después.

Alice, de mala gana, emprendió el camino pendiente abajo sin soltar el codo del Espectro. Como no volvió la vista atrás, no habría podido asegurar si estaba enojada conmigo o no.

La subida al desván

Una vez dentro, cerré la puerta y me dirigí a la escalera. Sostenía la vela con la mano derecha y el cayado de serbal con la izquierda mientras continuaba guardando la cadena de plata en el bolsillo izquierdo de mi chaleco de piel de oveja. Subí más aprisa que había bajado al entrar en la casa, pero seguía moviéndome con cautela porque no quería despertar a Meg. Tenía, además, otra preocupación: seguramente la llave sería demasiado grande para abrir el escritorio del Espectro. Así que tendría que forzarlo con la palanca y lo más probable es que hiciera ruido.

A medida que subía me sentía cada vez más inquieto, pues aunque Meg dormía, podía despertarse en el momento más impensado. Suponiendo que me persiguiera, yo colocaría de nuevo la tabla en la ventana del dormitorio trasero y escaparía, pero ¿la oiría a tiempo? Alice tenía razón: la decisión de quedarme en la casa era una necesidad. Pese a todo, pensaba en mi padre y eso me obligaba a seguir subiendo.

No tardé en encontrarme ante la puerta del desván. Ya iba a abrirla y entrar cuando percibí un débil sonido, una especie de arañazo...

Lleno de inquietud, acerqué la oreja izquierda a la puerta, preste atención y volví a percibirlo. ¿Qué o quién producía aquel ruido? No tenía más alternativa que ignorarlo y tratar de hacerme con lo que deseaba Morgan. Hice girar el pomo, y entonces, al entrar lentamente en la habitación, me percaté de que debería haber huido con Alice y el Espectro cuando todavía tenía ocasión de hacerlo. Habría debido contarle a mi maestro lo que me había ocurrido con Morgan y seguir sus consejos. Seguro que él sabría cómo ayudar a mi padre.

Todos mis instintos me dijeron que debía echar a correr, como si una voz resonara en mi cabeza gritándome una vez y otra: «¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!». Ya dentro, a punto estuve de salir de nuevo y cerrar la puerta tras de mí, pero aunque la necesidad de hacerlo era poderosa, me las compuse para resistir. Estaba muy oscuro, de modo que levanté la vela para ver mejor, pero una repentina ráfaga de aire frío la apagó.

En el techo distinguí el tenue contorno cuadrado del tragaluz, abierto de par en par, por el que descendía una brisa helada que me dio en el rostro. En el reborde del tragaluz estaban posados seis pajarillos, mudos, como si esperasen pacientemente algún suceso. Debajo de ellos se desplegaba todo el horror de aquella estancia.

El pavimento de madera estaba sembrado de plumas, salpicado de sangre y cubierto de pájaros muertos despedazados. Tenía el mismo aspecto de un gallinero tras la irrupción de un lobo: alas, patas, cabezas y centenares de plumas esparcidas por doquier. También volaban plumas por el aire, revoloteando en torno a mi cabeza, mecidas por la brisa helada que se colaba a través del tragaluz.

No me sorprendió ver también un bulto más grande que aquellos restos, pero fue una visión que me heló la sangre: agazapada en un rincón junto al escritorio, estaba la lamia salvaje. Tenía los ojos cerrados y los párpados, hinchados y gruesos. Aunque su cuerpo parecía más pequeño, tuve la impresión de que su rostro era mucho más grande que la última vez que la vi. Ya no estaba demacrada, sino abotargada y lívida, y las mejillas le colgaban como bolsas. Al mirarla, observé que de la comisura de la boca, ligeramente entreabierta, le resbalaba un hilillo de sangre que le bajaba por la barbilla y goteaba en el entarimado. Se relamió, abrió los ojos y me miró como si tuviera a su disposición todo el tiempo del mundo.

Estaba bien alimentada; había comido pájaros. Por el tragaluz abierto, los había atraído a sus manos opresoras, a sus garras, forzándolos a volar hasta donde ella los esperaba. Después les chupaba la sangre uno tras otro y mantenía cerca de ella a los que todavía vivían, prisioneros del hechizo. Los pobrecillos tenían alas pero habían perdido la voluntad de volar.

Yo no tenía alas, pero sí piernas. Sin embargo, no me obedecieron y me quedé inmóvil, como si el miedo me hubiera clavado en el suelo. La bruja se me acercó muy lentamente. A lo mejor porque estaba muy torpe e hinchada de sangre, o porque no tenía prisa.

De haber reptado por el suelo hasta donde yo estaba, todo habría terminado para mí y jamás habría vuelto a salir del desván. Pero Marcia avanzaba lentamente, muy lentamente. Y el horror de ver que se iba acercando bastó para romper el sortilegio, y de repente me liberé y logré moverme más rápido aún que antes.

No me pasó por la cabeza la posibilidad de servirme de la cadena ni del cayado, porque las piernas se accionaron más veloces que mis pensamientos. Y mientras la lamia se arrastraba por el entarimado, di media vuelta y eché a correr. Tras de mí se levantó un revuelo de alas, pues al escapar, liberé también del hechizo a los pájaros que aguardaban su destino. Aterrado, con el corazón martilleándome el pecho, me precipité escaleras abajo y provoqué un alboroto capaz de despertar a un muerto.

Pero ya no me importaba; tenía que salir y huir de la bruja. Lo demás no contaba. Había desaparecido de mí cualquier resto de valentía.

Pero al pie de la escalera me esperaba alguien que se amparaba en la sombra: Meg.

¿Por qué, al salir del desván, no abandoné la escalera y me metí en el dormitorio trasero? Habría debido concentrarme y pensar con más atención. Pero me dejé dominar por el pánico y perdí la oportunidad de escapar. La lamia salvaje estaba demasiado henchida de sangre para perseguirme con soltura, y yo habría podido abrir la ventana, colocar la tabla y arrastrarme por ella para ganar la libertad. Y encima, con el ruido que armé al querer escapar, desperté a Meg.

Y ahí estaba ella plantada, interceptándome el paso hacia la puerta de salida, y a mis espaldas, probablemente bajando la escalera, la lamia salvaje. Meg levantó los ojos hacia mí y su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa, pero había suficiente

luz para detectar que no era cordial. De pronto se inclinó hacia mí y husmeó ruidosamente tres veces.

—Te dije una vez que no te pondría en manos de mi hermana —me espetó—. Pero ahora ha cambiado todo. Sé qué has hecho y tendrás que pagar el precio, un precio de sangre.

No respondí porque yo ya había empezado a retroceder lentamente por la escalera. Todavía llevaba en la mano el trozo de vela, por lo que me apresuré a guardármelo en el bolsillo de los pantalones. Hecho esto, trasladé el cayado a la mano derecha y saqué la cadena de plata del bolsillo izquierdo del chaleco.

Meg debió de ver o presentir la cadena, porque echó a correr con las manos tendidas hacia mis ojos, como si se aprestara a arrancármelos. Me entró pánico, hice puntería con precipitación y le lancé directamente la cadena. Fue un tiro fallido que no le alcanzó la cabeza. Pero, por suerte para mí, le dio en el hombro y el costado izquierdos y, a su contacto, exhaló un grito agónico y cayó derrumbada contra la pared.

Aprovechando la oportunidad que se me ofrecía, pasé corriendo junto a ella y llegué al pie de la escalera antes de volverme a mirarla. Ahora por lo menos no se cernía a mis espaldas la amenaza de su hermana, aunque la cadena se había quedado en los escalones y sólo me quedaba el cayado de serbal, la madera más poderosa contra las brujas. Sin embargo, no sabía si sería efectiva contra Meg, ya que ella no era oriunda del condado, sino una bruja lamia de una tierra extranjera.

Meg, que había recuperado el equilibrio, se dio la vuelta hacia mí.

—El contacto de la plata es tortura para mí, muchacho —me dijo con el rostro deformado por la ira—. ¿Te gustaría a ti sufrir tanto?

Bajó un escalón más y, al hacerlo, con gesto deliberado, arañó con la mano izquierda el muro a su lado. Percibí cómo se le hundían las uñas en el cemento y abrían profundos surcos en él. Así se hundirían en mi carne; eso fue lo que quiso mostrarme. Al ver que daba un paso más, preparé el cayado, apuntando hacia arriba, dispuesto a darle en la cabeza y los hombros.

Por fortuna, ya era capaz de pensar y concentrarme. Y cuando se lanzó al ataque, precipitándose sobre mí, le apunté el cayado hacia los pies. Me miró con ojos desorbitados al darse cuenta de mis intenciones, pero su impulso era tan fuerte que se le enredaron las piernas con él y cayó de bruces por la escalera. Aunque yo ya no disponía del bastón, se me presentaba la ocasión de recuperar la cadena, por lo que salté sobre su cuerpo y subí hasta donde había quedado.

La recogí, me la enrosqué en la muñeca izquierda y me preparé para lanzársela, decidido esta vez a no errar el tiro.

—Has fallado una vez —me recordó, burlona—. No es tan fácil como practicar con el poste que Gregory tiene en el jardín, ¿verdad? ¿Te sudan las manos, muchacho? ¿Acaso te tiemblan? Tienes una única oportunidad porque, después, ya serás mío...

Sabía que trataba de minar mi confianza y provocar que fallara. Así pues, aspiré profundamente y recordé mis enseñanzas. Nueve de cada diez veces daba en el blanco y nunca había dejado de acertar dos veces seguidas. Lo único que impediría ese resultado era el miedo o la indecisión. Por consiguiente, inspiré de nuevo y me concentré. Y en cuanto Meg se puso de pie, apunté con la máxima atención.

Hice ondear la cadena en el aire, como si fuera un látigo, antes de lanzársela. Al caer formó en el aire una espiral perfecta en dirección contraria a las agujas del reloj, y se ciñó alrededor de la cabeza y el cuerpo de Meg. Lanzó un chillido que cesó bruscamente cuando la cadena de plata le tapó la boca y no pudo evitar derrumbarse en el suelo.

Con grandes precauciones, bajé de nuevo y la observé de cerca. Me tranquilizó comprobar que estaba perfectamente sujeta. La miré a los ojos y vi el dolor reflejado en ellos. Pero aunque la cadena la lastimaba, también leí una actitud de desafío en su mirada. De pronto cambió de expresión y me di cuenta de que miraba detrás de mí, hacia la parte superior de la escalera. Al mismo tiempo oí un ruido furtivo y, al volverme, descubrí a Marcia, la lamia salvaje, que venía hacia mí.

Pero, una vez más, me salvó el hecho de que se sintiera repleta e indolente por haber consumido su ración de sangre, porque de otro modo me habría atacado en un abrir y cerrar de ojos. Cogí, pues, mi cayado de serbal y fui a su encuentro escalera arriba. Sus ojos, de hinchados párpados, despedían odio y se le tensaron las cuatro escuálidas extremidades, como si se dispusiera a saltar. Sin darme tiempo a tener miedo, le dirigí el cayado contra el abotargado rostro. No soportaba el contacto del serbal y jadeó de dolor cuando el tercer golpe la alcanzó debajo del ojo izquierdo. Soltó entonces un colérico silbido e inició la retirada mientras con la larga y grasienta cabellera barría la escalera a uno y otro lado del cuerpo y dejaba una húmeda y limosa estela tras de sí.

No sé cuánto tiempo estuve peleando con ella; fue como si el tiempo se hubiese detenido. El sudor me resbalaba por la frente y se me metía en los ojos, mi respiración era trabajosa y el corazón me golpeaba el pecho debido al agotamiento y al terror. Sabía que en el momento más impensado podía cogerme por sorpresa o quizá yo tropezaría, en cuyo caso se lanzaría sobre mí con rapidez y me hundiría los dientes en las piernas. Pero conseguí acorralarla ante la puerta del desván y después la pegué frenéticamente con el cayado hasta conseguir que se metiera dentro. Entonces cerré de golpe la puerta y, sirviéndome de mi llave, la giré en la cerradura. Sabía que la puerta no le pararía los pies mucho rato y, mientras bajaba la escalera, oí que desgarraba la madera con las zarpas. Había llegado el momento de huir. Seguí, pues, a los demás hacia el taller de Andrew. Así que el Espectro se hubiese recuperado, volveríamos y pondríamos manos a la obra.

Pero, al abrir la puerta de la casa, me recibieron una fuerte ventisca y el azote de la nieve en el rostro. Seguramente encontraría el camino hasta el borde de la garganta, pero habría sido una locura seguir más allá. Aunque consiguiera abandonar el páramo

sin incidencias, me habría quedado congelado al tratar de localizar Adlington. De modo que cerré rápidamente la puerta. Sólo quedaba otra opción.

Meg no era más alta que yo y pesaba poco. Por lo tanto decidí bajarla a la bodega y meterla en el pozo. Hecho esto, me encerraría con llave detrás de la reja junto con ella y estaría relativamente a salvo de la lamia salvaje, al menos un rato, porque ni siquiera la reja detendría a Marcia para siempre.

No obstante, la otra bruja, Bessy Hill, también me preocupaba. Así que dejé a Meg al principio de la escalera que bajaba a la bodega e hice una rápida búsqueda para intentar localizar la bolsa del Espectro. La encontré por fin en la cocina, donde me aprovisioné rápidamente de sal y hierro, con los que me llené los bolsillos. Hecho esto y llevando el cayado y una vela en la mano izquierda, me puse a Meg boca abajo sobre el hombro derecho sujetándole las piernas y la trasladé a la bodega. Tardé un buen rato en transportarla, después de lo cual tuve buen cuidado de cerrar la reja detrás de mí. Una vez más, me mantuve a distancia de Bessy Hill, que seguía roncando en los escalones.

Después de todo lo ocurrido, me sentí tentado de arrastrar a Meg cogida por los pies dejando que la cabeza le golpeará en cada peldaño. Pero no lo hice porque pensé que seguramente ya sufría lo suyo a causa de lo fuerte que la sujetaba la cadena de plata. Y en cualquier caso, el Espectro querría que fuese tratada lo mejor posible, o sea que procuré ser considerado con ella.

Pese a todo, al arrojarla desde el borde del pozo, no pude resistir el impulso de decirle:

—¡Sueña en tu jardín!

Y al decirlo, procuré que el tono de voz fuera lo más sarcástico posible. La abandoné después a su suerte y cogiendo el cacho de vela, me fui escalera arriba. Había llegado el momento de ocuparme de la otra bruja, Bessy Hill. Debía de haberla despertado al bajar porque me la encontré husmeando y escupiendo en su lento camino ascendente hacia la reja. Busqué en los bolsillos de mis pantalones y saqué un puñado de sal y otro de hierro, pero no se los arrojé, sino que a unos tres escalones más arriba de donde se hallaba, esparcí primero una ristra de sal de pared a pared y encima espolvoreé el hierro. Después reseguí el escalón de punta a punta y mezclé cuidadosamente los dos elementos hasta formar una barrera que la bruja no podría cruzar.

Finalmente, seguí subiendo y me senté a unos tres escalones antes de llegar a la reja, por si acaso a la lamia salvaje se le ocurría bajar e intentaba apresarme a través de los barrotes.

Allí sentado, contemplé el trozo de vela mientras se iba consumiendo. Mucho antes de que se extinguiera, lamenté haberle dicho a Meg aquellas palabras; a mi padre no le habría gustado que empleara un tono tan sarcástico, y dada la educación que me había dado, era de esperar mejor comportamiento. No era posible que Meg fuera tan malvada; el Espectro la amaba y ella también lo había amado en otro

tiempo. ¿Qué diría el Espectro cuando se enterase de que yo la había metido en el pozo, llevando a cabo algo que él no había sido capaz de hacer en la vida?

Al cabo de un rato, la vela se extinguió por fin y quedé a oscuras. Se percibían leves murmullos, débiles arañazos procedentes del fondo de la bodega donde se agitaban las brujas muertas y, alguna que otra vez, el débil sonido producido por la bruja viva que husmeaba y jadeaba, contrariada al ver que no podía atravesar la barrera de sal y hierro.

Casi había salido yo de aquella especie de letargo cuando apareció la lamia salvaje gracias a que por fin había conseguido abrirse paso a zarpazos destrozando la puerta del desván. Tengo una visión nocturna muy buena, pero la escalera de la bodega estaba sumida en la más negra oscuridad y lo único que me era posible percibir era el roce de las piernas de Marcia al tratar de escabullirse y el ruido de una sombra oscura al estrellarse contra la reja y raspar el metal. Yo tenía el corazón en un puño. Al parecer, volvía a estar enfurecida, por lo que cogí el cayado de serbal y, desesperado, lo introduje entre los barrotes para pincharla con él.

Al principio no aplaqué su frenesí y oí el quejido de la verja al ceder el metal, pero no tardó en sonreírme la suerte: debí de alcanzarla en algún punto sensible, tal vez un ojo, porque profirió un grito agudo, se apartó de la reja y, entre gimoteos, retrocedió escalera arriba.

Tan pronto como cesase la ventisca y el Espectro estuviese lo bastante fuerte, volvería a su casa y lo arreglaría todo. De eso yo estaba convencido. Lo que no sabía era cuándo. Tal vez tenía por delante una larga tarde y una noche más larga aún. A lo mejor tendría que pasar días en aquella escalera y no sabía cuántas veces atacaría Marcia la reja.

Lo intentó dos veces más, pero después de ahuyentarla por tercera vez, se retiró hacia arriba y desapareció de mi vista. Me pregunté si se habría metido en el interior de la casa, pues quizá iba a la caza de ratas o ratones. Pasó un rato y tuve que debatirme para no caer dormido. No podía permitírmelo, ya que ahora la reja era muy vulnerable. Si yo no estaba en condiciones de repelerla, Marcia no tardaría mucho en forzarla y se abriría paso.

Estaba metido en un serio problema. De no haber tenido que volver para localizar el libro de magia, ahora estaría sano y salvo en casa de Andrew en compañía del Espectro y de Alice.

Verdades elementales

La escalera era inhóspita y muy fría. Según mis cálculos, volvía a ser de día, y yo tenía hambre y, debido a la sed, me notaba la boca seca.

¿Cuánto tiempo debería pasar aquí abajo antes de que volviera el Espectro? ¿Y si no se había recobrado del todo y no estaba en condiciones de venir? Después me inquieté por Alice. ¿Y si venía a buscarme? Creería que la lamia salvaje seguía encerrada en la bodega, pues no sabía que había subido al desván y que ahora andaba suelta por la casa.

Al final oí ruidos que provenían de la casa, pero no se trataba de piernas que se escabullían, sino de un agradable murmullo de voces humanas y fuertes pisadas que bajaban por la escalera, además de un ruido de algo pesado que era arrastrado escalera abajo. La luz de la vela aleteó en el recodo y me puse de pie.

—¡Bien, Andrew! Parece que no te vamos a necesitar —dijo una voz que identifiqué al momento.

El Espectro se acercó a la reja llevando a rastras a Marcia, fuertemente sujeta con una cadena de plata. Andrew iba a su lado, ya que debía desmontar la cerradura.

—Vamos, muchacho, no te quedes ahí con la boca abierta —me espetó mi maestro—. Abre la reja para que podamos pasar.

Cumplí al instante lo que me ordenaba y quise contarle enseguida lo que había hecho con Meg, pero, al abrir yo la boca para hablar, movió negativamente la cabeza y me puso una mano en el hombro.

—Lo primero es lo primero, muchacho —dijo en un tono de voz que reflejaba amabilidad y comprensión, como si supiera perfectamente cómo había actuado—. Todos hemos pasado por momentos difíciles y tenemos mucho que contarnos. Pero vamos a dejarlo para más tarde. Hay que hacer otras cosas en primer lugar...

Dicho esto, Andrew abrió la marcha sosteniendo en alto la vela y nos dispusimos a bajar la escalera. Al acercarnos a la bruja viva, el hermano de mi maestro se detuvo y la vela que llevaba en la mano osciló.

—Andrew, pásale la vela al chico y ve a esperar al albañil y al herrero —ordenó el Espectro—. Cuando lleguen, les dices que estamos aquí abajo.

Con un suspiro de alivio, Andrew me entregó la vela y, tras asentir a la orden de su hermano, se escabulló escalera arriba. Nosotros seguimos bajando hasta la bodega, de cuyo bajo techo colgaban espesas telarañas. El Espectro se encaminó directamente al pozo de la lamia salvaje, donde los barrotes, muy separados, dejaban espacio suficiente para arrojarla a sus oscuras profundidades. Y eso fue lo que se apresuró a hacer.

—¡El cayado a punto, muchacho! —me ordenó.

Me puse a su lado; sujetaba la vela con la mano derecha, para iluminar a la lamia y el pozo, y el cayado de serbal con la izquierda para empujarla con él hacia el fondo si era necesario.

El Espectro sostuvo a Marcia sobre los barrotes separados y, con una sacudida repentina, desvió la cadena de plata hacia la derecha y le imprimió un rápido movimiento, de tal manera que se desenroscó y la lamia desapareció en la oscuridad exhalando un grito agudo. Él se arrodilló inmediatamente junto al pozo y sujetó la cadena de plata entre los barrotes sobre la abertura que formaban a fin de crear una barrera momentánea que Marcia no pudiera cruzar. Desde las sombras que inundaban el fondo, la bruja nos dirigía airados silbidos, aunque no intentó ascender para escabullirse. Poco después finalizó la tarea.

—Estará aquí prisionera hasta que lleguen el albañil y el herrero —dijo mi maestro mientras se ponía de pie—. Y ahora vamos a ver cómo está Meg...

Se encaminó hacia el pozo en el que yo la había arrojado y lo seguí con la vela en la mano. Al mirar a su interior, movió con pena la cabeza. Estaba tumbada boca arriba y nos miraba con ojos muy abiertos e iracundos pero, como estaba fuertemente sujeta por la cadena, no podía hablar.

—Lo siento —me disculpé—. Lo siento de veras. Yo...

El Espectro levantó la mano para imponerme silencio.

—Guarda tus palabras para más tarde, muchacho. Me hace mucho daño ver lo que veo...

Noté que se le quebraba la voz y capté su expresión de tristeza. Aparté de él la vista al momento. Hubo un largo silencio, pero al final suspiró muy hondo.

—Lo hecho, hecho está —dijo, apesadumbrado—, aunque nunca había pensado que pudiera ocurrir. Después de tantos años... En fin, vamos a ocuparnos de la otra...

Regresamos a la escalera y nos acercamos a la bruja viva, Bessy Hill.

—¡Vaya, una buena idea, muchacho! —exclamó el Espectro indicando la barrera de sal y hierro—. Me gusta que utilices tu iniciativa.

Bessy Hill volvió lentamente la cabeza hacia la izquierda y pareció que hablaba consigo misma. El Espectro volvió a mover con pena la cabeza y señaló los pies de la bruja.

—Mira, muchacho, tú la coges por el pie derecho y yo por el izquierdo; luego tiramos de ella poco a poco hacia abajo, pero con suavidad. No vaya a ser que se golpee la cabeza...

Y eso hicimos. Una tarea desagradable, por cierto... El pie derecho de Bessy estaba frío, húmedo y recubierto de limo y, al arrastrarla, resolló y escupió. Sin embargo, no empleamos mucho tiempo en transportarla y no tardamos en volver a meterla en su pozo. Lo único que ahora faltaba era reponer los barrotes y ya estaríamos a salvo de ella largo tiempo.

Después permanecimos un buen rato callados. Supuse que el Espectro estaría

pensando en Meg, pero al poco rato percibimos el ruido distante de voces de hombres y fuertes pisadas.

—Bien, muchacho, deben de ser el herrero y el albañil. Iba a decirte que te ocuparás de Meg, pero eso no sería correcto y no quiero rehuir lo que haya que hacer. O sea que ve arriba y enciende un buen fuego en cada habitación de la planta baja. Lo has hecho todo muy bien... más tarde hablaremos.

En la escalera encontré a los dos hombres.

—El señor Gregory está al pie de la escalera —les manifesté.

Me contestaron con una inclinación de cabeza y siguieron hacia abajo, aunque ninguno de los dos parecía contento. El trabajo era desagradable, pero no había más remedio que llevarlo a cabo.

Más tarde, cuando bajé de nuevo a la bodega para informar a mi maestro de que ya había encendido las chimeneas, Meg seguía en el pozo, pero él había recuperado mi cadena de plata y me la tendió sin decir palabra. La tapadera de piedra y hierro volvía a estar en su sitio, afirmada con tuercas de metal, profundamente hincadas en el suelo.

Ahora Meg estaba prisionera bajo barrotes de hierro con el mismo rigor que las demás brujas. Seguro que el Espectro lamentaba haber recurrido a tal extremo, pero pese a todo lo había hecho. Había tardado casi una vida en decidirse, pero Meg Skelton se hallaba por fin en lugar seguro.

Ya estaba avanzada la tarde cuando se remató el trabajo y el albañil y el herrero se marcharon. En cuanto cerró la puerta tras ellos, el Espectro se volvió hacia mí y, rascándose la barba, me dijo:

—Todavía tenemos que hacer otra cosa antes de comer algo, muchacho: podrías subir al desván y poner orden en todo aquel desbarajuste.

A pesar de lo ocurrido, no me había olvidado del libro de magia ni de lo que Morgan podía hacerle a mi padre. ¡Ésa era, pues, mi oportunidad! Con manos temblorosas al pensar que traicionaba a mi maestro robándole el libro de magia, cogí una fregona y un cubo y fui al desván. Tras cerrar el tragaluz, limpié el suelo con toda la rapidez que me fue posible. Tan pronto como terminara el trabajo, tardaría un momento en forzar el escritorio, coger el libro y esconderlo en mi habitación; estaba seguro de que podría facilitárselo a Morgan sin que el Espectro se percatara de su desaparición, ya que nunca le había visto subir al desván.

Después de limpiar el suelo de plumas y sangre, centré la atención en el escritorio. Aunque era obra de un artesano —ornamentadísimo y muy bien hecho—, no me costaría abrirlo. Por lo tanto saqué la pequeña palanca del bolsillo del chaleco y la introduje en la rendija entre las puertas.

En ese preciso momento oí pasos detrás de mí y, al volverme, sufrí la vergüenza de ver al Espectro de pie en el umbral con una mezcla de ira e incredulidad reflejadas

en el rostro.

—Y bien, muchacho, ¿qué estás haciendo?

—Nada —mentí—. Limpiaba este viejo escritorio.

—No me mientas, muchacho. No hay nada peor en este mundo que un embustero. O sea que fue por eso que volviste a casa; la chica no podía entenderlo...

—Morgan me ordenó que sacase el libro de magia del escritorio del desván —le solté a bocajarro, y bajé la cabeza, avergonzado—. Tengo que llevárselo el martes por la noche al cementerio de la capilla. Lo siento... de veras que lo siento. Traicionarlo a usted es lo último que haría en la vida. Pero me era insoportable pensar en lo que podía hacerle a mi padre si no le obedecía.

—¿A tu padre? —se extrañó el Espectro frunciendo el entrecejo—. ¿Qué daño puede hacerle Morgan a tu padre?

—Mi padre murió, señor Gregory.

—Sí, me lo dijo anoche la chica. Lo lamento muchísimo.

—Morgan ha convocado al espíritu de mi padre y lo tiene aterrado...

—¡Cálmate, muchacho! —exclamó mi maestro haciendo un gesto con la mano para tranquilizarme—. Deja de decir sandeces y tómate las cosas con calma. ¿Dónde ha ocurrido todo eso?

—En la habitación de Morgan en la granja. Primero convocó a su hermana y ella, a su vez, trajo a mi padre. Yo oí su voz y Morgan le hizo creer que estaba en el infierno; volvió a hacer lo mismo en Adlington... de veras que oí la voz de mi padre en mi mente... y Morgan me dijo que, como no le obedeciese, lo repetiría. Así pues, me quedé en la casa para coger el libro de magia, pero al subir al desván me encontré con la lamia salvaje; se ocultaba aquí y se alimentaba de pájaros. Presa de pánico, escapé corriendo, pero me topé con Meg que me estaba esperando. La primera vez que le lancé la cadena, fallé la puntería y creí que todo había terminado para mí.

—Sí, te podía haber costado la vida —afirmó mi maestro desaprobando mi conducta con el gesto.

—Estaba desesperado.

—No es excusa, muchacho. ¿No te dije que no te acercases a Morgan? Tenías que habérmelo contado todo en lugar de querer robarme el libro a hurtadillas sólo porque te lo había pedido el loco ese.

Me hirió que empleara la palabra «robar», aunque no se podía negar que se trataba de un robo, pero pronunciada por él me hizo mucho daño.

—No pude explicárselo porque Meg lo tenía prisionero. De cualquier manera, usted tampoco me lo contó todo —repuse, indignado—. ¿Por qué no me dijo que Morgan era hijo suyo? ¿Cómo voy a saber en quién puedo confiar si me guarda ciertos secretos? Porque me explicó que él era hijo de los señores Hurst. Pero no es verdad; es hijo de usted: el séptimo hijo que tuvo con Emily Burns. Si hice lo que hice es porque amo a mi padre. Morgan, en cambio, no haría lo mismo por usted. Porque lo odia y quiere aniquilarlo; dice que es un viejo loco.

Me di cuenta de que había llegado demasiado lejos, pero el Espectro se limitó a sonreír tristemente y movió pesaroso la cabeza.

—Supongo que no hay peor loco que un viejo loco y es cierto que lo he sido a veces, pero en cuanto a lo demás...

Me miró con dureza y sus ojos verdes centellearon vivamente.

—¡Morgan no es hijo mío! ¡Es un embustero! —dijo dando un brusco puñetazo en el escritorio, el rostro lívido de cólera—. Siempre lo ha sido, sigue siéndolo y lo será. Pretende confundirte y manipularte. Yo no tengo hijos... algo que he lamentado a veces. ¿Crees que, si yo tuviera un hijo, renegaría de él? ¿Acaso ha renegado de ti tu padre?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres saber toda la historia, suponiendo que te interese?

Asentí sin atreverme a abrir la boca.

—Pues bien, no niego que le robé la novia a mi propio hermano ni que eso dolió profundamente a mi familia, en especial a él. No lo he negado nunca y, por otra parte, poco tengo que alegar en mi defensa salvo que yo era entonces muy joven. Yo la quería, muchacho, y deseaba que fuera mía. Un día entenderás qué quiero decir con esas palabras, pero la culpa sólo fue mía a medias porque Emily, que era una mujer fuerte, también me quería. Sin embargo, no tardó en cansarse de mí igual que se había cansado de mi hermano. De modo que siguió su vida y encontró a otro hombre.

»Se llamaba Edwin Furner y, pese a que también era el séptimo hijo de un séptimo hijo, trabajaba de curtidor, puesto que no todos los que están calificados para ejercer nuestro oficio se deciden por él. La situación fue bien más de dos años y fueron felices juntos pero, poco después del nacimiento de su segundo hijo, él se ausentó casi un año y dejó que ella saliera adelante sola, con los dos pequeños a su cargo.

»Ojalá no hubiera vuelto nunca más, pero el hombre siguió apareciendo con la regularidad del día y la noche. Y tras cada una de sus visitas la dejaba esperando otro hijo. Siete en total. Morgan fue el séptimo hijo de Furner. Después de éste ya no apareció nunca más.

El Espectro reflejaba realmente la preocupación que sentía.

—La vida de Emily fue dura, muchacho, pero nosotros seguimos siendo buenos amigos. Yo la ayudé en lo que pude: a veces con dinero, otras veces buscando trabajo para sus hijos mayores; no me veía con ánimo de abandonarlos, ya que no tenían padre que les proporcionara el sustento. Cuando Morgan cumplió los dieciséis años, le busqué trabajo en Paisaje del Páramo. Los Hurst le cogieron tanto cariño que acabaron adoptándolo y, como no tenían hijos, la granja habría sido suya. Pero no era trabajador y las cosas empezaron a ponerse feas. Apenas si duró un año.

»Como ya te he dicho, los Hurst tenían una hija, más o menos de la edad de Morgan; se llamaba Eveline. Eran jóvenes y se enamoraron. Los padres no quisieron ni oír hablar del asunto porque deseaban que el afecto que los uniese fuera el propio

de hermanos y no sólo se opusieron a la relación, sino que les hicieron la vida imposible. Al final, incapaz de soportar por más tiempo la tensión, Eveline se suicidó arrojándose al lago, donde murió ahogada. Después de este suceso, Emily me rogó que sacara a Morgan de aquella casa y lo tomara como aprendiz. Aunque en aquel momento pareció una solución razonable, yo tenía mis dudas, que resultaron acertadas. Estuvo tres años conmigo, pero después volvió junto a su madre, pese a que no pudo nunca alejarse de Paisaje del Páramo. A veces va a vivir a la granja... cuando no está cometiendo tropelías en otros sitios.

»Su hermana debe de ser una criatura indecisa, alguien que no ha sido capaz de pasar al otro mundo. Y debido a eso, la tiene en su poder. Y no hay duda de que él es ahora más fuerte y ha adquirido cierto poder sobre ti. Harías bien en contarme con todo detalle qué ha ocurrido entre tú y él.

Así lo hice, y mientras hablaba, me instaba continuamente a que le diera más detalles. Empecé narrándole el encuentro con Morgan en la capilla del cementerio, junto al lindero del páramo, y terminé con nuestra conversación ante la tumba de Emily Burns.

—Ya comprendo —comentó el Espectro así que hube terminado—. Ahora todo está claro. Como te dije antes, Morgan ha estado siempre fascinado por aquel antiguo montículo funerario que hay en lo alto del páramo. Si alguien cavase allí durante cierto tiempo, es probable que encontrase algo. En los tiempos en que él era mi aprendiz, halló un arcón y, en su interior, ese libro de magia. Contiene un ritual que es la única manera de evocar a Golgoth eso era lo que pretendía hacer. Por fortuna, intervine antes de que hubiese llevado el ritual demasiado lejos y conseguí ponerle punto final.

—¿Qué habría ocurrido de haberse salido con la suya?

—Es mejor no pensarlo, muchacho. Un solo fallo en el ritual y él habría muerto; ahora bien, fue mejor interrumpirlo que terminarlo. Él siguió las instrucciones al pie de la letra y trazó un pentáculo en el suelo de su habitación de Paisaje del Páramo, es decir, una estrella de cinco puntas encerrada en tres círculos concéntricos. O sea que si realizaba correctamente el resto de órdenes, estaría a salvo manteniéndose allí dentro. Pero Golgoth se habría materializado fuera del pentáculo y andaría suelto por el condado. Por algo lo llamaban el Señor del Invierno. Habrían pasado años antes de que volviera el verano y habríamos vivido sometidos a un frío mortal y al azote del hambre. Morgan ofreció el perro de la granja como sacrificio, pero Golgoth no lo tocó siquiera y el pobre animal murió de terror.

»Así pues, como te he dicho, frené a Morgan a tiempo. Di por terminado su aprendizaje y le quité el libro de magia. Después su madre y yo le hicimos prometer que dejaría en paz a Golgoth y no volvería a convocarlo nunca más. Ella creyó en su promesa y yo, por respetarla, le brindé todas las oportunidades posibles, siempre en la esperanza de que la fe que Emily había depositado en él estuviese justificada. Pero como yo había impedido que finalizara el ritual, puso en marcha una parte del poder

de Golgoth y quedó vinculado a él. Tu madre tenía razón: este invierno será duro y estoy convencido de que el hecho tiene que ver con Golgoth y Morgan. Cuando éste abandonó mi custodia, se dirigió a las tinieblas y sus poderes fueron aumentando progresivamente. Y ahora se figura que el libro de magia va a otorgarle el poder definitivo.

»De momento ya es capaz de hacer cosas que ningún hombre debería realizar. Algunas son poco más que meros conjuros, como cambiar la temperatura de una habitación para impresionar a los más crédulos. Pero parece que también puede someter a los muertos a su voluntad... y no me refiero sólo a fantasmas, sino también a los espíritus que rondan el limbo, entre esta vida y el más allá. Me apena decirlo, muchacho, pero esto tiene muy mal cariz. Temo de veras que Morgan posea facultades para atormentar el espíritu de tu pobre padre...

El Espectro levantó la vista hacia el tragaluz, después volvió a fijarla en el escritorio y movió la cabeza con expresión de tristeza.

—Bien, muchacho, ve abajo y hablaremos un poco más de todo eso...

Un cuarto de hora después, mi maestro estaba sentado tranquilamente en la mecedora de Meg mientras en un puchero hervía una sopa de guisantes.

—¿Tienes hambre, chico?

—No he comido nada desde ayer.

Sonrió al escuchar esas palabras y mostró, al hacerlo, el hueco donde le había golpeado el boggart y le había hecho saltar un diente; entonces se levantó, puso dos cuencos sobre la mesa y los llenó de sopa caliente. No tardé en mojar pan en el delicioso y humeante potaje; él no comió pan, pero se tomó toda la sopa.

—Siento mucho que muriera tu padre —dijo al tiempo que apartaba el cuenco vacío—. Tu padre no habría debido temer nada después de muerto, pero por desgracia, Morgan se sirve del poder de Golgoth para torturarlo y acceder a ti a través de él. Pero no te preocupes, muchacho, porque vamos a pararle los pies así que podamos. Y en cuanto a la otra estupidez, Morgan no es hijo mío ni lo ha sido nunca —volvió a mirarme fijamente a los ojos—. ¿Me crees o no?

Asentí, aunque mi gesto no debió de ser muy convincente porque suspiró y movió negativamente la cabeza.

—Bueno, muchacho, aquí hay un embustero: él o yo. Tú decides. Si no confías en mí, no tienes por qué continuar tu aprendizaje conmigo. Pese a todo, una cosa es segura: no dejaré que te vayas con él. Antes te agarro por el cogote y te llevo con tu madre para que se encargue de meter un poco de buen sentido en tu cabezota.

Su tono no tenía vuelta de hoja y, después de todo lo que había ocurrido, sus palabras me impresionaron profundamente.

—No puede llevarme con mi madre —le dije con amargura—. Cuando llegué a casa, ya se había celebrado el entierro y no la vi porque se había ido no sé adonde...

quizá a su tierra. No creo que regrese nunca más...

—Dale cancha, muchacho. Acaba de perder a su marido y necesita tiempo para llorarlo y para pensar. Pero volverás a verla y no tardarás mucho, de eso estoy convencido. Y que conste que no es una profecía, sino simple sentido común. Si quiere irse, se irá, pero antes deseará despedirse como corresponde de todos sus hijos.

»Aun así, no deja de ser terrible lo que está haciendo Morgan, pero no te apures porque encontraré la manera de frenarlo de una vez por todas.

Estaba tan preocupado que no supe qué responderle y me limité a asentir.

Esperaba que acertase en sus propósitos.

La capilla de los muertos

A pesar de todas las promesas del Espectro, no fue posible ocuparse enseguida de Morgan. El tiempo fue tan malo las dos semanas siguientes que apenas pudimos salir al exterior. Arreciaron en la garganta una ventisca tras otra y la nieve se arremolinó contra las ventanas y enterró la fachada de la casa hasta casi los dormitorios del primer piso. Me daba la impresión de que Golgoth se había despertado y agradecía que Shanks hubiera previsto la entrega de provisiones extra. Pero cada hora era una tortura para mí porque tenía ansias de salir y enfrentarme a Morgan para poner fin a los sufrimientos de mi padre.

Mientras duró la ventisca, mi maestro me sometió a la rutina habitual de dormir, comer y recibir clases, aunque añadió una novedad: todas las tardes él bajaba a la bodega para hablar con Meg y llevarle comida. Por lo general no eran más que unas galletas, pero a veces le ofrecía también los restos de nuestra comida. Me pregunté de qué hablarían allí abajo, aunque me guardé de preguntárselo. Habíamos acordado que no habría más secretos entre nosotros, pero me daba cuenta de que el Espectro deseaba cierta intimidad.

Las otras dos brujas se las arreglaban lo mejor que podían y pasaban el tiempo masticando gusanos, babosas y todo lo que conseguían desenterrar del húmedo suelo, pero Meg seguía siendo un caso especial. Yo suponía que el Espectro volvería a administrarle pronto la infusión y la sacaría de la bodega. Era con mucho mejor cocinera que cualquiera de nosotros dos aunque, después de todo lo ocurrido, me sentía más seguro si ella estaba en el pozo. No obstante, el Espectro me inquietaba. ¿Se le había reblandecido el carácter? A pesar de sus advertencias con respecto a las mujeres, ahora volvía a romper sus propias normas. Me entraban ganas de decírselo muy claro, pero ¿cómo iba a hacerlo viéndolo tan trastornado por Meg?

Todavía no comía normalmente, y una mañana me lo encontré con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados, como si se los hubiera restregado. Llegué a preguntarme incluso si habría llorado y pensé en cómo me habría comportado yo en una situación parecida. Por ejemplo, ¿qué habría hecho si Alice hubiera estado metida en un pozo? ¿Acaso no habría actuado igual que él? También hube de preguntarme qué había sido de mi amiga y decidí que, si mejoraba el tiempo, pediría permiso a mi maestro para ir a verla a la tienda de Andrew.

Sin embargo, una mañana, el tiempo experimentó un cambio inesperado. Yo seguía pensando en la amenaza que se cernía sobre mi padre y esperaba que, a la primera oportunidad, nos ocuparíamos de Morgan. Pero no fue así porque, con la aparición del sol, llegó un encargo para el Espectro. Solicitaron nuestra presencia en

el este, en la granja Platt, pues estaban padeciendo ciertos contratiempos provocados por un boggart, o eso dijeron.

Tardamos una hora aproximadamente en ponernos en camino, ya que mi maestro tuvo que cortarse primero un cayado nuevo de serbal. Cuando llegamos por fin al lugar en cuestión, tras una dura caminata de dos horas hundiéndonos en la nieve, no hallamos ni rastro de ningún boggart en las proximidades y el granjero se apresuró a disculparse, confuso ante la situación, por haberse equivocado y echó la culpa a su mujer, quien al parecer era sonámbula. Nos explicó que por la noche ella había movido de sitio los pucheros de la cocina y despertado con el ruido a toda la familia sin que al día siguiente se acordara de nada. El hombre se sentía avergonzado por habernos llamado sin motivo y se moría de ganas de pagar al Espectro por haberle hecho acudir a su casa en balde.

Yo estaba furioso al ver que nos habían hecho perder el tiempo miserablemente y así se lo dije a mi maestro durante el regreso. Y él estuvo de acuerdo conmigo.

—Aquí hay gato encerrado —me comentó—. Quizá me equivoque, muchacho, pero me parece que nos querían preparar una trampa. ¿Has visto alguna vez a una persona tan dispuesta a meterse la mano en el bolsillo para pagar?

Le di la razón y aceleramos el paso; el señor Gregory abría la marcha, ávido de llegar a casa. Encontramos abierta la puerta trasera: habían forzado la cerradura. Tras comprobar que la puerta de la bodega y la reja continuaban cerradas, me pidió que esperara en la cocina y él se fue arriba. Cinco minutos después bajó con aire enfurruñado y exclamó:

—¡Ha desaparecido el libro de magia! Bueno, por lo menos sabemos a quién hay que buscar. ¿Quién puede ser sino Morgan? Le basta con tener a Golgoth en su poder para detener la nevada y después concibe y urde un plan para robarnos.

Me pareció extraño que Morgan no hubiera intentado robar el libro con anterioridad, pues no le habría costado hacerlo en verano, cuando Meg estaba prisionera en la celda de la bodega, ya que entonces el resto de la casa estaba vacío. Pero entonces recordé lo que me había contado el Espectro respecto a la promesa que Morgan había hecho a su madre de no convocar a Golgoth. Tal vez había hecho honor a su palabra hasta la muerte de Emily Burns, pero después se sintió liberado y se dispuso a actuar como le viniera en gana.

—Bueno, poco podemos hacer hoy como no sea ir a Adlington y pedir a mi hermano que venga a reparar la puerta —sugirió el Espectro—. Pero no comentes nada del libro de magia; se lo diré yo llegado el momento. De camino, además, nos pararemos en Paisaje del Páramo. Dudo que encontremos a Morgan en la granja, pero tengo que preguntar ciertas cosas a los Hurst.

Me hubiera gustado saber por qué no quería decirle a Andrew lo del libro de magia, pero era evidente que no estaba de humor para contestar preguntas.

Salimos camino de Paisaje del Páramo. Al llegar, el Espectro entró solo a hablar con los Hurst y me pidió que lo esperara en la era. No había ni rastro de Morgan. Mi

maestro pasó un buen rato en la casa y salió con expresión enfurruñada. Enseguida proseguimos el camino hacia la tienda de Andrew, pero él mantuvo los labios muy apretados.

Se comportó como si se tratara simplemente de una visita fraternal, y volví a cuestionarme por qué no aludía ni de lejos a lo ocurrido. Con todo, me alegró ver a Alice que nos preparó una cena tardía y, antes de sentarnos a la mesa, nos calentamos ante el fuego de la chimenea. Así que terminamos de comer, el Espectro le dijo con una leve sonrisa:

—Una buena cena, chica, pero ahora tengo asuntos particulares que tratar con mi hermano y Tom. Será mejor que te acuestes.

—¿Por qué he de acostarme? —repuso Alice echando chispas—. Yo vivo aquí, usted no.

—Por favor, Alice, haz lo que dice John —rogó Andrew con suavidad—. Estoy seguro de que tiene buenas razones para que no oigas lo que tenemos que hablar.

Alice le dirigió una mirada fulminante, pero era su casa y le tocó obedecer; salió de la habitación dando un portazo y se fue a su cuarto subiendo ruidosamente la escalera.

—Cuantas menos cosas sepa, mejor —comentó el Espectro—. Acabo de ver a los Hurst y he hablado con la mujer para tratar de averiguar por qué se fue esta chica de su casa. Parece ser que se peleó con Morgan y se marchó a raíz de una rabieta, pero, en cambio, dos días antes mantenían muy buenas relaciones y ella pasaba largos ratos en la habitación que él tiene en la planta baja. Puede no revestir ninguna importancia, aunque a lo mejor quería llevársela a su terreno de la misma manera que lo intentó después con el muchacho —dijo señalándome a mí—. Lo intentó, pero fracasó. Pero, por si acaso, creo que es mejor que ella no se entere de lo que ha pasado: esta mañana Morgan ha entrado con violencia en mi casa y ha robado el libro de magia.

Andrew pareció realmente preocupado y fue a decir algo, pero yo lo corté.

—¡No hay derecho! —le espeté al Espectro—. Alice detesta a Morgan. Me lo dijo ella misma. ¿Por qué se habría ido de la casa de no ser así? Jamás habría colaborado con él.

—Tardaré mucho tiempo en meterte ciertas lecciones en esa torpe cabeza —me soltó, colérico—. Después de tanto tiempo todavía no has aprendido que esa chica no merece una confianza absoluta y habrá que vigilarla siempre. Por eso debo asegurarme de que no la tengo cerca. Y, por otra parte, no quiero que esté a menos de quince kilómetros de ti.

—Aguarda un momento —intervino Andrew—. Has dicho que el libro de magia está en poder de Morgan, ¿no? ¿Cómo has podido ser tan imprudente, John? Habrías debido quemar ese libro infernal cuando estaba en tus manos. Como vuelva a intentar aquel ritual, puede ocurrir cualquier cosa. Esperaba vivir algunos veranos más antes de que me llegue la hora final, pero ahora ya no confío en ello. ¡No entiendo por qué lo has guardado todos estos años!

—Mira, Andrew, eso es asunto mío y tendrás que confiar en mí en lo tocante a este punto. Digamos que tengo mis motivos.

—Es por Emily ¿verdad?

El Espectro hizo como si no lo hubiera oído.

—Lo hecho, hecho está; ojalá Morgan no se hubiera apoderado del libro de magia y éste siguiera en sitio seguro y bajo llave, pero...

—Lo mismo digo —exclamó Andrew, levantando la voz, más furioso a medida que pasaba el tiempo—. Tienes un deber con el condado; tú lo has afirmado muchas veces. Pero has cometido una negligencia en el cumplimiento de ese deber al conservar el libro en lugar de quemarlo.

—Muy bien, hermano, agradezco tu hospitalidad, pero no tus duras palabras —contestó el Espectro con un resto de ira en la voz—. Yo no me meto en tus asuntos y tú debes confiar en mí cuando te digo que hago lo mejor para todos. Si he venido ha sido para hacerte saber en qué situación estamos metidos, pero el día ha sido largo y duro, de modo que será más adecuado que nos acostemos antes de que digamos cosas que a lo mejor después lamentaríamos.

Y con estas palabras, dejamos precipitadamente a Andrew. Cuando ya íbamos calle abajo, me acordé de la razón que nos había movido a visitarlo.

—No le hemos dicho que viniera a arreglar la cerradura. ¿Quiere que vaya a pedírselo?

—No, muchacho —repuso el Espectro, indignado—. No se lo pediría aunque fuera el único cerrajero del condado. La arreglaré yo mismo.

—Está bien. Hablando de otra cosa... ya que el tiempo ha mejorado, ¿no podríamos empezar a buscar a Morgan mañana mismo? Estoy muy preocupado por mi padre...

—Eso déjame a mí. He pensado en algunos sitios donde puede hallarse. Lo mejor será que mañana temprano, antes del alba, me ponga en camino.

—¿Puedo ir con usted?

—No, chico. Si voy solo, tengo más probabilidades de encontrarlo desprevenido. Confía en mí.

Confiaba en él, pero aunque consideraba sensato lo que decía, me habría gustado acompañarlo. Traté una vez más de convencerlo, pero me di cuenta enseguida de que perdía el tiempo. Cuando decide algo, hay que aceptarlo y dejar que se salga con la suya.

A la mañana siguiente, cuando bajé a la cocina, no encontré ni rastro de él. No vi su capa ni su cayado. Tal como prometió, había salido de casa mucho antes de que alborease para ir en busca de Morgan. No había regresado aún cuando terminé de desayunar, por lo que pensé que tenía a mi disposición una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Como Meg me inspiraba curiosidad, decidí hacer una

rápida visita a la bodega para ver qué hacía. Así que cogí la llave de lo alto de la biblioteca, encendí una vela y me escabullí escalera abajo. Abrí la reja, la cerré con llave detrás de mí y proseguí el descenso hacia la bodega, pero al llegar al rellano de las tres puertas, una voz, que salía de la del centro, gritó:

—¡John! ¡John! ¿Eres tú? ¿Has reservado el pasaje?

Me detuve, sobresaltado. ¡Era la voz de Meg! El Espectro la había sacado del pozo y encerrado en una celda, donde estaría más a gusto. Eso quería decir que no era tan duro con ella. Seguro que no tardaría en dejarla volver a la cocina. Pero ¿qué había querido decir con aquellas palabras referentes a si había «reservado el pasaje»? ¿Acaso se iba de viaje? ¿Y se iría el Espectro con ella?

Percibí entonces que Meg husmeaba ruidosamente tres veces.

—Oye, muchacho, ¿qué haces aquí? Acércate a la puerta para que te vea mejor...

Como me había olido, no habría servido de nada tratar de escapar a la chita callando, pues sin duda informaría al Espectro de mis andanzas. Así pues, me aproximé a la puerta de la celda y atisbé el interior procurando no acercarme demasiado.

La bella Meg me sonrió a través de los barrotes. Pero no se trataba de aquella aviesa sonrisa que me dirigió con ocasión de nuestra pelea, sino que me sorprendió comprobar que era casi amistosa.

—¿Cómo estás, Meg? —pregunté con educación.

—He estado mejor y he estado peor. No tengo nada que agradecerte, pero lo pasado, pasado está, y no te echo por ello la culpa. Eres lo que eres; tú y John tenéis mucho en común. Sin embargo, voy a darte un consejo... si estás dispuesto a escucharlo.

—Claro que sí.

—En tal caso presta atención a lo que voy a decirte: trata bien a la chica; Alice te quiere. Procura tratarla mejor que John a mí y no te arrepentirás. Vuestra relación no tiene por qué terminar de esta manera.

—Alice me gusta mucho. Haré lo que pueda.

—Eso espero.

—He oído que hablabas de «reservar un pasaje» —dije cambiando de tema—. ¿Qué querías decir?

—Eso a ti no te importa, muchacho. Pregúntaselo a John, pero no hace falta que te molestes porque te responderá lo mismo. Y además, me parece que a él no le gustaría que anduvieras metiendo las narices por aquí sin su permiso, ¿verdad?

Después de este comentario, farfullé un «adiós», regresé a la escalera y cerré con llave cuidadosamente la reja tras de mí. Por lo visto el Espectro continuaba teniendo secretos, y sospechaba que los tendría siempre. Acababa de dejar la llave en su sitio cuando regresó.

—¿Ha encontrado a Morgan? —pregunté, contrariado, porque ya sabía qué respuesta me daría. De haberlo hallado, lo habría traído prisionero.

—No, muchacho, lo siento. Me figuraba que lo encontraría merodeando en la capilla del cementerio. Ha estado allí, de eso no cabe la menor duda, pero al parecer no se queda nunca mucho tiempo en el mismo sitio. En fin, no te preocupes, lo primero que haré mañana será centrarme en ese problema. Entre tanto podrías hacer algo por mí: esta tarde tendrías que ir a Adlington y pedir a mi hermano que se dé una vuelta por aquí y repare la puerta de atrás. Dile también que siento mucho que entre nosotros se cruzaran palabras destempladas y que llegará un día en que entenderá que si he actuado como lo he hecho ha sido porque creo que es lo mejor.

Las clases de la tarde se prolongaron más de lo habitual y todavía faltaban dos horas para que anocheciera cuando, empuñando mi cayado de serbal, me puse por fin en camino hacia Adlington.

Andrew me acogió cordialmente y sonrió cuando le transmití las disculpas de su hermano. Además, aceptó al momento acudir a reparar la puerta en el término de uno o dos días. Me demoré después alrededor de un cuarto de hora hablando con Alice, aunque tuve la impresión de que me trataba con cierta frialdad. Probablemente, se debía a que la noche anterior la habían enviado sin contemplaciones a la cama. Tras despedirme, me dispuse a volver a casa del Espectro, ansioso de regresar antes de que se hiciera totalmente de noche. Apenas hacía cinco minutos que caminaba cuando percibí un leve ruido detrás de mí. Al volverme, descubrí que alguien me seguía colina arriba: era Alice. Así pues, aguardé a que me alcanzara. Llevaba puesto su tabardo de lana y, al acercarse, observé que sus zapatos puntiagudos dejaban huellas muy marcadas en la nieve.

—Algo te traes entre manos —me dijo amigablemente—. ¿Qué era lo que no queríais que oyera anoche? Puedes decírmelo, Tom, ¿no crees? Entre nosotros dos no existen secretos; estamos demasiado unidos.

El sol ya se había puesto y oscurecía.

—Es muy complicado —repuse, impaciente por seguir mi camino—. No dispongo de mucho tiempo.

—¡Vamos, Tom, cuéntamelo! —exclamó agarrándome del brazo.

—El señor Gregory no se fía de ti porque cree que eres demasiado amiga de Morgan. La señora Hurst le dijo que tú y él pasabais mucho tiempo en la habitación de la planta baja...

—No me descubres nada nuevo con eso de que el viejo Gregory no se fía de mí —exclamó, burlona—. Morgan planeaba algo gordo: un ritual que lo convertiría en alguien rico y poderoso; me pidió que lo ayudase e insistió hasta que llegó un momento en que ya no aguanté más. Eso es todo. Vamos, Tom, cuéntame qué pasa. A mí me lo puedes decir...

Al fin, viendo que no soltaría prenda, acabé por ceder y, mientras caminaba a mi lado, le expliqué más o menos de mala gana todo lo ocurrido. Le hablé del libro de magia y de la propuesta de Morgan para que yo lo robara y se lo diera, mientras él torturaba el espíritu de mi padre. Le conté también que habían asaltado nuestra casa y

que ahora estábamos buscando a Morgan.

A Alice no le gustó ni pizca lo que le había explicado.

—¿O sea que fuimos a casa del viejo Gregory sin que me dijeras nada de lo que te traías entre manos? ¡Ni media palabra! ¿Y que subiste al desván y ni me lo mencionaste? Pues debo decirte que no está ni medio bien, Tom. Yo puse en riesgo mi vida y me merecía algo más. ¡Bastante más, diría yo!

—Lo lamento, Alice. Lo lamento de veras. Yo no pensaba más que en mi padre y en lo que sufría a merced de Morgan; no podía apartarlo de mis pensamientos. Sé que habría debido confiar en ti, pero...

—Es un poco tarde, me parece a mí. Pese a todo, sé dónde podrías encontrar a ese hombre esta noche... —La miré estupefacto—. Hoy es martes —prosiguió— y desde el pasado verano, todos los martes por la noche se dedica a lo mismo. Verás, en la ladera de la colina hay una capilla, en medio de un cementerio; pues bien, hay gente de los alrededores que acude a ese sitio desde kilómetros de distancia y le da dinero. Lo sé porque una vez lo acompañé. Hace hablar a los muertos y, aunque no es cura, cuenta con una congregación de fieles más numerosa que muchas iglesias.

Ante tales explicaciones, recordé la primera vez que me tropecé con él cuando iba de camino hacia mi casa, después de recibir la noticia acerca del mal estado de salud de mi padre. También era un martes. Yo pasaba por la capilla para tomar un atajo y me lo encontré dentro. Debía de estar esperando que llegasen sus feligreses. Del mismo modo me había pedido que le llevase el libro de magia un martes, después de la puesta de sol. Me habría dado de cabezazos contra la pared. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿No crees lo que te digo? —me preguntó Alice.

—Claro que lo creo. Sé donde está la capilla; he estado en ella.

—Entonces, ¿por qué no pasas por ahí camino de casa del Espectro? Si no me equivoco y está en la capilla, puedes decírselo al viejo Gregory. Tal vez llegaría a tiempo de sorprenderlo. Pero no te olvides de comentarle que he sido yo quien te ha dado la pista porque quizá así irá formándose mejor concepto de mí. Aunque no me importa demasiado, de cualquier modo.

—¿Por qué no me acompañas? Podrías vigilarlo mientras yo corro a advertir al Espectro. De ese modo, aunque no llegáramos a tiempo, por lo menos sabríamos hacia dónde se dirige.

—No, Tom. ¿Cómo voy a hacer tal cosa después de lo ocurrido? Me disgusta que no confíen en mí; no es nada agradable. Además, tú tienes tu trabajo y yo el mío, pues la tienda me tiene muy ocupada. Trabajo de firme todo el día y de lo único que tengo ganas ahora es de sentarme junto al fuego y calentarme un poco en lugar de estar temblando de frío a la intemperie. Tú cumple con tu obligación y deja que el viejo Gregory se ocupe de Morgan. Pero conmigo no cuentes.

Y dicho esto, dio media vuelta y se fue colina abajo. Estaba contrariado y un poco triste, pero no podía culparla. Si tenía secretos para ella, ¿cómo iba a esperar que me

ayudase?

Casi se había hecho de noche y el cielo resplandecía de estrellas. Así pues, sin más pérdida de tiempo, enfilé un camino que me llevase directamente al páramo y que bajaba después dando un rodeo por la tapia de piedra seca, justo en el lugar exacto del soto donde la noche de aquel martes trepé por ella cuando me dirigía a mi casa. Me apoyé en el muro bajo y observé la capilla: la luz de la vela oscilaba frente a la ventana de cristal emplomado, y de pronto observé, más allá del cementerio, luces desperdigadas que se desplazaban colina arriba hacia el sitio donde yo me encontraba.

¡Eran faroles! Los fieles de la congregación de Morgan se acercaban. Aunque no lo sabía seguro, probablemente él ya estaría dentro esperándolos.

Me aparté del lugar, me escabullí entre los árboles y me encaminé hacia la casa del Espectro. Tenía que ir a buscarlo y conducirlo hasta allí con tiempo suficiente para sorprender a Morgan. Pero no había dado más de doce pasos cuando de las sombras que tenía ante mí salió alguien: una figura encapuchada con capa negra. Me detuve al verla avanzar hacia mí: era Morgan en persona.

—Me has decepcionado, Tom —dijo con voz dura e implacable—. Te pedí que me trajeras una cosa, pero me dejaste en la estacada y tuve que ir a buscarla yo. No creo que fuese mucho pedir. Y menos teniendo en cuenta lo que estaba en juego.

No respondí y se acercó un paso más. Me di la vuelta con la intención de echar a correr pero, antes de que pudiera moverme, me cogió por un hombro. Me debatí un momento e intenté levantar el cayado para descargarlo encima, pero de pronto algo sumamente duro me alcanzó la sien derecha; todo se volvió negro y lo único que percibí fue que me caía.

Al abrir los ojos me hallé en la capilla. Me dolía mucho la cabeza y me sentía muy mal. Estaba sentado en el último banco con la espalda apoyada en la fría pared de piedra frente al confesonario. A cada lado de éste había dos grandes cirios.

Morgan, de pie delante del confesonario, me miraba fijamente.

—Bien, Tom, primero tengo asuntos que atender. Pero ya hablaremos después.

—Debo volver —dije, pese a lo mucho que me costaba articular las palabras—. Como no regrese, el señor Gregory se preguntará dónde estoy.

—Pues que se aguante. ¿Qué más da? Tú no volverás nunca... Ahora eres mi aprendiz y esta noche tengo un trabajo para ti.

Con sonrisa de triunfo, se metió en el confesonario por la puerta del sacerdote, la de la izquierda, y desapareció de mi vista, puesto que los cirios proyectaban su luz hacia la capilla y las dos puertas del confesonario eran dos rectángulos totalmente oscuros.

Intenté ponerme en pie y escapar corriendo, pero me sentía muy débil y las piernas no me obedecían. Me martilleaba la cabeza y veía borroso a causa del golpe

que me habían dado, de manera que lo único que podía hacer era quedarme sentado, tratar de recuperarme y confiar en que no me pondría peor.

Poco después llegaron los primeros fieles. Entraron dos mujeres y, coincidiendo con su llegada, oí el tintineo de metal contra metal, pues a la izquierda de la puerta había una bandeja de cobre de las que se usaban para las colectas, aunque no la había visto antes. Cada fiel, al entrar, depositaba en ella una moneda antes de tomar asiento. Sin mirarme siquiera y manteniendo la cabeza baja, se fueron sentando en los bancos delanteros.

Pronto se fueron llenando y observé que los feligreses dejaban los faroles fuera. La congregación estaba formada en su mayoría por mujeres, y los escasos hombres eran relativamente viejos. Nadie hablaba. Esperábamos en silencio, roto únicamente por el sonido de las monedas al caer en la bandeja. Por fin, cuando la mayor parte de asientos estuvieron ocupados, la puerta se cerró, bien por si sola o bien alguien la empujó desde el exterior.

La única luz de la capilla era ahora la procedente de los dos cirios colocados a uno y otro lado del confesonario. Se oyeron algunas toses, alguien en la zona delantera carraspeó y a continuación se impuso un silencio expectante que habría permitido oír la caída de una aguja al suelo. El mismo escenario que en la habitación oscura de Paisaje del Páramo. Tuve la impresión de que me estallarían los oídos. De pronto me estremecí porque del confesonario salió una ráfaga de aire frío que avanzó hacia mí. Morgan extraía su poder de Golgoth al que convocaba. En medio del silencio, sonó estentórea su voz:

—¡Hermana mía! ¡Hermana mía! ¿Estás aquí?

Por toda respuesta resonaron tres fuertes golpes en el suelo de la capilla. Fueron tan fuertes que retembló todo el edificio y seguidamente se percibió un largo, profundo y estremecedor suspiro que salía de la oscuridad en la que estaba sumida la puerta de los penitentes.

—*¡Déjame en paz! ¡Déjame descansar!* —se oyó el quejumbroso lamento de una muchacha. Fue poco más que un susurro, pero estaba preñado de una gran angustia y parecía salir de la oscura puerta del confesonario. Eveline era un alma indecisa, bajo el control de su hermano, que no deseaba estar allí.

Él la hacía sufrir, pero la congregación no lo sabía y yo notaba el nerviosismo, la inquietud y la excitación de las personas que me rodeaban mientras aguardaban a que Morgan convocara a los amigos y familiares que la muerte les había arrebatado.

—Obedéceme primero y después descansarás —atronó la voz de Morgan.

Como respuesta a aquellas palabras, en la oscuridad de la puerta de los penitentes se perfiló una forma blanca. Pese a que Eveline se había ahogado cuando tenía alrededor de dieciséis años, su espíritu no aparentaba más edad que Alice. El rostro, las piernas y los brazos desnudos eran tan blancos como el vestido que llevaba. Éste se le pegaba al cuerpo, como si estuviera empapado de agua, y los cabellos caían lacios y mojados. La visión levantó una exclamación de sorpresa de la congregación,

pero lo que más atrajo mi mirada fueron los ojos grandes, luminosos, profundamente tristes de la joven. Jamás había contemplado un rostro tan impregnado de tristeza como el del fantasma de Eveline.

—*¡Aquí estoy! ¿Qué quieres?*

—*¿Hay alguien más contigo? ¿Otros que quieran hablar a algunos de los presentes en esta reunión?*

—*Sí, hay algunos. Tengo cerca el espíritu de una niña que se llama Maureen y querría hablar con Matilda, su querida madre...*

Al oír tales palabras, una mujer del banco delantero se puso de pie y tendió los brazos en actitud de súplica. Quería decir algo, pero le temblaba tanto el cuerpo de emoción que tan sólo profirió una especie de gruñido. Entonces la figura de Eveline se desvaneció en la oscuridad y en su sitio se movió una forma diferente.

—*¿Madre? ¿Eres tú, madre?* —gritó otra voz femenina desde el compartimento de los penitentes del confesonario. Esta vez la voz era de una niña muy pequeña—. *Ven, madre. ¡Por favor te lo pido! Te echo tanto de menos...*

La mujer abandonó su sitio y se dirigió con paso tambaleante y las manos tendidas hacia el confesonario. Los demás retuvieron el aliento y enseguida supe por qué: en la oscuridad de la puerta de la derecha se dibujaba una sombra desvaída, la de una niña de no más de cuatro o cinco años, cuya larga cabellera le caía sobre la espalda.

—*¡Cógeme la mano, madre! ¡Cógeme la mano, por favor!* —gritó la niña al tiempo que en la oscuridad de la puerta aparecía una manita muy blanca. La tendía hacia la mujer, que cayó de rodillas, la cogió ávidamente y se la llevó a los labios.

—*¡Oh, qué manita tan fría! ¡Qué fría está!* —exclamó la mujer, que rompió a llorar, y sus angustiados sollozos y su llanto resonaron en la capilla.

La escena se prolongó unos minutos hasta que por último la mano desapareció en el confesonario y la madre regresó, con paso vacilante, a su asiento.

Siguieron después escenas parecidas. A veces eran adultos, a veces niños, los que se materializaban en la oscuridad de la puerta de los penitentes. Atisbos de formas, rostros lívidos y, más raramente, manos tendidas bajo la luz de los cirios. Casi siempre había una intensa reacción emocional de los familiares o amigos que establecían contacto con los aparecidos.

Pasado un rato, me irritó el espectáculo y quise ponerle punto final. Morgan era un hombre listo y peligroso que se servía del poder de Golgoth para doblegar a aquellos espíritus primarios a su voluntad. Mientras era testigo de la angustia de los vivos y del tormento de los muertos, mi cabeza había registrado el tintineo de las monedas al caer en la bandeja de cobre.

Por fin terminó todo. La congregación de fieles abandonó la capilla y la puerta se cerró ruidosamente como empujada por una mano invisible.

Morgan no salió del confesonario enseguida, pero la oleada de frío se desvaneció gradualmente. Cuando salió y se me acercó, tenía la frente perlada de sudor.

—¿Cómo se encuentra mi querido padre después de la trampa en que cayó? —preguntó Morgan con sonrisa sarcástica—. ¿Disfrutó con el paseo a la granja Platt?

—El señor Gregory no es tu padre —dije en voz baja y con las piernas temblonas—. Tu verdadero padre fue Edwin Furner, un curtidor local. Todo el mundo conoce la historia, pero tú eres el único incapaz de afrontarla. No dices más que mentira tras mentira. Vayamos a Adlington y preguntemos a la gente; preguntemos, por ejemplo, a la hermana de tu madre, que todavía vive allí. Si todos me lo confirman, aceptaré lo que dices. Pero no creo que lo hagan. Tú si eres padre, ¡padre de la mentira! Y son tantas las que has dicho que hasta tú te las crees.

Lívido de rabia, Morgan me asestó un puñetazo que quise esquivar, pero seguía aturdido y mis reacciones eran muy lentas. El puñetazo me alcanzó de lleno en la sien, casi en el mismo sitio de antes. Y al derrumbarme de espaldas, golpeé las piedras con la nuca.

Esta vez no perdí totalmente la conciencia, pero Morgan me arrastró cogiéndome por los pies y acercó su rostro al mío. Noté sabor de sangre en la boca y a duras penas podía abrir un ojo, tan hinchado que casi no veía nada. Con todo, distinguí la expresión de Morgan y me gustó muy poco: tenía la boca torcida, los ojos brillantes y la mirada feroz. Era más el rostro de un animal salvaje que el de un hombre.

La Hogaza Redonda

—¡Has tenido tu oportunidad, pero la has perdido! Ahora te utilizaré para algo diferente. ¡Algo que no te gustará! ¡Toma, carga eso! —gruñó Morgan al tiempo que me arrojaba un objeto.

Era una pala. Casi no me había dado tiempo de cogerla cuando me indicó un saco muy voluminoso y tan pesado que tuvo que ayudarme para cargármelo en el hombro. Seguidamente, me empujó hacia la puerta de la capilla y, tras cruzarla, hacia la intemperie. Una vez fuera me quedé quieto y tembloroso, porfiando por sostener el saco, y sin atreverme a echar a correr por lo enfermo y débil que me sentía. De cualquier modo, aunque hubiera escapado corriendo, estaba seguro de que me habría atrapado a los pocos segundos y propinado otra paliza. Por otra parte, empezó a soplar viento del nordeste que arremolinó las nubes delante de las estrellas; no tardaría en volver a nevar.

Para incitarme a caminar me dio otro puñetazo y se situó detrás de mí empuñando un farol. No tardamos en iniciar la ascensión hacia el desolado páramo cubierto por la nieve y dejamos muy atrás el último de los ya desperdigados árboles. No tenía otra alternativa que continuar escalando la pendiente, pero si no caminaba tan aprisa como él quería, me propinaba un golpe en la espalda. Una vez resbalé y caí de bruces y el saco se me escapó de las manos. Eso me valió unos porrazos en las costillas tan fuertes que me aterraba volver a caerme.

Así pues, me ordenó que cogiera de nuevo el saco y seguimos andando por la nieve hasta que perdí la noción del tiempo. Por fin, al llegar a lo alto del páramo, me obligó a detenerme. Ante nosotros, a no mucha distancia, se elevaba un montículo demasiado liso y redondeado para ser natural; el manto de nieve que lo cubría relucía de blancura a la escasa luz de los astros. De pronto lo identifiqué: era la Hogaza Redonda, el túmulo que el Espectro me había enseñado cuando íbamos a ocuparnos del boggart de la granja La Piedra en la garganta de Owshaw, el montículo de tierra donde Morgan había desenterrado el libro de magia.

Hizo un gesto hacia el este y me empujó hacia delante. A unos doscientos pasos había una roca y, al llegar a ella, contó diez pasos en dirección sur mientras yo me decía para mis adentros qué posibilidades tenía de golpearlo con la pala y escapar. Pero continuaba sintiéndome muy débil y él era más alto y mucho más fuerte que yo.

—¡Cava aquí! —me ordenó señalando un punto en la nieve.

Lo obedecí. Atravesé el manto de nieve y llegué hasta la tierra oscura, que estaba helada, dura y costaba penetrarla. Me pregunté si pretendía hacerme cavar mi tumba... Cuando logré hundir la pala a un palmo y medio aproximadamente, topé

con la piedra dura.

—¡Cuántos necios han estado cavando en ese túmulo una vez tras otra! —dijo señalando la Hogaza Redonda, que ahora quedaba detrás de nosotros—. Aun así, jamás hallaron lo que encontré yo. Bajo tierra hay una estancia, pero la entrada está mucho más retirada de lo que cree la gente. Bajé a ella por última vez la noche después de la muerte de mi madre y desde entonces trato de devolver el libro a su sitio. De momento, deja al descubierto la piedra... todavía queda mucho trabajo.

Me aterraba que la sospecha de que quisiese convocar a Golgoth aquella misma noche fuese cierta, pero hice lo que me ordenó. Cuando terminé de excavar, me quitó la pala de las manos y, utilizándola como palanca, removié la piedra, encajada en su lecho, y socavándola, la apartó a un lado. La operación le llevó mucho rato. En cuanto lo hubo conseguido, empezó a nevar, el viento azotó el páramo y las ráfagas arrecieron cada vez con más fuerza. Otra ventisca en puertas.

Sostuvo el farol sobre el boquete y, al iluminarlo, vi unos peldaños que descendían y se perdían en la oscuridad.

—¡Vamos, abajo! —me gritó, y levantó el puño con aire amenazador.

Lo obedecí de nuevo y, mientras yo bajaba con enormes precauciones, puesto que me era difícil mantener el equilibrio por el peso del saco, él sostenía el farol. Eran diez peldaños en total, y al llegar al último, me hallé ante un estrecho pasadizo. Morgan había depositado el farol en el primero de todos, junto a la abertura, y hacía grandes esfuerzos para volver a colocar la roca en su sitio. En un primer momento pensé que le costaría lograrlo, pero finalmente consiguió encajarla en su sitio con un golpe sordo, con lo que quedamos los dos prisioneros de aquella especie de tumba para muertos. A continuación bajó los peldaños con el farol y la pala en las manos y me ordenó que yo fuera delante. No me quedó más remedio que obedecerlo una vez más.

A mis espaldas él sostenía el farol muy alto, de manera que se proyectaba mi sombra por delante en el túnel, recto y a nivel. Suelo, paredes y techo eran de barro, aunque a intervalos había refuerzos de madera para afianzar el techo. De hecho, éste se había derrumbado en un punto, lo que casi nos cortó el paso y me obligó a descargar el saco y arrastrarlo a través de la angosta abertura. El estado del túnel me inquietaba porque, si se producía un derrumbamiento, quedaríamos enterrados vivos o sepultados por toda la eternidad. Tenía perfecta conciencia del enorme peso que suponía la tierra que teníamos encima.

El pasadizo desembocó finalmente en una gran estancia ovalada. Era muy amplia, de tal manera que sus generosas dimensiones eran equiparables a las de una iglesia grande, y tanto los muros como el techo eran de piedra. Pero lo más asombroso era el suelo: a primera vista parecía embaldosado, pero después me di cuenta de que se trataba de un elaborado mosaico que reproducía todo tipo de figuras monstruosas gracias a la cuidadosa colocación de miles de piedrecillas de diferentes colores. Algunas de esas representaciones eran seres fantásticos acerca de los cuales había

leído comentarios en el Bestiario del Espectro. De otras, sólo tenía idea por haberlas entrevisto en las pesadillas: híbridos grotescos como el minotauro, medio toro y medio hombre; gusanos gigantes con largos cuerpos serpentinos y mandíbulas rapaces; así como un basilisco o serpiente con patas, de cabeza crestada y ojos penetrantes y asesinos. Cada una de las bestias bastaba para llamarme la atención, pero hubo una cosa que acaparó de inmediato mi mirada...

En el centro exacto del pavimento había tres círculos concéntricos, trazados con piedras negras, y en su interior, una estrella de cinco puntas. La identifiqué al momento y se confirmaron mis peores miedos. Se trataba de un pentáculo, elemento utilizado por los magos para formular encantamientos o convocar a los demonios de las tinieblas. Pero aquél era obra de los primeros hombres que llegaron a Anglezarke para convocar a Golgoth, el más poderoso de los antiguos dioses. Y ahora Morgan se serviría de él.

Parecía que sabía muy bien qué quería ya que se puso manos a la obra. Lo primero que me ordenó fue que limpiara el pavimento hasta que quedara reluciente, de manera especial la zona central del mosaico que reproducía aquel dibujo.

—Aquí no debe haber ni la más pequeña mota de polvo, ya que de lo contrario se iría todo al garete —aseguró.

No me molesté en preguntarle a qué se refería porque ya me imaginaba que iba a celebrar el ritual más funesto del libro de magia: convocaría a Golgoth mientras nosotros quedábamos protegidos en el centro del pentáculo. Pero la limpieza era vital porque el polvo podía interferir en las defensas de éste.

En el extremo más apartado de la estancia había varios barrenos grandes, uno de los cuales contenía sal, y en el saco que yo había transportado se hallaban, entre otras cosas, el libro de magia, un gran frasco de agua y algunas telas. Yo debía restregar el mosaico con sal sirviéndome de un paño humedecido con agua y dejarlo tan impoluto como él deseaba.

Dediqué a la tarea lo que me parecieron horas. De vez en cuando miraba alrededor y trataba de descubrir si en la estancia había algo que me sirviera para sobreponerme a Morgan y escapar. Debía de haber dejado la pala en el pasadizo porque no la vi en ningún sitio, ni nada tampoco que pudiera utilizar como arma. Sin embargo, observé en el muro, cerca del pavimento, una gran anilla de hierro, y me pregunté qué utilidad tendría; tal vez se empleara para sujetar a un animal.

Pronto lo averigüé, pues así que terminé de fregar el suelo hube de sufrir el horror de soportar que él me agarrara, me arrastrara hasta el muro y, atándome fuertemente las manos a la espalda, me sujetará con un resto de cuerda a la anilla. Acto seguido comenzó los preparativos con toda ceremonia. Sentí auténticas náuseas cuando advertí qué ocurriría: Morgan actuaría desde el interior del pentáculo, protegido frente a cualquier peligro que pudiera surgir en la sala, mientras que yo permanecería

sujeto a la anilla, privado de toda defensa. ¿Acaso iba a ser yo objeto de algún tipo de sacrificio? ¿Era ésa al principio la utilidad de aquella anilla? Me vino a la memoria entonces que había explicado el Espectro sobre el perro de la granja: cuando Morgan había intentado el ritual en su habitación, el animal había muerto de miedo...

A continuación sacó del saco cinco gruesos cirios negros que colocó en cada una de las puntas de la estrella. Abrió después el libro de magia y, mientras iba encendiendo los cirios, leyó en voz alta un breve exorcismo del libro. Hecho esto, se sentó con las piernas cruzadas en el centro del pentáculo y, manteniendo abierto el libro, me miró fijamente y me preguntó:

—¿Sabes qué día es hoy?

—Es martes.

—¿Y qué fecha? —Sin esperar mi respuesta, contestó a su propia pregunta—: Hoy es veintiuno de diciembre, el solsticio de invierno. El punto medio exacto del invierno en que los días comienzan a alargarse gradualmente. O sea que la noche será larga, la más larga del año. Y cuando haya terminado, sólo uno de los dos abandonará esta estancia. Tengo intención de convocar a Golgoth, el más poderoso de los antiguos dioses. Y voy a hacerlo aquí, en el mismo sitio donde lo hacían los antiguos. Este túmulo está construido en un lugar de gran poder donde convergen las vías prehistóricas, pues en el centro del pentáculo donde estoy sentado se cruzan por lo menos cinco de dichas vías.

—¿No será peligroso despertarlo? —pregunté—. Tal vez entonces el invierno se prolongue durante años.

—¿Y eso qué importa? El invierno es mi estación.

—No habrá cosechas y la gente morirá de hambre.

—¡Qué más da! Los débiles mueren siempre. Los herederos de la tierra son los fuertes. El rito de emplazamiento hará que Golgoth no tenga más recurso que obedecer. Y quedará prisionero aquí, dentro de esta sala, hasta que yo lo libere; sujeto hasta que me entregue lo que yo deseo.

—¿Y qué deseas? ¿De qué te servirá hacer daño a tanta gente?

—¡Deseo poder! ¿Hay algo más que merezca la pena? Golgoth me lo dará: capacidad para helar la sangre en las venas de un hombre, de matarlo con una mirada. Todos los hombres me temerán. Y en las profundidades de un largo y frío invierno, cuando yo mate, ¿sabrá alguien que he sido yo quien ha segado aquella vida? ¿Quién podrá demostrarlo? John Gregory será el segundo en morir, pero no el último. Y tú morirás antes que él. —Morgan soltó una risita—. Tú formas parte del cebo, parte de la carnada para atraer al dios hasta aquí. La última vez tuve que arreglármelas con un perro, pero es mucho mejor un ser humano. Golgoth te arrebatará la última chispa de vida del cuerpo y se la añadirá al suyo. Y también se apoderará de tu alma. De manera que tanto tu cuerpo como tu alma se extinguirán en un instante.

—¿Estás seguro de que ese pentáculo te protegerá? —le pregunté, procurando no pensar en lo que acababa de decir e intentando sembrarle la duda en la mente—. Los

ritos tienen que ser muy precisos. Sólo que olvides algo o que pronuncies mal una palabra, no surtirá efecto. En tal caso, ninguno de los dos abandonaría nunca esta estancia y los dos seríamos aniquilados.

—¿Quién te ha contado eso? ¡El viejo loco de Gregory, seguro! —se mofó Morgan—. ¿Sabes por qué dice todas esas cosas? Porque no tiene agallas para intentar algo realmente ambicioso. Sólo sirve para formar aprendices bobalicones y enseñarles a cavar pozos inútiles y rellenarlos de nuevo. Pasó años tratando de impedirme que realizara este rito e incluso me hizo jurar por mi madre que no volvería a intentarlo nunca. Como yo la quería tanto, respeté la promesa, pero al morir ella me liberé por fin de mi juramento y conseguí apoderarme de lo que me pertenecía. El viejo Gregory es mi enemigo.

—¿Por qué lo odias tanto? ¿En qué te ha perjudicado? Todo lo que hace es beneficioso. Él es mucho mejor que tú, un hombre muy generoso. Ayudó a tu madre cuando tu verdadero padre la abandonó, te instruyó e incluso te ayudó cuando tú te inclinaste por lo Oscuro en lugar de darte tu merecido. Eres peor que las brujas malvadas y eso que él tiene a una viva metida en un pozo.

—Podría haber hecho eso conmigo, es verdad —repuso en voz baja y malévola—. Pero ya es tarde. Tienes razón: lo odio. Yo nací con una veta tenebrosa en mi alma que fue creciendo hasta convertirme en lo que ahora tienes delante. El viejo Gregory es servidor de la Luz, mientras que yo pertenezco a lo Oscuro. Por eso es mi enemigo natural. La oscuridad odia la luz. Siempre ha sido así.

—¡No! —grité—. No tiene por qué ser así. Tienes elección y puedes hacer de ti lo que quieras. Si amabas a tu madre quiere decir que eres capaz de amar y no tienes por qué pertenecer necesariamente a lo Oscuro, ¿comprendes? Nunca es tarde para cambiar.

—¡Ahorra palabras y guarda silencio! —me espetó, malhumorado—. Hemos hablado demasiado. Ha llegado el momento de empezar el rito...

Se produjo un momento de silencio durante el cual sólo oía los latidos de mi corazón. Después Morgan entonó un cántico del libro de magia y su voz fue subiendo y bajando en un sonsonete rítmico que recordaba al que adoptan los sacerdotes delante de los fieles. Gran parte de las palabras las pronunciaba en latín, pero algunas pertenecían a una lengua que no identifiqué. Y así siguió la ceremonia sin que ocurriera nada de particular. Abrigué la esperanza de que el rito no fuese operativo, que aquel hombre hubiese cometido algún error y, por lo tanto, Golgoth no se presentase. Sin embargo, no tardé en advertir algún cambio.

El frío que hacía en la estancia se intensificó cada vez más. Se trataba de un cambio muy lento y gradual, como si estuviese acercándose algo muy grande que viniese de muy lejos. Era aquel frío especial que ya había experimentado alguna vez cerca de Morgan, el poder que le venía de Golgoth.

Me cuestioné qué probabilidades tenía de que me rescatasen, pero no tardé en llegar a la conclusión de que eran, en realidad, muy pocas, puesto que nadie conocía la entrada de aquel túnel. Pese a que yo había excavado la tierra y puesto la piedra al descubierto, el tiempo había empeorado y la ventisca volvería a cubrirla de nieve dentro de muy poco. ¿Acaso el Espectro me echaría tanto de menos que se lanzaría en mi busca desafiando la ventisca? Si por lo menos iba a la tienda de Andrew, tal vez Alice le diría hacia dónde había dirigido mis pasos. Pero aunque fuera a la capilla, ¿existía la posibilidad de que encontrase mi cayado? Éste había quedado olvidado en el soto, al otro lado de la cerca, y ahora la nieve lo habría cubierto ya.

A todo esto descubrí que podía mover un poco las manos. ¿Podría aflojar, tal vez, la cuerda y conseguir soltarlas? Probé, forcejeé juntándolas y separándolas, retorciendo muñecas y dedos. Morgan no se daba cuenta de mis intentos porque estaba demasiado ocupado entonando las palabras del rito, sin hacer pausas siquiera al pasar las hojas del libro. De pronto, al mirarlo, observé algo más: la sala parecía haberse poblado de sombras, sombras que no correspondían a la posición de los cinco cirios, y además, se movían en su mayoría. Algunas parecían humo oscuro, otras eran como una especie de neblina blanca o grisácea, y todas se retorcían en el borde exterior del pentáculo, como si intentasen introducirse en él.

¿Qué eran? ¿Se trataba tal vez de almas indecisas, atrapadas accidentalmente por el poder del rito y atraídas hasta aquel lugar en contra de su voluntad? ¿O eran quizá los espíritus de aquellos que habían sido enterrados en el túmulo y sus alrededores? Eso parecía lo más probable, ya que se trataba de un rito coactivo. Pero ¿qué ocurriría si me descubrían? No podían hacer nada contra Morgan porque él estaba protegido, pero ¿y si advertían mi presencia?

Así que me planteé esa posibilidad, percibí leves murmullos en torno a mí. Costaba captar el sentido de lo que oía, pero se destacaba alguna que otra palabra. Entendí dos veces la palabra «sangre» y también «hueso», y después, con perfecta claridad, mi propio apellido: Ward.

Me puse a temblar de manera incontrolable, pero aunque tenía miedo, traté de combatirlo con todas mis fuerzas. El Espectro me había dicho muchas veces que lo Oscuro se alimenta del terror o sea que el primer paso a dar para derrotarlo es enfrentarse a los propios miedos y superarlos. Así pues, lo intenté, lo intenté de veras, pero era una empresa muy difícil, puesto que yo no me enfrentaba a lo Oscuro armado con las habilidades que había aprendido: ni estaba de pie con un cayado de serbal en la mano, ni era capaz de arrojar sal y hierro, sino que era un prisionero maniatado, totalmente desvalido, en tanto que Morgan tal vez realizaba el ritual más peligroso que ha intentado nunca un mago. Y yo formaba parte de dicho ritual, yo era una chispa de vida ofrecida a Golgoth para obligarlo a acercarse hasta la sala. Y según Morgan, tan pronto como apareciese, no sólo me arrebataría la vida sino también el alma. Yo siempre había creído que viviría después de muerto, mas ¿también me arrebataría esa posibilidad, o incluso mataría mi alma?

Pero los susurros fueron desvaneciéndose gradualmente al mismo ritmo que las sombras y hasta me dio la impresión de que el ambiente era un poco más cálido. Se aquietaron un tanto mis temblores y suspiré de alivio, pero Morgan seguía con su sonsonete y continuaba pasando páginas. Me dio por pensar que en algún punto había cometido un error y fracasado, si bien no tardé en comprobar que me equivocaba.

El frío volvió y con él las figuras de humo que se contorsionaban y se retorcían en los bordes del pentáculo. Y esta vez fue aún peor porque reconocí a uno de aquellos evanescentes aparecidos: tenía la forma de Eveline, de grandes ojos cargados de tristeza.

Los susurros se intensificaron y ahora estaban tan llenos de odio y furia que casi podía catarlos. Eran cosas invisibles que se retorcían sobre mi cabeza, la rozaban, hasta el punto de notar en la cara la corriente de aire que provocaban, y agitaban mis cabellos. Pero la amenaza no tardó en hacerse más palpable: dedos que no veía me tiraban del pelo o me pellizcaban el cuello y la cara y notaba en la frente, la nariz y la boca un aliento frío y nauseabundo que me asqueaba.

De nuevo quedó todo en silencio, aunque no por mucho tiempo. El frío aumentó de nuevo y se congregaron una vez más los aparecidos. Y así siguió la situación, minuto tras minuto, hora tras hora, durante la noche más larga del año. No obstante, cada vez eran más cortos los espacios de calma y tranquilidad y más prolongados los de espanto. Pero en lo que ocurría existía un ritmo. El rito cobraba fuerza, como las olas de una marea que se acerca a una playa pedregosa y abrupta: cada ola más impetuosa y más fuerte que la anterior, cada ola arrastrando más piedras. Y en el punto culminante de la actividad, se intensificaba el tumulto: voces que atronaban mis oídos y esferas de una ominosa luz morada en torno al pentáculo que llegaban hasta casi el techo de la estancia. Y finalmente, después de lo que se me antojaron horas de cánticos a cargo de Morgan, consiguió lo que se había propuesto...

Golgoth acudió a la llamada.

Golgoth

Durante largos y aterradores minutos oí a Golgoth y percibí su creciente proximidad. El suelo tembló y pareció como si un gigante enfurecido ascendiera hasta nosotros desde las entrañas de la tierra, un gigante de enormes garras que pulverizase la sólida roca en su avidez de abrirse paso hasta la estancia.

De haber sido Morgan, me habría sentido aterrado, petrificado de miedo, incapaz de proferir una sola palabra y habría interrumpido el ritual porque era una locura continuarlo. Pero él no se detuvo, sino que continuó leyendo el libro de magia. Estaba rendido a lo Oscuro porque perseguía, al precio que fuera, el poder que tanto anhelaba.

Pese al estruendoso fragor procedente de las profundidades, ya no soplaba ni un hálito de viento, aunque las llamas de los cinco cirios continuaban titilando y estuvieron a punto de apagarse. Me hubiera gustado saber qué función cumplían en el ritual. ¿Tal vez formaban parte vital de las defensas del pentáculo? Parecía probable. Quizá, si se apagaban, Morgan correría el mismo peligro que yo. Las llamas vacilaron de nuevo, pero él no evidenció signo alguno de miedo. Estaba totalmente absorto en el ritual y continuó entonando los cánticos del libro, ajeno al peligro.

El suelo retembló de forma aún más violenta y se oyeron inquietantes y estentóreos sonidos que procedían de muy abajo. Ahora eran tantos los aparecidos congregados en torno al pentáculo que formaban una masa neblinosa blanca y grisácea alrededor de éste y ya no se diferenciaban sus formas individuales. Era como un torbellino de energía que presionaba contra la invisible barrera que señalaba el límite del pentáculo y amenazaba con romperla en el momento más imprevisto.

De durar un momento más, estoy seguro de que habría ocurrido, pero sucedió algo que eliminó a los aparecidos de la sala y los devolvió probablemente al lugar de donde venían. Al mismo tiempo que se desprendía una lluvia de piedras del techo, se oyó una especie de rugido, algo así como una baraúnda de sonidos compuesta de crujidos y resquebrajamientos que me impulsó a mirar hacia la derecha, al fondo del túnel desde donde habíamos llegado a la estancia: una avalancha de tierra se precipitaba y el techo se venía abajo, de modo que nos dejaría encerrados dentro, en medio de una confusión de polvo y escombros. Comprendí, lleno de desesperación, que el túnel había quedado totalmente bloqueado. Independientemente de lo que pudiera ocurrir, estaba prisionero para siempre.

En aquel momento incluso la muerte habría visto con buenos ojos, ya que por lo menos mi alma habría sobrevivido. Puesto que sabía que muy pronto llegaría Golgoth y tanto mi cuerpo como mi alma quedarían aniquilados. Sería la extinción total. Fue

tal el miedo que sentí que se me estremeció absolutamente todo el cuerpo.

Pero de repente se produjo un cambio: Morgan dejó de entonar cánticos sin previo aviso y se quedó con la mirada fija en sus pies. El terror le desorbitaba los ojos y se le cayó el libro que sostenía en las manos; se dirigió al borde del pentáculo, dio un paso hacia mí y abrió la boca hasta desencajarla. Su mirada reflejaba puro terror.

Primero pensé que quería hablar o gritar. Pero ahora, reconsiderándolo, me doy cuenta de que trataba de respirar.

Se le habían formado cristales de hielo en los pulmones. El paso que dio sería el último de su vida y el abrir la boca, el postrer movimiento consciente que realizó. Se quedó congelado ante mis ojos; literalmente congelado, envuelto de pies a cabeza en un finísimo polvillo blanco de hielo. Después cayó de bruces y, cuando golpeó el suelo con la frente, los brazos y los hombros, se rompió en mil pedazos como una estalactita de hielo. Su cuerpo era cristal quebradizo hecho añicos. Morgan había quedado disgregado, pulverizado, si bien de sus venas no salió ni una gota de sangre porque había quedado helado hasta el tuétano de los huesos. Había muerto. Muerto y desaparecido para siempre.

Supongo que cometió una terrible equivocación durante el ritual y Golgoth se materializó en el pentáculo para aniquilar al nigromántico. Así pues, dentro de los tres círculos concéntricos, se cernía ahora una presencia. A pesar de las oscilantes llamas de los cinco cirios, me era imposible verla, pero sabía que estaba ahí y notaba que sus ojos hostiles me miraban con fijeza.

Percibí que el dios deseaba desesperadamente escapar porque, si salía de aquel ámbito, tendría libertad para imponer su voluntad en todo el condado y sumirlo en décadas de glacial invierno. Las llamas de los cirios volvían a danzar como movidas por un hálito invisible, pero yo no podía hacer nada. Estaba aterrado. Y me percaté de que no me sería posible salvar el condado de ninguna manera, puesto que me hallaba sujeto a la anilla de hierro y sólo podía esperar lo que me deparase el destino.

Pero en aquel momento Golgoth me habló desde el pentáculo...

—Hay un loco muerto delante de mí. ¿Eres tú otro loco?

Su voz resonó en la estancia y despertó ecos en todos los rincones. Era como un viento desapacible que barriese la nieve de las torvas cumbres de Anglezarke.

No respondí, pero la voz volvió a sonar, esta vez más baja pero más áspera, como el sonido chirriante de una lima al frotar un cubo metálico.

—¿Tienes lengua, mortal? Si es así, habla o te congelaré y te pulverizaré igual que he hecho con ese loco.

—No soy un loco —respondí.

Los dientes me castañeteaban de miedo y frío.

—Me alegra saberlo, porque si disfrutas de esa bendición que es la cordura, antes de que termine la noche puedo encumbrarte de manera que sobrepases a la persona más importante de estas tierras.

—Soy feliz tal como estoy —repuse.

—Sin mi ayuda, perecerás aquí dentro. ¿Es morir lo que quieres? ¿Tal vez eso te haría feliz? —No respondí—. Lo único que tienes que hacer es sacar un cirio del círculo. Nada más que uno y entonces yo seré libre y tú vivirás.

Sujeto a la anilla como estaba, me encontraba a varios pasos de distancia del cirio más próximo, de modo que no sabía cómo esperaba Golgoth que lo alcanzase. Pero aunque hubiera sido posible, tampoco quería hacerlo. No tenía derecho a salvar mi vida a expensas de los miles de personas del condado que sufrirían las consecuencias de mi acto.

—¡No! —grité—. No lo haré...

—Aunque esté atrapado dentro de los límites de este círculo, puedo llegar hasta ti. ¡Y te lo demostraré!

El pentáculo irradió frío y el mosaico quedó blanco de escarcha; en él se formaron cristales de hielo, de modo que el helor penetró en mi carne desde el pavimento y me entumeció los huesos hasta el tuétano. Recordé entonces la advertencia de Meg al salir de casa: «... abrígate bien y guárdate del frío. Las heladas te arrancarán los dedos uno a uno...».

Sentía el frío más agudo a mi espalda, precisamente en el punto donde tenía las manos sujetas a la anilla y, al notario, imaginé que la sangre ya no circulaba por mis dedos helados y que éstos se quedaban ennegrecidos y quebradizos, como si estuvieran a punto de romperse igual que los vástagos muertos de las ramas secas. Abrí la boca para gritar y la frialdad del aire me hirió la garganta. Pensé en mi madre; no volvería a verla nunca más. Pero de pronto caí de lado, liberado de la anilla de hierro. Me volví y la vi hecha pedazos al pie del muro. Golgoth la había congelado y pulverizado para liberarme, con la intención de que cumpliera su mandato. De nuevo me habló desde el pentáculo, aunque esta vez su voz se me antojó más débil.

—Mueve el cirio de su sitio. Hazlo ahora mismo o te quitaré algo más que la vida. Aniquilaré también tu alma...

Aquellas palabras me hicieron sentir un frío más intenso aun que el que había hecho pedazos la anilla de hierro. Morgan estaba en lo cierto: era mi alma la que estaba en riesgo. Y si quería salvarla, no me quedaba más remedio que obedecer. Todavía tenía las manos atadas a la espalda, desprovistas de tacto, pero era capaz de ponerme de pie, acercarme al cirio más próximo y desplazarlo de un puntapié. Sin embargo, me detuve a pensar en cuántos sufrirían a consecuencia de mi acción: los viejos y los niños, antes que nadie, serían las primeras víctimas del riguroso invierno y los niños de pecho morirían en sus cunas. Pero, por encima de todo, la amenaza más importante era que la tierra no daría frutos y el año próximo no se recogerían cosechas. ¿Cuántos años duraría esa situación? El ganado tampoco tendría qué comer; sólo habría hambre y miles de personas perecerían. Y de todas esas desgracias tendría yo la culpa.

Si pegaba un puntapié al cirio salvaría mi vida y también mi alma. Pero mi deber primordial era el condado. Tal vez no volviera a ver a mi madre nunca pero, si dejaba

en libertad a Golgoth, no podría mirarla a los ojos en caso de que nos encontráramos de nuevo, porque se avergonzaría de mí si yo no había sido capaz de afrontar aquella calamidad. Cualquiera que fuera el precio, debía hacer lo adecuado. ¡Era mejor sumirse en el olvido y desaparecer que vivir para experimentar cosa parecida!

—¡No lo haré! —grité—. Antes morir que dejar que seas libre...

—¡Muere, entonces, loco! —exclamó Golgoth, e inmediatamente el frío se hizo más intenso.

Por consiguiente, cerré los ojos y aguardé el final, puesto que ya sentía cómo el embotamiento se apoderaba de mi cuerpo. Por extraño que parezca, se me pasó el miedo, me resigné y acepté lo que ocurriera.

Seguramente perdí la conciencia a causa del frío porque recuerdo haber abierto los ojos.

Reinaba la tranquilidad y el silencio en la estancia y el ambiente era mucho más cálido. Comprobé aliviado que Golgoth ya no estaba, ni sentí su presencia. Pero ¿por qué no había cumplido su amenaza?

El pentáculo estaba intacto y los cinco cirios seguían ardiendo. Encerrada en sus límites, yacía una figura tendida de bruces. Por el manto que la cubría, identifiqué a Morgan, pero desvié la mirada con rapidez: el blanco había sido sustituido por el rojo; los fragmentos de Morgan se derretían.

Lo que más me sorprendió fue estar vivo aún. Pero ¿cuánto tiempo lo estaría? Me hallaba prisionero, y los cirios no tardarían en agotarse y extinguirse y yo me sumiría para siempre en la oscuridad.

Sin embargo, como anhelaba vivir, comencé a luchar desesperadamente contra aquella cuerda que me sujetaba. Aunque ya no estaba amarrado a la anilla de hierro, continuaba con las manos atadas a la espalda y sentía alfilerazos en ellas, aunque la circulación había empezado a restablecerse. Si por lo menos conseguía liberarlas, me serviría de los cirios haciéndolos arder sucesivamente y así disfrutaría de más horas de luz. Y aunque el pasadizo estaba obstruido, utilizaría las manos desnudas para excavar la tierra. Valía la pena intentarlo. Suponía que la tierra estaría blanda y era posible que sólo hubiera quedado bloqueada una parte del túnel. ¡A lo mejor incluso localizaba la pala!

Momentáneamente, sentí renacer la esperanza. Pero la cuerda no cedía y mis intentos por liberarme de ella sólo conseguían sujetarme con más fuerza. Me acordé de los meses de aquella primavera en que me había convertido en el aprendiz del Espectro: Lizzie *la Huesuda* me había tenido sujeto en un pozo y tratado de matarme y de hacerse con mis huesos para sus prácticas de magia negra. Aunque intenté resistirme, no logré escapar y me salvó Alice sirviéndose de un cuchillo para liberarme. ¡Cómo deseaba ahora que mi amiga me ayudara! Pero era imposible. Estaba solo y nadie sabía dónde me encontraba.

Poco después renuncié a la frenética lucha para librarme de la atadura. Me tendí en el suelo, cerré los ojos y traté de reunir fuerzas para hacer un esfuerzo final. Fue entonces cuando, mientras yacía totalmente inmóvil y tras haber conseguido que mi respiración fuese casi normal, tuve una idea: con la llama de un cirio del pentáculo quemaría la cuerda que me sujetaba. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Rápidamente, me senté. Se me acababa de presentar una verdadera oportunidad. Pero en aquel preciso instante oí un ruido procedente del túnel obstruido.

¿Qué sería? ¿Acaso el Espectro había descubierto la situación y venía a rescatarme? Pero el ruido no parecía el de una pala, sino más bien el de algo que escarbase en la tierra desprendida. ¿Se trataría de una rata? El ruido era cada vez más intenso. ¿Sería más de una, en todo caso? ¿Una manada de ratas que vivían en las profundidades del túmulo? Dicen que se lo comen todo; se cuenta incluso que algunas han robado a niños recién nacidos mientras dormían en sus cunas. ¿Y si habían olido carne humana? ¿O quizá querían devorar los restos del cadáver de Morgan? ¿Y después, qué? ¿Se dedicarían a mí y me atacarían incluso estando vivo?

El ruido fue creciendo. Algo minaba el túnel obstruido en dirección a la estancia; algo arañaba la tierra y se abría camino. Miré, fascinado y aterrado a la vez, el pequeño agujero que iba apareciendo a media altura, entre el techo y el suelo de la sala, y los desmoronamientos que se acumulaban en los bordes del mosaico. Entonces noté una corriente de aire que hizo vacilar las llamas de los cirios. Aparecieron dos manos, pero no eran humanas; vi unos dedos largos aunque, en lugar de uñas, poseían diez zarpas curvas que se habían abierto camino hasta la estancia. Antes de que apareciera la cabeza supe, pues, de quién se trataba.

La lamia salvaje había conseguido escapar de la manera que fuera de la bodega del Espectro y me había olido. Marcia Skelton buscaba mi sangre.

La trampa

La lamia deslizó el cuerpo por el boquete y se dejó caer en el suelo de mosaico. Husmeó un par de veces, pero no me miró. Escabullándose a gatas con la cabeza gacha y arrastrando la larga, grasienta y negra cabellera por el suelo, se acercó al borde del pentáculo y, al hacerlo, sus zarpas arañaron con aspereza el mármol del pavimento. Entonces se detuvo y volvió a aspirar ruidosamente al tiempo que miraba los restos de Morgan.

Me quedé muy quieto, incapaz de creer que no me hubiera atacado aún. Morgan acababa de morir, pero seguramente ella prefería la sangre fresca de una persona viva. Entonces oí otro ruido procedente del túnel. Se acercaba algo más...

Aparecieron otro par de manos, pero éstas de dedos humanos provistos de uñas en lugar de afiladas garras. Me bastó un rápido vistazo para saber de quién se trataba: pronunciados pómulos, ojos penetrantes y cabellos de un gris plateado... era Meg.

Salió gateando, se sacudió el polvo de encima y vino directa hacia mí. Debía de haber dejado los zapatos puntiagudos fuera, pero el rumor de sus pies desnudos al acercarse era aterrador. No me extrañaba que la lamia salvaje se mantuviera a distancia. Meg me quería sólo para ella y, después de todo lo que había ocurrido, no cabía esperar misericordia.

Se arrodilló a cortísima distancia y sonrió con malicia.

—Estás a un paso de la muerte —me dijo, e inclinándose para acercármeme más, abrió desmesuradamente la boca y dejó a la vista los blancos dientes, ansiosos de morderme. Sentí su aliento en el rostro y el cuello y me eché a temblar. Pero entonces se inclinó un poco más y, sorprendido, observé que mordía la cuerda que me tenía sujetas las manos—. Pocos son los seres humanos que han estado tan cerca de una lamia y han sobrevivido para contarlo —apostilló, antes de ponerse de pie—. ¡Considérate afortunado!

A pesar de estar libre, me quedé sentado, con la mirada fija en su boca abierta, porque me sentía demasiado débil para moverme.

—¡Levántate, muchacho! —me ordenó—. ¡No vamos a pasarnos aquí toda la noche! John Gregory te está esperando, deseoso de saber qué ha ocurrido en esta caverna.

Me puse de pie y me tambaleé un momento debido a la debilidad y las náuseas, temiendo derrumbarme sin remedio. ¿Por qué me ayudaba? ¿Qué habría ocurrido entre ella y el Espectro? Él le bajaba comida al sótano y sostenían largas conversaciones... ¿Acaso me ayudaba porque el Espectro se lo había pedido? ¿Quizá volvían a ser amigos?

—Coge el libro de magia —me indicó señalando el pentáculo—. Yo no puedo entrar en ese círculo, ni tampoco Marcia...

Di un paso hacia allí, pero me detuve al ver que el libro se hallaba en medio de un charco de sangre. Me repugnaba tocarlo, y de cualquier manera ya se habría echado a perder. Tras un vistazo a los restos de Morgan, se me revolvió el estómago y giré la cabeza, decidido a borrar aquella imagen de mis pensamientos; no quería verla de nuevo en mis pesadillas.

—Haz lo que te he dicho. ¡Coge el libro! —me ordenó Meg de nuevo, levantando ligeramente la voz—. A John Gregory no le haría nada de gracia que lo dejases aquí porque alguien podría encontrarlo.

Así pues, entré en el pentáculo y recogí el libro, mojado de sangre y pegajoso. Al olerlo, noté que se me revolvía de nuevo el estómago y me entraban ganas de vomitar, aunque traté de aguantarme. Por fin salí después de coger el cirio más próximo, porque no me gustaba la idea de volver a enfilar a oscuras el túnel acompañado de dos brujas lamia.

Al retirarlo seguramente rompí el poder del pentáculo y pensé que Marcia entraría en él para alimentarse. Pero husmeó un momento el cadáver y se dio media vuelta. Meg abrió la marcha y su hermana me seguía, y yo deseé que no se me acercara demasiado.

Salimos a la pálida luz que precede al alba. Había soplado la ventisca y ahora nevaba mansamente. El Espectro, que esperaba en la entrada, se agachó para tenderme la mano. Yo solté el negro cirio en la nieve, me agarré a su mano izquierda y de un tirón salí al exterior. Me siguió de inmediato la lamia salvaje, que trepó y emergió a la superficie nevada.

Quise explicarme, pero mi maestro se llevó un dedo a los labios indicándome que guardara silencio.

—Cada cosa a su tiempo. Ya me lo contarás después —dijo—. ¿Ha muerto Morgan? —Al ver que yo asentía, añadió—: Pues ésa puede ser su tumba.

A continuación se acercó a la piedra que servía para tapar la entrada, la agarró con fuerza por el borde, la desplazó y, balanceándola junto al agujero, la encajó en su sitio. Hecho esto y puesto de rodillas, sirviéndose tan sólo de las manos desnudas, cubrió la piedra con la tierra suelta y la nieve. Satisfecho por fin, se puso de pie.

—Dame el libro, muchacho.

Se lo tendí, contento de desprenderme de él. El Espectro lo cogió y miró la cubierta, pero al pasárselo a la otra mano, se le quedaron los dedos manchados de sangre. Triste y preocupado, emprendió el descenso de los altos del páramo y regresamos a su casa de invierno. Cada vez que yo giraba la cabeza para mirar atrás, veía que las dos brujas lamia nos seguían muy de cerca.

Ya en casa, el Espectro me llevó a la cocina, encendió la chimenea con carbón y, así

que prendió un buen fuego, se dispuso a preparar el desayuno. Aunque me brindé una vez a ayudarlo, me indicó con un gesto que siguiese sentado en mi silla.

—Recupera fuerzas, muchacho. Es mucho lo que has pasado.

Cuando noté el olor de los huevos y las tostadas, me repuse bastante. Meg y su hermana habían bajado a la bodega, pero yo no quería hablar de ellas, pues creía que era mejor que fuera el propio Espectro quien me contara qué había ocurrido. No tardamos en sentarnos los dos a la mesa delante de un magnífico plato. Tras rebañarlo y casi recuperado del todo, me senté de nuevo en mi silla.

—Bien, muchacho, ¿te apetece hablar ahora? ¿O quieres que lo dejemos para más tarde?

—Prefiero terminar con este asunto —repliqué.

Sabía que cuanto antes le contara lo ocurrido, me sentiría mejor. Sería el primer paso para dejar atrás todo lo sucedido.

—Entonces empieza por el principio y no te dejes nada en el tintero.

Así pues, me dispuse a cumplir lo que me pedía, comenzando por explicarle mi conversación con Alice en la colina, en la que me informó de dónde encontraría a Morgan, y terminando con la descripción del clímax del ritual: la llegada de Golgoth y sus amenazas, ya muerto el nigromántico.

—O sea que Morgan debió de cometer algún error —comenté—, porque Golgoth apareció en el interior del pentáculo...

—No, muchacho —respondió el Espectro con tristeza—, él debió de recitar el ritual palabra por palabra. La culpa es mía y tengo las manos manchadas con su sangre.

—No lo entiendo. ¿A qué se refiere?

—Debí haberlo castigado en los años en que estuvo intentando llamar al dios. Morgan ya era muy peligroso y entonces no se le podía ayudar. Yo lo sabía y habría tenido que meterlo en un pozo, pero su madre, Emily, me pidió y me suplicó que no lo hiciera. Él anhelaba poder, por eso estaba amargado y atormentado por el odio, pero su madre creía que se debía a que la vida lo había tratado injustamente y no había tenido al lado un padre para educarlo. Como el chico me daba pena y sentía afecto por su madre, permití que el corazón se me sobrepusiera a la razón. Pero en el fondo me daba cuenta de que no era un padre lo que le faltaba. Tanto el señor Hurst como yo intentamos hacerle de padre, pero en realidad necesitaba la disciplina necesaria para ejercer de espectro, porque no poseía el valor ni la perseverancia suficiente para consagrar su vida a una ocupación que reporta poco en cuanto a recompensas mundanas. En lugar de castigarlo por querer convocar a Golgoth, me limité a dar por terminado su aprendizaje y obligarle a que me jurara a mí y a su madre que no iría detrás del dios ni del libro de magia.

»Sin oficio ni beneficio, quiso procurarse poder y riquezas a través de la nigromancia y cayó en lo Oscuro. Pero yo sabía que la tentación de hacerse con el poder de Golgoth iría en aumento con los años hasta que ya sería insoportable incluso

para él. Por lo tanto, le preparé una trampa, pero una trampa en la que caería tan sólo si intentaba realmente convocar al Señor del Invierno...

—¿Una trampa? ¿Qué trampa? No le comprendo.

—Siempre fue perezoso para estudiar —continuó diciendo el Espectro mientras se rascaba la barba con aire pensativo—. Su punto más débil era el lenguaje y nunca llegó a aprender a fondo el vocabulario latino, aunque en otras lenguas era aún peor. En su tercer año de aprendizaje inició el estudio de la lengua antigua; me refiero a la hablada por los primeros hombres que llegaron al condado, los que levantaron la Hogaza Redonda y rendían culto a Golgoth, los mismos que escribieron el libro de magia. Sin embargo, no hizo muchos progresos, pues sabía pronunciarla, leerla en voz alta, pero tenía grandes lagunas en lo tocante a su significado.

»Mira, muchacho, yo no podía correr riesgos, pues el deber más importante es proteger siempre el condado. De modo que hace años copié el libro de magia, se destruyó el texto original y la nueva versión fue encuadernada con la cubierta primitiva. Al copiarlo, modifiqué algunas palabras para inutilizar los rituales, pero en el que se utilizaba para invocar la presencia de Golgoth tan sólo se cambió una palabra: *wioutan*, que significa «sin» o «fuera», y se sustituyó por *wioinnan*, que quiere decir «dentro»...

—¡Ah, fue por eso que Golgoth apareció dentro del pentáculo! —exclamé, estupefacto, al comprender la trampa del Espectro, que había estado años guardando el secreto.

—Como yo no me fiaba de Morgan, le preparé una celada, por si acaso. Me dio muchísimo trabajo copiar y modificar el libro de magia pero, como ya te he dicho, nuestro deber es proteger el condado. Emily estaba al corriente de lo que yo había hecho, pero confiaba más en su hijo que yo. Se figuraba que había cambiado y que ya no volvería a invocar a Golgoth nunca más. Él se lo juró y yo fui testigo del juramento. Por otra parte, nunca guardé secreto acerca del lugar donde tenía guardado el libro de magia. El escritorio ha estado siempre en sitio visible y Morgan sabía dónde podía encontrarlo, como acabó demostrándose. Habría venido a buscarlo mucho antes, pero el juramento que hizo a su madre lo retenía. Cuando supe que ella había muerto, me temí lo peor y comprendí entonces por qué él se puso en contacto conmigo en Chipenden...

Se produjo un largo silencio y el Espectro volvió a rascarse la barba, profundamente sumido en sus cavilaciones.

—Pero ¿por qué ese final? —pregunté—. ¿Por qué Golgoth no acabó conmigo? ¿Y por qué desapareció?

—Tras ser convocado, disponía de poco tiempo para permanecer dentro del pentáculo. Cuanto más rato pasara en él, más débil se sentiría, de modo que necesitaba salir; no le quedaba otra opción. Pero, por supuesto, si le hubieses dejado marchar, las cosas habrían sido muy diferentes, pues habría quedado en libertad para vagar por el condado y lo habría asolado con un invierno interminable. O sea que

hiciste bien, muchacho, cumpliste con tu deber y no se te puede pedir más.

—¿Y cómo me encontró usted?

—En cuanto a eso respecta, a quien debes dar las gracias antes que a nadie es a la chica, pues al ver que no habías llegado a la hora que yo te esperaba, fui a hablar con Andrew y allí me enteré de la hora en que abandonaste su tienda, pero fue tu amiga Alice quien me informó de adónde habías ido. Quería acompañarme y ayudarme a localizarte, aunque no quise ni oír hablar de ello. Trabajo mejor solo y no necesito para nada que una chica me acompañe. Casi tuvimos que atarla a la silla para evitar que me siguiese. Cuando llegué, arreciaba una ventisca que venía del nordeste y la capilla estaba desierta, así que inspeccioné el cementerio, pero estuve poco rato. No me quedaba más remedio que dirigirme a una persona, la única que podía localizarte dadas las circunstancias.

»Meg tardó muy poco en ventear tu rastro. Encontró tu cayado en el soto de la colina y reconstruyó la ruta que habías seguido hasta el túmulo. Tampoco tardó mucho en descubrir la entrada, pero cuando conseguí retirar la roca, vi que el túnel estaba obstruido. O sea que fue Marcia quien excavó el camino hasta dar contigo. Así pues, son tres las personas que merecen tu agradecimiento.

—Tres brujas —puntualicé.

—De cualquier modo —comentó el Espectro ignorando mis palabras—, Alice vuelve a estar en casa de Andrew, como puedes suponer. En cuanto a Meg y su hermana, a partir de ahora estarán en la escalera de la bodega tras la reja... pero no la cerraré con llave.

—¿Eso quiere decir que usted y Meg vuelven a ser amigos?

—No, las cosas no están como cuando nos conocimos. Me gustaría atrasar el reloj, pero es imposible. Mira, muchacho, los dos hemos llegado a un acuerdo porque la situación no puede seguir como hasta ahora, pero ya te lo contaré cuando hayas descansado.

—¿Y mi padre? —pregunté—. ¿Ya no sufrirá más?

—Tu padre era un buen hombre y, puesto que Morgan ha muerto y su poder ha desaparecido, no tiene nada que temer. Nada en absoluto. No hay nadie que sepa con seguridad qué es de nosotros cuando morimos —dijo el Espectro, y suspiró—. Si lo supiéramos, no habría tantas religiones diferentes, ya que todas afirman cosas distintas y cada una cree que es la única que tiene razón. A mi modo de ver, importa poco cuál de ellas sigas e incluso que no te adhieras a ninguna, siempre que tu camino en la vida sea recto y respetes las creencias de los demás, tal como te enseñó tu padre, porque es seguro que entonces no obrarás mal. Él encontrará su propio camino a través de la Luz; no te preocupes. Y de momento no hay más que hablar. Has pasado una noche difícil, así que es mejor que te acuestes y descanses unas horas.

Pero fueron más de unas horas las que tuve que pasar en cama, pues me acometió un terrible acceso de fiebre y el médico de Adlington hubo de visitarme tres veces antes de dictaminar que se había iniciado por fin una franca mejoría. De hecho, tardé casi una semana en estar en condiciones de volver al piso de abajo y, aun así, pasé la mayor parte del día envuelto en una manta delante de la chimenea del despacho.

El Espectro tampoco me forzó a estudiar y no fue hasta una semana después que me encontré con fuerzas suficientes para ir andando hasta Adlington y visitar a Alice. Se ocupaba sola de la tienda y, como no entró ningún cliente, tuvimos tiempo para charlar largo y tendido. Conversamos en la misma tienda, apoyados en el desnudo mostrador de madera.

Alice había recibido la visita del Espectro durante mi enfermedad y estaba al corriente de gran parte de lo ocurrido. Así pues, me limité a contarle los detalles y disculparme una vez más por haberle ocultado parte de las noticias.

—A pesar de todo quiero darte las gracias, Alice, por haber informado al Espectro de que yo había ido a la capilla. De otro modo, no me habría encontrado —dije enlazando con el final de mi historia.

—Me habría gustado que hubieses confiado más en mí, Tom. Habrías debido contarme lo que Morgan estaba haciéndole a tu padre.

—Lo siento, no volveré a ocultarte nada más en el futuro...

—Pero que no me entrometa en los libros valiosos del viejo Gregory, ¿verdad? ¡No se fía de mí ni un pelo!

—Ahora tiene mucho mejor concepto de ti. Dale tiempo y verás.

—Sí... pero cuando llegue la primavera y vuelvas a Chipenden, tendré que quedarme aquí. Ojalá pudiera ir contigo...

—Creía que te gustaba trabajar en la tienda de Andrew...

—Hay cosas peores, pero Chipenden es infinitamente mejor. Me gustaría tanto vivir en aquella casa tan grande... su jardín... y... te echaré muchísimo de menos, Tom.

—Yo también te echaré de menos, Alice. Pero tenemos la suerte de que ya no estás en Pendle y, además, el invierno que viene volveremos y procuraré visitarte más a menudo.

—Me gustará.

Al cabo de un momento pareció que se animaba y finalmente, cuando ya estaba a punto de irme, me pidió:

—La mañana que salgas camino de Chipenden, ¿querrás preguntarle al viejo Gregory si quiere llevarme con vosotros?

—Se lo pediré, pero no creo que sirva de nada, Alice.

—Pero se lo pedirás igualmente, ¿verdad? ¡No va a arrancarte la cabeza de un mordisco por el hecho de pedírselo, digo yo!

—De acuerdo, se lo pediré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Y le sonreí.

Las promesas a Alice me habían traído complicaciones, pero no creía que ésta pudiera perjudicarme demasiado. Aunque me pusiera en lo peor, lo que podía ocurrir era que el Espectro me dijera que no.

Poniéndome en lo mejor

Pese a que el invierno había sido frío, a las tres semanas de la muerte de Morgan subió la temperatura y se inició el deshielo. Gracias a ello, Shanks pudo servir el primer pedido desde hacía mucho tiempo. Como de costumbre, lo ayudé a descargar la mercancía pero, cuando se marchó, el Espectro lo acompañó durante un buen trecho del camino y vi que sostenían una larga conversación.

Unos días más tarde, poco después del desayuno, Shanks llegó a nuestra casa con un ataúd, cuyo peso hacía tambalearse al poni que lo transportaba. Colaboré en desatarlo y lo depositamos cuidadosamente en el suelo, aunque no era tan pesado como aparentaba, pero sí bastante voluminoso. Yo no había visto en la vida un ataúd tan bien hecho como aquél: disponía de un asa de bronce a cada lado y era de madera oscura y brillante. Sin embargo, no lo metimos en la casa, sino que lo dejamos junto a la puerta trasera.

—¿Para qué es este ataúd? —pregunté al Espectro, mientras Shanks desaparecía a lo lejos.

—A mí me toca saberlo y a ti averiguarlo —dijo al tiempo que se daba unos golpecitos en la nariz—. Piensa un poco y ven a verme cuando lo descubras.

Era la hora de comer cuando se confirmaron mis sospechas.

—Estaré ausente unos días, muchacho. ¿Podrás arreglártelas solo?

Como tenía la boca llena, me limité a asentir con la cabeza y seguí dando cuenta del asado de cordero.

—¿No vas a preguntarme adonde voy?

—¿Asuntos de espectro, tal vez?

—No, muchacho, asuntos de familia. Meg y su hermana se van a su tierra. Embarcarán en Sunderland, pero quiero ocuparme de que no tengan ningún contratiempo en el trayecto.

Sunderland estaba al sur de Heysham y era el puerto más grande del condado. Barcos del mundo entero remontaban el río Lune con intención de anclar en ese puerto. Me dije entonces que había acertado con respecto al ataúd.

—O sea que Marcia viajará dentro de la caja —comenté.

—Has dado en el clavo a la primera, muchacho —repuso el Espectro con una sonrisa—. Gracias a una dosis de infusión suficientemente copiosa, se mantendrá tranquila. Era muy difícil que viajara en condiciones normales, ya que podría perturbar a los pasajeros. En lo que respecta a la información que se le ha dado al capitán del puerto, la hermana de Meg está muerta y ella la traslada a su tierra para enterrarla. Pese a todo, como te he dicho, las acompañaré para cerciorarme de que

embarcan sin contratiempos, aunque viajaremos de noche, naturalmente. Nos alojaremos en una hospedería, pero de día Meg no se dejará ver. Me entristece que se vaya, pero es lo mejor.

—Una vez oí que usted hablaba con Meg de un jardín que compartían. ¿Era el de Chipenden?

—Sí, era ese jardín, muchacho. El jardín de poniente, como bien puedes suponer. Hemos pasado más de una hora feliz, sentados en el mismo banco donde a menudo te doy clase.

—¿Qué ocurrió, entonces? ¿Por qué llevó a Meg a Anglezarke y la encerró en la bodega? ¿Y por qué le administró la infusión?

—Lo que ocurrió entre Meg y yo corresponde a nuestros asuntos particulares —me soltó el Espectro dirigiéndome una larga mirada inquisitiva. Como me observaba con semblante realmente ceñudo, comprendí que mi curiosidad me había llevado demasiado lejos. Pero después suspiró, preocupado—. Como bien sabes, Meg sigue siendo una mujer guapa, pero cuando era joven lo era mucho más y provocaba que los hombres se volvieran para mirarla. Yo estaba muy celoso y peleábamos siempre por ese motivo. Pero eso no es todo, ya que era muy obstinada y se creó muchos enemigos en el condado. Los que se le enfrentaron la temían, pero los que se pasaron demasiado tiempo temiéndola se volvieron peligrosos. De manera que al final la acusaron de brujería y la denunciaron al alguacil de Caster. El asunto era grave y enviaron a un policía para detenerla.

—En la casa de Chipenden habría estado a salvo, ¿verdad? El boggart habría impedido que el policía se le acercase.

—Así habría sido, muchacho. Lo habría sacado de en medio al momento. Pero el hombre cumplía con su obligación y, aunque yo amaba a Meg, no quería que la vida de aquel joven agente pesase sobre mi conciencia, o sea que debía asegurarme de que ella desapareciera. Bajé hasta el pueblo, pues, fui a verlo y, gracias a la ayuda del herrero como testigo, me las compuse para convencerlo de que Meg había huido del condado.

»El resultado fue que la traje aquí y se pasó los veranos encerrada bajo llave en la habitación de la bodega y los inviernos sin salir de casa. O se adoptaba esa solución o se columpiaría en el extremo de una cuerda... porque, como tú sabes, en Caster cuelgan a las brujas. Años más tarde, se escapó una vez y aterró a algunos habitantes de la localidad. Para mantenerlos tranquilos, tuve que prometer que la tendría prisionera en una fosa de la bodega. Por eso Shanks se quedó tan impresionado cuando la vio aquella mañana. Bien, de cualquier modo, ahora vuelve por fin a su tierra. Hace años que habría dejado que se fuera, pero no me sentía capaz.

—¿Y ella desea regresar?

—Creo que ha llegado a la conclusión de que es lo mejor. Además, Meg ya no siente por mí lo que yo todavía siento por ella —dijo. Me pareció más viejo y más triste que nunca—. La echaré de menos, muchacho; la echaré mucho de menos. La

vida no será igual sin ella. Los inviernos en Anglezarke sólo eran soportables cuando estaba Meg...

Al atardecer observé cómo el Espectro metía a Marcia en el ataúd y, cuando hubo enroscado el último tornillo de cobre, lo ayudé a transportarlo por la pendiente de la garganta. Como pesaba mucho, nos tambaleábamos al tratar de afianzar los pies en el blando y embarrado suelo mientras Meg nos seguía cargada con sus bolsas. Camino adelante y sumidos en un solemne silencio, nos adentramos en la oscuridad del valle asemejándonos al cortejo de un entierro de verdad, tal como yo recordaba.

El Espectro había dispuesto que nos esperase un coche en la carretera. A la luz de la luna los cuatro caballos se inquietaron cuando nos acercamos: dilataban los ollares y formaban una nube de vapor al alentar. El cochero se esforzó en calmarlos y cuando lo consiguió, bajó del coche y, con aire también inquieto, se acercó al señor Gregory y se llevó la mano al gorro con gesto deferente, pero le temblaban los carrillos y parecía que la piel le iba a reventar.

—No tienes nada que temer y, como te he prometido, te pagaré bien. Y ahora ayúdame a levantar esto —le indicó dando un golpecito al ataúd donde estaba encerrada Marcia. Lo colocaron en el portaequipajes trasero del coche y, mientras el cochero lo amarraba con una cuerda, el Espectro observó atentamente cómo lo hacía.

Aprovechando que los dos estaban ocupados, Meg se acercó y me sonrió con tristeza. Al hacerlo, me mostró los dientes.

—Eres un muchacho peligroso, Tom Ward, muy peligroso —dijo, y se me acercó más—. Procura no crearte demasiados enemigos... —No supe muy bien qué responder a aquellas palabras—. ¿Querrás hacerme un favor, muchacho? —me murmuró al oído.

Asentí, algo inquieto.

—No es tan frío como cree todo el mundo —dijo Meg indicando con el gesto a mi maestro—. Cuídalo por mí.

Y yo asentí de nuevo.

Cuando el Espectro se nos aproximó, Meg le sonrió con cordialidad y afecto, lo que me hizo pensar que, en lo más profundo de su ser, todavía sentía algo por él. Después le cogió la mano y se la apretó. Él abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no pronunció ni una palabra y, en cambio, le resbalaron unas lágrimas y pareció que se sentía ahogado de emoción.

Sintiéndome cohibido, me di la vuelta y me aparté unos pasos. Se quedaron hablando en voz muy baja un momento y después caminaron juntos hasta el coche. Mientras el cochero mantenía abierta la puerta y le hacía una pequeña reverencia, el Espectro ayudó a Meg a subir. Después él se me acercó.

—Bien, muchacho, en marcha. Vuelve a casa por tu cuenta —me mandó.

—¿No quiere que vaya con usted?

—No, muchacho, pero te lo agradezco. Hay cosas que tengo que hacer solo. Un día, cuando seas mayor, seguro que lo entenderás. Aunque espero que no tengas que pasar nunca por una cosa igual...

Pero yo ya lo había entendido: recordaba haberlo visto con Meg en la cocina con las mejillas cubiertas de lágrimas. Sabía qué sentía. Me imaginaba en el sitio del Espectro teniendo que decir adiós a Alice por última vez. ¿Terminaríamos así Alice y yo?

Enseguida el Espectro subió al coche y, en cuanto tomó asiento al lado de Meg, el cochero hizo restallar el látigo sobre los lomos de los cuatro caballos. El coche se puso en marcha y fue ganando velocidad progresivamente. Se dirigían hacia el norte, a Sunderland, en tanto que yo volvía a desandar lentamente el camino por la garganta en dirección a casa.

En cuanto llegué, me calenté un poco de sopa de guisantes para la cena y me acomodé delante del fuego. No hacía viento y se oían todos los chasquidos y quejidos del viejo caserón: las maderas del suelo al asentarse, un peldaño que crujía, un ratón que se movía detrás del muro... Imaginé incluso que abajo, en la bodega, desde el otro lado de la reja, me llegaban los murmullos de los muertos y de los casi muertos sumidos en sus fosas.

Fue en aquel momento que me apercibí de lo lejos que había llegado. Estaba solo en una casa enorme con una bodega llena de boggarts y brujas, todos prisioneros, y no tenía miedo. Era el aprendiz del Espectro y en primavera terminaría mi primer año de formación. ¡Cuatro años más y yo también me habría convertido en un espectro!

Retorno a Chipenden

Una mañana de finales de abril, ya tarde, cuando acababa de asomar el sol por el borde de la garganta, me dirigí al arroyo en busca de agua y el Espectro me siguió sonriéndome con cierta cordialidad. Las estalactitas de hielo que colgaban del peñasco, situado en la parte trasera de la casa, se derretían rápidamente y el agua goteaba en las losas del patio.

—Es el primer día de primavera, muchacho —me dijo—, o sea que saldremos hacia Chipenden.

Hacía semanas que esperaba oír aquellas palabras. Desde su regreso sin Meg, el Espectro había estado muy callado y abstraído en sí mismo, la casa parecía más lúgubre y deprimente que nunca y yo me moría de ganas de marcharme.

Por lo tanto, me pasé la hora siguiente haciendo todas las tareas necesarias, limpiando las chimeneas y lavando los pucheros, platos y tazas a fin de que no tuviéramos tanto trabajo cuando volviéramos el invierno próximo. Por fin el señor Gregory cerró con llave la puerta trasera e inició la marcha garganta abajo, mientras yo, feliz, le pisaba los talones cargando las dos bolsas y mi cayado de serbal, como de costumbre.

Tenía presente la promesa que le había hecho a Alice —preguntar al Espectro si podía acompañarnos a Chipenden—, pero aguardaba el momento oportuno para decírselo. Mientras caminábamos me di cuenta de que, en lugar de tomar el camino más directo hacia el norte, nos dirigíamos a Adlington. Supuse que mi maestro quería volver a despedirse de su hermano, aunque lo había visitado el día anterior. Yo seguía vacilando sobre la conveniencia de hablarle de Alice o no cuando avistamos la tienda.

Me quedé sumamente sorprendido al ver que tanto Andrew como Alice habían salido a recibirnos a la calle empedrada. Ella sujetaba un pequeño fardo con sus pertenencias y parecía preparada para emprender un viaje; sonreía y parecía muy excitada.

—¡Que pases un buen y próspero verano, Andrew! —le gritó el Espectro con voz alegre—. ¡Nos veremos en noviembre!

—¡Lo mismo te digo, hermano! —le replicó Andrew agitando la mano.

Sin salir de mi asombro, vi cómo a continuación mi maestro daba media vuelta y abría la marcha de nuevo y, cuando me dispuse a seguirlo, Alice se colocó a mi lado con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Me había olvidado de decírtelo, muchacho —dijo el Espectro mirando hacia atrás—. Alice se quedará con nosotros en Chipenden en las mismas condiciones que antes. Ayer lo arreglé todo con Andrew. ¡Es preciso que yo no la pierda de vista!

—¡Qué sorpresa!, ¿verdad, Tom? Estarás contento de verme, digo yo —exclamó Alice.

—¡Pues claro que sí y me encanta de veras que nos acompañes a Chipenden! Es lo último que esperaba. El señor Gregory no me había dicho ni una palabra.

—¿Ah, no? —Se echó a reír Alice—. Pues mira, ahora ya sabes qué se siente cuando las personas se guardan ciertos secretos y no te dicen lo que debes saber. ¡Te está bien empleado!

También yo me eché a reír. No me importaba que Alice se mofara de mí. Me lo tenía merecido porque habría debido ponerla al corriente de mis intenciones de robar el libro de magia. De haberlo hecho, ella me habría metido un poco de sensatez en la cabeza. Pero todo había terminado y por fin caminábamos felices los tres hacia Chipenden.

El día siguiente me deparó otra sorpresa. Como el camino de regreso pasaba a unos seis kilómetros de distancia de la granja de mi familia, iba a preguntarle al Espectro si podía hacerles una visita, pero fue él mismo quien me lo propuso.

—Supongo que querrás visitar a tu familia, muchacho. Tal vez tu madre haya vuelto y, si así fuese, querrá verte. Yo seguiré adelante, porque tengo que visitar a un cirujano por el camino.

—¿Un cirujano? ¿Acaso está usted enfermo? —pregunté sintiendo una súbita inquietud.

—No, muchacho, no. Ese hombre también ejerce de dentista como trabajo secundario. Tiene en su casa un buen surtido de dentaduras de muertos y a lo mejor encuentra alguna que me encaja —me contestó con una amplia sonrisa que dejó totalmente a la vista el boquete que le había causado el boggart al saltarle el diente.

—¿Y de dónde las saca? —pregunté, aterrado—. ¿De los ladrones de tumbas?

—No, no. La mayoría de dentaduras proceden de los combatientes en los campos de batalla. Cuando me haya colocado el diente, quedaré como nuevo. También se gana un buen dinero haciendo botones de hueso, y como Meg se confeccionaba todos sus vestidos, era una de sus mejores clientas —me explicó con voz contrita.

Fue una noticia que me alegró, pues por lo menos los botones que llevaba no provenían de antiguas víctimas, como yo había sospechado al principio.

—En fin, sigue adelante —dijo el Espectro—, y que la chica vaya contigo y así tienes compañía en el camino de vuelta.

Me encantó obedecerlo. Era evidente que no quería irse con Alice, pero yo tendría el problema de siempre: Jack no permitiría que ella diera un solo paso dentro de los límites de la granja y, puesto que ahora la Granja del Cervecerero era de su propiedad, sería inútil discutir.

Aproximadamente una hora después, avistamos la granja y advertí un hecho insólito: en la parte norte, más allá de los límites de la granja, se elevaba una columna

de humo oscuro que salía de entre los árboles que coronaban el monte del Ahorcado. Alguien había encendido una hoguera en aquel lugar, pero ¿quién era capaz de una cosa así? Nadie se atrevía nunca a frecuentar ese monte porque en él merodeaban los cadáveres de los que habían sido ahorcados durante la guerra civil que había asolado el condado varias generaciones atrás. Hasta los perros de la granja se mantenían alejados de la zona.

El instinto me dijo que se trataba de mi madre. Desconocía la razón de que estuviese allá arriba pero ¿acaso existía otra persona que fuera capaz de aventurarse en aquel lugar? Por lo tanto, pasamos de largo de la granja, continuamos hacia el este y, superado el límite norte, subimos colina arriba entre los árboles. No encontramos ni rastro de cadáveres; el monte del Ahorcado estaba tranquilo y en silencio y las ramas desnudas de los árboles relucían con el último sol de la tarde. Apuntaban ya los brotes de las hojas, pero aún faltaba una semana para que saliesen; la primavera había llegado muy tarde este año.

Cuando llegamos a la cumbre, descubrí que no me había equivocado: delante de una hoguera y con la mirada fija en las llamas, encontramos a mi madre, que se protegía del sol con una cubierta de ramas, sarmientos y hojas secas. El polvo le apelmazaba la maraña de cabellos y parecía que hacía tiempo que no se lavaba; había perdido peso y tenía la cara demacrada, la expresión triste y cansada, falta de vida...

—¡Madre, madre! —le grité, y me senté a su lado en la tierra húmeda—. ¿Estás bien?

No me respondió enseguida, sino que se limitó a dirigirme una momentánea mirada distante. Al principio tuve la sensación de que no me había oído, pero casi de inmediato, sin apartar los ojos de las llamas, me puso la mano izquierda en el hombro y me dijo:

—Me alegra que hayas venido, Tom. Hacía días que te esperaba...

—¿Dónde has estado, madre?

No contestó a mi pregunta, pero después de un largo silencio, apartó la vista del fuego y me miró.

—Seguiré pronto mi camino, pero necesito hablar primero contigo.

—No, madre, en ese estado no puedes ir a ninguna parte. Baja a la granja y allí comerás un poco. Además, necesitas dormir. ¿Sabe Jack que estás aquí?

—Sí, hijo, lo sabe y sube aquí todos los días para pedirme lo mismo que tú. Pero es muy triste ir a casa ahora que no está tu padre. Me ha afectado mucho, Tom; me ha destrozado el corazón. Pero ya que por fin has venido, procuraré entrar en casa por última vez antes de abandonar el condado para siempre.

—¡No te vayas, madre! ¡Por favor, no nos dejes! —le supliqué.

Volvió a quedarse en silencio y continuó contemplando las llamas.

—¡Piensa en tu primer nieto, madre! —proseguí, desesperado—. ¿No deseas verlo nacer, ni quieres ver crecer a la pequeña Mary? ¿Y yo? Yo te necesito, madre. ¿No te gustaría que terminara mi aprendizaje y me convirtiera en espectro? En otro

tiempo me echaste una mano y a lo mejor vuelvo a necesitar tu ayuda para llegar hasta el final...

Siguió sin responder. De pronto Alice se sentó delante de la hoguera, justo enfrente de mi madre, y le espetó:

—No sabes muy bien qué hacer, ¿verdad? —A Alice le brillaban mucho los ojos a la luz de las llamas—. En realidad no sabes qué camino tomar.

Mi madre la observó; los ojos también le brillaban a causa de las lágrimas.

—¿Cuántos años tienes, niña? Trece, ¿verdad? No eres más que eso, una niña. ¿Qué sabes, pues, de mis asuntos?

—Sí, sólo tengo trece años —replicó Alice con aire desafiante—, pero sé bastantes cosas, más que otras personas después de toda una vida. Algunas me las han enseñado; otras ya las sabía, o tal vez nací sabiéndolas. No tengo ni idea del porqué, pero así es; no hay vuelta de hoja. Y sé cosas sobre ti, algunas cosas, por lo menos. Y me doy cuenta de que estás dividida entre irte y quedarte, ¿no es así? Es así, ¿verdad?

Mi madre agachó la cabeza y, estupefacto, vi que asentía y nos dijo:

—Lo Oscuro está ganando terreno. Es muy evidente y así se lo advertí a Tom. — Los ojos le brillaban más que los de ninguna de las brujas que había conocido en mi vida—. Mira, no sólo es el condado el que se derrumba bajo el poder de lo Oscuro, sino el mundo entero, y tengo que combatirlo en mi tierra. Si voy ahora, quizá todavía pueda hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Aparte de que hay otras cosas que se han quedado sin resolver.

—¿Qué cosas, madre?

—No tardarás en saberlo. No me lo preguntes ahora.

—Pero estarás sola. ¿Qué puedes hacer tú sola?

—No, Tom, no lo estaré porque otros me ayudarán... unos pocos, pero su ayuda será muy valiosa, debo confesarlo.

—Quédate, madre. Quédate y deja que te ayudemos nosotros —le supliqué—. Lucharemos juntos en mi tierra, no en la tuya...

—Tu tierra es ésta, ¿verdad? —me dijo sonriendo tristemente.

—Sí, madre. Mi tierra es el condado, la tierra donde nací, la tierra que debo defender contra lo Oscuro. Eso fue lo que tú me enseñaste y dijiste que yo sería el último aprendiz del Espectro y que me correspondería a mí procurar que todo estuviese en orden.

—Es verdad y no lo niego —respondió, preocupada, y contempló de nuevo las llamas.

—Entonces quédate y afrontemos las cosas juntos. El Espectro me instruye, es cierto, pero ¿por qué no me enseñas tú también? Hay cosas que tú puedes hacer y él no. Una vez silenciaste a los cadáveres que habitaban aquí arriba, en el monte del Ahorcado. El Espectro dijo que no se podía hacer nada con ellos porque se desvanecían por sí solos llegado el momento. Pero tú lo conseguiste; los dejaste

meses en silencio. También he heredado otras cosas de ti. Tú los llamas «avisos de muerte». Recientemente, me di cuenta de que el Espectro estaba a punto de morir; y ahora que lo pienso, también supe que empezaba a mejorar. Ahora, cuando alguien esté próximo a recobrar la salud, lo sabré. No te vayas, por favor. Quédate e instrúyeme.

—No, Tom —dijo mi madre, y se puso de pie—. Lo siento, pero estoy completamente decidida. Me quedaré aquí una noche más, pero mañana mismo me pondré en camino.

Comprendí que ya había discutido bastante y que habría sido egoísta continuar debatiendo aquella cuestión. Había prometido a mi padre que, llegado el momento, la dejaría marchar. Y el momento había llegado. Alice tenía razón: mi madre navegaba entre dos aguas, pero no me correspondía a mí tomar la decisión por ella.

Entonces se encaró con Alice.

—Has llegado muy lejos, muchacha, más de lo que yo suponía, aunque te esperan pruebas todavía más importantes y, para superarlas, tenéis que aunar vuestras fuerzas. La estrella de John Gregory empieza a palidecer. Pero vosotros dos sois el futuro y la esperanza del condado y él os necesita a los dos a su lado.

Mi madre me miró al terminar de hablar. Yo me quedé un momento con la vista fija en el fuego y me estremecí.

—Está casi apagado, madre —le dije con cariño.

—Tienes razón. Vayamos los tres a la granja.

—Jack no quiere ver a Alice —le recordé.

—Pues tendrá que aguantarse. —Por el tono que empleó demostró que no toleraría ninguna protesta de su hijo mayor.

Pero Jack estuvo tan contento de volver a verla que casi ni advirtió la presencia de Alice.

Después de tomar un baño y cambiarse de ropa, y pese a que Ellie le rogaba que descansase, mi madre insistió en preparar el guisado de la cena. Me quedé con ella en la cocina mientras hacía la comida y entre tanto la puse al corriente de la mayoría de cosas que habían ocurrido en Anglezarke. Lo que no le conté era que Morgan había torturado el espíritu de mi padre. De cualquier manera, conociéndola, no me habría extrañado que ya lo supiera. Aun así, habría sido penoso para ella recordarlo. ¡Bastante había sufrido ya!

Cuando terminé de hablar, apenas comentó nada y lo único que hizo fue atraerme hacia ella y decirme que se sentía orgullosa de mí. Qué agradable resultaba estar en casa: la pequeña Mary dormía a pierna suelta en el piso de arriba, la vela de cera de abejas ardía en el candelabro de bronce en el centro de la mesa, en la chimenea ardía un buen fuego y en la mesa esperaba la cena preparada por mi madre.

Pero, aparte de lo cotidiano y visible, ahora las cosas eran muy diferentes y

seguirían cambiando. Lo sabíamos todos.

Mi madre ocupaba la cabecera de la mesa, el sitio que en otro tiempo le había correspondido a mi padre, y su aspecto era casi el de siempre. Alice y yo nos sentamos enfrente de Jack y Ellie. Por supuesto que mi hermano ya había tenido tiempo de volver a reflexionar y era evidente que no se sentía a gusto en presencia de Alice, pero era evidente también que no podía remediarlo.

Aquella noche se habló poco en la mesa pero, así que terminamos el estofado, mi madre apartó el plato y se puso de pie. Después nos fue mirando a todos, uno tras otro, antes de hablar:

—Tal vez ésta sea la última cena que compartimos. Mañana por la noche me iré del condado y a lo mejor no vuelvo nunca más.

—¡No, madre, no digas eso! —le suplicó Jack, pero ella le impuso silencio levantando la mano izquierda.

—A partir de ahora seréis vosotros quienes os ocupéis de vosotros mismos —dijo con tristeza—. Eso es lo que vuestro padre y yo deseábamos. Pero a ti, Jack, tengo que decirte algo, de modo que escúchame bien. El testamento de tu padre no se puede cambiar porque refleja también mis deseos, así que la habitación que está debajo del desván pertenece a Tom para el resto de su vida, y aunque murieses tú, y tu hijo heredase tus bienes, todo seguiría igual. Si no te explico mis razones, Jack, es porque no te gustaría lo que te diría, pero hay muchas más cosas en juego además de tus sentimientos. Mi último deseo, antes de que me vaya, es que aceptes de buen grado lo que hay que hacer. ¿Lo aceptas, hijo?

Jack asintió e inclinó la cabeza. Ellie parecía asustada y me dio mucha pena.

—De acuerdo, Jack, me alegro de que todo haya quedado acordado. Y ahora ve a buscar las llaves de mi habitación.

Mi hermano se dirigió a la entrada de la casa y regresó casi inmediatamente. Llevaba cuatro llaves en total; las tres más pequeñas abrían los arcones que estaban en la habitación. Dejó las llaves sobre la mesa, delante de mi madre, quien las cogió con la mano izquierda y dijo:

—Tom y Alice, venid los dos conmigo.

Tras esta orden, abandonó la mesa, salió de la cocina y se dispuso a subir la escalera. Se encaminó directamente a su habitación, la que estaba siempre cerrada con llave.

Abrió la puerta y la seguí dentro. La habitación estaba tal como yo la recordaba, llena de arcones, cajas y cómodas. En otoño me había hecho entrar en ella y me había dado la cadena de plata del arcón más grande, el más próximo a la ventana. Sin aquella cadena, yo ahora sería prisionero de Meg o, más probablemente, habría servido para alimentar a su hermana. Pero ¿qué otras cosas habría en los tres arcones más grandes? Sentía verdadera curiosidad por saberlo.

En aquel momento volví la vista atrás. Alice seguía de pie fuera de la habitación; parecía nerviosa, titubeaba y tenía los ojos clavados en el umbral.

—Entra y cierra la puerta, Alice —le dijo mi madre con amabilidad.

En cuanto entró en la habitación, mi madre me tendió las llaves sonriendo francamente.

—Aquí tienes, Tom. Son tuyas a partir de ahora. No se las des a nadie; ni siquiera a Jack. Guárdatelas para ti en todo momento. Esta habitación es tuya. Alice miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Yo sabía que le habría encantado curiosear todas aquellas cajas y descubrir sus secretos, y debo admitir que a mí también.

—¿Puedo ver qué hay dentro de los arcones, madre?

—Sí, dentro de ellos encontrarás las respuestas a muchas cosas que hasta ahora desconoces, cosas sobre mí que ni siquiera conté nunca a tu padre. Dentro de estas cajas están mi pasado y mi futuro. Pero deberás tener la cabeza clara y la mente despejada para descubrirlo. Tú también has pasado lo tuyo y ahora estás cansado y preocupado, o sea que será mejor que esperes a que yo me haya ido, Tom. Vuelve en plena primavera y hazlo entonces. En esa época renace la esperanza y los días son largos. Será el momento más adecuado.

Aunque me sentí contrariado, sonreí y asentí.

—Como tú quieras, madre.

—Debo decirte otra cosa: esta habitación en sí tiene mayor valor que lo que contiene, pues cerrada con llave, el mal no puede penetrar en ella. Si eres buena persona y tu alma es pura, será para ti un reducto, una fortaleza frente a lo Oscuro, más segura aún que la casa que tiene tu maestro en Chipenden. Úsala tan sólo cuando te persiga algo tan terrible que tu vida y tu alma estén en riesgo. Es tu último refugio.

—¿Sólo para mi, madre?

Miró a Alice y, de nuevo, a mí.

—Ya que Alice está ahora aquí, pues sí, ella también puede usarla. Por eso la he hecho subir, para asegurarme. Pero que no venga aquí nadie jamás: ni Jack, ni Ellie, ni siquiera tu maestro.

—¿Por qué, madre? ¿Por qué no la puede usar el señor Gregory?

No me cabía en la cabeza que el Espectro no pudiera utilizarla en momentos de extrema necesidad.

—Porque el uso de esta habitación presupone un precio. Vosotros dos sois jóvenes y fuertes y vuestro poder está en vías de crecimiento. Sobreviviréis. Pero como ya te he dicho, el poder de John Gregory va de capa caída; es como una vela a punto de extinguirse. El uso de esta habitación le costaría lo que le resta de fuerza. Y eso es exactamente lo que le diréis si alguna vez surge la necesidad. Y también le diréis que fui yo quien lo ordené.

Asentí y ahí se acabó todo. Nos facilitaron camas donde dormir a Alice y a mí pero, tan pronto como se levantó el sol y después de un buen desayuno, mi madre nos envió a Chipenden. Jack se ocupó de que viniera al atardecer un coche para recogerla y llevarla a Sunderland. Allí embarcaría con destino a su tierra siguiendo la estela de Meg y Marcia.

Se despidió de Alice y le rogó que se adelantara y me esperara en la puerta de la cerca. Alice le dijo adiós con la mano, sonrió y se alejó.

Mientras mi madre y yo nos abrazábamos quizá por última vez en la vida, intentó decirme algo, pero las palabras se le atragantaron y una lágrima le resbaló por la mejilla.

—¿Qué te pasa, madre? —le pregunté con cariño.

—Lo siento, hijo. Intento ser fuerte, pero es tan duro que casi no puedo soportarlo. No quiero decir nada que pueda entristecerte todavía más.

—Di lo que sea, por favor, di lo que quieras —le rogué con los ojos anegados en lágrimas.

—Sucede que el tiempo transcurre muy aprisa, y yo aquí he sido muy feliz. Si pudiera, me quedaría, te lo digo de veras, pero el deber me obliga a irme. Fui muy feliz con tu padre; no ha existido un hombre más honrado, sincero y afectuoso que él. Y mi felicidad fue completa cuando nacisteis tú y tus hermanos. Jamás conoceré una alegría igual. Pero todo ha terminado y el pasado ha concluido. La vida aquí ha transcurrido tan deprisa que ahora sólo parece un breve y feliz sueño...

—¿Por qué tiene que ser así? —pregunté con amargura—. ¿Por qué tiene que ser tan corta la vida y por qué tienen que pasar tan rápidamente las cosas buenas? ¿Tú crees que vale la pena vivir?

—Si alcanzas todo lo que espero para ti, serán otros los que juzgarán si ha valido la pena tu vida o no, hijo, por mucho que tú pienses lo contrario. Naciste para servir al condado. Y eso es lo que tienes que hacer.

Nos abrazamos con fuerza por última vez y llegué a pensar que el corazón me estallaría en el pecho.

—¡Adiós, hijo mío! —murmuró rozando mis mejillas con los labios.

Era más de lo que yo podía aguantar y me puse en camino de inmediato. Pero tras dar unos pasos me volví a saludar con la mano y vi que ella también agitaba el brazo desde las sombras que proyectaba la entrada de la casa. Cuando me volví por segunda vez, había desaparecido en la cocina.

Así pues, con el corazón inundado de tristeza, me encaminé hacia Chipenden en compañía de Alice llevándome el último beso de mi madre en la mejilla. Yo no tenía más que trece años, pero me di cuenta de que mi infancia había terminado.

Estamos de nuevo en Chipenden; han florecido por fin las campanillas, cantan los pájaros y el sol es un poco más cálido tras cada día que pasa.

Alice es más feliz que nunca, pero la atormenta la curiosidad de saber qué hay en los arcones y cajas de la habitación de mi madre. No puedo ir con ella a la granja porque sé que a Jack y Ellie no les gustaría, pero pienso ir, solo, el mes que viene y le he prometido que la pondré al corriente de todo lo que descubra en su interior.

Parece que el Espectro se ha restablecido completamente y todos los días pasa

horas caminando por las colinas rocosas decidido a recuperar fuerzas. No lo había visto nunca tan delgado y tan fuerte, si bien da la impresión de que algo ha cambiado en su mente: a veces, durante las clases, se producen largos silencios en los que tengo la sensación de que se olvida de mi presencia; otras veces se queda con la mirada perdida en el espacio y tiene aspecto de preocupado. Pese a que parece más fuerte que nunca, me dijo un día que cree que su permanencia en la tierra está tocando a su fin.

Pero todavía hay cosas que quiere hacer antes de morir, cosas que ha ido posponiendo desde hace años. La primera es emprender el camino hacia el este e ir a Pendle, para acabar de una vez por todas con los tres aquelarres de brujas que allí se celebran. ¡Nada menos que treinta y nueve brujas! El intento es muy peligroso y no veo la manera de que pueda llevarlo a cabo, pero yo no tengo palabra en el asunto y seguiré maestro allí donde vaya. Por algo yo no soy más que el aprendiz y él, el Espectro

Thomas J. Ward



JOSEPH HENRY DELANEY. (Lancashire, Inglaterra, 1945) es un escritor británico. Estudió en la Universidad de Lancaster, en la que fue profesor de Literatura Inglesa. Trabajó posteriormente en el Departamento de Medios de Comunicación y Estudios de Cine en el Blackpool Sixth Form College, trabajo que abandonó para dedicarse a la literatura tras la publicación de su segundo libro; el primero lo había publicado bajo el seudónimo de JK Haderack.

Es autor de novelas de fantasía y ciencia ficción para público juvenil.